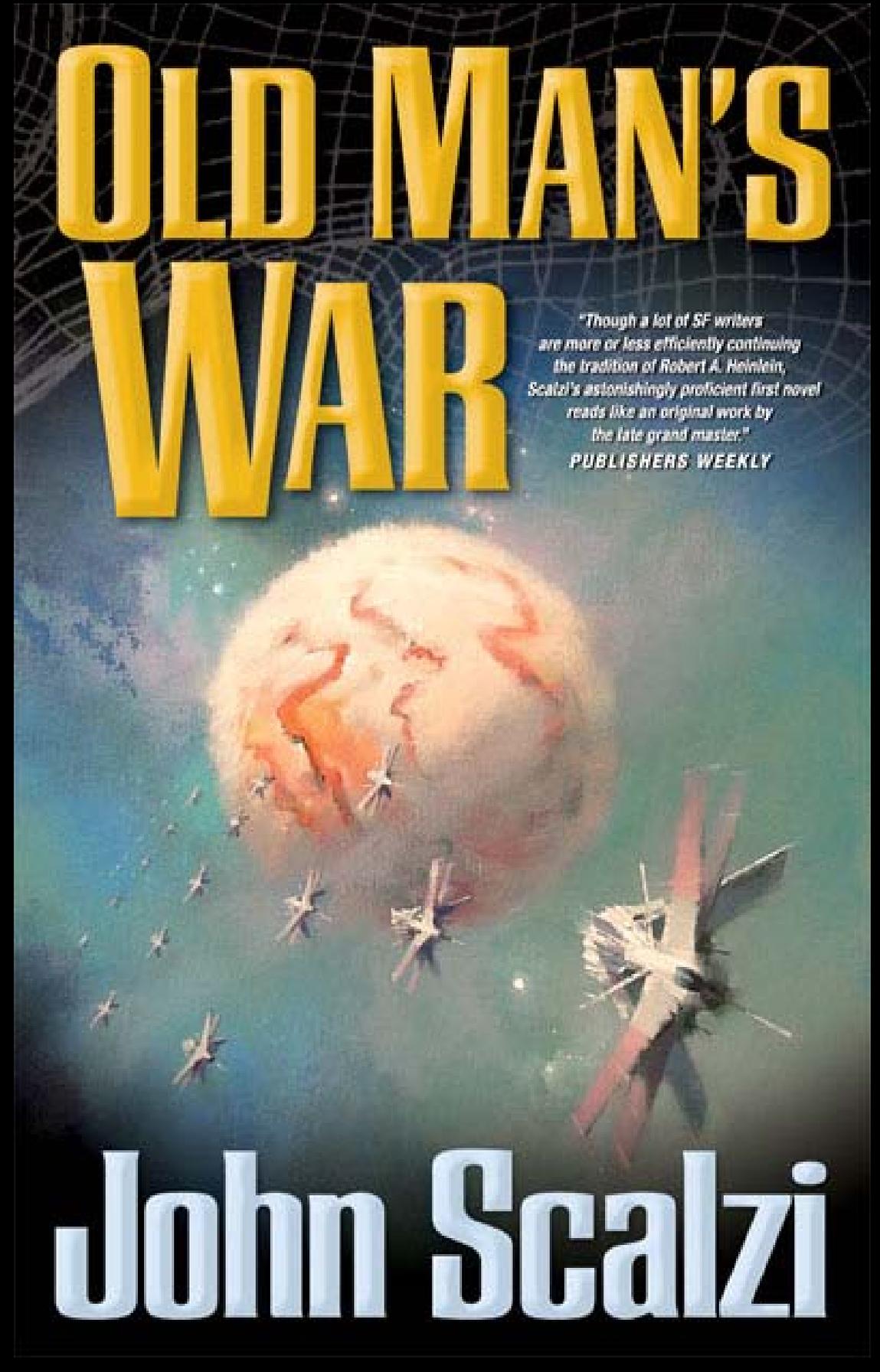


OLD MAN'S WAR

*"Though a lot of SF writers
are more or less efficiently continuing
the tradition of Robert A. Heinlein,
Scalzi's astonishingly proficient first novel
reads like an original work by
the late grand master."*

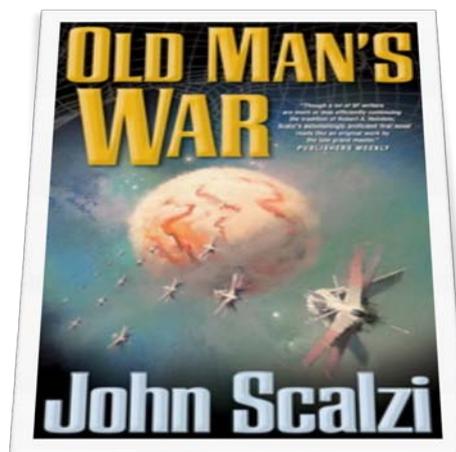
PUBLISHERS WEEKLY



John Scalzi

LA VIEJA GUARDIA

John Scalzi



Fuerzas de Defensa Coloniales I



SIDERA VISUS

22/10/2010

Título original: Old Man's War

Traducción: Rafael Marín

©2005, John Scalzi

PRIMERA PARTE

El día que cumplí setenta y cinco años, hice dos cosas. Visité la tumba de mi esposa y me enrolé en el ejército.

Visitar la tumba de Kathy fue lo menos dramático. Está enterrada en el cementerio de Harris Creek, a poco más de un kilómetro de donde yo vivo y donde juntos formamos nuestra familia. Hacer que la aceptaran en el cementerio fue más difícil de lo que quizá debería haber sido; ninguno de los dos esperaba necesitar un entierro, así que no habíamos hecho los preparativos. Es un poco mortificante, por usar la palabra adecuada, tener que discutir con el director de un cementerio sobre el entierro de tu esposa, que carece de reserva. Al final, mi hijo, Charlie, que casualmente es alcalde, tiró de unos cuantos hilos y consiguió el solar. Ser padre del alcalde tiene sus ventajas.

Bueno, respecto a la tumba. Normal y corriente, con uno de esos pequeños marcadores en vez de una lápida grande. Contrasta con la de Sandra Cain, justo al lado, cuya enorme lápida es de granito negro pulido, con una foto de cuando Sandy iba al instituto y una sentimental cita de Keats sobre la muerte de la juventud y la belleza allí grabada. Típico de Sandy. A Kathy le habría divertido saber que Sandra está junto a ella, con su grande y dramática lápida: durante toda la vida, Sandy albergó una rivalidad pasivo-agresiva hacia ella. Kathy acudía a la feria local con una tarta y Sandy llevaba tres, y se cabreaba, no demasiado sutilmente, si la tarta de Kathy se vendía primero. Kathy intentaba resolver el problema comprando una de las tartas de Sandy. Es difícil saber si esto empeoraba las cosas o las mejoraba, desde el punto de vista de Sandy.

Supongo que la lápida de Sandy podría considerarse la última palabra en el asunto, una muestra final que no puede discutirse, porque, después de todo, Kathy está ya muerta. Por otro lado, no recuerdo que nadie visitara a Sandy.

Tres meses después de su fallecimiento, Steve Cain vendió la casa y se mudó a Arizona con una sonrisa pintada en la cara tan ancha como la Interstatal 10.

Me envió una postal unos meses más tarde: se estaba tirando a una mujer que había sido actriz porno cincuenta años antes. Me sentí sucio durante una semana después de recibir esa información. Los hijos y nietos de Sandy viven en la ciudad de al lado, pero por lo mucho que visitan su tumba, podrían perfectamente vivir también en Arizona. La cita de Keats de la lápida de Sandy es probable que no la haya leído nadie más que yo desde el funeral. Y aun así de pasada, al acercarme a la tumba de mi esposa.

El marcador de Kathy muestra su nombre (Katherine Rebecca Perry), las fechas de su nacimiento y su muerte, y las palabras: amada esposa Y madre. Leo esas palabras una y otra vez cuando voy a visitarla. No puedo

evitarlo; son cuatro palabras que resumen tan inadecuada y a la vez perfectamente una vida... La frase no dice nada sobre ella, sobre cómo amanecía por las mañanas o cómo trabajaba, sobre cuáles eran sus intereses o dónde le gustaba viajar.

Leyendo eso nunca podría adivinarse su color favorito, o cómo le gustaba llevar el pelo, o a quién votaba, o si tenía sentido del humor. No se sabría nada de ella excepto que era amada. Y lo era. Ella consideraría eso suficiente.

No soporto visitar ese lugar. No soporto que quien fue mi esposa durante cuarenta y dos años esté muerta, que en un minuto de un domingo por la mañana estuviera en la cocina mezclando la masa para los barquillos y hablándome de la reunión del consejo de la biblioteca de la noche anterior, y al minuto siguiente estuviera en el suelo retorciéndose con una embolia cerebral. No soporto que sus últimas palabras fueran: «¿Dónde demonios he puesto la vainilla?»

No soporto haberme convertido en uno de esos viejos que visitan los cementerios para estar con su esposa muerta. Cuando era (mucho) más joven, solía preguntarle a Kathy qué sentido tenía eso. Un montón de carne y huesos pudriéndose, algo que antes fue una persona pero que ya no lo es; sólo un montón de carne y huesos pudriéndose. La persona ya no está: se ha ido al cielo o al infierno o a donde sea o a ninguna parte. Lo mismo daría visitar una charcutería. Cuando te haces mayor te das cuenta de que aunque es precisamente así, no te importa. Es lo que tienes.

Por mucho que odie el cementerio, también agradezco que esté ahí. Echo de menos a mi esposa. Y es más fácil echarla de menos en el cementerio, donde nunca ha sido más que un cadáver, que echarla de menos en todos los sitios donde estuvo viva.

No me quedé mucho; nunca lo hago. Lo suficiente para sentir la puñalada aún reciente después de casi ocho años, que me recuerda también que tengo otras cosas que hacer en vez de estar perdiendo el tiempo en un cementerio como un viejo chocho. En cuanto la siento, me doy media vuelta y me marcho.

Aquel día no me molesté en mirar atrás. Era la última vez que visitaría el cementerio o la tumba de mi esposa, pero no quería invertir luego demasiado esfuerzo tratando de recordar ese lugar. Como decía, ése es un sitio donde ella sólo ha estado muerta. No tiene mucho sentido recordar eso.

* * *

Bien pensado, enrolarme en el ejército tampoco fue demasiado dramático. Mi ciudad es demasiado pequeña como para tener su propia oficina de reclutamiento, así que tuve que desplazarme hasta Greenville, la sede del condado, para enrolarme. La oficina de reclutamiento es un local pequeño en una calle corriente; tiene una licorería a un lado y un salón de tatuajes al

otro. Según el orden en que entres en uno u otro sitio, puedes despertarte a la mañana siguiente metido en serios problemas.

El interior de la oficina es aún menos atractivo, si eso es posible. Consiste en una mesa con un ordenador y una impresora, un humano tras la mesa, dos sillas delante de la mesa y seis sillas contra una pared. Una mesita frente a las sillas contiene información sobre el reclutamiento y algunos números atrasados de *Time* y *Newsweek*. Kathy y yo habíamos estado ya allí una década antes; me pareció que no habían movido nada de sitio, y mucho menos cambiado, lo que incluía las revistas. El humano parecía nuevo. Al menos, no recuerdo que el reclutador anterior tuviera tanto pelo. Ni pechos.

Estaba muy ocupada tecleando en el ordenador y no se molestó en mirarme cuando me acerqué.

—Ahora mismo le atiendo —murmuró, algo así como una reacción pavloviana al haber oído abrirse la puerta.

—Tómese su tiempo —dije—. Ya veo que el lugar está repleto.

Mi intento de humor sarcástico fue ignorado y desatendido, como venía siendo costumbre en los últimos años; era bueno ver que pese a todo, yo no perdía la forma. Me senté delante de la mesa y esperé a que la reclutadora terminara lo que estaba haciendo.

—¿Viene o va? —preguntó, todavía sin mirarme.

—¿Cómo dice?

—¿Viene o va? —repitió—. ¿Viene para su Intento de Enrolarse o va a iniciar su estancia?

—Ah. Voy.

Esto hizo que por fin me mirara, entornando los ojos a través de un severo par de gafas.

—Usted es John Perry —dijo.

—Ese soy yo. ¿Cómo lo ha adivinado? Ella volvió a mirar su ordenador.

—La mayoría de la gente que quiere alistarse viene el día de su cumpleaños, aunque pueden hacerlo formalmente durante los treinta días posteriores. Hoy sólo tenemos tres cumpleaños. Mary Valory ya ha llamado para decir que no irá. Y no parece que usted sea Cynthia Smith.

—Me alegra oír eso.

—Y como no viene para una solicitud inicial —continuó ella, ignorando un nuevo intento humorístico por mi parte—, es de lógica que sea usted John Perry.

—Podría ser un viejo solitario que va por ahí buscando conversación —dije.

—Por aquí no tenemos muchos de éstos —respondió ella—. Les asustan los chicos de la tienda de al lado, con todos esos tatuajes de demonios.

—Finalmente apartó el teclado y me dedicó toda su atención—. Bien. Muéstreme su identificación, por favor.

—Pero si ya sabe quién soy —le recordé.

—Vamos a asegurarnos —respondió ella. No había ni el más leve atisbo de una sonrisa cuando lo dijo. Tratar con viejos carcamales cada día, al parecer se había cobrado su precio.

Le entregué mi carnet de conducir, el certificado de nacimiento y la tarjeta nacional de identidad. Ella los cogió, buscó en su mesa una manopad, la conectó al ordenador y me la entregó. Coloqué la palma sobre el aparato y esperé a que terminara el escaneo. La mujer volvió a cogerlo y deslizó la tarjeta de identidad por el lado para cotejar la información de las huellas.

—Es usted John Perry —dijo por fin.

—Ahora estamos donde empezamos. Volvió a ignorarme.

—Hace diez años, durante la sesión de orientación de su Intento de Enrollarse, se le proporcionó información sobre las Fuerzas de Defensa Coloniales, y los deberes y obligaciones que asumiría al unirse a ellas —dijo ella, en un tono de voz que indicaba que decía eso al menos una vez al día, todos los días, durante la mayor parte de su vida laboral—. Adicionalmente, en el ínterin, se le han enviado materiales y actualizaciones para recordarle los deberes y obligaciones que asumirá.

»¿Necesita información adicional o una presentación más moderna, o declara que comprende completamente los deberes y obligaciones que está a punto de asumir? Sea consciente de que no hay ninguna penalización por pedir nuevos materiales u optar por no unirse a las FDC en este momento.

Yo recordaba bien la sesión de orientación. La primera parte había consistido en un puñado de viejos sentados en sillas plegables en el Centro Comunitario de Greenville, comiendo donuts, bebiendo café y escuchando a un funcionario del aparato de las FDC hablar sobre la historia de las colonias humanas. Luego, éste repartió folletos sobre la vida al servicio de las FDC, que se parecía bastante a la vida militar en cualquier otro sitio. Durante el turno de ruegos y preguntas descubrimos que él no había estado en las FDC: sólo lo habían contratado para hacer presentaciones en la zona del valle de Miami.

La segunda parte de la sesión de orientación fue un breve reconocimiento médico: llegó un doctor y nos sacó sangre, rascó el interior de mi mejilla para extraer algunas células, y me hizo un escaneo cerebral. Al parecer, aprobé.

Desde entonces, el folleto que me dieron en la sesión de orientación me llegaba por correo una vez al año. Empecé a tirarlo a partir del segundo año. No lo había leído desde entonces.

—Comprendo —dije.

Ella asintió, buscó en su mesa, sacó un papel y un bolígrafo, y me los entregó. El papel tenía varios párrafos, cada uno con espacio para firmar debajo. Lo reconocí: había firmado otro, muy similar, diez años antes, para indicar que comprendía lo que iba a hacer una década mas adelante.

—Voy a leerle cada uno de estos párrafos —dijo ella—. Al final de cada uno, si comprende y acepta lo que se le haya leído, por favor firme y feche en la línea que sigue inmediatamente al párrafo. Si tiene alguna pregunta, por favor hágala después de la lectura del párrafo. Si no comprende o no acepta lo que se le haya leído y explicado, no firme. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Muy bien. Párrafo uno: «El abajo firmante reconoce y comprende que libremente, por propia voluntad y sin ningún tipo de coacción se ofrece voluntario para enrolarse en las Fuerzas de Defensa Coloniales durante un tiempo de servicio no inferior a dos años. Adicionalmente, comprende también que el término de servicio puede ser ampliado de manera unilateral por las Fuerzas de Defensa Coloniales hasta ocho años más en tiempos de guerra y dificultad.»

Esta cláusula de extensión de «diez años en total» no era nueva para mí (había leído la información que me enviaron, una o dos veces), aunque me preguntaba cuánta gente la pasaba por alto, y de aquellos que no la leían, cuántos pensaban que iban a pasarse diez años en el servicio. Me daba la impresión de que las FDC no pedirían esos diez años si no lo consideraran necesario. Debido a las Leyes de Cuarentena no sabemos mucho de las guerras coloniales, pero lo que oímos es suficiente para saber que el universo no vive precisamente tiempos de paz.

Firmé.

—Párrafo dos: «Comprende que, al ofrecerse voluntario para enrolarse en las Fuerzas de Defensa Coloniales, accede a portar armas y usarlas contra los enemigos de la Unión Colonial, que pueden ser otras fuerzas humanas.

Durante el tiempo de su servicio no podrá negarse a portar y usar armas según se le ordene, ni poner objeciones religiosas o morales a esas acciones para evitar entrar en combate.»

¿Cuánta gente se presenta voluntaria para el ejército y luego se declara objetor de conciencia? Firmé.

—Párrafo tres: «Comprende y acata que cumplirá fielmente y a la velocidad debida las órdenes y directrices impartidas por sus oficiales superiores, tal como estipula el Código Uniforme de Conducta de las Fuerzas de Defensa Coloniales.» Firmé.

—Párrafo cuatro: «Comprende que, al ofrecerse voluntario para las Fuerzas de Defensa Coloniales, da su consentimiento a cualquier régimen o procedimiento médico, quirúrgico o terapéutico que sea considerado necesario por las Fuerzas de Defensa Coloniales para ampliar su capacidad para el combate.»

Ahí estaba el porqué de que yo e incontables vejestorios de setenta y cinco años nos alistásemos cada año.

Una vez le dije a mi abuelo que, para cuando yo tuviera su edad, ya habrían descubierto un modo de extender drásticamente el lapso de vida humano. Él

se rió de mí y me dijo que eso era lo que él había creído también y sin embargo, allí estaba, hecho un vejstorio. Y ahí estaba yo también. El problema de envejecer no es que cuando no es una maldita cosa sea otra... sino que son todas las malditas cosas a la vez, todo el tiempo.

No se puede detener el envejecimiento. Las terapias genéticas, la sustitución de órganos y la cirugía plástica libran una buena batalla, pero la vejez te alcanza de todas formas. Consigues un pulmón nuevo y a tu corazón se le fastidia una válvula. Consigues un corazón nuevo, y el hígado se te hincha como una piscina hinchable. Te cambias el hígado y una embolia te provoca un jamacuco. Ése es el as en la manga de la edad: todavía no pueden sustituir los cerebros.

El promedio de vida alcanzó los noventa años hace tiempo, y ahí nos quedamos. Cuando creíamos que íbamos a seguir avanzando hasta alcanzar edades bíblicas, parece que Dios levantó el pie del acelerador. La gente puede vivir más tiempo, y de hecho lo hace, pero vive esos años de más como un anciano. Respecto a eso no ha cambiado gran cosa.

Juzguen por ustedes mismos. Cuando se tienen por ejemplo veinticinco, treinta y cinco, cuarenta y cinco o incluso cincuenta y cinco años, todavía se siente uno capaz de enfrentarse al mundo. En cuanto se cumplen sesenta y cinco y el cuerpo empieza a recorrer la cuesta abajo de la ruina física, esos misteriosos «regímenes y procedimientos médicos, quirúrgicos y terapéuticos» empiezan a parecer interesantes. A los setenta y cinco, los amigos han muerto y ya hemos sustituido al menos un órgano importante; tenemos que orinar cuatro veces durante la noche y no somos capaces de subir una escalera sin acabar exhaustos... y encima tenemos que escuchar que estamos en buena forma para nuestra edad.

Cambiar eso por una década de vida nueva en una zona de combate en ese momento te empieza a parecer un chollo. Sobre todo porque, si no lo haces, al cabo de diez años más ya tendrás ochenta y cinco y no habrá ninguna diferencia entre una pasa y tú: los dos estaréis arrugados y sin próstata, la pasa nunca tuvo próstata.

¿Cómo consiguen las FDC invertir el transcurso de la edad? Nadie lo sabe aquí abajo. Los científicos terrestres no pueden explicar cómo lo hacen y no pueden copiar sus éxitos, aunque no por falta de intentos. El ámbito de actuación de las FDC no está en los planetas, así que no se le puede preguntar a ningún veterano, y, por otra parte, las FDC sólo reclutan en los planetas, de modo que, aunque pudieras preguntarles, los colonos tampoco lo saben. Las terapias que las FDC llevan a cabo tienen lugar en el espacio, en las zonas de autoridad de las propias FDC, lejos de las miradas de los gobiernos globales y nacionales. Así que nada de ayuda por parte del Tío Sam ni de nadie más.

De vez en cuando, un primer ministro, un presidente o un dictador decide prohibir el sistema de reclutamiento de las FDC hasta que revelen sus secretos.

Las FDC nunca discuten: recogen sus bártulos y se largan. Luego, todos los ancianos de setenta y cinco años de ese país se toman unas largas vacaciones internacionales de las cuales no regresan nunca. Las FDC no ofrecen ninguna explicación, ningún argumento, ninguna pista. Para averiguar cómo logran que la gente vuelva a ser joven, hay que apuntarse.

Firmé.

—Párrafo cinco: «Comprende que al ofrecerse voluntario a las Fuerzas de Defensa Coloniales pone fin a su ciudadanía en su entidad política nacional, en este caso los Estados Unidos de América, y también en la Franquicia Residencial que le permite residir en el planeta Tierra. Comprende que su nacionalidad será transferida a la Unión Colonial y específicamente a las Fuerzas de Defensa Coloniales. Reconoce y comprende que al poner fin a su ciudadanía local y su Franquicia Residencial planetaria, tiene prohibido el regreso a la Tierra y, al término de su servicio en las Fuerzas de Defensa Coloniales, será trasladado a la colonia que designen la Unión Colonial y/o las Fuerzas de Defensa Coloniales.»

O lo que es lo mismo: no se puede volver a casa. Esto forma parte de las Leyes de Cuarentena, que fueron impuestas por la Unión Colonial y las FDC para, oficialmente al menos, proteger la Tierra de desastres xenobiológicos como la Esterilidad. La gente de la Tierra lo sufrió en su momento. Es curioso lo aislado que se vuelve un planeta cuando un tercio de su población masculina pierde de modo permanente su fertilidad en el espacio de un año. La gente está menos obsesionada ahora: se han aburrido de la Tierra y quieren ver el resto del universo, por lo que se han olvidado por completo del Gran Tío Walt sin hijos. Pero la UC y las FDC son las únicas que tienen astronaves con los impulsores de salto que hacen posible el viaje interestelar. Así que en ésas estamos.

(Esto hace que el acuerdo para colonizar lo que la UC diga que hay que colonizar sea un poco absurdo: como ellos son los únicos que tienen naves, vas adonde te llevan. No te van a dejar la nave...)

Un efecto secundario de las Leyes de Cuarentena y del monopolio de la impulsión de salto es que las comunicaciones entre la Tierra y las Colonias (y entre las colonias mismas) son imposibles. La única manera de recibir una respuesta a tiempo de una colonia es meter un mensaje en una nave con impulsión de salto; las FDC transmiten a regañadientes los mensajes y datos de los gobiernos planetarios de esta forma, pero todo lo demás se encomienda a la suerte. Puedes plantar una parabólica y esperar que te lleguen señales de las colonias, pero Alfa, la colonia más cercana a la Tierra, está a ochenta y tres años luz de distancia. Esto hace que el chismorreo interplanetario resulte difícil.

Nunca lo he preguntado, pero imagino que éste es el párrafo que hace que la mayoría de la gente se eche para atrás. Una cosa es querer volver a ser joven, otra muy distinta darle la espalda a todo lo que has conocido, a todos los que has amado o tratado, a todas las experiencias que has vivido en siete décadas y media. Es difícilísimo decirle adiós a toda tu vida.

Firmé.

—Párrafo seis... párrafo final —dijo la reclutadora—. «Acepta y comprende que a las setenta y dos horas de la firma final de este documento, o a su traslado fuera de la Tierra por las Fuerzas de Defensa Coloniales, lo que suceda primero, se le considerará a todos los efectos muerto ante la ley en todas las entidades políticas relevantes, en este caso el estado de Ohio y los Estados Unidos de América. Todas sus propiedades y bienes serán tratados según indica la ley. Todas las obligaciones o responsabilidades que por ley terminan con la muerte acabarán también. Todos los registros legales previos, sean meritorios o vejatorios, serán por tanto anulados y todas las deudas zanjadas según la ley. Acepta y comprende que, si aún no se ha encargado de la distribución de sus bienes, las Fuerzas de Defensa Coloniales, a petición suya le proporcionarán asesoramiento legal y financiero para hacerlo en las próximas setenta y dos horas.»

Firmé. Ahora tenía setenta y dos horas para vivir. Por así decirlo.

—¿Qué pasa si no abandono el planeta dentro de setenta y dos horas?
—pregunté, mientras le entregaba el papel a la reclutadora.

—Nada —dijo ella, aceptando el impreso—. Excepto que, como estará legalmente muerto, todas sus pertenencias se dividirán según su testamento, sus seguros de vida y salud serán cancelados o reintegrados a sus herederos y no tendrá ningún derecho legal que le ampare ante la ley en ningún caso, desde la calumnia al asesinato.

—¿Así que alguien podría venir y matarme y eso no tendría ninguna repercusión legal?

—Bueno, no. Si alguien le asesina mientras está legalmente muerto, creo que aquí, en Ohio, podría ser juzgado por «molestar a un cadáver».

—Fascinante.

—Sin embargo —continuó ella, con un tono despreocupado de lo más inquietante— en general la cosa no llega tan lejos. Entre ahora y el final de esas setenta y dos horas puede cambiar de opinión respecto a enrolarse. Sólo tiene que llamarme. Si no estoy aquí, un contestador automático tomará su nombre. Cuando hayamos verificado que es realmente usted quien solicita la cancelación del reclutamiento, quedara liberado de cualquier obligación. Recuerde, sin embargo, que esa cancelación le impedirá de modo permanente cualquier reclutamiento futuro. Sólo es posible enrolarse una vez.

—Entendido —dije—. ¿Necesita que jure?

—No. Sólo debo procesar este informe y darle su billete.

Se volvió hacia el ordenador, tecléo unos minutos y luego pulsó ENTER.

—El ordenador está generando ahora su billete —dijo—. Será sólo un momento.

—De acuerdo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Estoy casada.

—No era eso lo que iba a preguntarle —dije—. ¿De verdad la gente le hace proposiciones?

—Constantemente. Es muy molesto.

—Lo lamento —dije. Ella asintió—. Lo que iba a preguntarle es si ha conocido a alguien de las FDC.

—¿Quiere decir aparte de los que se alistán? No. Las FDC tienen una corporación aquí abajo que se encarga del reclutamiento, pero ninguno de nosotros pertenece realmente a ellas. No creo que ni siquiera lo sean los altos ejecutivos. Recibimos toda nuestra información y materiales del personal de la embajada de la Unión Colonial, no de las FDC directamente. No creo que ellos vengán a la Tierra.

—¿Le molesta trabajar para una organización a la que no ha visto nunca?

—No. El trabajo está bien y la paga es sorprendentemente buena, considerando el poco dinero que han invertido en decorar esto. De todas formas, usted va a unirse a una organización que tampoco ha visto nunca. ¿No le molesta?

—No —admití—. Soy viejo, mi esposa está muerta y no tengo muchos motivos para quedarme aquí. ¿Va a enrolarse usted cuando le llegue la hora?

Ella se encogió de hombros.

—No me importa envejecer.

—A mí tampoco me importaba cuando era joven. Es ser viejo ahora lo que me molesta.

La impresora zumbó suavemente y expulsó un objeto parecido a una tarjeta de visita. Ella lo cogió y me lo tendió.

—Éste es su billete —me dijo—. Le identifica como John Perry, recluta de las FDC. No lo pierda. Su lanzadera despegará de ahí delante dentro de tres días para llevarlo al aeropuerto de *Dayton*. Sale a las ocho de la mañana; le sugerimos que llegue temprano. Se le permitirá sólo una bolsa de mano, así que elija con cuidado las cosas que desea llevarse.

—De *Dayton*, tomará el vuelo de las once a Chicago y luego el delta de las dos a Nairobi. Hay nueve horas de diferencia con Nairobi, así que llegará a eso de la medianoche, hora local. Le recibirá un representante de las FDC y se le dará la opción de tomar el transbordador de las dos de la madrugada hasta la Estación Colonial o descansar un poco y viajar en el de las nueve de la mañana. A partir de ese momento, estará en manos de las FDC.

Cogí el billete.

—¿Qué hago si alguno de esos vuelos llega tarde o se retrasa?

—Ninguno de esos vuelos ha experimentado un solo retraso en los cinco años que llevo trabajando aquí.

—Guau. Apuesto a que los trenes de la FDC tampoco tienen retrasos.

Ella me miró sin mostrar ningún interés.

—¿Sabe? —dije—. Desde que entré aquí, he estado intentando bromear con usted.

—Lo sé —contestó ella—. Lo siento. Cuando era niña, me extirparon quirúrgicamente el sentido del humor.

—Oh.

—Es broma —dijo, y se levantó, extendiendo la mano.

—Oh —me levanté y la estreché.

—Enhorabuena, recluta. Buena suerte ahí fuera en las estrellas. Lo digo en serio —añadió.

—Gracias —contesté—. Se lo agradezco.

Ella asintió, volvió a sentarse, y dirigió la mirada hacia el ordenador. Ya podía retirarme.

Al salir vi a una mujer mayor cruzar el aparcamiento en dirección a la oficina de reclutamiento. Me acerqué a ella.

—¿Cynthia Smith? —pregunté.

—Sí —dijo ella—. ¿Cómo lo sabe?

—Sólo quería desearle feliz cumpleaños —dije, y luego señalé hacia arriba—. Y decirle que tal vez volvamos a vernos allá arriba.

Ella sonrió al comprenderlo. Finalmente, había hecho sonreír a alguien ese día. Las cosas mejoraban.

Nairobi quedó atrás, y se perdió; tuvimos la misma sensación que cuando se va en un ascensor rápido (eso es, exactamente, un transbordador) y vimos la Tierra iniciar su rotación.

—¡Desde aquí arriba parecen hormiguitas! —exclamó Leon Deak, a mi lado—. ¡Hormiguitas negras!

Experimenté el fuerte impulso de abrir una ventana y lanzar por ella a Leon. Por desgracia, no había ventanas que pudiera abrir: la «ventana» del transbordador era del mismo material de diamante que el resto de la plataforma, transparente para que los viajeros pudieran ver qué había debajo. La plataforma era estanca, lo cual nos vendría al pelo al cabo de pocos minutos, cuando estuviéramos tan alto que cualquier pequeña grieta en la ventana habría provocado una descompresión explosiva, la hipoxia y la muerte.

Así que Leon no iba a encontrarse con un súbito y completamente inesperado regreso al seno de la Tierra. Lástima. Leon se me había pegado en Chicago como una gruesa lapa vocinglera y cervecera; me sorprendía que alguien cuya sangre estaba claramente compuesta en un cincuenta por ciento por grasa de cerdo hubiera llegado a los setenta y cinco años. Me pasé parte del vuelo a Nairobi oyéndolo tirarse pedos y exponer sombríamente su teoría sobre la composición racial de las colonias. Los pedos eran la parte más agradable del monólogo: nunca había sentido una necesidad más acuciante de ponerme auriculares durante un vuelo.

Tenía la esperanza de quitármelo de encima tomando el primer transbordador que salía de Nairobi. Parecía el tipo de individuo que necesita descansar después de haber estado soltando gas todo el día, pero no tuve esa suerte. La idea de pasar otras seis horas con Leon y sus pedos era más de lo que podía soportar; si la plataforma del transbordador hubiera tenido ventanas y no hubiera podido lanzar a Leon por una de ellas, habría saltado yo mismo. En cambio, me zafé de su presencia soltándole lo único que parecía mantenerlo a raya: que tenía que ir a hacer mis necesidades. Leon gruñó dando permiso. Me marché en sentido contrario a las agujas del reloj, en dirección a los servicios, pero sobre todo a ver si podía encontrar un sitio donde Leon no pudiera dar conmigo.

No iba a ser fácil. La plataforma del transbordador tenía forma de donut, con un diámetro de unos treinta metros. El «agujero» del donut, por donde la plataforma ascendía, tenía unos cuatro metros de ancho. El diámetro del cable era obviamente algo menor: quizá tres metros, lo cual, si se piensa bien, no parece demasiado grueso para un cable que tiene varios miles de kilómetros de largo. El resto del espacio estaba lleno de cómodas cabinas y sofás donde la gente podía sentarse a charlar, y zonas más pequeñas donde podían ver programas, jugar o comer. Y, naturalmente, había montones de

ventanales a los que asomarse y ver la Tierra, los cables y plataformas de otros transbordadores, o la Estación Colonial, allá arriba.

En general, la plataforma daba la impresión de ser el vestíbulo de un hotelito económico y agradable que de pronto hubiera sido lanzado hacia una órbita geoestacionaria. El único problema era que el diseño diáfano hacía difícil esconderse. El lanzamiento no tenía demasiada demanda, y no había por tanto suficientes pasajeros para ocultarse mezclándose con ellos. Al final decidí ir a buscar algo de beber a un chiringuito cerca del centro de la plataforma, más o menos frente al lugar donde se encontraba Leon. Estando como estaba el panorama, calculé que allí tenía más posibilidades de evitarlo durante un buen rato.

Dejar la Tierra físicamente fue una experiencia irritante debido a la pesadez de Leon, pero dejarla emocionalmente fue fácil en extremo. Un año antes de mi partida yo ya tenía decidido que iba a enrolarme en las FDC; a partir de ahí fue todo cuestión de dejar las cosas arregladas y soltar adioses. Cuando Kathy y yo decidimos enrolarnos, una década antes, pusimos la casa a nombre de nuestro hijo Charlie además de al nuestro, para que pudiese tomar posesión de ella sin tener que ir a los tribunales. Kathy y yo por lo demás, no poseíamos nada de valor, sólo las tonterías que se van acumulando a lo largo de la vida. La mayoría de las cosas que verdaderamente valían la pena las regalé a la familia y los amigos a lo largo del año anterior; Charlie se encargaría del resto más tarde.

Dejar a la gente no fue mucho más difícil. Reaccionaron a la noticia con diversos grados de sorpresa y tristeza, ya que todo el mundo sabe que cuando te unes a las Fuerzas de Defensa Coloniales no vuelves. Pero no es como morir. Estás en algún lugar ahí fuera, todavía vivo; demonios, tal vez cuando pase el tiempo incluso vengan a reunirse contigo. Es más o menos lo que imagino que sentía la gente hace cientos de años cuando alguien cogía una carreta y se dirigía al Oeste. Lloraban, los echaban de menos, seguían con sus vidas.

De cualquier forma, anuncié que iba a marcharme un año antes de hacerlo. Eso es mucho tiempo para decir lo que tienes que decir, para zanjar asuntos y hacer las paces con alguien. A lo largo de los años, había tenido unas cuantas discusiones con viejos amigos y familiares y hurgué un poco en viejas heridas y cenizas: en casi todos los casos acabó bien. Un par de veces pedí perdón por cosas que no lamentaba demasiado y en un caso me encontré en la cama con alguien a quien de otro modo habría preferido no haberme tirado. Pero uno hace lo que tiene que hacer para que la gente pueda poner punto final a sus asuntos; les hace sentirse mejor y eso no cuesta demasiado. Prefiero pedir disculpas por algo que no me importa y que en la Tierra me deseen buena suerte, a mostrarme tozudo y que deseen que algún bicho alienígena me chupe el cerebro. Llamémoslo «seguro kármico».

Charlie había sido mi principal preocupación. Como muchos padres e hijos, habíamos tenido nuestros más y nuestros menos: yo no era el más atento

de los padres y él no era el más dedicado de los hijos, ahora que tenía ya treinta y tantos años. Cuando descubrió que Kathy y yo pretendíamos enrolarnos, nos montó un número. Nos recordó que habíamos protestado contra la guerra subcontinental. Nos recordó que siempre le habíamos enseñado que la violencia no era la respuesta, y que una vez lo castigamos durante un mes por haber ido a practicar tiro al blanco con Bill Young. Nos pareció un poco extraño que un hombre de treinta y cinco años mencionara esto último.

La muerte de Kathy puso fin a la mayoría de nuestras trifulcas, porque tanto él como yo nos dimos cuenta de que casi todas las cosas por las que nos peleábamos no tenían ninguna importancia; yo era viudo y él soltero, y durante un tiempo fuimos lo único que le quedaba al otro. Poco después, él conoció a Lisa y se casó con ella, y un año más tarde fue padre y lo reeligieron alcalde, todo en la misma noche atropellada. Charlie había tardado en florecer, pero era una buena flor. Él y yo tuvimos una charla en la que yo le pedí disculpas por algunas cosas (sinceramente) y también le dije con la misma sinceridad lo orgulloso que estaba del hombre en que se había convertido. Luego nos sentamos en el porche con nuestras cervezas, vi a mi nieto Adam jugar a pelota en el patio y hablamos de cosas sin importancia durante largo rato. Cuando nos despedimos, lo hicimos bien y con amor, como debe ser entre padres e hijos.

Estaba allí, junto al chiringuito, entretenido con mi Coca-Cola y pensando en Charlie y su familia, cuando oí la voz de Leon gruñendo, seguida de otra voz, baja, brusca y femenina, respondiéndole algo. A mi pesar, me asomé. Leon al parecer había conseguido acorralar a alguna pobre mujer y sin duda estaba compartiendo cualquier teoría gilipollas que se le hubiera ocurrido en aquel momento a su cerebro de mosquito. Mi sentido caballeresco fue mayor que mi deseo de esconderme. Acudí al rescate.

—Lo que estoy diciendo —pensaba Leon—, es que no es precisamente justo que usted y yo y todos los americanos, tengamos que esperar a ser más viejos que la mierda para tener nuestra oportunidad de ir, mientras que todos esos hindis son enviados a mundos nuevecitos y flamantes en cuanto pueden reproducirse. O sea, más rápido que el carajo. No es justo. ¿Le parece justo?

—No, no parece particularmente justo —respondió la mujer—. Pero supongo que ellos tampoco verán justo que hayamos borrado Nueva Delhi y Mumbai de la faz de la Tierra.

—¡Ése es exactamente mi argumento! —exclamó Leon—. ¡Les dimos con las nucleares en todo el turbante! ¡Ganamos esa guerra! Ganar debería contar para algo. Y ahora mire qué pasa. ¡Ellos perdieron, pero pueden irse a colonizar el universo, y la única manera en que nosotros podemos ir es firmando para protegerlos! Discúlpeme por decirlo, pero ¿no dice la Biblia aquello de «los mansos heredarán la Tierra»? Yo diría que perder una puñetera guerra te convierte en un puñetero *manso*.

—No creo que esa frase signifique lo que crees que significa, Leon —dije, acercándome a los dos.

—¡John! Vaya, aquí hay un hombre que sabe de lo que estoy hablando —dijo Leon, sonriéndome.

La mujer se volvió a mirarme.

—¿Conoce a este caballero? —preguntó, con un tonillo en la voz que indicaba que, si lo conocía, había algo decididamente raro en mí.

—Nos conocimos en el viaje a Nairobi —contesté, alzando levemente una ceja para indicar que no era una compañía que yo hubiera elegido—. Soy John

Perry.

—Jesse Gonzales —dijo ella.

—Encantado —respondí, y luego me volví hacia Leon—. Leon, lo estás citando mal. La cita aparece en el Sermón de la Montaña, y dice:

«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.» Heredar la tierra es una recompensa, no un castigo.

Leon parpadeó, luego bufó.

—Incluso así, los derrotamos. Les dimos de patadas en sus culos marrones. Nosotros deberíamos estar colonizando el universo, no ellos.

Abrí la boca para responder, pero Jesse fue más rápida.

—«Bienaventurados los perseguidos, pues de ellos será el reino de los Cielos» —dijo, hablándole a Leon pero mirándome de reojo.

Leon nos miró boquiabierto durante un buen rato.

—No pueden hablar en serio —dijo—. No hay nada en la Biblia que diga que nosotros tengamos que quedarnos atascados en la Tierra mientras un puñado de marrones, que ni siquiera creen en Jesús, alabado sea, llenan la galaxia. Y desde luego no dice nada de que debemos proteger a esos pequeños hijos de puta mientras lo hacen. Cristo, tuve un hijo en esa guerra. ¡Uno de esos puñeteros turbantes le voló una de las pelotas! ¡Sus *pelotas*! Se merecían la que les cayó encima, los hijos de puta. No me pidan que me alegre ahora de tener que ir a salvarles el culo allá arriba en las colonias.

Jesse me guiñó un ojo.

—¿Le gustaría contestar usted?

—Si no le importa —respondí.

—Oh, en absoluto.

—«En verdad os digo, amad a vuestros enemigos —citó—. Bendecid a quienes os insultan, haced bien a quien os odia, y rezad por aquellos que os desprecian y persiguen: pues todos sois hijos de vuestro Padre que está en el Cielo: Él hizo el sol para que se alzara sobre el bien y el mal, y envió la lluvia sobre los justos y los injustos.»

Leon se puso rojo como una langosta.

—Los dos estáis como cabras —dijo, y se largó todo lo rápido que le permitió su grasa.

—Gracias, Jesús —dije—. Y lo digo literalmente.

—Sabe un montón de citas de la Biblia —dijo Jesse—. ¿Ha sido ministro de la Iglesia en su vida pasada?

—No. Pero vivía en un pueblo con dos mil personas y quince iglesias.

Ayudaba, poder hablar su idioma. Además, no hace falta ser religioso para apreciar el Sermón de la Montaña. ¿Cuál es su excusa?

—Clase de religión católica —contestó—. Gané un premio a la memorización cuando estaba en décimo grado. Es sorprendente lo que tu cerebro puede almacenar durante sesenta años, aunque hoy en día no sea capaz de acordarme de dónde he aparcado el coche cuando voy al supermercado.

—Bueno, en cualquier caso, déjeme pedirle disculpas por Leon. Apenas lo conozco, pero sí lo suficiente como para saber que es idiota.

—«No juzguéis para que no seáis juzgados» —dijo Jesse, y se encogió de hombros—. De todas formas, sólo está diciendo lo que cree un montón de gente. Creo que es un argumento estúpido y equivocado, pero eso no significa que no lo comprenda. Ojalá hubiera un modo distinto de ver las colonias que esperar toda una vida para unirte al ejército. Si pudiera haber sido colona cuando era joven, lo habría hecho.

—No se enrola por una vida de aventura militar, entonces.

—Por supuesto que no —dijo Jesse, con algo de desdén—. ¿Se ha enrolado usted porque tiene deseos de librar una guerra?

—No.

Ella asintió.

—Yo tampoco. Ni la mayoría de nosotros. Su amigo Leon no se enroló para pertenecer al ejército: no puede soportar a aquellos a quienes va a proteger. La gente se apunta porque no están dispuestos a morir y no quieren ser viejos. Porque la vida en la Tierra deja de ser interesante pasada cierta edad. O bien para ver sitios nuevos antes de morir. Por eso me enrolé yo, ¿sabe? No para luchar o ser joven de nuevo. Sólo quiero ver cómo es estar en otro sitio.

Se volvió a mirar por la ventana.

—Desde luego, oírme decir esto es divertido. ¿Sabía que hasta ayer mismo no había salido del estado de Texas en toda mi vida?

—No se sienta demasiado mal al respecto —dije—. Texas es un estado muy grande.

Ella sonrió.

—Gracias. No me siento mal. Es simplemente gracioso. Cuando era niña, leí todas las novelas y vi todas las películas de los «Jóvenes Colonos», y soñaba con criar ganado arcturiano y batallar contra lombrices malignas en la colonia de Gamma Prima. Luego me fui haciendo mayor y comprendí que los colonos procedían de la India y Kazajistán y Noruega, donde no pueden mantener a la población que tienen; y el hecho de que yo hubiera nacido en América significaba que no podría ir. ¡Y que tampoco existía el ganado arcturiano ni las lombrices! Me decepcionó mucho descubrir eso con doce años.

Volvió a encogerse de hombros.

—Crecí en San Antonio, fui a la facultad de la Universidad de Texas y luego encontré trabajo en San Antonio. Me casé y, de vacaciones, íbamos a la costa del Golfo. En nuestro trigésimo aniversario, mi marido y yo planeábamos ir a Italia, pero nunca fuimos.

—¿Qué ocurrió? Ella se echó a reír.

—Su secretaria, eso es lo que ocurrió. Acabaron yendo a Italia de luna de miel. Yo me quedé en casa. Por otro lado, los dos tuvieron una intoxicación de marisco en Venecia, así que me alegro de no haber ido. Pero no me preocupé mucho de viajar después de eso. Sabía que iba a enrolarme en cuanto pudiera. Lo hice y aquí estoy. Aunque ahora desearía haber viajado más. Cogí el delta de Dallas a Nairobi. Eso sí fue divertido. Ojalá lo hubiera hecho más a menudo en mi vida. Por no mencionar esto —señaló con la mano los cables del transbordador—, que nunca creí que querría usar en la vida. Quiero decir, ¿qué hace funcionar este cable?

—La fe —dije yo—. Crees que no se va a caer y no se cae. Trate de no pensar mucho al respecto o todos tendremos problemas.

—Lo que creo es que quiero comer algo —dijo Jesse—. ¿Me acompaña?

* * *

—La fe —dijo Harry Wilson, y se echó a reír—. Bueno, tal vez sí sea la fe la que sujeta este cable, porque desde luego la física fundamental no lo hace. Harry Wilson se nos había unido a Jesse y a mí en un reservado cuando estábamos comiendo.

—Parece que ustedes dos se conocen, y eso es una ventaja sobre todos los demás —nos dijo al acercarse. Le invitamos a unirse a nosotros y aceptó agradecido. Había dado clases de física en un instituto de Bloomington, Indiana, durante veinte años, dijo, y el transbordador lo tenía intrigado.

—¿Qué quiere decir con que la física no lo sujeta? —preguntó Jesse—.

Créame, no es algo que quiera oír en este momento.

Harry sonrió.

—Lo siento. Déjeme expresarlo de otra manera. La física tiene que ver con su funcionamiento, desde luego, pero la física que interviene no es sencilla. Aquí hay un montón de cosas que no tienen sentido.

—Me parece que una clase de física viene de camino —dije.

—He dado clases de física a los adolescentes durante años —dijo Harry, y sacó una pequeña libreta y un boli—. Será indoloro, créame. Muy bien, miren —empezó a dibujar un círculo al pie de la página—. Esto es la Tierra. Y esto —dibujó un círculo más pequeño hacia la mitad—, es la Estación Colonial. Está en órbita geosincrónica, lo que significa que permanece fija respecto a la rotación de la Tierra. Siempre flota sobre Nairobi. ¿Me siguen hasta ahora?

Asentimos.

—Bien. Ahora, la idea tras el transbordador que conecta la Estación Colonial con la Tierra a través de un «tallo», un puñado de cables, como los que se ven por la ventana, y un montón de plataformas ascensoras, como ésta en la que estamos ahora, que pueden viajar de un lado a otro.

Harry dibujó una línea que representaba el cable, y un cuadradito que representaba nuestra plataforma.

—La idea es que los ascensores de estos cables no tienen que alcanzar velocidad de escape para llegar a la órbita de la Tierra, como sucedería con un cohete. Esto es bueno para nosotros, porque no tenemos que llegar a la Estación Colonial sintiendo que un elefante nos ha pisado el pecho. Bastante simple.

—Pero la cosa es que este mecanismo no se ajusta a los requerimientos físicos básicos de una conexión clásica Tierra-espacio. Para empezar —Harry dibujó una línea adicional desde la Estación Colonial hasta el final de la página—, la Estación Colonial no debería estar al final del "tallo". Por motivos que tienen que ver con el equilibrio de masas y la dinámica orbital, debería haber un cable adicional que se extendiera docenas de miles de kilómetros más allá de la

Estación Colonial. Sin este contrapeso, cualquier transbordador sería inherentemente inestable y peligroso.

—Y está diciendo que éste no lo es —dije.

—No sólo no es inestable, sino que probablemente sea la forma más segura de viajar que se ha diseñado jamás —respondió Harry—. El transbordador lleva funcionando ininterrumpidamente desde hace más de un siglo. Nunca ha habido ningún accidente debido a inestabilidad o a fallos del material, que vendría a ser lo mismo. Hubo una famosa explosión hace cuarenta años, pero fue sabotaje, y no tuvo nada que ver con la estructura física en sí. El diseño es admirablemente estable, y lo ha sido desde su construcción. Pero según la física básica no debería serlo.

—Entonces ¿qué lo mantiene en marcha? —quiso saber Jesse. Harry volvió a sonreír.

—Bueno, ésa es la cuestión, ¿no?

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—No lo sé —admitió Harry—. Pero eso en sí mismo no debería ser motivo de alarma, yo sólo soy, o era, profesor de instituto. Sin embargo, por lo que tengo entendido, nadie más tiene idea de cómo funciona. En la Tierra, quiero decir. Obviamente, la Unión Colonial lo sabe.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunté—. Lleva aquí más de un siglo, por el amor de Dios. ¿Nadie se ha molestado en descubrirlo?

—No he dicho eso —contestó Harry—. Claro que lo han intentado. Y no es que haya sido un secreto todos estos años. Cuando se estaba construyendo, los gobiernos y la prensa exigieron conocer su funcionamiento. La UC esencialmente dijo: «Descúbranlo», y eso fue todo. En los círculos físicos llevan intentándolo desde entonces. Se llama «El Problema del Transbordador».

—No es un título muy original —dije.

—Bueno, los físicos dejan la imaginación para otras cosas —rió Harry—. El tema es que no ha sido resuelto, principalmente por dos motivos. El primero es que es increíblemente complicado: he mencionado la masa, pero hay otros asuntos, como la fuerza del cable, las oscilaciones del «tallo» causadas por tormentas y otros fenómenos atmosféricos, e incluso el tema sobre cómo se supone que enlazan los cables. Cualquiera de ellos es enormemente difícil de solucionarlos en el mundo real; tratar de solucionarlos todos a la vez es imposible.

—¿Cuál es el segundo motivo? —preguntó Jesse.

—El segundo motivo es que no hay ningún motivo. Aunque consiguiéramos averiguar cómo construir una de estas cosas, no podemos permitirnos construirla. —Harry se echó hacia atrás—. Antes de ser maestro, trabajé para el departamento de ingeniería civil de la General Electric. En aquella época, estábamos trabajando en la línea férrea SubAtlántica, y una de mis misiones era revisar antiguos proyectos y propuestas de proyectos para ver si la tecnología o los resultados podían aplicarse al del SubAtlántico. Una especie de intento para ver si podíamos reducir costes de algún modo.

—General Electric entró en bancarrota con eso, ¿no? —pregunté.

—Ahora ya sabe por qué querían reducir costes —dijo Harry—. Y por qué me dediqué a la enseñanza. Después de eso, General Electric no pudo permitirse tenerme, ni a mí ni a nadie más. A lo que iba: revisé viejas propuestas e informes y algunos materiales clasificados, y uno de los informes era sobre un transbordador. El gobierno norteamericano había contratado a General Electric para un estudio de viabilidad para construir uno en el hemisferio occidental; querían abrir un agujero en el Amazonas del tamaño de Delaware y plantarlo allí mismo, en el Ecuador.

—General Electric les dijo que lo olvidaran. La propuesta decía que, incluso contando con algunos importantes logros tecnológicos (la mayoría de los

cuales aún no se han producido, y ninguno de los cuales se acerca a la tecnología que tiene que estar relacionada con este transbordador), el presupuesto sería tres veces el Producto Nacional Bruto anual de la economía de los Estados Unidos. Eso, suponiendo que el proyecto no se pasara de presupuesto, cosa que casi sin duda habría sucedido. Les hablo de hace veinte años, y el informe que vi tenía una década de antigüedad ya entonces. Pero no creo que los costes se hayan reducido mucho. Así que no se construyó ningún otro transbordador: hay formas mucho más baratas de poner a personas y materiales en órbita. *Mucho* más baratas.

Harry se inclinó de nuevo hacia adelante.

—Lo cual nos lleva a dos preguntas obvias: ¿Cómo consiguió la Unión Colonial crear esta monstruosidad tecnológica, y por qué se molestaron en hacerla?

—Bueno, obviamente, la Unión Colonial está más avanzada tecnológicamente que nosotros aquí en la Tierra —dijo Jesse.

—Obviamente —respondió Harry—. Pero ¿por qué? Los colonos son humanos, después de todo. Y no sólo eso, sino que, puesto que las colonias reclutan específicamente en los países pobres con problemas de población, los colonos tienden a tener educación deficiente. Cuando llegan a sus nuevos hogares, es de suponer que se pasarán más tiempo intentando sobrevivir que pensando en formas creativas de construir transbordadores. Y la tecnología principal que permitió la colonización interestelar es el impulso de salto, que fue desarrollado aquí mismo, en la Tierra, y que no ha mejorado sustancialmente desde hace más de un siglo. Así que, teniendo en cuenta todo esto, no hay ningún motivo para que los colonos estén más avanzados que nosotros a nivel tecnológico.

De repente, algo hizo click en mi cabeza.

—A menos que hagan trampas —dijo. Harry sonrió.

—Exactamente. Eso es lo que pienso yo también. Jesse me miró a mí, y luego a Harry.

—Me he perdido —dijo.

—Hacen trampas —contesté—. Mire, en la Tierra estamos atascados. Sólo aprendemos por nosotros mismos... hacemos descubrimientos y perfeccionamos la tecnología continuamente, pero es lento, porque nosotros solos hacemos todo el trabajo. Pero allí arriba...

—Allí arriba los humanos se encuentran con otras especies inteligentes —dijo Harry—. Algunas de las cuales tienen con toda certeza tecnología más avanzada que la nuestra. O bien la compramos, o bien hacemos tecnología inversa y averiguamos cómo funciona. Es mucho más fácil descubrir cómo funciona una cosa cuando tienes algo de lo que partir.

—Por eso están haciendo trampas —dijo yo—. La UC está copiando las ideas de otra gente.

—Bien, ¿por qué no comparte la Unión Colonial su descubrimiento con nosotros? —preguntó Jesse—. ¿Qué sentido tiene guardárselo para sí?

—Tal vez piensan que lo que no sepamos no podrá hacernos daño — contesté yo.

—O puede que se trate de otra cosa —dijo Harry, y señaló hacia la ventana, donde los cables iban pasando—. Este «tallo» no está aquí porque sea la forma más sencilla de llevar a la gente a la Estación Colonial, ¿saben? Está aquí porque es una de las formas más difíciles... De hecho, es la forma más cara, tecnológicamente más compleja y políticamente más intimidatoria de hacerlo. Su propia existencia es un recordatorio de que la UC está literalmente a años- luz por delante de todo lo que los humanos podamos hacer aquí.

—A mí nunca me ha parecido intimidatorio —dijo Jesse—. En realidad nunca he pensado al respecto.

—El mensaje no va dirigido a usted —dijo Harry—. Sin embargo, si fuera presidenta de los Estados Unidos, pensaría de modo diferente. Después de todo, la UC nos mantiene a todos aquí en la Tierra. No hay viaje espacial excepto el que ella permite a través de la colonización o el alistamiento. Los líderes políticos están siempre bajo presión para convencer a la UC y enviar a su gente a las estrellas. Pero el transbordador es un recordatorio constante. Dice: «Hasta que no puedan fabricar uno de éstos, ni se les ocurra desafiarnos.» Y la de este artefacto es la única tecnología que la UC ha decidido mostrarnos. Piensen en todo lo que no nos han dejado conocer. Puedo garantizarles que al presidente de Estados Unidos sí. Y eso lo ha mantenido firmes, a él y a todos los demás líderes del planeta.

—Nada de esto hace que sienta simpatía por la Unión Colonial —dijo Jesse.

—No tiene por qué ser siniestro —respondió Harry—. La UC podría estar tratando de proteger la Tierra. El universo es grande. Tal vez no vivimos en el mejor barrio.

—Harry —dije yo—, ¿siempre ha sido así de paranoico o es algo que se le ha ido incrementando con la edad?

—¿Cómo cree que llegué a los setenta y cinco años? —dijo Harry, y sonrió—. La verdad es que no tengo ningún problema con que la UC esté mucho más avanzada tecnológicamente. Ahora voy a aprovecharme de ello. —Alzó un brazo—. Miren esto. Es débil y frágil y no está en muy buena forma. De algún modo, las Fuerzas de Defensa Coloniales van a coger este brazo, y el resto de mi cuerpo, y ponerlo en modo de combate. ¿Y saben cómo?

—No —contesté. Jesse negó con la cabeza.

—Yo tampoco —dijo Harry, y dejó caer el brazo sobre la mesa con un *plop*—. No tengo ni idea de cómo lo harán. Es más, es probable que ni siquiera pueda imaginar cómo lo harán... Si asumimos que la UC nos ha mantenido en un estado de infancia tecnológica, tratar de explicármelo ahora sería como intentar explicar este transbordador a alguien que nunca hubiese visto

un medio de transporte más complejo que un caballo y un carro. Pero obviamente lo van a conseguir. De lo contrario, ¿por qué reclutar a viejos de setenta y cinco años? El universo no va a ser conquistado por legiones de ancianos. Sin ánimo de ofender —añadió rápidamente.

—No se preocupe —dijo Jesse, y sonrió.

—Señora, señor —prosiguió Harry, mirándonos a ambos—, puede que creamos tener alguna idea de dónde vamos a meternos, pero me parece que no es así. Este transbordador está aquí para demostrárnoslo. Es más grande y más extraño de lo que podemos imaginar... y esto es sólo la primera parte del viaje. Lo que venga a continuación va a ser aún más grande y más extraño. Prepárense lo mejor que puedan.

—Qué dramático —comentó Jesse, algo seca—. Después de una declaración como ésta, no sé cómo voy a hacerlo.

—Yo sí —dije, y empecé a levantarme de la mesa—. Voy a orinar. Si el universo es más grande y más extraño de lo que puedo imaginar, será mejor conocerlo con la vejiga vacía.

—Así habla un auténtico boy scout —dijo Harry.

—Un boy scout no tendría necesidad de orinar tanto como yo.

—Claro que sí —dijo Harry—. Dele sesenta años.

3

—No sé vosotros dos —nos decía Jesse a Harry y a mí—, pero hasta ahora esto no es lo que esperaba del ejército.

—No está tan mal —la consolé—. Toma, cómete otro donut.

—No necesito otro donut —respondió ella, apartándolo—. Lo que necesito es dormir un poco.

La comprendía perfectamente. Habían pasado más de dieciocho horas desde que dejé mi casa, casi todas consumidas viajando. Me apetecía echar una cabezada. En cambio, estaba sentado en el enorme comedor de un crucero interestelar, tomando café y donuts con un millar de otros reclutas, esperando a que alguien viniese y nos dijera qué se suponía que teníamos que hacer a continuación. Eso era lo mínimo que esperaba de los militares.

* * *

La prisa y la espera nos recibieron al llegar. Primero, en cuanto salimos del transbordador, dos funcionarios de la Unión Colonial nos informaron de que éramos los últimos reclutas y que nos esperaba una nave que partiría en seguida, así que por favor teníamos que seguirlos de prisa para que todo fuera según lo previsto. Entonces uno se puso a la cabeza y otro a la cola y, de manera bastante insultante, nos llevaron como si fuéramos ganado. Varias docenas de viejos ciudadanos recorriendo la estación hasta llegar a nuestra nave, la FDCS *Henry Hudson*.

Jesse y Harry se sentían claramente disgustados por semejante prisa; igual que yo. La Estación Colonial era enorme: casi dos kilómetros de diámetro (1.800 metros, en realidad), y era el único puerto de transporte, tanto para reclutas como para colonos. Ser conducido por ella sin poder detenerte y mirarla era como tener cinco años y que un padre con prisa te paseara por una tienda de juguetes en Navidad. Me apeteció tirarme al suelo y montar un numerito hasta salirme con la mía. Por desgracia era demasiado viejo (o alternativamente, no lo bastante viejo) como para conseguir nada con ese tipo de conducta.

Lo que vimos en nuestro recorrido a toda velocidad fue un aperitivo atractivo. Mientras nuestros funcionarios nos empujaban y tiraban de nosotros, pasamos una enorme zona de carga llena hasta los topes de lo que supuse eran paquistaníes o indios musulmanes. La mayoría esperaba pacientemente para entrar en las lanzaderas que los llevarían a las inmensas naves coloniales de transporte, una de las cuales era visible en la distancia, flotando ante el ventanal. Otros discutían con oficiales de la UC sobre una cosa u otra en un inglés con fuerte acento, consolaban a niños que estaban claramente aburridos, o rebuscaban en sus pertenencias algo de comer. En un rincón, un grupo de hombres estaba arrodillado sobre una zona alfom-

brada y oraba. Me pregunté brevemente cómo habían decidido dónde estaba La Meca a treinta y cinco mil kilómetros de altura, pero luego me empujaron para que avanzara y los perdí de vista.

Jesse me tiró de la manga y señaló a nuestra derecha. En una pequeña zona de descanso logré ver algo azul y con tentáculos que sujetaba un martini. Alerté a Harry; se sintió tan intrigado que volvió atrás y miró, para gran disgusto del funcionario de cola, que empujó a Harry hacia el resto del rebaño con una expresión agria en la cara. Harry, en cambio, sonreía como un tonto.

—Un gehaar —dijo—. Se estaba comiendo unas alitas de pollo picantes cuando me asomé. Repugnante.

Se echó a reír. Los gehaar eran una de las primeras razas alienígenas inteligentes que habían encontrado los humanos, en los días anteriores al monopolio sobre el viaje espacial de la Unión Colonial. Gente bastante simpática, pero comían inyectando ácido a su comida a través de docenas de finas cabezas tentaculares y luego sorbían ruidosamente la masa resultante por un orificio. Asqueroso.

Pero a Harry no le importaba. Había visto a su primer alienígena vivo. Nuestra excursión terminó cuando nos acercamos a una bodega con las palabras «*Henry Hudson/Reclutas FDC*» brillando en una pantalla. Nuestro grupo, agradecido, tomó asiento mientras los funcionarios iban a hablar con un colonial que esperaba junto a la puerta de la lanzadera. Harry, que se veía a las claras que era muy curioso, se acercó al ventanal para mirar nuestra nave. Jesse y yo nos levantamos con esfuerzo y lo seguimos. Un pequeño monitor de información en el ventanal nos ayudó a encontrarlo entre el resto del tráfico.

La *Henry Hudson* no estaba en realidad atracada ante la puerta, claro; es difícil hacer que una nave interestelar de cien mil toneladas se mueva al compás de una estación espacial que gira. Como sucede con los transportes coloniales, mantenía una distancia razonable mientras los suministros, los pasajeros y la tripulación eran transportados por medio de lanzaderas y barcasas, mucho más manejables. La *Henry Hudson* estaba estacionada a varios kilómetros de distancia sobre la estación, y no tenía el feo y funcional diseño de los transportes coloniales, sino que se trataba de una nave estilizada y plana, y, cosa importante, no era cilíndrica ni tenía forma de rueda. Se lo mencioné a Harry, quien asintió.

—Gravedad artificial completa —dijo—. Y estable en un campo grande. Muy impresionante.

—Creí que habíamos usado gravedad artificial al subir —dijo Jesse.

—Y lo hicimos —contestó Harry—. Los generadores de gravedad del transbordador aumentaban su potencia a medida que íbamos ascendiendo.

—Entonces ¿qué tiene de distinto usar gravedad artificial en una nave espacial? —insistió ella.

—Pues que es extremadamente difícil —explicó Harry—. Hace falta una enorme cantidad de energía para crear un campo gravitatorio, y esa cantidad de energía aumenta exponencialmente con el radio del campo. Lo más probable es que recurran a algún truco para originar campos múltiples más pequeños en vez de un solo campo grande. Pero incluso así, producir por ejemplo los campos de las plataformas de nuestro transbordador debió de necesitar más energía que la que hace falta para iluminar tu ciudad natal durante un mes.

—No sé —dudó Jesse—. Soy de San Antonio.

—Bien. Pues entonces de su ciudad natal —dijo Harry, señalándome con el pulgar—. La cuestión es que es un gasto de energía increíble, y en la mayoría de situaciones en las que se requiere gravedad artificial, es más sencillo y mucho menos caro crear una rueda, hacerla girar y dejar que la gente y las cosas se peguen al borde interior. Cuando empieza a dar vueltas, sólo hace falta añadir una energía adicional mínima al sistema para compensar la fricción, mientras que crear un campo gravitatorio artificial necesita un flujo constante y significativo de energía.

Señaló a la *Henry Hudson*.

—Mirad, hay una lanzadera junto a la *Henry Hudson*. Usándola como escala, yo diría que la *Henry Hudson* tiene doscientos cuarenta metros de largo, sesenta de manga y cuarenta y cinco de eslora. Crear un campo gravitatorio artificial alrededor de esa nave, sin duda dejaría sin luz a San Antonio. Incluso con campos múltiples, sería una merma descomunal de energía. Así que o bien tienen una fuente que puede mantener la gravedad en marcha además de todos los demás sistemas de la nave, como la propulsión o el soporte vital, o han encontrado un nuevo modo de bajo consumo energético para crear gravedad.

—Probablemente no sea barato —dije yo, señalando un transporte colonial a la derecha de la *Henry Hudson*—. Mirad la nave colonial. Es una rueda. Y la Estación Colonial también gira.

—Las colonias reservan para los militares la mejor tecnología —dijo Jesse—. Y esta nave se utiliza para recoger a los nuevos reclutas. Creo que tienes razón, Harry. No tenemos ni idea de dónde nos hemos metido.

Harry sonrió, y se volvió para mirar la *Henry Hudson*, que giraba perezosamente mientras la Estación Colonial se movía.

—Me encanta que la gente acabe pensando como yo.

* * *

Nuestros funcionarios nos reagruparon de nuevo y nos pusieron en fila para subir a la lanzadera. Presentamos nuestras tarjetas de identidad al oficial de la UC de la puerta de la lanzadera, y él nos fue introduciendo en una lista mientras un compañero nos ofrecía un procesador de datos personal.

—Gracias por venir de la Tierra, aquí tienen un bonito regalo de despedida —dije. No pareció pillarlo.

Las lanzaderas no disponían de gravedad artificial. Nuestros funcionarios nos ataron y nos advirtieron que, bajo ninguna circunstancia, teníamos que intentar soltarnos; para asegurarse de que los más claustrofóbicos de nosotros no lo hacían, los cierres de los arneses no estarían bajo nuestro control durante el vuelo. Así que problema resuelto. Los funcionarios repartieron también redecillas de plástico para los que tenían el pelo largo: en caída libre, el pelo largo al parecer se dirige a todos lados.

Si alguien se mareaba, nos dijeron, tenía que usar las bolsas para vomitar que había en el bolsillo lateral de nuestros asientos. Nuestros funcionarios recalcaron la importancia de no esperar al último segundo para usar las bolsas. En ingravidez, el vómito flotaría e irritaría a los otros pasajeros, haciendo que el vomitador fuera muy impopular durante el resto del vuelo y, posiblemente, durante el resto de su carrera militar. Estas palabras fueron seguidas de un sonido crujiente cuando varias personas prepararon la suya. La mujer que tenía al lado agarró con fuerza la bolsa. Me preparé mentalmente para lo peor.

Pero afortunadamente no hubo vómitos, y el trayecto hasta la *Henry Hudson* fue tranquilo. Después de la señal inicial «mierda, me estoy cayendo» que envió mi cerebro cuando la gravedad desapareció, fue más bien como un suave y prolongado viaje en montaña rusa. Llegamos a la nave en unos cinco minutos; hubo un minuto o dos de negociaciones para el atraque mientras una compuerta se abría, engullía a la lanzadera, y volvía a cerrarse. Siguió otros pocos minutos de espera mientras el aire entraba de nuevo. Luego un repentino cosquilleo, y la súbita reaparición del peso: la gravedad artificial había regresado.

La puerta de la lanzadera se abrió y entró una funcionaría nueva.

—Bienvenidos a la FDCS *Henry Hudson* —dijo—. Por favor, desabrochen sus cinturones, recojan sus pertenencias, y sigan el camino iluminado para salir de la bodega de atraque. El aire será extraído de esta zona dentro de exactamente siete minutos, para que esta lanzadera despegue y otra pueda atracar, así que por favor sean rápidos.

Todos fuimos sorprendentemente rápidos.

A continuación nos condujeron al enorme comedor de la *Henry Hudson*, donde nos invitaron a tomar café y donuts y relajarnos. Un oficial vendría a informarnos. Mientras esperábamos, el comedor había empezado a llenarse de otros reclutas que al parecer habían llegado antes que nosotros; después de una hora, había cientos de personas. Yo nunca había visto a tantos viejos en un sitio al mismo tiempo. Harry tampoco.

—Es como si fuera miércoles por la mañana en el mayor Denny's¹ del mundo —dijo, y se sirvió más café.

Justo cuando mi vejiga me estaba informando de que me había pasado con el café, un caballero de aspecto distinguido, vestido con el color azul de los diplomáticos coloniales, entró en el comedor y se dirigió a la parte delantera de la sala. El nivel de ruido empezó a remitir; se notaba que la gente se sentía aliviada de que por fin vinieran a decirles qué demonios pasaba.

El hombre se quedó allí de pie unos cuantos minutos hasta que la sala permaneció en silencio.

—Saludos —dijo finalmente, y todos dimos un brinco. Debía de tener un micrófono corporal: su voz llegaba a través de altavoces instalados en la pared—. Soy Sam Campbell, adjunto de la Unión Colonial a las Fuerzas de Defensa Coloniales. Aunque técnicamente hablando no soy miembro de las Fuerzas de Defensa Coloniales, la FDC me ha dado poderes para encargarme de su orientación, así que durante los próximos días pueden considerarme su oficial superior. Sé que muchos de ustedes acaban de llegar en la última lanzadera y están ansiosos por descansar un poco; otros llevan en esta nave un día entero y están igualmente ansiosos por saber qué viene a continuación. Por bien de ambos grupos, seré breve.

»Dentro de una hora, la FDCS *Henry Hudson* saldrá de la órbita y estará lista para su salto inicial al sistema de Fénix, donde nos detendremos brevemente para recoger suministros adicionales antes de encaminarnos hacia Beta Pyxis III, donde comenzarán su entrenamiento. No se preocupen, no espero que nada de todo esto signifique algo para ustedes. Lo que tienen que saber es que tardaremos más de dos días en llegar a nuestro punto de salto inicial, y durante ese tiempo serán sometidos a una serie de evaluaciones mentales y físicas por parte de mi personal. Sus horarios están siendo descargados en sus PDA. Por favor, revísenlo. Su PDA también puede dirigirlos a cualquier lugar donde necesiten ir, así que no deben preocuparse si se pierden. Los que acaban de llegar a la *Henry Hudson* también encontrarán en sus PDA la asignación de sus camarotes.

»Exceptuando que encuentren el camino hasta ellos, no se espera nada más de ustedes esta tarde. Muchos llevan bastante tiempo viajando, y queremos que estén descansados para las evaluaciones de mañana. A propósito de eso, ahora es un buen momento para que se coordinen con la hora de la nave, que sigue el Tiempo Estándar Colonial Universal. Ahora son —comprobó su reloj—, las 2138 coloniales. Su PDA marca el horario de la nave. Su día comienza mañana con el desayuno de 0600 a 0730, seguido de una evaluación y avance físicos. El desayuno no es obligatorio (todavía no siguen el horario militar), pero tendrán por delante un día largo, así que les recomiendo encarecidamente que lo tomen.

¹ *Nota del T.:* La mayor cadena de restaurantes de comida familiar de Estados Unidos. Tiene una carta específica para ciudadanos de la tercera edad.

»Si tienen alguna pregunta, su PDA podrá conectarlos con el sistema de información de la *Henry Hudson* y usar la interfaz IA para ayudarlos; usen el punzón para escribir la pregunta o hablen por el micro de la PDA. También encontrarán personal de la Unión Colonial en cada cubierta; por favor, no vacilen en pedirles ayuda. Basándose en su información personal, nuestro personal médico es ya consciente de cualquier tema, o cualquier necesidad, que puedan tener, y puede que hayan decidido visitarles esta noche en sus camarotes. Comprueben sus PDA. También pueden acudir a la enfermería.

»Este comedor estará abierto toda esta noche, pero empezara a funcionar con normalidad mañana. Una vez más, comprueben en sus PDA horarios y menús. Finalmente, mañana todos deberán llevar el uniforme de recluta de las FDC; ahora se dirigirán a sus camarotes.

Campbell se detuvo un segundo y nos dedicó a todos lo que creo que consideraba una mirada significativa.

»En nombre de la Unión Colonial y las Fuerzas de Defensa Coloniales, les doy la bienvenida como nuevos ciudadanos y nuestros nuevos defensores. Dios los bendiga a todos y los mantenga a salvo en lo que haya de venir.

»Si quieren ver cómo salimos de la órbita, retransmitiremos el vídeo a nuestra cubierta-teatro de observación. El teatro es bastante grande y puede albergar a todos los reclutas, así que no se preocupen por las plazas. La *Henry Hudson* tiene una velocidad óptima, de modo que mañana, a la hora de desayunar, la Tierra será un disco muy pequeño, y a la hora de la cena, nada más que un puntito brillante en el cielo. Ésta será probablemente su última oportunidad de ver lo que fue su mundo natal. Si eso significa algo para ustedes, les sugiero que se pasen a verlo.

* * *

—¿Qué tal tu nuevo compañero de habitación? —me preguntó Harry, sentándose junto a mí en el teatro de observación.

—No quiero hablar del tema —dije.

Había utilizado mi PDA para dirigirme hasta mi camarote, donde descubrí que mi compañero ya había dejado allí sus pertenencias: Leon Deak. Éste me miró y dijo:

—Oh, vaya, el friki de la Biblia.

Y luego me ignoró deliberadamente, cosa bastante difícil en una habitación de tres por tres. Leon ya había ocupado la cama de abajo (que, al menos para las rodillas de los que tienen setenta y cinco años, es la cama buena); yo lancé mi bolsa a la cama de arriba, cogí mi PDA y me fui a ver a Jesse, que estaba en la misma cubierta. Su compañera de habitación, una simpática señora llamada Maggie, se marchó a ver cómo la *Henry Hudson* salía de la órbita. Le dije a Jesse quién era mi compañero de habitación; ella se echó a reír.

Se rió de nuevo cuando le relató la historia a Harry, quien me dio una compasiva palmada en el hombro.

—No te sientas demasiado mal. Es sólo hasta que lleguemos a Beta Pyxis.

—Dondequiera que eso esté —puntalicé—. ¿Qué tal tu compañero?

—No podría decirte. Ya estaba dormido cuando llegué. También se ha quedado la cama de abajo, el hijo de puta.

—Mi compañera es encantadora —dijo Jesse—. Me ha ofrecido galletas caseras. Dice que su nieta las había hecho como regalo de despedida.

—A mí no me ha ofrecido ninguna galleta —dije.

—Bueno, no tiene que vivir contigo, ¿no?

—¿Cómo estaba la galleta? —preguntó Harry.

—Parecía una piedra de avena —respondió Jesse—. Pero ésa no es la cuestión. El caso es que tengo la mejor compañera de habitación de todos. Soy especial. Mirad, ahí está la Tierra.

Señaló la enorme pantalla de vídeo del teatro, que cobró vida de pronto. La Tierra flotaba allí con sorprendente fidelidad: quien había construido la pantalla de vídeo había hecho un trabajo cojonudo.

—Ojalá hubiera tenido esta pantalla en mi salón —dijo Harry—. Habría tenido los partidos más populares de la Super Bowl de todo el barrio.

—Mirad —dije yo—, el único lugar donde hemos estado durante toda nuestra vida. Todo lo que hemos conocido o amado está allí. Y ahora la dejamos. ¿No os hace sentir algo?

—Excitación —dijo Jesse—. Y tristeza. Pero no demasiada.

—Definitivamente, no demasiada —convino Harry—. Allí no nos quedaba nada más que envejecer y morir.

—Todavía puedes morir, ¿sabes? —le recordé—. Te has enrolado en el ejército.

—Sí, pero no voy a morir de viejo. Voy a tener una segunda oportunidad para morir joven y dejar un bonito cadáver. Eso compensa haber fallado la primera vez.

—Eres un romántico —dijo Jesse, completamente seria.

—Sí lo soy.

—Escuchad —dije—, nos ponemos en marcha.

Los altavoces del teatro emitieron la conversación entre la *Henry Hudson* y la Estación Colonial mientras negociaban los términos de la partida. Luego se produjo un zumbido grave y una levísima vibración, que apenas pudimos sentir a través de nuestros asientos.

—Motores —dijo Harry. Jesse y yo asentimos.

Y entonces, lentamente, la Tierra empezó a encogerse en la pantalla de vídeo, todavía enorme, y todavía azul y blanco brillante, pero de manera clara e inexorable iba ocupando una porción cada vez más pequeña de la pantalla. Los varios cientos de reclutas que habíamos ido a mirar, la vimos reducirse en silencio. Me volví hacia Harry, quien a pesar de sus anteriores fanfarronadas, parecía silencioso y reflexivo. Jesse tenía una lágrima en la mejilla.

—Eh —dije, y la agarré por el brazo—. No demasiada tristeza, ¿recuerdas? Ella me sonrió y me cogió la mano.

—No —dijo roncamemente—. No demasiada. Pero aun así. Aun así.

Nos quedamos allí sentados un rato más y vimos cómo todo lo que habíamos conocido en nuestra vida se encogía en la pantalla.

* * *

Ajusté mi PDA para que me despertara a las 0600, cosa que hizo reproduciendo suavemente música en sus altavoces y aumentando gradualmente el volumen hasta que me desperté. Apagué la música, logré bajar de la cama superior en silencio y luego me puse a buscar una toalla en el armario, tras encender una lucecita para ver. En el armario colgaban mi uniforme de recluta y el de Leon: dos conjuntos de sudaderas y pantalones de chándal claro, dos camisetas celestes, dos pares de pantalones azules estilo chino, dos pares de calcetines blancos y calzoncillos, y zapatillas azules. Al parecer, no habría necesidad de vestir formalmente hasta llegar a Beta Pyxis. Me puse los pantalones de chándal y una camiseta, cogí una de las toallas que también colgaban del armario, y me fui pasillo abajo a darme una ducha.

Cuando regresé, todas las luces estaban encendidas pero Leon seguía en su cama: las luces debían de haberse conectado automáticamente. Me puse una sudadera sobre la camiseta y añadí calcetines y zapatillas a mi indumentaria: estaba preparado para correr o, bueno, lo que tuviera que hacer ese día. De momento, a desayunar. Al salir, le di un empujoncito a Leon. Era un capullo, pero incluso los capullos pueden no querer perderse la comida por estar dormidos. Le pregunté si quería desayunar.

—¿Qué? —dijo, adormilado—. No. Déjame en paz.

—¿Estás seguro, Leon? —pregunté—. Ya sabes lo que dicen del desayuno. Es la comida más importante del día, y todo eso. Vamos. Necesitas energía. Leon gruñó.

—Mi madre lleva muerta treinta años y, por lo que sé, no ha vuelto encarnada en ti. Así que lárgate de aquí y déjame dormir.

Era bueno saber que Leon no se había ablandado conmigo.

—Muy bien —dije—. Volveré luego.

Leon gruñó de nuevo y se dio la vuelta. Yo me fui a desayunar.

El desayuno fue sorprendente, y lo digo yo, que estuve casado con una mujer capaz de hacer unos desayunos que habrían hecho que Gandhi interrumpiera su ayuno. Me tomé dos tortitas belgas doradas, crujientes y ligeras, rociadas con azúcar en polvo y sirope, que sabía a verdadero sirope de Vermont (y si piensan que no sabrían distinguir el sirope de Vermont, es que no lo han probado nunca), con una capa de cremosa mantequilla que se derretía artísticamente para rellenar los huecos de los cuadraditos de la tortita. Añadí huevos a la plancha en su punto justo, cuatro lonchas de grueso bacon curado, zumo de naranja de una fruta que, al parecer, no se había dado cuenta de que la habían exprimido, y una taza de café recién hecho.

Pensé que había muerto y estaba en el cielo. Como estaba oficialmente difunto en la Tierra y volaba por el sistema solar en una nave espacial, supongo que no andaba muy desencaminado.

—Oh, vaya —dijo el tipo junto al que me senté, tras colocar mi bandeja bien repleta sobre la mesa—. Mire toda la grasa de esa bandeja. Está usted llamando a gritos un infarto. Soy médico, ¿sabe?

—Aja —dije, y señalé su bandeja—. Y lo que usted se está trajinando parece una tortilla de cuatro huevos. Con medio kilo de jamón y cheddar.

—«Haz lo que digo, no lo que hago.» Ése fue mi credo como médico —repitió él—. Si más pacientes me hubieran escuchado en vez de seguir mi lamentable ejemplo, ahora estarían vivos. Una lección para todos nosotros. Thomas Jane, por cierto.

—John Perry —dije, estrechándole la mano.

—Encantado de conocerlo. Aunque lo lamento también, ya que si se come todo eso, dentro de una hora habrá muerto de un ataque al corazón.

—No le escuche, John —dijo la mujer que estaba sentada frente a nosotros, cuyo propio plato estaba cubierto de restos de panqueques y salchichas—. Tom está intentando que lo invite a su comida, para no tener que volver a ponerse en la cola. Así es como perdí la mitad de mi salchicha.

—Esa acusación es tan irrelevante como cierta —dijo Thomas, indignado—. Admito que me apetece esa tortita, sí. No lo negaré. Pero sacrificar mis propias arterias prolongará su vida, así que merecerá la pena. Considérelo el equivalente culinario a lanzarse sobre una granada para salvar a mi camarada.

—La mayoría de las granadas no están recubiertas de sirope —dijo ella.

—Tal vez deberían estarlo. Así veríamos muchos más actos de generosidad.

—Tome —cedí, entregándole la mitad de la tortita—. Láncese sobre esto.

—Me lanzaré de cabeza —prometió Thomas.

—Todos nos sentimos profundamente aliviados de oírlo —dije.

La mujer del otro lado de la mesa se presentó como Susan Reardon, de Bellevue, Washington.

—¿Qué le parece hasta ahora nuestra pequeña aventura espacial? —me preguntó.

—Si hubiera sabido que la cocina era tan buena, habría encontrado algún modo de alistarme hace años —respondí—. Quién iba a imaginar que la comida del ejército sería así.

—No creo que estemos en el ejército *todavía* —dijo Thomas, mientras masticaba la tortita—. Creo que esto es una especie de sala de espera de las Fuerzas de Defensa Coloniales, si entiende lo que quiero decir. La verdadera comida del ejército será mucho más escasa. Por no mencionar que no iremos por ahí en zapatillas, como ahora.

—¿Cree entonces que nos están poniendo las cosas fáciles?

—Así es —dijo Thomas—. Mire, hay un millón de desconocidos absolutos en esta nave, todos los cuales se han quedado de repente sin hogar, sin familia ni profesión. Eso es un shock mental impresionante. Lo menos que pueden hacer es ofrecernos una comida fabulosa que aparte nuestras mentes de todo eso.

—¡John! —Harry me había divisado desde la cola. Le indiqué que se acercara. Lo hizo con su bandeja, acompañado por otro hombre.

—Éste es mi compañero de camarote, Alan Rosenthal —dijo, a modo de presentación.

—También conocido como Bella Durmiente —comenté yo.

—La mitad de la descripción es adecuada —contestó Alan—. Soy, de hecho, devastadoramente bello.

Los presenté a Susan y Thomas.

—Tsk, tsk —chascó Thomas la lengua, examinando sus bandejas—. Dos inminentes ataques más.

—Será mejor que le sirvas a Tom un par de tiras de bacon, Harry —dije yo—. De lo contrario, nunca vamos a acabar con esta historia.

—Lamento que se esté insinuando que se me puede comprar con comida —dijo Thomas.

—No se está insinuando —intervino Susan—. Es la pura verdad.

—Bueno, sé que tu compañero de habitación te ha salido rana —dijo Harry, entregándole dos tiras de bacon a Thomas, quien las aceptó gravemente—, en cambio el mío es cojonudo. Alan es físico teórico. Rápido como una centella.

—Y devastadoramente bello —comentó Susan.

—Gracias por recordar ese detalle —dijo Alan.

—Parece que ésta es una mesa de adultos razonablemente inteligentes —dijo Harry—. ¿Qué creéis que vamos a hacer hoy?

—Tengo un reconocimiento médico previsto para las 0800 —respondí—. Creo que lo tenemos todos.

—En efecto. Pero lo que estoy preguntando es qué pensáis que significa.

¿Creéis que hoy será el día en que empecemos nuestras terapias de rejuvenecimiento? ¿Hoy será el día en que dejemos de ser viejos?

—No sabemos si dejaremos de ser viejos —puntualizó Thomas—. Todos lo hemos supuesto porque pensamos que los soldados son jóvenes. Pero piénsalo. Ninguno de nosotros ha visto nunca a un soldado colonial. Sólo hemos supuesto, y nuestras suposiciones podrían estar muy desencaminadas.

—¿De qué servirían unos soldados viejos? —preguntó Alan—. Si van a llevarme a una batalla tal como estoy, no sé de qué voy a servir. Tengo mal la espalda. Caminar desde la plataforma del transbordador hasta la puerta de embarque ayer estuvo a punto de matarme. No me imagino caminando treinta y cinco kilómetros con una mochila y un fusil.

—Creo que nos esperan algunas reparaciones, obviamente —dijo Thomas—, pero eso no es lo mismo que volver a ser «jóvenes». Soy médico, y sé un poco sobre eso. Se puede conseguir que el cuerpo humano trabaje mejor y consiga una mayor capacidad de funcionamiento a cualquier edad, pero cada edad tiene un cierto límite. A los setenta y cinco años, el cuerpo es inherentemente menos rápido, menos flexible y menos fácil de reparar que en edades más jóvenes. Todavía puede hacer algunas cosas sorprendentes, por supuesto. Por ejemplo, no quiero alardear, pero tenéis que saber que allá en la Tierra participaba regularmente en carreras de diez kilómetros. Corrí una hace menos de un mes. E hice mejor tiempo que el que habría hecho a los cincuenta y cinco.

—¿Cómo eras entonces?

—Bueno, ésa es la cosa —contestó Thomas—. A los cincuenta y cinco años era un gordinflón. Hizo falta un cambio de corazón para que empezara a cuidarme. Lo que digo es que un tipo con setenta y cinco años y que funcione bien puede hacer muchas cosas sin necesidad de ser «joven», sólo con estar en excelente forma. Tal vez eso sea lo que precisa este ejército. Tal vez todas las otras especies inteligentes del universo son hostiles. Suponiendo que ése sea el caso, tiene sentido contar con soldados viejos, porque los jóvenes son más útiles para la comunidad. Tienen toda la vida por delante, mientras que nosotros somos eminentemente sacrificables.

—Así que tal vez seguiremos siendo viejos, pero muy muy sanos —dijo Harry.

—Eso es lo que estoy diciendo —respondió Thomas.

—Bueno, pues deja de decirlo. Me estás deprimiendo —pidió Harry.

—De acuerdo, me callaré si me das tu ración de fruta —respondió Thomas.

—Aunque nos conviertan en setentones de alto rendimiento, como dices —intervino Susan—, seguiremos envejeciendo. Dentro de cinco años, ten-

dremos ochenta. Hay un límite por encima de nuestra utilidad como soldados.

Thomas se encogió de hombros.

—Nuestro acuerdo aquí es para dos años. Tal vez sólo nos necesiten para trabajar ese tiempo. La diferencia entre setenta y cinco y setenta y siete no es tan grande como entre setenta y cinco y ochenta. O incluso entre setenta y siete y ochenta. Cientos de miles de nosotros se enrolan cada año. Transcurridos dos, nos cambian por un grupo de reclutas «nuevos».

—Pueden retenernos hasta diez años —intervine—. Está en la letra pequeña. Eso parece indicar que disponen de tecnología capaz de mantenernos en funcionamiento durante ese período de tiempo.

—Y tienen nuestro ADN archivado —dijo Harry—. Tal vez hayan clonado partes de repuesto o algo así.

—Cierto —admitió Thomas—. Pero cuesta mucho trabajo trasplantar cada órgano, hueso, músculo y nervio de un cuerpo clonado al nuestro. Y todavía tendrían que lidiar con nuestros cerebros, que no pueden ser trasplantados.

Thomas miró alrededor y finalmente se dio cuenta de que nos estaba deprimiendo a todos.

—No estoy diciendo que no puedan volvernos jóvenes. Sólo lo que he visto en esta nave, me convence de que la Unión Colonial tiene una tecnología mucho más avanzada que la que tenemos en casa. Pero hablando como médico, me cuesta trabajo ver cómo invertirán el proceso de envejecimiento de manera tan drástica como todos pensamos que harán.

—La entropía es muy lista —comentó Alan—. Tenemos teorías que lo respaldan.

—Y hay al menos una prueba que sugiere que nos mejorarán de todas formas —dije.

—Dímela rápido —dijo Harry—. La teoría de Tom de que seremos el ejército más viejo de la galaxia me está estropeando el apetito.

—Es muy sencillo —contesté—. Si no pudieran arreglar nuestros cuerpos, no nos darían comida con un contenido graso capaz de matarnos a la mayoría en cuestión de un mes.

—Es cierto —convino Susan—. Es un argumento excelente, John. Ya me siento mejor.

—Gracias. Y basándome en esa prueba, tengo tanta fe en que las Fuerzas de Defensa Coloniales me curen de todos mis achaques, que ahora mismo voy a servirme un segundo plato.

—Tráeme algunas tortitas, ya que te has levantado —dijo Thomas.

* * *

—Eh, Leon —dije, dándole un empujoncito a su grueso corpachón—. Despierta. Se acabó el dormir. Tienes una cita a las ocho.

Leon yacía en la cama como un tronco. Puse los ojos en blanco, suspiré, y me agaché para empujarlo con más fuerza. Entonces advertí que tenía los labios azules.

«Oh, mierda», pensé, y lo sacudí. Nada. Lo agarré por el torso y lo arrastré hasta el suelo. Fue como mover un peso muerto.

Cogí mi PDA y llamé pidiendo ayuda médica. Luego me arrodillé junto a él, le hice la respiración boca a boca, y le apreté el pecho hasta que un par de médicos coloniales llegaron y me apartaron de él.

A esas alturas, una pequeña multitud se había congregado ante la puerta abierta; vi a Jesse y le indiqué que pasara. Vio a Leon en el suelo y se llevó una mano a la boca. La rodeé los hombros con el brazo y la estreché.

—¿Cómo está? —le pregunté a uno de los coloniales, que estaba consultando su PDA.

—Está muerto —dijo él—. Lleva muerto una hora. Parece un ataque al corazón. —Soltó el PDA, se levantó y volvió a mirar a Leon—. Pobre hijo de puta.

Llegar hasta aquí para palmarla.

—Un voluntario de última hora para las Brigadas Fantasma —dijo el otro colonial.

Lo miré con desaprobación. Me pareció que hacer un chiste en ese momento mostraba un extraordinario mal gusto.

—Muy bien, vamos a ver —dijo el doctor, mirando un PDA bastante grande mientras yo entraba en la consulta—. Es usted John Perry, ¿correcto?

—Así es.

—Soy el doctor Russell —se presentó él, y entonces me miró de arriba abajo—. Parece como si se le acabara de morir el perro.

—En realidad, ha sido mi compañero de camarote.

—Oh, sí —exclamó él, mirando de nuevo su PDA—. Leon Deak. Tendría que haberlo reconocido después de usted. Mal momento. Bueno, quitémoslo de la lista de citas, entonces. —Tecleó en la pantalla del PDA unos segundos y sonrió tenso al terminar. Los modales del doctor Russell dejaban bastante que desear—. Bien —dijo, dedicándome toda su atención—, vamos a echarle un vistazo.

La consulta consistía en el doctor Russell, yo, una silla para el doctor, una mesita y dos nichos. Los nichos eran ergonómicos, y cada uno se cerraba mediante una puerta transparente y curva. En lo alto de cada uno de ellos había un brazo extensible, con una especie de casquete en el extremo. Parecía lo bastante grande para encajar en una cabeza humana. Sinceramente, me estaba poniendo un poco nervioso.

—Adelante, por favor, póngase cómodo y empezaremos —dijo el doctor Russell, abriendo la puerta del nicho que tenía más cerca.

—¿Tengo que quitarme algo? —pregunté. Por lo que recordaba, un reconocimiento físico requería que te reconocieran físicamente.

—No, pero si hace que se sienta más cómodo, adelante.

—¿De verdad la gente se desnuda si no es necesario?

—Lo cierto es que sí. Cuando a uno le dicen que haga algo durante bastante tiempo, luego resulta un hábito difícil de romper.

Me dejé la ropa puesta. Deposité el PDA sobre la mesa, entré en el nicho y me aposenté en él. El doctor Russell cerró la puerta y dio un paso atrás.

—Espere un segundo mientras ajusto las medidas —dijo, y pulsó su PDA. Sentí que la forma humana del nido cambiaba, y luego se adaptaba a mis contornos.

—Da escalofríos —dije.

El doctor Russell sonrió.

—Va a notar una pequeña vibración —me advirtió, y tenía razón.

—Dígame —pregunté mientras el nido zumbaba suavemente debajo de mí—, toda esa otra gente que estaba conmigo en la sala de espera, ¿adonde fueron después de pasar por aquí?

—Salieron por esa otra puerta. —Señaló con una mano sin apartar la mirada de su PDA—. Es la zona de recuperación.

—¿Zona de recuperación?

—No se preocupe. Parece que el reconocimiento sea peor de lo que en realidad es. De hecho, casi hemos terminado con el escaneo. —Volvió a pulsar su PDA y la vibración cesó.

—¿Qué hago ahora?

—Espere —contestó el doctor Russell—. Tenemos que hacer una cosa más y esperar a los resultados de su análisis.

—¿Quiere decir que ya ha terminado?

—La medicina moderna es maravillosa, ¿verdad? —dijo él. Me mostró la pantalla del PDA, que descargaba un resumen de mi escaneo—. Ni siquiera hace falta decir «Aaahhhh».

—Sí, pero ¿hasta qué punto puede ser detallado?

—Bastante detallado. Señor Perry, ¿cuándo se hizo el último reconocimiento?

—Hace unos seis meses —respondí.

—¿Cuál fue el diagnóstico de su médico?

—Dijo que estaba en buena forma, aparte de que mi tensión sanguínea era un poco más alta de lo normal. ¿Por qué?

—Bueno, básicamente tenía razón —dijo el doctor Russell—, aunque parece que pasó por alto el cáncer de testículos.

—¿Cómo dice?

El doctor Russell volvió a mostrarme la pantalla del PDA; esta vez mostraba una representación con colores falsos de mis genitales. Era la primera vez que tenía mi propio paquete delante de las narices.

—Aquí —dijo, indicando una mancha oscura en mi testículo izquierdo—. Ése es el nódulo. Bastante grande, por cierto. Es cáncer, en efecto.

Miré al médico.

—¿Sabe, doctor Russell?, la mayoría de los médicos habrían encontrado un modo de decirlo algo más delicado.

—Lo siento, señor Perry. No quiero parecer despreocupado, pero en realidad no es ningún problema. Incluso en la Tierra, el cáncer de testículo es fácilmente tratable, sobre todo en las primeras etapas, como es el caso. Como mucho, perdería el testículo, pero eso no es un contratiempo importante.

—A menos que el testículo sea suyo —gruñí.

—Es más un asunto psicológico —explicó él—. En cualquier caso, aquí y ahora, no quiero que se preocupe al respecto. Dentro de un par de días

recibirá una puesta a punto física completa, y entonces trataremos su testículo. Mientras tanto, no debería haber ningún problema. El cáncer sigue localizado sólo ahí. No se ha extendido a los pulmones ni los nódulos linfáticos. Está usted bien.

—¿Voy a perder la pelota? —dije. El doctor Russell sonrió.

—Creo que podrá quedársela por ahora. Si alguna vez la pierde, sospecho que será la menor de sus preocupaciones. Ahora, aparte del cáncer, que como digo no es realmente problemático, está usted en una forma tan buena como la de cualquier hombre de su edad. Esa es la buena noticia: no tenemos que hacer nada más con usted en este punto.

—¿Qué harían si encontraran algo realmente malo? —pregunté—. Quiero decir, ¿y si el cáncer hubiera sido terminal?

—«Terminal» es un término muy impreciso, señor Perry —dijo el doctor Russell—. A la larga, todos somos casos terminales. En el caso de este reconocimiento, lo que en realidad pretendemos es estabilizar a cualquier recluta que esté en peligro inminente, para así saber que aguantarán los próximos días. El caso de su desgraciado compañero de habitación, el señor Deak, no es tan desacostumbrado. Tenemos un montón de reclutas que consiguen llegar hasta aquí y luego se mueren antes de ser evaluados. Eso no es bueno para nadie.

El doctor Russell consultó su PDA.

—Ahora bien, en el caso del señor Deak, que murió de un ataque al corazón, lo que probablemente habríamos hecho habría sido eliminar la acumulación de placa en las arterias y proporcionarle un compuesto para reforzar las paredes arteriales e impedir rupturas. Es el tratamiento más común. A la mayoría de las arterias de setenta y cinco años les viene bien una pequeña ayuda. En su caso, si hubiera tenido cáncer en estado avanzado, habríamos reducido los tumores hasta un punto en que no supusieran ninguna amenaza inminente para sus funciones vitales, y atendido las regiones afectadas para asegurarnos de que no tuviera ningún problema en los próximos días.

—¿Por qué no curarlo? —pregunté—. Si pueden «atender» una región afectada, parece que probablemente podrían arreglarlo por completo si quisieran.

—Podemos, pero no es necesario —contestó el doctor Russell—. Recibirá una puesta a punto más completa dentro de unos pocos días. Sólo necesitamos mantenerlo en funcionamiento hasta entonces.

—¿Qué significa una «puesta a punto», por cierto?

—Significa que, cuando termine, se preguntará por qué le preocupaba una manchita de cáncer en el testículo. Es una promesa. Queda una cosa más por hacer. Adelante la cabeza, por favor.

Obedecí. El doctor Russell extendió la mano y atrajo el temido brazo extensor con el casquete hasta mi coronilla.

—Durante el siguiente par de días, será importante que obtengamos una buena imagen de su actividad cerebral —dijo, retirándose—. Para ello, voy a implantar un grupo de sensores en su cráneo.

Mientras lo decía, pulsó la pantalla de su PDA, una acción de la que yo empezaba a no fiarme. Hubo un leve sonido de absorción mientras el casquete se adhería a mi cráneo.

—¿En qué consiste eso? —pregunté.

—Bueno, ahora mismo, probablemente sentirá un pequeño cosquilleo en el cuero cabelludo y en la nuca —dijo el doctor Russell, y así era—. Son los inyectores situándose. Son como pequeñas agujas hipodérmicas que insertarán los sensores. Estos son en sí mismos muy pequeños, pero hay un montón. Unos veinte mil, más o menos. No se preocupe, son autoestériles.

—¿Me va a doler? —pregunté.

—No mucho —respondió él, y pulsó de nuevo la pantalla del PDA. Veinte mil microsensores se clavaron en mi cráneo como si cuatro hachas me golpearan simultáneamente.

—¡La madre que me parió! —Me agarré la cabeza, y mis manos chocaron contra la puerta del nicho al hacerlo—. ¡Hijo de puta! —le grité al doctor Russell—.

¡Dijo que no dolería!

—Dije que no dolería mucho —contestó el doctor Russell.

—¿Mucho como qué? ¿Como si me pisara la cabeza un elefante?

—No tanto como cuando los sensores se conecten entre sí. La buena noticia es que en cuanto están conectados, el dolor cesa. Aguante ahora, sólo durará un minuto.

Volvió a pulsar el PDA. Ochenta mil agujas salieron disparadas en todas direcciones dentro de mi cráneo.

Nunca he sentido más ganas de pegarle a un médico.

* * *

—No sé —estaba diciendo Harry—. Creo que es interesante.

Y al decirlo, Harry se frotó la cabeza, que como todas nuestras cabezas era ahora de un gris moteado, con veinte mil sensores subcutáneos midiendo la actividad cerebral.

El grupo del desayuno se había vuelto a reunir de nuevo para almorzar, esta vez también con Jesse y su compañera de habitación Maggie. Harry había declarado que ahora constituíamos una pandilla oficial, nos bautizó como los «Vejestorios» y propuso que iniciáramos una guerra de comida con la mesa de al lado. La propuesta fue rechazada, en parte debido a que Thomas

advirtió que toda comida que lanzáramos no se podría comer, y el almuerzo era aún mejor que el desayuno, si eso era posible.

—Menos mal —dijo Thomas—. Porque después de la pequeña inyección cerebral de esta mañana, me sentía tan jodido que casi no tenía ganas de comer.

—No puedo creerlo —dijo Susan.

—Advierte que he dicho «casi» —contestó Thomas—. Pero os diré una cosa: ojalá hubiera tenido uno de esos nichos en casa. Habría recortado el tiempo de mis consultas en un ochenta por ciento. Más tiempo para jugar al golf.

—Tu devoción hacia tus pacientes es abrumadora —comentó Jesse.

—Bah —le quitó importancia Thomas—. Jugaba al golf con la mayoría. A todos les habría encantado. Y por mucho que me duela decirlo, mi médico hizo un reconocimiento mucho mejor que el que yo podría haber hecho. Ese aparato es el sueño de un diagnosticador. Detectó un tumor microscópico en mi páncreas. Es imposible que yo lo hubiera detectado en mi consulta a menos que fuera muchísimo más grande o el paciente empezara a mostrar síntomas.

¿Alguien más tiene algo sorprendente?

—Cáncer de pulmón —dijo Harry—. Manchitas.

—Quiste de ovarios —dijo Jesse—. Maggie también.

—Artritis reumática incipiente —dijo Alan.

—Cáncer de testículos.

Todos los hombres de la mesa dieron un respingo.

—Ouch —exclamó Thomas.

—Me han dicho que viviré.

—Andarás un poco zambo —opinó Susan.

—Ya basta —dije.

—Lo que no comprendo es por qué no han arreglado esos problemas —reflexionó Jesse—. Mi doctor me mostró un quiste del tamaño de una bola de chicle, y me dijo que no me preocupara. Pero creo que no estoy hecha para no preocuparme por algo así.

—Thomas, se supone que eres médico —dijo Susan, y se tocó la cabeza—. ¿Qué pasa con estos pequeños hijos de puta? ¿Por qué no hacemos simplemente un escaneo cerebral?

—Si tuviera que suponer, cosa que tengo que hacer puesto que no tengo ni idea —contestó Thomas—, diría que quieren ver nuestros cerebros en acción mientras ejecutamos nuestro entrenamiento. Pero no pueden hacerlo con nosotros conectados a una máquina, así que conectan la máquina a nosotros.

—Gracias por la clara explicación de algo que ya había supuesto —dijo Susan—. Lo que estoy preguntando es, ¿a qué propósito sirve este tipo de medida?

—No lo sé —respondió Thomas—. Tal vez nos están equipando para darnos nuevos cerebros, después de todo. O tal vez disponen de alguna manera de añadir nuevo material cerebral, y tienen que ver qué partes de nuestros cerebros necesitan un empujoncito. Espero que no sea preciso colocar otro grupo de esas malditas cosas. El primero casi me ha matado de dolor.

—Hablando de muertes —dijo Alan, volviéndose hacia mí—, he oído que has perdido a tu compañero de habitación esta mañana. ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien —contesté—. Aunque es deprimente. Mi médico dijo que si hubiera conseguido llegar a la cita de esta mañana, probablemente habrían impedido su muerte. Le habrían puesto un eliminador de la placa o algo por el estilo. Siento que tendría que haberlo obligado a ir a desayunar. Eso lo habría mantenido lo suficientemente activo para llegar a su cita.

—No te sientas responsable —dijo Thomas—. No tenías modo de saberlo. La gente se muere.

—Claro, pero no cuando les falta nada para recibir una «puesta a punto general», como dijo mi médico.

—No es por ser insensible, pero... —intervino Harry.

—Preparémonos... —dijo Susan.

—... Pero cuando yo iba a la universidad —continuó Harry, lanzándole un trozo de pan a Susan—, si tu compañero de habitación se moría, en general te permitían librarte de los exámenes finales de ese semestre. Ya sabes, por el trauma.

—Y, extrañamente, tu compañero de habitación se libraba también —dijo Susan—. Por el mismo motivo.

—Nunca lo había visto de esa forma —dijo Harry—. De todos modos, ¿crees que te dejarían librarte de las evaluaciones programadas para hoy?

—Lo dudo —dije—. Y aunque lo hicieran, no aceptaría la oferta. ¿Qué otra cosa iba a hacer, sentado en mi camarote todo el día? Eso sí que sería deprimente. Alguien se ha muerto allí, ¿sabes?

—Siempre puedes mudarte —dijo Jesse—. Tal vez también haya muerto el compañero de cuarto de otro.

—Qué idea tan morbosa. Y además, no quiero mudarme. Lamento que Leon haya muerto, desde luego. Pero ahora tengo un camarote para mí solo.

—Parece que el proceso de curación ha empezado —dijo Alan.

—Sólo estoy intentando dejar atrás el dolor —dije.

—No hablas demasiado, ¿no? —le dijo de pronto Susan a Maggie.

—No —respondió Maggie.

—Eh, ¿qué tenéis los demás a continuación en vuestro horario? —preguntó Jesse.

Todos echaron mano a sus PDA, luego se detuvieron, sintiéndose culpables.

—Consideremos que ha sido una reacción típica de chicos de instituto —dijo Susan.

—Bueno, qué demonios —exclamó Harry, y sacó su PDA de todas formas—. Ya que hemos formado una pandilla para el comedor, bien podemos seguir con el resto.

* * *

Resultó que Harry y yo tuvimos juntos nuestra primera sesión de evaluación. Nos acompañaron a una sala de conferencias en la que habían colocado sillas con mesas.

—Santo cielo —susurró Harry mientras nos sentábamos—. Es verdad que hemos vuelto al instituto.

Esa impresión quedó reforzada cuando nuestra colonial entró en la sala.

—Ahora se examinarán de lenguaje básico y habilidades matemáticas —dijo—. Su primera prueba está siendo descargada en sus PDA. Es de elección múltiple. Por favor, respondan a tantas preguntas como puedan dentro del límite de treinta minutos de tiempo. Si terminan antes de que se consuman sus treinta minutos, quédense sentados en silencio o repasen sus respuestas. Por favor, no hablen con los otros examinandos. Por favor, comiencen ahora.

Miré mi PDA. Había una pregunta de analogía de palabras.

—Tienen que estar bromeando —comenté.

Otras personas de la sala también estaban riéndose. Harry levantó la mano.

—¡Señorita! —llamó—. ¿Qué puntuación necesito para entrar en Harvard?

—Ésa ya la he oído antes —respondió la colonial—. Por favor, pónganse todos a trabajar en sus pruebas.

—Llevo sesenta años esperando mejorar mi puntuación en matemáticas —dijo Harry—. A ver cómo me sale ahora.

* * *

Nuestra segunda prueba fue aún peor.

—Por favor, sigan el cuadrado blanco. Usen sólo los ojos, no la cabeza.

La colonial apagó las luces de la sala. Sesenta pares de ojos enfocaron un cuadrado blanco en la pared. Éste, empezó a moverse lentamente.

—No puedo creer que haya venido al espacio para esto —dijo Harry.

—Tal vez las cosas mejoren —contesté—. Si tenemos suerte, nos darán otro cuadrado blanco que mirar.

Un segundo cuadrado blanco apareció en la pared.

—Tú has estado aquí antes, ¿verdad? —dijo Harry.

* * *

Más tarde, Harry y yo nos separamos, e hice algunas actividades solo.

La primera sala a la que entré, estaba decorada con un colonial y una pila de bloques.

—Construya una casa con estos bloques, por favor —dijo el colonial.

—Sólo si me dan un bote de zumo extra —contesté yo.

—Veré qué puedo hacer —prometió el colonial. Hice una casa con los bloques y luego pasé a la siguiente sala, donde el colonial que había dentro sacó una hoja de papel y un bolígrafo.

—Empezando desde el centro del laberinto, intente ver si puede llegar al borde exterior.

—Jesucristo —dije—, una rata drogada podría hacerlo.

—Esperemos que sí. Con todo, inténtelo de todas formas.

Lo hice. En la siguiente sala, el colonial quiso que fuera diciendo números y letras. Aprendí a dejar de preguntarme por qué e hice lo que me pedían.

* * *

Poco más tarde, me cabreé.

—He estado leyendo su archivo —dijo el colonial, un joven delgado que parecía capaz de echar a volar como una cometa si soplara un viento fuerte.

—Muy bien.

—Dice que estuvo usted casado.

—Lo estuve.

—¿Le gustó? Estar casado.

—Claro. Es mejor que la alternativa. Él sonrió.

—Entonces ¿qué sucedió? ¿Divorcio? ¿Un folleto de más?

La poca gracia que tenía el tipo se estaba agotando rápidamente.

—Ella está muerta —dije.

—¿Sí? ¿Cómo sucedió?

—Tuvo una embolia.

—Una embolia tiene que ser cojonuda —dijo él—. Bam, y el cerebro se te convierte en mantequilla; así de fácil. Menos mal que no sobrevivió. Ahora sería un vegetal en cama, ¿sabe? Tendría que darle de comer con una pajita o algo parecido. —Hizo un sonido de succión.

Yo no dije nada. Una parte de mi cerebro estaba intentando descubrir a qué velocidad podía moverme para partírle el cuello, pero el resto de mi persona estaba allí sentado, lleno de sorpresa e ira ciega. Simplemente, no podía creer lo que estaba oyendo.

En el fondo de mi cerebro, alguien me decía que empezara a respirar de nuevo pronto, o iba a desmayarme.

El PDA del colonial trinó de repente.

—Muy bien —dijo, y se levantó rápidamente—. Hemos terminado. Señor Perry, permítame pedirle disculpas por los comentarios que he hecho referidos a la muerte de su esposa. Mi trabajo consiste en generar una respuesta airada de los reclutas lo *más* de prisa posible. Nuestros modelos psicológicos mostraron que respondería usted más negativamente a comentarios como los que acabo de hacer. Por favor, entienda que por mí mismo yo nunca habría hecho esos comentarios sobre su difunta esposa.

Parpadeé estúpidamente durante unos segundos. Entonces rugí.

—¿Qué clase de prueba retorcida y gilipollas es ÉSA?

—Reconozco que es una prueba en extremo desagradable, y una vez más le pido disculpas. Estoy haciendo mi trabajo, tal como se me ordenó, nada más.

—¡Santo Dios! —dije—. ¿Tiene idea de lo cerca que ha estado de que le partiera el puñetero cuello?

—La verdad es que sí —contestó el hombre con una voz calmada y controlada que indicaba que, en efecto, la tenía—. Mi PDA, que estaba siguiendo su estado mental, sonó justo antes de que usted saltara. Pero aunque no hubiera sido así, lo habría sabido. Sé lo que cabe esperar.

Yo todavía estaba intentando dominar mi furia.

—¿Le hace esto a todos los reclutas? —pregunté—. ¿Cómo es que sigue vivo?

—En cuanto a eso —contestó el hombre—, de hecho, me eligieron para *este* trabajo porque mi pequeña constitución da al recluta la impresión de que puede darme una paliza. Soy un «pequeño cabroncete» muy bueno. Sin embargo, soy capaz de contener a un recluta si es necesario. Aunque normalmente no tengo que llegar a tanto. Como decía, hago esto muy a menudo.

—No es un trabajo muy agradable —comenté. Por fin había conseguido recuperar un estado racional.

—«Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo» —citó el hombre—. Lo encuentro interesante, en tanto cada recluta tiene algo distinto que lo

hace estallar. Pero tiene usted razón. Es un trabajo lleno de tensión. No es para todo el mundo.

—Apuesto a que es muy popular en los bares.

—La verdad es que dicen que soy muy simpático. Cuando no estoy jodiendo intencionadamente a la gente, quiero decir. Señor Perry, hemos terminado aquí. Si quiere entrar por esa puerta a su derecha, empezará su siguiente evaluación.

—No van a fastidiarme otra vez, ¿no?

—Puede que se fastidie, pero si lo hace, será cosa suya. Sólo hacemos esta prueba una vez.

Me dirigí a la puerta, entonces me detuve.

—Sé que estaba haciendo su trabajo —dije—. Pero de todas formas quiero que lo sepa: mi esposa era una persona maravillosa. Se merece algo mejor que ser utilizada de esta forma.

—Lo sé, señor Perry —convino el hombre—. Lo sé. Atravesé la puerta.

En la siguiente habitación, una joven muy atractiva, que daba la casualidad de que estaba completamente desnuda, quiso que le contara todo lo que pudiera recordar de la fiesta que celebramos cuando cumplí siete años.

* * *

—No puedo creer que nos pasaran esa película justo antes de cenar —dijo Jesse.

—No fue justo antes de cenar —dijo Thomas—. Luego vinieron los dibujos animados de Bugs Bunny. Además, no estuvo tan mal.

—Sí, bueno, tal vez a ti no te repugne una película sobre una operación de intestino, señor doctor, pero a los demás nos pareció bastante asquerosa.

—¿Significa eso que no quieres tus chuletas? —preguntó Thomas, señalando su plato.

—¿A alguien más le tocó la mujer desnuda que preguntaba por la infancia? —pregunté.

—A mí me tocó un hombre —dijo Susan.

—Una mujer —dijo Harry.

—Un hombre —dijo Jesse.

—Una mujer —dijo Thomas.

—Un hombre —dijo Alan. Todos lo miramos.

—¿Qué? —preguntó Alan—. Soy gay.

—¿Qué sentido tiene? —quise saber—. Lo de la persona desnuda, quiero decir, no que Alan sea gay.

—Gracias —replicó éste escuetamente.

—Están intentando provocar respuestas concretas, eso es todo —dijo Harry—. Todas las pruebas de hoy han sido sobre respuestas emocionales o intelectuales básicas, la base de emociones y habilidades intelectuales más complejas y sutiles. Están intentando calcular cómo pensamos y reaccionamos a nivel primario. La persona desnuda estaba obviamente tratando de evaluaros sexualmente.

—Pero lo que estoy diciendo es qué tiene eso que ver con preguntar por la infancia.

Harry se encogió de hombros.

—¿Qué es el sexo sin un poco de culpa?

—Lo que me jodió fue el tipo que intentó joderme —dijo Thomas—. Juro que estuve a punto de machacarlo. Dijo que los Cubs deberían haber sido descendidos a las ligas menores después de dos siglos sin ganar un campeonato mundial.

—A mí me parece razonable —dijo Susan.

—No empieces tú también —contestó Thomas—. Tíos, os lo advierto: no os metáis con los Cubs.

* * *

Si el primer día fue sobre hazañas del intelecto, el segundo era sobre hazañas de fuerza, o de su falta.

—Aquí tiene una pelota —me dijo un examinador—. Hágala botar. Lo hice. Me dijo que me fuera.

Caminé por una pequeña pista de atletismo. Me pidieron que corriera una distancia corta. Hice algunos ejercicios ligeros. Jugué a un videojuego. Me pidieron que le disparara a un blanco en la pared con una pistola de luz. Nadé (me gustó esa parte; me gusta mucho nadar, siempre que mi cabeza esté sobre el agua). Durante dos horas, me dejaron en una sala de recuperación con varias docenas de personas más y me dijeron que hiciera lo que se me antojara. Jugué un poco al billar y una partida de ping-pong. Y, Dios me ayude, también jugué a la petanca.

En ningún momento sudé siquiera.

—¿Qué puñetas de ejército es éste? —le pregunté al resto de los Vejestorios en el almuerzo.

—Tiene sentido —respondió Harry—. Ayer nos dedicamos al intelecto y la emoción. Hoy ha sido movimiento físico básico. Parecen interesados en las bases de actividades superiores.

—No me parece que el ping-pong sea base de ninguna actividad física superior —dije.

—Coordinación mano-ojo —replicó Harry—. Tiempo. Precisión.

—Y nunca sabes cuándo vas a tener que darle un revés a una granada —intervino Alan.

—Exactamente —convino Harry—. Además, ¿qué queréis que hagan? ¿Que nos obliguen a correr una maratón? Todos nos caeríamos muertos antes de cubrir el primer kilómetro.

—Habla por ti, chavalote —dijo Thomas.

—Rectifico. Nuestro amigo Thomas llegaría al kilómetro cinco antes de que le explotara el corazón. Si no le daba primero un calambre.

—No seas tonto —le espetó Thomas—. Todo el mundo sabe que hay que aumentar la dieta de hidratos de carbono antes de una carrera. Así que voy a por más fettucini.

—No vas a correr una maratón, Thomas —dijo Susan.

—El día es joven —respondió él.

—Lo cierto es que mi horario de actividades está vacío —dijo Jesse—. No tengo nada planeado para el resto del día. Y mañana, lo único que hay es «Concluir las mejoras físicas» desde las 0600 a las 1200 y una asamblea general de reclutas a las 2000, después de la cena.

—Mi horario ha terminado también hasta mañana —intervine yo. Una rápida mirada a la mesa mostró que todos los demás también habían terminado con sus obligaciones—. Bien, ¿qué vamos a hacer para divertirnos?

—Siempre podemos seguir jugando a la petanca —propuso Susan.

—Tengo una idea mejor —intervino Harry—. ¿Alguien tiene planes para las 1500?

Todos negamos con la cabeza.

—Cojonudo —dijo Harry—. Entonces reuníos conmigo aquí. Los Vejestorios vamos a ir de excursión.

* * *

—¿Podemos estar aquí? —preguntó Jesse.

—Claro —respondió Harry—. ¿Por qué no? Y aunque no podamos, ¿qué van a hacer? Todavía no somos militares. No pueden someternos a una corte marcial.

—No, pero pueden lanzarnos por una escotilla.

—No seas tonta. Eso sería una pérdida de aire perfectamente bueno —zanjó él.

Harry nos había conducido hasta una cubierta de observación en la zona colonial de la nave. Y, en efecto, aunque a los reclutas no nos habían dicho específicamente que no podíamos ir a las cubiertas coloniales, tampoco nos

habían dicho que sí podíamos (o que debíamos). Allí, en la cubierta desierta, los siete parecíamos escolares que hacen novillos y se escapan a un show porno.

Cosa que, en cierto sentido, era cierta.

—Durante nuestros pequeños ejercicios de hoy, he entablado conversación con uno de los coloniales —dijo Harry—, y me ha dicho que la *Henry Hudson* va a dar el salto hoy a las 1535. Le he preguntado desde dónde podía verse bien, y me ha mencionado este lugar. Como supongo que ninguno de nosotros ha visto nunca un salto, *pues* aquí estamos, con —Harry miró su PDA—, cuatro minutos de adelanto.

—Lo lamento —se disculpó Thomas—. No pretendía retrasaros a todos. Los fettucini estaban excelentes, pero al parecer mi intestino delgado no era de la misma opinión.

—Por favor, siéntete libre de no compartir ese tipo de información en el futuro, Thomas —dijo Susan—. Todavía no te conocemos tan bien.

—Bien, pero ¿cómo pues vais a conocerme mejor? —se extrañó Thomas.

Nadie se molestó en contestar.

—¿Alguien sabe dónde estamos ahora mismo? En el espacio, quiero decir —pregunté, después de unos momentos de silencio.

—Todavía estamos en el sistema solar —respondió Alan, y señaló el ventanal—. Puede verse porque todavía se distinguen las constelaciones. Mirad, allí está Orión. Si hubiéramos recorrido una distancia importante, las estrellas habrían cambiado su posición relativa en el cielo. Las constelaciones se habrían quedado atrás o serían completamente irreconocibles.

—Y ¿adónde se supone que vamos a saltar? —quiso saber Jesse.

—Al sistema Fénix —respondió Alan—. Pero eso no te diré nada, porque «Fénix» es el nombre del planeta, no de la estrella. De hecho, hay una constelación llamada «Fénix», está allí —la señaló en el cielo—, pero el planeta

Fénix no órbita alrededor de ninguna de las estrellas de esa constelación. Si recuerdo bien, está en cambio en la constelación de Lupus, que se halla más al norte —señaló otro conjunto de estrellas más lejanas—, pero no podemos ver su estrella desde aquí.

—Sabes mucho sobre constelaciones —comentó Jesse, admirada.

—Gracias —contestó Alan—. Cuando era más joven quise ser astrónomo, pero los astrónomos cobran una miseria. Así que me dediqué a la física teórica.

—Y ¿se gana mucho estudiando las nuevas partículas subatómicas? —preguntó Thomas.

—Bueno, no —admitió Alan—. Pero desarrollé una teoría que ayudó a la compañía para la que trabajaba a crear un nuevo sistema condensador de

energía para los barcos. Según el plan incentivador de beneficios compartidos me correspondió un uno por ciento de los beneficios, lo que resultó ser más dinero del que podía gastar, y, creedme, me esforcé seriamente para conseguirlo.

—Debe de ser bonito ser rico —reflexionó Susan.

—No está mal —admitió Alan—. Naturalmente, ahora ya no soy rico. Cuando te enrolas, renuncias a todo. Y pierdes también otras cosas. Quiero decir que, dentro de un minuto, todo el tiempo que invertí memorizando las constelaciones habrá sido un esfuerzo baldío. No hay ningún Orión, ni ninguna Osa Menor ni ninguna Casiopea a donde vamos. Puede parecer estúpido, pero es muy posible que eche más de menos las constelaciones que el dinero. Siempre se puede ganar más dinero, sin embargo, no vamos a regresar aquí. Es la última vez que veré a estas viejas amigas.

Susan se acercó y le pasó un brazo por el hombro. Harry miró su PDA.

—Allá vamos —dijo, y empezó una cuenta atrás. Cuando llegó al uno, todos miramos por el ventanal.

No fue dramático. Un segundo estábamos mirando un cielo lleno de estrellas. Al siguiente, estábamos mirando otro. De haber parpadeado, nos lo habríamos perdido. Y, sin embargo, se notaba que era un cielo completamente distinto. Tal vez no tuviéramos el conocimiento de Alan sobre las constelaciones, pero la mayoría de nosotros sabía localizar Orión y la Osa Mayor en el cielo. Ahora no se veían por ninguna parte, una ausencia sutil y sin embargo sustancial. Miré a Alan. Permanecía de pie, como una columna, la mano en la mano de Susan.

—Estamos virando —nos hizo notar Thomas.

En efecto, vimos cómo las estrellas se deslizaban en sentido contrario a las agujas del reloj mientras la *Henry Hudson* cambiaba de rumbo. De repente, el enorme brazo azul del planeta Fénix flotó sobre nosotros. Y por encima (o por debajo, según nuestra orientación) había una estación espacial tan grande, tan enorme, y tan repleta de actividad, que lo único que pudimos hacer fue quedarnos mirando boquiabiertos.

Finalmente, alguien habló. Y, para sorpresa de todos, fue Maggie.

—¿Habéis visto eso? —dijo.

Todos nos volvimos a mirarla. Lo que claramente la incomodó.

—No soy muda —espetó—. No hablo mucho, pero esto se merece algún tipo de comentario.

—Y que lo digas —convino Thomas, volviéndose a mirarlo—. Hace que la Estación Colonial parezca un montón de vómito.

—¿Cuántas naves ves? —me preguntó Jesse.

—No sé —contesté—. Docenas. Podría haber cientos, por lo que parece. Ni siquiera sabía que existieran tantas naves espaciales.

—Si alguno de nosotros pensaba todavía que la Tierra es el centro del universo —dijo Harry—, ahora sería un momento excelente para revisar esa teoría.

Todos nos quedamos mirando el nuevo mundo a través del ventanal.

* * *

Mi PDA sonó y me despertó a las 0545, cosa que era llamativa, porque lo había programado para que me despertara a las 0600. La pantalla destellaba; mostraba un mensaje que decía urgente. Lo pulsé.

- -

ANUNCIO:

Desde las 0600 a las 1200 llevaremos a cabo el régimen de mejora física para todos los reclutas. Para facilitar el proceso, se requiere que todos los reclutas permanezcan en sus camarotes hasta que lleguen los oficiales coloniales que los escoltarán hasta sus sesiones de mejora física. Para facilitar este proceso, las puertas de los camarotes se cerrarán a las 0600. Por favor, aprovechen el rato hasta entonces para hacer todo lo que requiera el uso de los lavabos y otras áreas fuera de sus camarotes. Si después de las 0600 necesitan usar los lavabos, contacten con el personal colonial de su cubierta a través de sus PDA.

Se les notificará su cita con quince minutos de antelación; por favor, estén vestidos y preparados cuando los oficiales coloniales lleguen a su puerta. No se servirá el desayuno; el almuerzo y la cena se servirán a la hora habitual.

- -

A mi edad, no hay que decirme dos veces que haga pis; fui a los lavabos y esperé que mi cita fuera más temprano que tarde, para no tener que pedir permiso para ir al baño de nuevo.

Mi cita no fue ni temprano ni tarde: a las 0900, mi PDA me alertó, y a las 0915 llamaron bruscamente a mi puerta y una voz de hombre pronunció mi nombre. Abrí y me encontré con dos coloniales. Me dieron permiso para hacer una paradita rápida en el lavabo, y luego los seguí hasta la sala de espera del doctor Russell, donde aguardé brevemente antes de que me permitieran pasar a la sala de reconocimiento.

—Señor Perry, me alegro de volver a verlo —dijo él, extendiendo la mano.

Los coloniales que me acompañaban se marcharon por la otra puerta—. Por favor, acomódese en el nicho.

—La última vez que lo hice, me clavó varios miles de trozos de metal en la cabeza —le recordé—. Perdóneme si no me entusiasma demasiado la idea de volver a meterme ahí dentro.

—Comprendo —dijo el doctor Russell—. Sin embargo, hoy va a ser indoloro. Y andamos cortos de tiempo, así que, por favor... —Señaló el nicho.

Obedecí, reacio.

—Si siento, aunque sea una cosquillita, le pegaré —advertí.

—Muy justo —dijo el doctor Russell mientras cerraba la puerta del nicho. Advertí que, al contrario de la última vez, el doctor Russell echó el cerrojo: tal vez se estaba tomando la amenaza en serio. No me importó—. Dígame, señor

Perry —preguntó mientras cerraba la puerta—, ¿qué le han parecido este último par de días?

—Han sido confusos e irritantes. Si hubiera sabido que iban a tratarme como a un parvulito, probablemente no me habría enrolado.

—Es lo que dice todo el mundo. Así que déjeme explicarle un poco lo que intentamos hacer. Les instalamos el grupo de sensores por dos motivos. Primero, como puede haber imaginado, estamos siguiendo su actividad cerebral mientras ejecuta varias funciones básicas y experimenta ciertas emociones primarias. Todos los cerebros humanos procesan la información más o menos del mismo modo, pero al mismo tiempo, cada persona usa ciertos caminos que son únicos. Digamos que es lo mismo que decir que todos los humanos tienen cinco dedos, pero cada uno tiene su propio conjunto de huellas dactilares. Lo que hemos intentado hacer es aislar su «huella» mental. ¿Tiene sentido?

Asentí.

—Bien. Ahora ya sabe por qué lo tuvimos haciendo cosas ridículas y estúpidas durante dos días.

—Como hablar con una mujer desnuda de mi fiesta de cuando cumplí siete años.

—Obtuvimos un montón de información útil de ese día —dijo el doctor Russell.

—No veo cómo.

—Es algo técnico —zanjó él—. En cualquier caso, el último par de días nos ha dado una buena idea de cómo usa su cerebro los caminos neuronales y procesa todos los estímulos, y ésa es una información que podemos usar como molde.

Antes de que yo pudiera preguntar «como molde de qué», el doctor Russell continuó:

—Segundo, el grupo de sensores no se limita a registrar lo que hace su cerebro, también puede transmitir una representación en tiempo real de la actividad del mismo. O, por expresarlo de otra forma, puede transmitir su conciencia. Esto es importante, porque, al contrario de los procesos mentales específicos, la conciencia no se puede grabar. Si va a transferirse, tiene que estar viva.

—¿Transferirse? —me extrañé.

—Eso es.

—¿Le importa que le pregunte de qué demonios está hablando? El doctor Russell sonrió.

—Señor Perry, cuando usted firmó para unirse al ejército, pensó que le devolveríamos la juventud, ¿verdad?

—Sí —dije—. Es lo que piensa todo el mundo. No se puede librar una guerra con viejos, y sin embargo los reclutan. Tienen que tener algún medio para hacer que vuelvan a ser jóvenes.

—¿Cómo cree que lo hacemos? —preguntó el doctor Russell.

—No lo sé. Terapia genética. Partes clonadas. Cambian partes viejas y de algún modo las sustituyen por otras nuevas.

—Tiene razón a medias —asintió el doctor—. Usamos terapia genética y recambios clónicos. Pero no cambiamos nada, excepto a usted.

—No comprendo —dije. Sentí mucho vértigo, como si me estuvieran quitando el suelo de debajo de los pies.

—Su cuerpo es *viejo*, señor Perry. Está gastado y no funcionará mucho más tiempo. No tiene sentido intentar salvarlo o mejorarlo. No es algo que gane valor con la edad o tenga partes sustituibles que puedan seguir funcionando como nuevas. Lo único que un cuerpo humano hace cuando envejece es envejecer. Así que vamos a librarnos de él. Vamos a librarnos de todo. Sólo vamos a salvar lo que no se ha deteriorado: su mente, su conciencia, su sentido del yo.

El doctor Russell se acercó a la puerta del fondo por donde se habían marchado los coloniales, y llamó. Entonces se volvió hacia mí.

—Eche un buen vistazo a su cuerpo, señor Perry —me aconsejó—. Porque está a punto de decirle adiós. Va a irse a otra parte.

—¿Adónde voy a ir, doctor Russell? —pregunté. Apenas tenía suficiente saliva como para hablar.

—Va a ir aquí —dijo, y abrió la puerta.

Desde el otro lado, los coloniales volvieron de nuevo. Uno de ellos empujaba una silla de ruedas con alguien sentado. Estiré el cuello para echarle un vistazo, y empecé a temblar.

Era yo.

Hacía cincuenta años.

—Ahora quiero que se relaje —me dijo el doctor Russell.

Los coloniales habían conducido a mi yo más joven hasta el otro nicho y estaban a punto de meterlo dentro. Aquella cosa, él o yo o lo que fuera, no ofreció ninguna resistencia: bien podrían haber estado manipulando a alguien en coma. O *un cadáver*. Yo estaba fascinado. Y horrorizado. Una vocecita en mi cerebro me decía que menos mal que había ido al baño antes de entrar, o de lo contrario me estaría meando por la pata abajo.

—¿Cómo...? —empecé a decir, y me atraganté. Mi boca estaba demasiado seca para hablar.

El doctor Russell se dirigió a uno de los coloniales, el cual se marchó y regresó con un vaso de agua. El doctor lo sostuvo mientras yo bebía, porque no creo que yo hubiera podido hacerlo solo. Me habló entretanto.

—«¿Cómo?» suele referirse a una de dos preguntas —dijo—. La primera es: ¿Cómo consiguieron hacer una versión más joven de mí? La respuesta es que hace diez años tomamos una muestra genética y la usamos para crear su nuevo cuerpo. —Retiró el vaso.

—Un clon —dije por fin.

—No. No exactamente. El ADN ha sido ampliamente modificado. Puede ver la diferencia más obvia: la nueva piel de su cuerpo.

Miré de nuevo y me di cuenta de que, con el choque de verme replicado, había pasado por alto una diferencia bastante obvia y chocante.

—Es *verde* —dije.

—Usted es verde, querrá decir —puntualizó el doctor Russell—. O lo será dentro de unos cinco minutos. Así que ésa es una de las repuestas. La segunda pregunta es: «¿Cómo van a meterme ahí dentro?» —Y señaló mi doble de piel verde—. La respuesta a eso es que vamos a transferir su conciencia.

—¿Cómo? —me repetí.

—Cogemos la representación de la actividad cerebral que producen sus sensores y la enviamos, junto con usted, allí —respondió el doctor Russell—. Hemos tomado la pauta de información cerebral que ha ido usted produciendo a lo largo del último par de días y la hemos usado para preparar su nuevo cerebro para su conciencia, así que, cuando le enviemos, usted no se sentirá extraño. Le estoy ofreciendo la versión simplificada, naturalmente: todo es mucho más complicado. Pero por el momento valdrá. Ahora, vamos a enchufarlo.

El doctor Russell extendió la mano y empezó a manipular el brazo del nido sobre mi cabeza. Yo traté de retirar la cabeza, así que se detuvo.

—No vamos a colocarle nada esta vez, señor Perry —dijo—. El casquete inyector ha sido sustituido por un amplificador de señales. No hay nada de qué preocuparse.

—Lo siento —me disculpé, y volví a colocar la cabeza en su sitio.

—No se preocupe —contestó el doctor Russell—. Se lo está tomando mejor que la mayoría de los reclutas. El tipo que iba antes que usted ha gritado como un cerdo y luego se ha desmayado. Hemos tenido que transferirlo inconsciente. Va a despertarse joven, verde y muy, muy alterado. Confíe en mí, es usted un encanto.

Sonreí, y miré al cuerpo que pronto sería yo.

—¿Dónde está su casquete? —pregunté.

—No lo necesita —respondió el doctor Russell, y empezó a teclear en su PDA—. Como decía, su cuerpo ha sido ampliamente modificado.

—Eso parece ominoso.

—Se sentirá muy distinto cuando esté dentro. —El doctor Russell terminó de jugar con su PDA y se volvió hacia mí—. Muy bien, estamos preparados.

Déjeme que le cuente lo que va a suceder a continuación.

—Por favor —dije.

Le dio la vuelta al PDA.

—Cuando pulse este botón —indicó un botón en la pantalla—, sus sensores empezarán a transmitir su actividad cerebral al amplificador. Una vez haya sido suficientemente cartografiada, conectaré *este* nicho a un banco de ordenadores especializado. Al mismo tiempo, una conexión similar se abrirá en su nuevo cerebro de allí. Cuando las conexiones encajen, transferiremos su conciencia a su nuevo cerebro. En cuanto la actividad cerebral se asiente en su nuevo cerebro, cortaremos la conexión, y allí estará, en su nuevo cerebro y en su nuevo cuerpo. ¿Alguna pregunta?

—¿Falla alguna vez este procedimiento?

—Tenía que hacer esa pregunta —suspiró el doctor Russell—. La respuesta es sí. En raras ocasiones puede salir mal. Sin embargo, es extremadamente raro. Llevo haciendo esto veinte años, miles de transferencias, y sólo he perdido a alguien una vez. La mujer tuvo un colapso masivo durante el proceso de transferencia. Sus pautas cerebrales se volvieron caóticas y la conciencia no se transfirió. Todos los demás han salido bien.

—Así que, mientras no me muera, viviré —dije.

—Una forma interesante de expresarlo. Pero sí, es adecuada.

—¿Cómo saben cuándo se ha transferido la conciencia?

—Lo sabremos con esto. —El doctor Russell dio un golpecito a su PDA—. Y lo sabremos porque usted nos lo dirá. Confíe en mí, usted lo sabrá.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté—. ¿Se lo han hecho alguna vez? ¿Ha sido transferido?

El doctor Russell sonrió.

—Pues la verdad es que sí —dijo—. Dos veces, en realidad.

—Pero no es usted verde.

—Esta es la segunda transferencia. No tendrá que ser verde eternamente —explicó, casi con tristeza. Entonces parpadeó y volvió a mirar su PDA—. Me temo que ahora tendremos que dejarnos de preguntas, señor Perry, ya que tengo varios reclutas más que atender después de usted. ¿Está preparado para empezar?

—Demonios, no, no estoy preparado. Estoy tan asustado que el vientre está a punto de soltárseme.

—Entonces déjeme que lo formule de otra forma —propuso el doctor Russell—: ¿está preparado para acabar?

—Dios, sí.

—Entonces hagámoslo —dijo, y pulsó la pantalla de su PDA.

El nicho emitió un leve *thunk* cuando algo se conectó físicamente en su interior. Miré al doctor Russell.

—El amplificador —me aclaró—. Esta parte durará un momentito.

Gruñí expresando mi acuerdo y miré mi nuevo yo. Estaba dentro de su nicho, inmóvil, como una figura de cera a la que alguien hubiera rociado con pintura verde durante el proceso de moldeado. Se parecía a mí hacía tanto tiempo... En realidad tenía mejor aspecto que yo, que nunca fui el joven más atlético del barrio. En cambio él parecía tener los músculos de un nadador olímpico. Y un montón de pelo en la cabeza.

Ni siquiera podía imaginarme en ese cuerpo.

—Estamos en plena resolución —dijo el doctor Russell—. Abriendo la conexión —tecleó en su PDA.

Hubo una leve sacudida, y de repente pareció como si se abriera un gran espacio resonante dentro de mi cerebro.

—¡Uau! —exclamé.

—¿Nota eco? —preguntó el doctor Russell. Yo asentí—. Son los ordenadores. Su conciencia está percibiendo el pequeño lapso temporal entre aquí y allí. Nada de lo que preocuparse. Muy bien, abriendo la conexión entre el nuevo cuerpo y el banco de datos de los ordenadores.

Otro tecleo en el PDA.

En su nicho, mi nuevo yo abrió los ojos.

—Lo conseguí —dijo el doctor Russell.

—Tiene ojos de gato —comenté.

—*Usted* tiene ojos de gato. Ambas conexiones son claras y libres de interferencias. Voy a empezar la transferencia ahora. Va a sentirte un poco desorientado.

Un golpecito en el PDA...

... y caí
al fooooooooooooooooooooooooooooooooooooo
(sentí como si me empujaran con fuerza a través de un fino somier)
y todos los recuerdos que tenía me golpearon en la cara como si fueran
una pared de ladrillo
un claro destello de estar de pie ante el altar
ver a Kathy caminando por el pasillo
advertir que su pie pisaba la parte delantera del vestido
una pequeña vacilación en su paso
luego se corrigió con gracia
y me sonrió como diciendo
«como si eso fuera a detenerme»

**otro destello de Kathy «dónde demonios he puesto la vainilla»*
*y luego el golpe del cuenco contra el suelo de la cocina**

(maldición Kathy)

Y luego ahí estoy *yo* otra vez, mirando la sala, sintiéndome mareado y viendo la cara del doctor Russell, y también su coronilla, y pensando para mí, «joder, qué buen truco», y parece que tengo ese pensamiento en estéreo.

Y entonces lo comprendo. Estoy en dos sitios a la vez.

Sonrío y veo al viejo *yo* y al nuevo *yo* sonreír simultáneamente.

—Estoy rompiendo las leyes de la física —le digo al doctor Russell desde dos bocas.

—Está dentro —me dice él.

Y entonces pulsa ese maldito PDA suyo. Y de nuevo hay un solo *yo*.

El *otro yo*. Lo sé, porque ya no estoy mirando al nuevo *yo*, estoy mirando al viejo.

Y él me mira como si supiera que algo verdaderamente extraño acaba de suceder.

Y entonces su mirada parece decir: «Ya no soy necesario.» Y cierra los ojos.

* * *

—Señor Perry —oí llamarme al doctor Russell. Luego lo repitió, y después me dio una palmadita en la mejilla.

—Sí —contesté—. Estoy aquí. Lo siento.

—¿Cuál es su nombre completo, señor Perry? Lo pensé durante un segundo.

—John Nicholas Perry.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—El diez de junio.

—¿Cómo se llamaba su maestra de segundo curso? Miré directamente al doctor Russell.

—Joder, hombre. Ni siquiera podía acordarme de eso cuando estaba en mi cuerpo viejo.

El doctor Russell sonrió.

—Bienvenido a su nueva vida, señor Perry. Ha pasado con sobresaliente. — Quitó el cerrojo a la puerta del nido y abrió la puerta—. Salga, por favor.

Coloqué mis manos (mis manos verdes) junto a mis piernas y me impulsé hacia afuera. Avancé el pie derecho y me tambaleé un poco. El doctor Russell avanzó rápidamente, se colocó junto a mí y me sujetó.

—Con cuidado —me aconsejó—. Ha sido usted un anciano durante bastante tiempo. Le costará un poco recordar lo que es estar en un cuerpo joven.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, para empezar, puede enderezarse.

Tenía razón. Estaba levemente encorvado (niños, tomad todos los días vuestra leche). Me endecé, y di otro paso adelante. Y otro. Buena noticia, me acordaba de caminar. Mostré una sonrisa digna de un escolar mientras avanzaba por la sala.

—¿Cómo se siente? —preguntó el doctor Russell.

—Me siento *joven* —dije, sin pasarme de alegre.

—Así debería ser —comentó él—. Este cuerpo tiene una edad biológica de veinte años. En realidad es más joven, podemos hacerlos crecer más rápido hoy en día.

Di un salto de prueba y sentí como si hubiera recorrido la mitad de la distancia que me separaba de la Tierra.

—Ahora ni siquiera soy lo bastante mayor como para poder beber —dije.

—En su interior todavía tiene setenta y cinco años.

Y eso hizo que dejara de saltar y me acercara a mi antiguo cuerpo, que reposaba en el nicho. Parecía triste y arrugado, como un maletín viejo. Toqué mi antigua cara. Estaba cálida, y noté que respiraba. Retrocedí.

—Todavía está *vivo* —dije, dando un paso atrás.

—Muerte cerebral —explicó el doctor Russell rápidamente—. Todas sus funciones cognitivas se han transferido. Al acabar, he desconectado este cerebro. Ahora funciona en modo automático: respira y bombea sangre,

pero nada más, y aun eso de manera provisional. Por sus propios medios, morirá dentro de unos días.

Me acerqué a mi antiguo cuerpo.

—¿Qué va a sucederle? —pregunté.

—De momento lo archivaremos —contestó él—. Señor Perry, odio meterle prisa, pero es hora de que regrese a su habitación para que yo pueda continuar mi trabajo con otros reclutas. Tenemos unos cuantos por delante hasta mediodía.

—Tengo algunas preguntas sobre este cuerpo.

—Hay un folleto —dijo él—. Haré que lo descarguen en su PDA.

—Vaya, gracias.

—De nada —respondió el doctor Russell, e hizo un gesto hacia los coloniales—. Estos hombres lo escoltarán de vuelta a su habitación.

Enhorabuena de nuevo.

Me acerqué a los coloniales, y nos volvimos para marcharnos. Entonces me detuve.

—Espere —dije—. Me olvidaba de algo.

Me acerqué de nuevo a mi viejo cuerpo, todavía dentro del nicho. Miré al doctor Russell y señalé la puerta.

—Necesito abrirla.

El doctor Russell asintió. Quitó el cerrojo, la abrí, y cogí la mano de mi antiguo cuerpo. En el dedo llevaba un sencillo anillo de oro. Se lo quité y me lo puse. Luego acaricié mi antiguo rostro con mis manos nuevas.

—Gracias —me dije—. Gracias por todo. Después, salí con los coloniales.

* * *

SU NUEVO YO

*Una introducción a su nuevo cuerpo,
para reclutas de las Fuerzas de Defensa Coloniales
bajo el mando de Genética Colonial.*

¡Dos siglos construyendo cuerpos mejores!

(Ésta era la portada del folleto que me esperaba en mi PDA. Tendrán que imaginarlo con la ilustración, que repetía el famoso estudio de Da Vinci sobre el cuerpo humano, sólo que con un hombre verde desnudo en vez del otro tipo. Pero continuemos.)

A estas alturas, ha recibido usted ya su nuevo cuerpo de las Fuerzas de Defensa Coloniales. ¡Enhorabuena! Ese cuerpo es el resultado de décadas de refinamiento por parte de los científicos e ingenieros de Genética Colonial, y está optimizado para las rigurosas exigencias del servicio de las FDC.

Este documento le servirá de breve introducción sobre las importantes características y funciones de su nuevo cuerpo, y proporcionará respuestas a algunas de las preguntas más comunes que los reclutas se hacen sobre sus nuevos cuerpos.

NO SÓLO UN NUEVO CUERPO: UN CUERPO MEJOR

Seguramente habrá advertido el color verde de su nuevo cuerpo. No es un asunto meramente cosmético. Su nueva piel (Kloraderm™) lleva clorofila para proporcionarle una fuente extra de energía y optimizar el uso de su cuerpo tanto con oxígeno como con dióxido de carbono. El resultado: se sentirá más fresco durante más tiempo... ¡y podrá llevar a cabo mejor sus deberes como soldado de las FDC! Esto es sólo el principio de las mejoras. Aquí hay algunas otras.

- *El tejido de su sangre ha sido sustituido por SangreSabia™, ¡un revolucionario sistema que multiplica por cuatro la capacidad de transportar oxígeno mientras protege su cuerpo de enfermedades, toxinas y muerte por pérdida de tejido sanguíneo!*
- *¡Nuestra tecnología patentada OjosdeGato™ le proporciona una visión que hay que ver para creer! Aumenta su nivel de bastones y conos para proporcionarle una mejor resolución de imagen de la que puede conseguirse con la mayoría de los sistemas evolucionados naturalmente, mientras amplificadores de luz especialmente diseñados le permiten ver con claridad en situaciones de baja luz extrema.*
- *Nuestro conjunto de amplificadores sensoriales SentidoIncomún™ le permiten tocar, oler, oír y saborear como nunca antes, y nuestras conexiones expandidas y optimizadas de nervios aumentan sus umbrales de percepción en todas las categorías sensoriales. ¡Sentirá la diferencia desde el primer día!*
- *¿Hasta qué punto quiere ser fuerte? Con la tecnología BrazoFuerte™ que potencia la fuerza muscular natural y el tiempo de reacción, será más fuerte y más rápido de lo que nunca creyó posible: tanto que, por ley, Genética Colonial no puede vender esta tecnología en el libre mercado al consumidor. ¡Es una exclusiva para ustedes, reclutas!*
- *¡Nunca volverá a estar desconectado! Nunca perderá su ordenador CerebroAmigo™, porque reside dentro de su propio cerebro. Nuestra Interfaz Adaptativa Asistencial trabaja con usted para que pueda acceder a su CerebroAmigo™ de la manera que quiera. Su CerebroAmigo™ también sirve para coordinar tecnologías no orgánicas dentro de su propio cuerpo, como SangreSabia™. Los soldados de las FDC se pirran por esta sorprendente pieza de tecnología..., y lo mismo le pasará a usted.*

LA CONSTRUCCIÓN DE UN CUERPO MEJOR

Sin duda le sorprenderá cuántas cosas puede hacer su nuevo cuerpo. Pero ¿se ha preguntado cómo fue diseñado? Puede que le interese saber que su cuerpo es el último modelo de una serie de cuerpos avanzados y mejorados diseñados por Genética Colonial. A través de tecnología exclusiva, adaptamos la información genética de otras especies y lo último en tecnologías de miniaturización robótica para mejorar su nuevo cuerpo. ¡Es un trabajo difícil, pero se alegrará de que hayamos hecho el esfuerzo!

Desde nuestras primeras mejoras hace casi dos siglos, hemos ido avanzando progresivamente en nuestro trabajo. Para introducir cambios y mejoras, primero nos basamos en técnicas de modelado informático de vanguardia para simular en todo el sistema corporal los efectos de cada mejora propuesta. Las mejoras que pasan este proceso se prueban luego en modelos biológicos. Entonces y sólo entonces, se incorporan al diseño corporal final, integrado con el ADN «de arranque» que usted proporciona. ¡Descanse con la tranquilidad de que cada mejora corporal es segura y está testada y diseñada para crear un cuerpo mejor para usted!

PREGUNTAS COMUNES SOBRE SU NUEVO CUERPO

1. ¿Tiene mi nuevo cuerpo un nombre de marca?

¡Sí! Su nuevo cuerpo es el conocido como Serie Defensa XII, modelo «Hércules». Técnicamente, Modelo CG/FDC 12, Revisión 1.2.11. Este modelo corporal es exclusivo de las Fuerzas de Defensa Coloniales. Cada cuerpo tiene su propio número de modelo por motivos de mantenimiento. Puede acceder a su número a través de su CerebroAmigo™. ¡No se preocupe, podrá seguir usando su nombre corriente para asuntos cotidianos!

2. ¿Mi nuevo cuerpo envejece?

El cuerpo de la Serie Defensa está diseñado para proporcionar a las FDC un rendimiento óptimo durante toda su vida activa. Para ello, se emplean técnicas regenerativas avanzadas a nivel genético de cara a reducir las tendencias entrópicas naturales. Con un régimen básico de mantenimiento, su nuevo cuerpo permanecerá en estado óptimo mientras usted lo ocupa. También descubrirá que las heridas y averías se corrigen rápidamente... ¡podrá estar de nuevo de pie y corriendo en un santiamén!

3. ¿Puedo transmitir estas sorprendentes mejoras a mis hijos?

No. Su cuerpo y sus sistemas biológicos y tecnológicos están patentados por Genética Colonial y no pueden ser transmitidos sin permiso. Además, debido a la naturaleza extensiva de las mejoras de la Serie Defensa, su ADN ya no es compatible con los humanos no modificados, y las pruebas de laboratorio indican que el apareamiento de la Serie Defensa crea incompatibilidades letales para el embrión. Por otra parte, las FDC consideran que la capacidad de transmisión de información genética no es esencial para la misión de los

soldados; por tanto, cada modelo Defensa entregado es estéril, aunque otras capacidades funcionales relacionadas permanezcan intactas.

4. Me preocupan las implicaciones teológicas de este cuerpo nuevo.
¿Qué debo hacer?

Aunque ni Genética Colonial ni las FDC tienen una postura oficial respecto a las ramificaciones teológicas o psicológicas de la transferencia de conciencia de un cuerpo a otro, comprendemos que muchos reclutas puedan albergar preguntas o preocupaciones. Cada transporte de reclutas viene equipado con sacerdotes representantes de las principales religiones terrestres y un complemento adicional de terapeutas psicológicos. Les animamos a buscarlos y discutir sus dudas con ellos.

5. ¿Cuánto tiempo permaneceré en mi nuevo cuerpo?

Los cuerpos de la Serie Defensa están diseñados para ser usados en las FDC; mientras permanezcan en ellas, podrá usar y disfrutar las mejoras tecnológicas y biológicas de este nuevo cuerpo. Cuando deje las FDC, se le proporcionará un nuevo cuerpo humano sin alterar, basado en su ADN original.

¡Todo el personal de Genética Colonial le felicita por su nuevo cuerpo! Sabemos que le será útil durante su servicio en las Fuerzas de Defensa Coloniales. Gracias por su servicio a las colonias, y disfrute... de su nuevo cuerpo.

* * *

Solté el PDA, me dirigí al lavabo del camarote, y contemplé mi nuevo rostro en el espejo.

Era imposible ignorar los ojos. Mi antiguo cuerpo tenía ojos marrones: marrón oscuro, pero con interesantes motas doradas. Kathy solía decirme que había leído que las motitas de color en el iris no eran más que tejido graso adicional. Así que yo tenía unos ojos gordos.

Si aquellos ojos eran gordos, éstos eran decididamente obesos. Eran dorados desde la pupila hacia el borde, donde viraban hacia el verde. El final del iris era de un profundo esmeralda; punzadas de ese color corrían hacia las pupilas, que en sí eran hendidas, estrechadas en ese momento por la luz que procedía directamente del espejo. Apagué esa luz y también la luz del techo; la única iluminación de la habitación era la pequeña pantalla del PDA.

Mis antiguos ojos nunca habrían podido distinguirla. Mis nuevos ojos tardaron un momento en ajustarse. La habitación estaba innegablemente a oscuras, pero yo podía distinguir todos los objetos con claridad. Volví al espejo y miré: ahora tenía los ojos dilatados como si hubiera tomado belladona. Volví a encender la luz del lavabo y vi cómo mis pupilas se contraían a sorprendente velocidad.

Me quité la ropa y eché un primer vistazo real a mi nuevo cuerpo. Mi primera impresión resultó ser correcta: a falta de término mejor, estaba hecho un cachas. Me pasé la mano por el pecho y el estómago, liso como una tabla.

Nunca había sido así de atlético en toda mi vida. No tenía ni idea de cómo habían conseguido hacer que mi nuevo yo estuviera tan en forma. Me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta volver a adquirir la forma regordeta que había tenido durante mis veintitantos años reales. Entonces me pregunté, dado lo mucho que habían trasteado con el ADN de mi cuerpo, si era posible siquiera engordar. Esperé que no. Me gustaba mi nuevo yo.

Oh, y era enteramente lampiño de pestañas para abajo.

Quiero decir *lampiño* de verdad: ni un pelo en ninguna parte. Brazos pelados, piernas peladas, espalda pelada (no es que yo no la tuviera pelada antes, ejem), partes privadas peladas. Me froté la barbilla para ver si había rastro de barba. Lisa como el culito de un bebé. O como mi propio culo, ahora. Me miré el paquete; para ser sincero, sin pelo parecía un poco mustio. El pelo de mi cabeza era tupido, pero de un castaño corriente. Eso no había cambiado mucho desde mi anterior encarnación.

Me coloqué la mano ante la cara para mirar el tono de piel. Era verde claro, no chillón, lo cual era bueno; no creo que hubiera podido soportar ser verde fosforito. La piel tenía un tono uniforme en todo el cuerpo, aunque mis pezones y la punta de mi pene eran ligeramente más oscuros. Básicamente, parecía tener el mismo contraste de colores que antes, sólo que en un tono distinto. Una cosa que sí advertí, sin embargo, es que se me notaban más las venas, que eran grisáceas. Sospecho que el color que tenga la SangreSabia™ (fuera lo que fuese eso en realidad), no era rojo sangre. Volví a vestirme.

Mi PDA sonó. Lo miré. Tenía un mensaje en espera.

Ahora tiene acceso a su sistema informático CerebroAmigo™ —decía—. ¿Le gustaría activarlo en este momento?

Había botones en la pantalla para SÍ y para NO. Elegí SÍ.

De repente, una voz rica, grave y tranquilizadora surgió de ninguna parte. Casi salí despedido de mi nueva piel verde.

:::¡Hola! —dijo—. ¡Estás interactuando con tu ordenador interno CerebroAmigo, con la Interfaz Adaptativa Asistencial! ¡No te alarmes! Gracias a la integración CerebroAmigo, la voz que ahora oyes está siendo generada directamente a los centros auditivos de tu cerebro.

«Magnífico —pensé—. Ahora tengo otra voz dentro de mi cabeza.»

:::Después de esta breve sesión introductoria, puedes desconectar la voz en cualquier momento. Comenzaremos con algunas opciones que puedes elegir respondiendo «sí» o «no». En este punto, a tu CerebroAmigo le gustaría que dijeras «sí» y «no» cuando se te indique, para que así pueda aprender a reconocer esta respuesta. Así que, cuando estés preparado, di por favor la palabra «sí». Puedes decirla cuando quieras.

La voz se detuvo. Yo vacilé, un poco aturdido.

:::Por favor, di «sí» ahora —repitió la voz.

—¡Sí! —dije, un poco sobresaltado.

:::Gracias por decir «sí». Ahora, por favor, di «no».

—No —obedecí, y durante un instante me pregunté si el CerebroAmigo™ pensaría que estaba diciendo «no» a su petición, se enfadaría y freiría mi cerebro en sus propios jugos.

:::Gracias por decir «no» —expresó la voz, demostrando que era un poco literal—. A medida que progresemos, descubrirás que, con el tiempo *no* necesitarás verbalizar estas órdenes para que tu CerebroAmigo responda a ellas. En este momento tienes la opción de continuar en audio o bien de pasar a una interfaz de texto. ¿Preferirías pasar ahora a una interfaz de texto?

—Dios, sí —dije.

:::Ahora continuaremos con una interfaz de texto —y una línea de texto flotó directamente ante mi línea de visión. El texto quedaba perfectamente contrastado contra lo que yo estaba mirando. Moví la cabeza, y el texto permaneció justo en el centro, y su contraste cambió para que siguiera siendo perfectamente legible en todo momento. La leche.

»Se recomienda que, durante tu sesión inicial, permanezcas sentado para evitar hacerte daño —escribió el CerebroAmigo—. Por favor, siéntate ahora. —Me senté.

»Durante tus sesiones iniciales con tu CerebroAmigo™, te resultará más fácil comunicarte verbalizando. Para ayudar al CerebroAmigo™ a comprender tus preguntas, le enseñaremos ahora a comprender tu voz mientras habla. Por favor, pronuncia los siguientes fonemas.

En mi campo de visión se desplegó una lista de fonemas. Los leí de derecha a izquierda. El CerebroAmigo me pidió pronunciar una serie de frases cortas. Lo hice.

»Gracias —escribió el CerebroAmigo—. Tu CerebroAmigo™ podrá seguir ahora indicaciones por el sonido de tu voz. ¿Te gustaría personalizar ahora tu CerebroAmigo™?

—Sí —respondí.

:::Muchos usuarios de CerebroAmigo™ encuentran útil darle un nombre a su CerebroAmigo™ aparte de CerebroAmigo™. ¿Te gustaría ponerle un nombre a tu CerebroAmigo™ en este momento?

—Sí.

:::Por favor, pronuncia el nombre que te gustaría darle a tu CerebroAmigo™.

—«Gilipollas» —contesté.

:::Has seleccionado «Gilipollas» —escribió el CerebroAmigo, y hay que reconocerle que lo escribió correctamente—. Ten en cuenta que muchos reclutas han seleccionado ese nombre para su CerebroAmigo™. ¿Te gustaría elegir un nombre distinto?

—No —dije, y me enorgullecí de que muchos de mis compañeros reclutas también pensarán lo mismo sobre su CerebroAmigo.

:::Tu CerebroAmigo™ es ahora Gilipollas —escribió el CerebroAmigo—.

Puedes cambiar este nombre en el futuro si quieres. Ahora debes elegir una frase de acceso para activar a Gilipollas. Por favor, escoge una frase corta. Gilipollas sugiere «Activa Gilipollas», pero puedes elegir otra. Por favor, di ahora tu frase de activación.

—«Hola, Gilipollas» —dije.

:::Has elegido «Hola, Gilipollas». Por favor, vuelve a decirlo para confirmarlo.

Lo hice. Entonces me pidió que eligiera una frase de desactivación. Elegí (naturalmente): «Lárgate, Gilipollas.»

:::¿Te gustaría que Gilipollas se refiriera a sí mismo en primera persona?

—Por supuesto —confirmé.

:::Soy Gilipollas.

—Pues claro que lo eres.

:::Espero tu lista de órdenes o preguntas.

—¿Eres inteligente? —pregunté.

:::Estoy equipado con un procesador natural de lenguaje y otros sistemas para comprender preguntas y comentarios y proporcionar respuestas, lo cual da a menudo la apariencia de inteligencia, sobre todo cuando se conecta con grandes redes informáticas. Sin embargo, los sistemas CerebroAmigo™ no son en sí mismos inteligentes. Por ejemplo, esto es una respuesta automática a una pregunta que se formula a menudo.

—¿Cómo me comprendes?

:::En esta etapa estoy respondiendo a tu voz —escribió Gilipollas—.

Mientras hablas estoy monitorizando tu cerebro y aprendiendo cómo se activa cuando deseas comunicarte conmigo. Con el tiempo, podré comprenderte sin que necesites hablar. Y, con el tiempo, tal vez tú aprendas a usarme sin pistas visuales o audibles conscientes.

—¿Qué haces? —pregunté.

:::Tengo una gama de habilidades. ¿Te gustaría ver una lista comprimida?

—Por favor.

Una enorme lista apareció ante mis ojos.

:::Para ver una lista de subcategorías, por favor selecciona una categoría superior y di «Expande [categoría]». Para realizar una acción, por favor di «Abre [categoría]».

Leí la lista. Al parecer, había muy poco que Gilipollas no pudiera hacer. Podía enviar mensajes a otros reclutas. Podía descargar informes. Podía reproducir música o vídeo. Podía proporcionar juegos. Podía recuperar cualquier documento de un sistema. Podía almacenar cantidades increíbles de datos. Podía realizar cálculos complejos. Podía diagnosticar males físicos y ofrecer sugerencias para curas. Podía crear una red local entre un grupo elegido de otros usuarios de CerebroAmigo. Podía facilitar traducciones instantáneas de cientos de lenguajes humanos y alienígenas. Podía incluso proporcionar información del campo de visión de cualquier otro usuario de CerebroAmigo. Conecté esta opción. Apenas me reconocía ya a mí mismo; dudaba poder reconocer a ninguno de los otros Vejestorios. En general, Gilipollas era algo bastante útil que tener dentro del cerebro.

Oí que llamaban a la puerta. Alcé la cabeza.

—Eh, Gilipollas —dije—. ¿Qué hora es?

:::Ahora son las 1200 —escribió. Me había pasado más de noventa minutos jugueteando con él. Bueno, ya había bastante; estaba listo para ver a gente real.

—Lárgate, Gilipollas —ordené.

:::Adiós —escribió él. El texto desapareció en cuanto lo leí.

Llamaron de nuevo a la puerta. Me acerqué a abrirla. Supuse que sería Harry, me pregunté que aspecto tendría.

Era una morenaza de impresión con piel verde (oliva) oscuro y unas piernas que llegaban al cielo.

—Tú no eres Harry —constaré, increíblemente estúpido. La morena me miró de arriba abajo.

—¿John? —preguntó al fin.

Me quedé en blanco mirando durante un segundo, y la reconocí entonces justo antes de que su identificación flotara como un espectro ante mis ojos.

—Jesse —dije.

Ella asintió. Yo seguí mirándola. Abrí la boca para decir algo, pero ella me agarró la cabeza y me besó con tal ímpetu que retrocedí hasta mi habitación. Jesse consiguió cerrar la puerta con el pie mientras caíamos al suelo. Estaba impresionado.

Había olvidado lo fácil que es para un hombre joven tener una erección.

Había olvidado también cuántas veces puede conseguir una erección un hombre joven.

—No me malinterpretes, John —dijo Jesse, tendida sobre mí después de la tercera vez—, en realidad no me siento atraída por ti.

—Gracias a Dios —repliqué—. Si lo estuvieras, ahora mismo yo no sería más que un muñón.

—Entiéndelo —empezó Jesse—. Me gustas. Incluso antes del —indicó con la mano su cuerpo, tratando de describir lo que había pasado con él—, del *cambio*. Eres inteligente, simpático y gracioso. Un buen amigo.

—Aja. ¿Sabes, Jesse? Normalmente el discursito de «seamos amigos» se utilizaba para *prevenir* el sexo.

—Bueno, lo que quiero es que no te hagas ilusiones por esto.

—Lo que me parece es que hemos sido transportados mágicamente a un cuerpo de veinte años y estábamos tan excitados que teníamos que follar salvajemente con la primera persona que viéramos.

Jesse me miró durante un segundo, luego se echó a reír.

—¡Sí! Exactamente. Aunque en mi caso ha sido con la *segunda* persona que he visto. Tengo una compañera de habitación, ya sabes.

—¿Sí? ¿Cómo es Maggie?

—Oh, Dios mío —dijo Jesse—. Hace que yo parezca una ballena varada, John.

Pasé las manos por sus costados.

—Pues esta ballena es muy hermosa, Jesse.

—¡Lo sé! —exclamó ella, y se sentó de repente, a horcajadas sobre mí. Alzó las manos y las cruzó tras su cabeza, realzando así sus pechos, maravillosamente firmes y plenos. Sentí el interior de sus muslos irradiando calor mientras sus piernas rodeaban mi torso. Sabía que, aunque no tenía una erección en ese mismo momento, una venía de camino—. Mirame —dijo, algo innecesario, porque yo no le había quitado los ojos de encima desde que se sentó—. Tengo un aspecto fabuloso. No lo digo por ser vanidosa. Nunca fui así en la vida real. Ni de lejos.

—Me resulta difícil de creer.

Ella se agarró los pechos y me apuntó con los pezones a la cara.

—¿Los ves? —dijo, y sacudió el izquierdo—. En la vida real, éste era una talla más pequeño que este otro, y aun así seguía siendo demasiado grande.

Desde la pubertad, siempre padecí de dolores de espalda. Y creo que los tuve firmes durante una semana cuando tenía trece años. Como mucho.

Me cogió las manos y las colocó sobre su vientre plano y perfecto.

—Tampoco tuve uno de éstos —dijo—. Siempre tuve barriguita, incluso antes de tener bebés. Después de dos hijos, bueno, digamos que si alguna vez hubiera tenido un tercero, se habría encontrado un dúplex aquí dentro.

Deslicé las manos tras ella y la agarré por el culo.

—¿Y esto?

—Todo un pandero —dijo Jesse, y se echó a reír—. Era una chica grande, amigo mío.

—Ser grande no es ningún crimen —contesté—. Kathy también era grandota.

Me gustaba igual.

—No tuve ningún problema en su momento —dijo ella—. Las cosas del cuerpo son tonterías. Pero por otro lado, ahora no me cambiaría. —Se pasó las manos por el cuerpo, provocativamente—. ¡Soy tan sexy! —Y con eso, soltó una risita y sacudió la cabeza. Me eché a reír con ella.

Jesse se inclinó hacia adelante y me miró a la cara.

—Esto de los ojos de gato me resulta fascinante —comentó—. Me pregunto si habrán usado ADN de gato para crearlos. Ya sabes, mezclando ADN gatuno con el nuestro. No me importaría ser en parte gata.

—No creo que sea ADN de gato —dije—. No exhibimos otros atributos gatunos.

Jesse se enderezó.

—¿Como cuáles?

—Bueno —dije, y dejé que mis manos se acercaran a sus pechos—, para empezar, los gatos tienen barbas en el pene.

—Venga ya.

—No, es cierto. Son esas barbas las que estimulan a la hembra para ovular. Busca. Aquí abajo no hay barbas. Creo que lo habrías notado si las hubiera.

—Eso no demuestra nada —respondió Jesse, y de repente echó el culo hacia atrás e inclinó el resto del cuerpo hacia adelante, para caer directamente encima de mí. Sonrió con picardía—. Podría ser que no nos hubiésemos esforzado lo bastante como para que salieran.

—Me parece percibir un desafío —dije.

—Yo también percibo algo —respondió ella, y se meneó.

* * *

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Jesse más tarde.

—Estoy pensando en Kathy —contesté—, y en cuántas veces estuvimos tendidos igual que nosotros ahora.

—¿En la alfombra, quieres decir? —dijo Jesse, sonriendo. Le di un golpe suavcito en la cabeza.

—Esa parte no. Tendidos después del sexo, charlando y disfrutando de la compañía mutua. Es lo que estábamos haciendo la primera vez que hablamos de enrolarnos.

—¿Por qué sacaste el tema?

—No fui yo. Fue Kathy. Yo acababa de cumplir sesenta años, y estaba deprimido por hacerme viejo. Así que ella sugirió que nos enroláramos cuando llegara el momento. Me sorprendió un poco. Siempre habíamos sido anti-militaristas. Protestamos contra la Guerra Subcontinental, ¿sabes?, cuando no era exactamente popular hacerlo.

—Montones de personas protestaron contra esa guerra —dijo Jesse.

—Sí, pero nosotros protestamos de verdad. Fuimos la rechifla del pueblo.

—Entonces ¿cómo racionalizó ella lo de enrolaros en el Ejército Colonial?

—Explicó que no estaba contra la guerra o los militares en sentido general, sino contra aquella guerra y nuestros militares. Dijo que las personas tienen derecho a defenderse y que, probablemente, haya un universo desagradable ahí fuera, y que, más allá de esos nobles motivos, volveríamos a ser jóvenes.

—Pero no podríais alistaros juntos —dijo Jesse—. A menos que tuvierais la misma edad.

—Ella era un año más joven que yo —contesté—. Y se lo mencioné... Le dije que *si* me enrolaba en el ejército, estaría oficialmente muerto, no estaríamos casados y quién sabe si volveríamos a vernos de nuevo.

—¿Qué dijo ella?

—Que *eso* eran detallitos *técnicos*. Que me encontraría y me arrastraría al altar como había hecho antes. Y lo habría hecho, ¿sabes? Podía ser inflexible en esas cosas.

Jesse se apoyó en un codo y me miró.

—Lamento que no esté aquí contigo, John. Sonreí.

—No pasa nada —dije—. Sólo es que la echo de menos de vez en cuando, eso es todo.

—Comprendo. Yo también echo de menos a mi marido.

La miré.

—Creí que te había dejado por una mujer más joven y luego se intoxicó comiendo.

—Eso hizo, y se mereció vomitar hasta la primera papilla —dijo Jesse—. En realidad no lo echo de *menos* a él, lo que echo de menos es tener un marido.

Me gusta que haya alguien con quien se supone que tienes que estar. Es bonito estar casado.

—Es bonito estar casado —coincidí.

Jesse se me acercó y pasó un brazo sobre mi pecho.

—Esto también es bonito. Hace tiempo que no lo hacía.

—¿Estar tendida en el suelo?

Ahora le tocó a ella darme un cate.

—No. Bueno, sí, vale. Pero más específicamente, estar tendida después del sexo. O tener sexo, lo mismo da. No querrás saber cuánto tiempo hace desde la última vez.

—Claro que sí.

—Hijo de puta. Ocho años.

—No me extraña que te tiraras encima de mí en el momento en que me viste —dije.

—En esto tienes razón. Daba la casualidad de que estabas muy convenientemente situado.

—Estar situado lo es todo: es lo que siempre me decía mi madre.

—Tuviste una madre extraña —dijo Jesse—. Eh, zorra, ¿qué hora es?

—¿Qué?

—Estoy hablándole a la voz de mi cabeza —dijo ella.

—Le has puesto un bonito nombre.

—¿Cuál le has puesto a la tuya?

—Gilipollas. Jesse asintió.

—Suena bien. Bueno, Zorra me dice que son las 1600 en punto. Tenemos dos horas hasta la cena. ¿Sabes qué significa eso?

—No sé. Creo que cuatro veces es mi límite, aunque sea joven y esté supermejorado.

—Tranquilízate. Significa que tenemos tiempo suficiente para echarnos una siesta.

—¿Debo coger una manta?

—No seas tonto. Que haya echado un polvo en la alfombra no significa que quiera dormir en ella. Tienes una cama de sobra. Voy a usarla.

—¿Entonces voy a echar la siesta solo?

—Te compensaré —prometió Jesse—. Recuérdamelo cuando me despierte. Eso hice. Eso hizo.

* * *

—La madre que nos parió —dijo Thomas mientras se sentaba a la mesa, cargando con una bandeja tan repleta de comida que era un milagro que pudiera levantarla siquiera—. Anda que no somos guapos ni nada.

Tenía razón. Los Vejestorios habían aparecido en cuerpos sorprendentes. Thomas, Harry y Alan podrían haber sido todos modelos masculinos; de nosotros cuatro, yo era decididamente el patito feo, y eso que era... en fin, lo que se entiende por un *tío* bueno. En cuanto a las mujeres, Jesse era espectacular, Susan todavía más y Maggie francamente parecía una diosa. Dolía mirarla.

Dolía mirarnos a todos. De una manera buena y deslumbrante. Todos pasamos cinco minutos sin quitarnos la vista de encima unos a otros. Y no sólo a nosotros. Mientras escrutaba la sala, no pude encontrar a un solo humano feo. Era agradablemente perturbador.

—Es imposible —me dijo Harry de pronto. Lo miré. También había echado un vistazo alrededor—. Es imposible que toda la gente de esa sala tuviera este aspecto tan bueno cuando tuvieron originalmente esta edad.

—Habla por ti, Harry —dijo Thomas—. Si acaso, yo soy sólo un poquito menos atractivo que en mis días verderones.

—Hoy sí que tienes un color verderón —dijo Harry—. Pero aunque descartemos al Dudoso Thomas aquí presente...

—Voy a irme a llorar ante mi espejo —amenazó Thomas.

—Es casi imposible que todo el mundo fuera así de guapo —prosiguió Harry—. Os garantizo que yo no tenía este aspecto a los veinte años. Era gordo. Tenía un montón de acné. Ya había empezado a perder el pelo.

—Basta —cortó Susan—. Me estoy poniendo cachonda.

—Y yo estoy intentando comer —comentó Thomas.

—Ahora puedo reírme del de entonces, porque tengo este aspecto —dijo Harry, pasándose la mano por el cuerpo, como para presentar el modelo del año—. Pero el nuevo yo tiene muy poco que ver con el antiguo, os lo aseguro.

—Parece como si eso te molestara —observó Alan.

—Un poquito, sí —admitió Harry—. Quiero decir, me lo quedo. Pero aunque alguien te ofrezca un caballo regalado, yo creo que hay que mirarle el dentado.

¿Por qué somos tan guapetones?

—Buenos genes —dijo Alan.

—Claro —respondió Harry—. Pero ¿de quién? ¿Nuestros? ¿O de algo que han sacado de un laboratorio en alguna parte?

—Ahora estamos en una forma excelente —dijo Jesse—. Le he contado a John cómo este cuerpo está en mucha mejor forma de lo que nunca lo estuvo mi cuerpo real.

Maggie habló de pronto.

—En mi caso es lo mismo. Y «mi cuerpo real» es una referencia a «mi antiguo cuerpo». Éste no lo siento como real todavía.

—Pues es bastante real, hermana —espetó Susan—. Todavía tienes que mear con él. Puedes estar seguro.

—Y eso lo dice la mujer que me criticó por basto —comentó Thomas.

—Mi teoría, porque tengo una —dijo Jesse—, es que, mientras estaban replicando nuestros cuerpos, se tomaron algún tiempo para mejorarlos.

—De acuerdo —coincidió Harry—. Pero eso sigue sin explicar *por qué* lo hicieron.

—Para que nos sintamos unidos —afirmó Maggie. Todos se la quedaron mirando.

—Vaya, mirad quién está saliendo del cascarón.

—Vete a hacer gárgaras, Susan —dijo Maggie. Susan hizo una mueca—.

Mirad —prosiguió—, es una regla básica de la psicología humana que nos sentimos inclinados a apreciar más a las personas que encontramos atractivas. Todos en esta sala, incluso nosotros, somos mutuamente desconocidos, y tenemos pocos lazos comunes, si es que existe alguno, que puedan unirnos en poco tiempo. Hacer que todos parezcamos atractivos para los demás es una forma de potenciar esos vínculos, o lo será, cuando empecemos a entrenarnos.

—No veo cómo vamos a ser útiles para el ejército si todos estamos demasiado ocupados unos con otros en vez de luchar —dijo Thomas.

—No se trata de eso —explicó Maggie—. La atracción sexual es sólo un asunto secundario. La cuestión es lograr despertar rápidamente confianza y devoción. Por instinto, la gente confía y quiere ayudar a la gente que encuentra atractiva, al margen del deseo sexual. Por eso los presentadores de los telediarios son siempre atractivos. Por eso la gente atractiva no tiene que esforzarse tanto en el colegio.

—Pero ahora todos somos atractivos —objeté yo—. En la tierra de los increíblemente atractivos, los simplemente *monos* podrían tener problemas.

—E incluso ahora, entre los increíblemente atractivos como nosotros, algunos tienen mejor aspecto que otros —dijo Thomas—. Cada vez que miro a Maggie, siento como si sacaran el oxígeno de la sala. No te ofendas, Maggie.

—No te preocupes —contestó ésta—. Aquí, lo que no debemos perder de vista no es cómo somos ahora: sino cómo éramos antes. A corto plazo, ésa es la línea de reflexión básica que usaremos todos, y ventajas a corto plazo es lo que vamos a buscar.

—Así que *no notas* que te falta el oxígeno cuando me miras a mí —le dijo Susan a Thomas.

—No pretendía ser un insulto —respondió Thomas.

—Lo recordaré cuando te esté estrangulando —afirmó Susan—. Para que veas lo que es la falta de oxígeno.

—Vosotros dos dejad de coquetear —los regañó Alan, y dirigió su atención a Maggie—. Creo que tienes razón respecto a la atracción, pero me parece que te olvidas de que hay una persona hacia la que supuestamente deberíamos sentirnos más atraídos: nosotros mismos. Para bien o para mal, estos cuerpos en los que estamos siguen resultándonos extraños. Quiero decir, entre ser verde y tener un ordenador llamado «Caraculo» en mi cabeza... —Se detuvo, y nos miró a todos—. ¿Qué nombre les habéis puesto a vuestros CerebroAmigos?

—Gilipollas —dije yo.

—Zorra —dijo Jesse.

—Capullo —dijo Thomas.

—Carapijo —dijo Harry.

—Satán —dijo Maggie.

—Cariño —dijo Susan—. Al parecer, soy la única a la que le gusta el CerebroAmigo.

—Más bien eres la única que no se sintió perturbada al tener de pronto una voz dentro de la cabeza —dijo Alan—. Pero ése es mi argumento: volverse de nuevo joven y experimentar enormes cambios físicos y mecánicos se cobra su precio en la psique de cualquiera. Aunque nos alegremos de volver a ser jóvenes (y yo me alegro) todavía vamos a seguir sintiéndonos alienados de nuestros cuerpos. Hacer que nos parezcamos atractivos a nosotros mismos es una forma de ayudarnos a «asentarnos».

—Estamos tratando con gente muy lista —comentó Harry con ominosa fatalidad.

—Oh, ánimo, Harry —le dijo Jesse, dándole un empujoncito—. Eres la única persona que conozco capaz de convertir en una oscura conspiración ser joven y sexy.

—¿Crees que soy sexy?

—Eres un sol, ricura —contestó ella, y pestañeó repetidas veces ante él. Harry mostró una sonrisa tímida.

—Es la primera vez en este siglo que alguien me dice algo así. De acuerdo, me lo quedo.

* * *

El hombre que estaba de pie delante del teatro lleno de reclutas era un veterano experto en combate. Nuestros CerebroAmigos nos informaron que llevaba en las Fuerzas de Defensa Coloniales catorce años, y que había participado en varias batallas cuyos nombres no significaban nada para nosotros de momento, pero que sin duda lo harían en el futuro. Aquel

hombre había ido a lugares nuevos, había conocido razas nuevas y las había exterminado nada más verlas. Parecía tener unos veintitrés años.

»Buenas tardes, reclutas —empezó a decir cuando todos terminamos de sentarnos—. Soy el teniente coronel Bryan Higgee, y durante el resto de su viaje, seré su oficial al mando. A nivel práctico, eso significa muy poco: entre ahora y nuestra llegada a Beta Pyxis III, dentro de una semana, sólo tendrán un objetivo. Sin embargo, servirá para recordarles que a partir de este momento, están sometidos a las leyes y regulaciones de las Fuerzas de Defensa Coloniales. Ahora cuentan con cuerpos nuevos, y con esos cuerpos nuevos vienen nuevas responsabilidades.

»Se estarán preguntando por ellos, qué pueden hacer, qué tensiones pueden soportar y cómo pueden usarlos al servicio de las Fuerzas de Defensa Coloniales. Todas esas preguntas serán respondidas pronto, en cuanto empiecen su entrenamiento en Beta Pyxis III. Sin embargo, ahora mismo, nuestro principal objetivo es simplemente que se sientan cómodos en sus nuevos pellejos.

»Y así, durante el resto de su viaje, éstas son sus órdenes: Diviértanse.

Sus palabras provocaron un murmullo y varias risas dispersas en las filas. La idea de que pasarlo bien fuera una orden resultaba divertidamente absurda.

El teniente coronel Higgee mostró una sonrisa sin alegría.

»Comprendo que parece una orden poco corriente. Sea como sea, divertirse con sus nuevos cuerpos va a ser el mejor modo de que se acostumbren a las nuevas habilidades de que disponen. Cuando comiencen su entrenamiento, se requerirá una actuación sobresaliente de todos ustedes desde el principio. No habrá «calentamiento»: no tenemos tiempo para eso. El universo es un lugar peligroso. Su entrenamiento será breve y difícil, no podemos permitirnos que se sientan incómodos con sus cuerpos.

»Reclutas, consideren esta semana que viene como un puente entre sus antiguas vidas y las nuevas. En ese tiempo, que al final les parecerá demasiado breve, podrán utilizar esos nuevos cuerpos, diseñados para uso militar, para disfrutar de los placeres de que disfrutaban de civiles. Descubrirán que la *Henry Hudson* está llena de distracciones y actividades que les encantaban en la Tierra. Úsenlos. Disfrútenlos. Acostúmbrense a trabajar con sus nuevos cuerpos. Aprendan un poco sobre su potencial y vean si pueden adivinar sus límites.

»Damas y caballeros, volveremos a reunirnos para un informe final antes de comenzar su entrenamiento. Hasta entonces, que se diviertan. No exagero cuando digo que, aunque la vida en las Fuerzas de Defensa Coloniales tiene sus recompensas, ésta puede ser la última vez que puedan sentirse completamente libres y descuidados respecto a sus cuerpos. Sugiero que empleen este tiempo con sabiduría y lo pasen lo mejor posible. Es todo; rompan filas.

* * *

Todos nos volvimos locos.

Empezamos, naturalmente, con el sexo. Todo el mundo lo hacía con todo el mundo, en más sitios de la nave de lo que tal vez sea sensato comentar.

Durante el primer día, quedó claro que cualquier lugar un poco apartado iba a ser usado para joder con entusiasmo, así que aprendimos a tener el detalle de hacer un montón de ruido al movernos, y alertar de este modo a los que se divertían de que ibas de camino. En algún momento del segundo día se corrió la voz de que yo tenía un camarote para mí solo: me llovieron las súplicas para acceder a él. Me negué a todas. Nunca había dirigido una casa de mala reputación, y no iba a empezar entonces. Las únicas personas que iban a folletear en mi habitación éramos yo y mis invitadas.

Sólo hubo una. Y no fue Jesse sino Maggie, quien resultó que ya se había fijado en mí cuando era una pasa. Después de nuestra reunión con Higgee, más o menos se emboscó en mi puerta, cosa que me hizo preguntarme si ése era quizá el procedimiento estándar de las mujeres postcambiadas. Fuera como fuese, era muy divertida y, al menos en privado, nada tímida. Resultó que era catedrática de la facultad de Oberlin. Enseñaba filosofía de las religiones orientales y había escrito seis libros sobre el tema. Las cosas que descubre uno sobre la gente.

Los otros Vejestorios también se dedicaron a lo suyo. Jesse se emparejó con Harry después de nuestro lío inicial, mientras que Alan, Tom y Susan llegaron a un acuerdo con Thomas como eje. Menos mal que le gustaba comer, porque necesitó de todas sus fuerzas.

La ferocidad con la que los reclutas se dedicaron al sexo parece extraña vista desde fuera, pero tenía todo el sentido desde nuestra posición (ya fuera tumbados o apoyados). Coged a un grupo de personas que en general practican poco sexo debido a la falta de compañía o a la mala salud o el declive de la libido, metedlos dentro de cuerpos jóvenes, atractivos y enormemente funcionales, y luego lanzadlos al espacio, lejos de todo lo que han conocido y de todas las personas que han amado jamás. La combinación de esas tres cosas era una receta ideal para el sexo. Lo hacíamos porque podíamos, y porque nos ayudaba a vencer la soledad.

No es lo único que hicimos, naturalmente. Usar aquellos cuerpos nuevos y maravillosos sólo para el sexo habría sido como cantar una sola nota. Ya sabíamos que disponíamos de un físico nuevo y mejorado, pero entonces lo descubrimos de un modo sencillo y sorprendente. Harry y yo tuvimos que interrumpir una partida de ping-pong cuando quedó claro que ninguno de los dos iba a ganar... No porque ambos fuéramos incompetentes, sino porque nuestros reflejos y coordinación mano-ojo hacían casi imposible que la pelotita burlara al otro. Nos dedicamos a ello durante treinta minutos, y habríamos estado más tiempo si la pelotita que estábamos usando no se hubiera roto a consecuencia de ser golpeada a velocidades tan tremendas. Era ridículo. Era maravilloso.

Otros reclutas descubrieron lo mismo que nosotros de otras maneras. Al tercer día, formé parte de una multitud que miraba cómo dos reclutas es-

taban enzarzados en lo que era posiblemente la más encarnizada batalla de artes marciales de la historia: hacían cosas con sus cuerpos que simplemente no habrían sido posibles con la flexibilidad humana normal y la gravedad estándar.

En un momento dado, uno de los hombres lanzó una patada que arrojó al otro al extremo opuesto de la habitación, y éste, en vez de caer convertido en un montón de huesos rotos, como sin duda me habría pasado a mí, dio una voltereta en el aire, se enderezó, y se lanzó de nuevo contra su oponente. Parecía un efecto especial. Pero real.

Después de la batalla, ambos hombres respiraron profundamente y se saludaron. Luego, los dos se abrazaron sosteniéndose, riendo y sollozando histéricamente al mismo tiempo. Era extraño, maravilloso y preocupante ser tan bueno como siempre quisiste ser en algo, y luego ser mejor todavía.

La gente también fue demasiado lejos, claro. Vi a una recluta saltar desde una elevada plataforma, tal vez porque suponía que podía volar o, al menos, aterrizar sin hacerse daño. Tengo entendido que se hizo polvo la pierna y el brazo derechos, la mandíbula, y que se rompió el cráneo. Sin embargo, todavía estaba viva después del salto, una situación que probablemente no se habría dado en la Tierra. Más impresionante, sin embargo, fue que volvió a la acción dos días más tarde, sin duda, debido más a la tecnología médica colonial que a los poderes recuperativos de aquella tonta mujer. Espero que alguien le dijera que no hiciera estupideces similares en el futuro.

Cuando la gente no jugaba con sus cuerpos, jugaba con sus mentes, o con sus CerebroAmigos, que era más o menos lo mismo. Mientras recorría la nave, a menudo veía reclutas sentados, con los ojos cerrados, asintiendo. Estaban escuchando música o viendo una película o algo por el estilo, y lo que veían en sus cerebros era para ellos solos. Yo también lo había hecho: mientras estudiaba los sistemas de la nave, me había encontrado con un recopilatorio de todos los dibujos animados de Looney Tunes existentes, tanto durante sus días clásicos de la Warner como después de que los personajes pasaran a dominio público. Me pasé horas una noche viendo al Coyote siendo aplastado y volando por los aires; finalmente tuve que dejarlo cuando Maggie me dijo que tenía que elegir entre ella y el Corre-caminos. La elegí a ella. Podía tener al Correcaminos en cualquier otro momento, de todas formas. Había descargado todos los dibujos animados en Gilipollas.

«Cultivar la amistad» fue algo a lo que me dediqué bastante. Todos los Vejestorios sabíamos que nuestro grupo como mucho era temporal: simplemente éramos siete personas unidas al azar, en una situación que no tenía ninguna esperanza de permanencia. Pero nos hicimos amigos, y amigos íntimos además, en el corto período de tiempo que permanecimos juntos. No es exagerado decir que me hice tan íntimo de Thomas, Susan, Alan, Harry, Jesse y Maggie como de cualquiera de mis mejores amigos en la última mitad de mi vida «normal». Nos convertimos en una pandilla, y en una familia; hasta en las pequeñas rencillas y discusiones. Nos dábamos

mutuamente alguien de quien ocuparnos, algo que necesitábamos en un universo que no sabía que existíamos y al que no le importábamos.

Establecimos lazos. Y lo hicimos incluso antes de que los científicos de las colonias nos instaran biológicamente a hacerlo. Y a medida que la *Henry Hudson* se acercaba a nuestro destino final, supe que iba a echarlos de menos.

* * *

—En esta sala ahora mismo hay mil veintidós reclutas —dijo el teniente coronel Higgee—. Dentro de dos años a partir de hoy, cuatrocientos de ustedes estarán muertos.

Higgee estaba de pie allí de nuevo, delante del teatro. Esta vez tenía un telón de fondo: Beta Pyxis III flotaba tras él, una canica enorme vetada de azul, blanco, verde y marrón. Todos lo ignorábamos y nos concentrábamos en el teniente coronel Higgee. Su estadística había logrado llamar la atención de todos, una hazaña, considerando la hora (las 0600) y el hecho de que la mayoría de nosotros estuviera aún tambaleándose por la última noche de libertad que sabíamos que íbamos a tener.

—En el tercer año, morirán otros cien —continuó—. Otros ciento cincuenta el cuarto y quinto años. Después de diez años (y, sí, reclutas, lo más probable es que se les exija servir diez años enteros), setecientos cincuenta de ustedes habrán muerto en cumplimiento del deber. Tres cuartas partes del total, muertos. Ésas son las estadísticas de supervivencia, no sólo de los diez o veinte últimos años, sino de los más de doscientos que las Fuerzas de Defensa Coloniales llevan en activo.

Se hizo un silencio letal.

—Sé lo que están pensando ahora mismo, porque yo lo pensé cuando estuve en su lugar —dijo el teniente coronel Higgee—. Están pensando: ¿qué demonios hago aquí? ¡Este tipo me está diciendo que voy a estar muerto dentro de diez años! Pero recuerden que, en casa, lo más probable es que eso también fuera así: pero frágiles y viejos, una muerte inútil. Puede que mueran en las Fuerzas de Defensa Coloniales. Probablemente morirán en las Fuerzas de Defensa Coloniales. Pero su muerte no será inútil. Habrán muerto para mantener viva a la humanidad en el universo.

La pantalla tras Higgee se apagó, para ser sustituida por un campo de estrellas tridimensional.

—Déjenme explicarles nuestra situación —dijo, y, al hacerlo, varias docenas de estrellas se iluminaron de verde brillante, distribuidas al azar por todo el campo—. Éstos son los sistemas que los humanos hemos colonizado... ganando una cabeza de puente en la galaxia. Y aquí —señaló— es donde se sabe que existen razas alienígenas de tecnología comparable a la nuestra y parecidas condiciones de supervivencia.

Esa vez, cientos de estrellas se iluminaron de rojo. Los puntos humanos de luz quedaron completamente rodeados. En el teatro se oyeron jadeos.

—La humanidad tiene dos problemas —prosiguió el teniente coronel Higgee—. El primero es que se halla en una misma carrera con otras especies similares por la colonización. Es así de sencillo. Debemos colonizar o quedar cercados y contenidos por otras razas. Y esta competencia es feroz. La humanidad tiene pocos aliados entre las otras razas. Las alianzas son muy infrecuentes, y eso ya era así mucho antes de que la humanidad llegara a las estrellas.

»Sean cuales sean sus sentimientos sobre las posibilidades de la diplomacia a largo plazo, la realidad es que, sobre el terreno, nos hallamos inmersos en una competencia feroz y furiosa. No podemos frenar nuestra expansión y esperar que así podamos conseguir una solución pacífica que permita la colonización de todas las razas. Hacer eso sería condenar a la humanidad. De modo que luchamos por colonizar.

»Nuestro segundo problema es que, cuando encontramos planetas adecuados para la colonización, a menudo están habitados por vida inteligente. Cuando es posible, vivimos con la población nativa y trabajamos para conseguir armonía. Desgraciadamente, muchas veces no somos bienvenidos. Cuando esto sucede, es lamentable, pero las necesidades de la humanidad son y deben ser nuestra prioridad. Por eso las Fuerzas de Defensa Coloniales se convierten en una fuerza invasora.

El fondo cambió de nuevo a Beta Pyxis III.

—En un universo perfecto, no necesitaríamos las Fuerzas de Defensa Coloniales —siguió explicando Higgee—. Pero éste no es un universo perfecto, de manera que, las Fuerzas de Defensa Coloniales tienen tres imperativos. El primero es proteger las colonias humanas existentes de ataques e invasiones. El segundo, localizar nuevos planetas adecuados para la colonización, y defenderlos contra la depredación, la colonización y la invasión de razas hostiles. El tercero es preparar planetas con poblaciones nativas para la colonización humana.

»Como soldados de las Fuerzas de Defensa Coloniales, se les requerirá que cumplan con estos tres objetivos. No es un trabajo fácil, ni sencillo, ni limpio, en muchos aspectos. Pero hay que hacerlo. La supervivencia de la humanidad lo exige... y nosotros se lo exigiremos a ustedes.

»Tres cuartas partes de los presentes morirán en diez años. A pesar de las mejoras en los cuerpos de los soldados, en armas y en tecnología, eso es una constante. Pero tras ustedes el universo quedará convertido en un lugar donde sus hijos, los suyos, y los hijos de toda la humanidad, podrán crecer y desarrollarse. Es un precio elevado, pero merece la pena pagarlo.

»Algunos de ustedes se preguntarán qué obtendrán de su servicio cuando éste termine. La respuesta es otra vida. Podrán colonizar y empezar de nuevo en un mundo nuevo. Las Fuerzas de Defensa Coloniales aceptarán sus solicitudes y les proporcionarán todo lo que necesiten. Lo que no po-

demos prometerles en su nueva vida es éxito: eso será cosa suya. Pero tendrán un comienzo excelente, y la gratitud de sus compañeros colonos por su tiempo de servicio a ellos y a los suyos. O también pueden hacer lo que yo he hecho y reengancharse. Les sorprendería saber cuántos lo hacen.

Beta Pyxis III parpadeó un momento y luego desapareció, dejando a Higgee como único foco de atención.

—Espero que todos hayan seguido mi consejo de pasárselo bien esta semana pasada —dijo—. Ahora empieza su trabajo. Dentro de una hora abandonarán la *Henry Hudson* para comenzar su entrenamiento. Hay varias bases de entrenamiento; sus asignaciones están siendo transmitidas a sus CerebroAmigos. Pueden regresar a sus camarotes para empaquetar sus pertenencias personales; no se preocupen por la ropa, se la proporcionarán en la base. Sus CerebroAmigos les informarán de dónde reunirse para el transporte.

»Buena suerte, reclutas. Que Dios les proteja y que puedan servir a la humanidad con distinción y con orgullo.

Y entonces el teniente coronel Higgee nos saludó militarmente. No supe qué hacer. Ni tampoco los demás.

—Ya tienen sus órdenes —finalizó el teniente coronel—. Rompan filas.

* * *

Los siete nos quedamos juntos frente a los asientos donde acabábamos de sentarnos.

—Desde luego, no dejan mucho tiempo para despedidas —dijo Jesse.

—Comprobad vuestros ordenadores —sugirió Harry—. Tal vez algunos de nosotros vayamos a las mismas bases.

Lo hicimos. Harry y Susan iban a la Base Alfa; Jesse a la Beta; Maggie y Thomas a la Gamma; Alan y yo a la Delta.

—Están disolviendo a los Vejestorios —suspiró Thomas.

—No te pongas sentimental —lo cortó Susan—. Sabías que iba a pasar.

—Me pondré sentimental si quiero —contestó él—. No conozco a nadie más. Incluso te echaré de menos a ti, vieja tonta.

—Nos estamos olvidando de una cosa —dijo Harry—. Puede que no estemos juntos, pero todavía podemos seguir en contacto. Tenemos nuestros CerebroAmigos. Todo lo que tenemos que hacer es crear una especie de lista de correos para cada uno. El club de los «Vejestorios».

—Eso funciona aquí —objetó Jesse—, pero no sé si funcionará cuando entremos de servicio activo. Podríamos estar en el otro lado de la galaxia unos de otros.

—Las naves siguen comunicándose entre sí a través de Fénix —dijo Alan—. Cada nave tiene naves robot que van a Fénix a recoger órdenes y comunicar el estatus de la nave. También llevan el correo. Puede que tardemos algún tiempo en saber de los demás, pero sigue estando a nuestro alcance.

—Como enviar mensajes en botellas —dijo Maggie—. Botellas con energía superior.

—Sí, hagámoslo —convino Harry—. Seamos nuestra pequeña familia. Busquémonos unos a otros, no importa dónde estemos.

—Ahora también tú te estás poniendo sentimental —dijo Susan.

—No me preocupa perderte a ti, Susan —replicó Harry—. Tú y yo vamos al mismo sitio. Es a los demás a quienes echaré de menos.

—Un pacto, entonces —propuse yo—. Seguiremos siendo los Vejestorios, en lo malo y en lo peor. Cuidado, universo.

Extendí la mano. Uno a uno, los demás Vejestorios pusieron las suyas sobre la mía.

—¡Cristo! —exclamó Susan, mientras sumaba su mano al montón—. Ahora soy yo quien se está poniendo sentimental.

—Se te pasará —la tranquilizó Alan. Susan le dio un golpecito con la otra mano.

Nos quedamos así todo el tiempo que pudimos.

SEGUNDA PARTE

En una lejana llanura de Beta Pyxis III, Beta Pyxis, el sol local, iniciaba su viaje hacia el este en el cielo; la composición de la atmósfera le daba a éste un tinte acuoso, más verde que el de la Tierra pero todavía reconocible como azul. En la llanura, la hierba, púrpura y naranja, se agitaba con la brisa de la mañana; podían verse animales parecidos a pájaros con dos conjuntos de alas jugando en el cielo, probando las corrientes y remolinos con salvajes y caóticas zambullidas y picados. Ésa era nuestra primera mañana en un nuevo mundo, el primero que yo o cualquiera de mis antiguos compañeros de la nave habían conocido. Y era hermoso. Si no hubiera habido un sargento enorme y furioso gritándome al oído, habría sido casi perfecto.

Por desgracia, lo había.

—¡Por Cristo en patinete! —exclamó el sargento Antonio Ruiz después de mirar a los sesenta reclutas del pelotón, que permanecíamos más o menos firmes (eso esperábamos) en la pista del espaciopuerto de la Base Delta—. Está claro que ya hemos perdido la batalla por el maldito universo. Os miro y las palabras «tremendamente jodidos» saltan de mi puñetero cráneo. Si sois lo mejor que la Tierra tiene que ofrecer, es hora de que nos inclinemos y dejemos que nos metan un tentáculo por el culo.

Eso causó una risa involuntaria en algunos reclutas. El sargento Antonio Ruiz podía haber salido de un molde. Era exactamente lo que uno esperaba de un sargento instructor: grande, furioso y pintorescamente abusivo desde el principio. Sin duda en los siguientes segundos se plantaría ante la cara de los reclutas que se habían reído, les gritaría obscenidades y los pondría a hacer cien flexiones. Eso es lo que uno aprende después de setenta y cinco años viendo dramas bélicos.

—Ja ja ja —dijo el sargento Antonio Ruiz, mirándonos—. ¿Creéis que no sé lo que estáis pensando, tontos del culo? Sé que os está gustando mi actuación.

¡Qué placer! ¡Soy igualito que todos esos instructores que habéis visto en las películas! ¿No soy una puñetera monada?

Las risas de diversión cesaron de golpe. Esta última parte no estaba en el guión.

—No *comprendéis* —dijo el sargento Antonio Ruiz—. Tenéis la impresión de que hablo así porque es así como tienen que hacerlo los sargentos instructores. Tenéis la impresión de que, después de unas cuantas semanas de entrenamiento, mi fachada gruñona pero justa empezará a desaparecer y pronto demostraré que sois capaces de impresionarme. Y al final de vuestro entrenamiento os habréis ganado mi respeto a regañadientes. Tenéis la sensación de que pensaré en vosotros con aprecio cuando estéis protegiendo el universo para la humanidad, seguros de que os he convertido en mejores luchadores. Pues vuestra impresión está completa e irrevocablemente equivocada.

El sargento Antonio Ruiz dio un paso adelante y recorrió la fila.

—Y lo está, porque, al contrario que vosotros, yo he estado ahí fuera en el universo, y he visto contra qué nos enfrentamos. He visto a hombres y mujeres a los que conocí personalmente, convertidos en jodidos trozos de carne caliente que todavía podían gritar. En mi primer servicio, convirtieron a mi oficial en jefe en un puñetero buffet libre. Vi cómo aquellos cabrones lo cogían, lo clavaban al suelo, lo cortaban a trozos, se los repartían y se los tragaban... Y luego volvían a meterse bajo tierra antes de que ninguno de nosotros pudiera hacer nada.

Se oyó una risita ahogada de alguien detrás de mí. El sargento Antonio Ruiz se detuvo y ladeó la cabeza.

—Oh. Uno de vosotros cree que estoy *bromeando*. Uno de vosotros, jodidos capullos mamones, siempre lo hace. Por eso siempre llevo esto encima.

Actívatelo ahora —dijo, y de repente, delante de cada uno de nosotros apareció una pantalla de vídeo; tardé un desorientado segundo antes de darme cuenta de que Ruiz había conseguido activar por control remoto mi CerebroAmigo, y lo había conectado a un vídeo. La conexión parecía proceder de una pequeña cámara colocada en un casco. Vimos a siete soldados agazapados en una trinchera, discutiendo planes para el siguiente día de viaje. Entonces, uno de ellos se calló durante un segundo y colocó una mano en la tierra. Alzó la cabeza asustado y gritó «¡Vienen!», una décima de segundo antes de que el suelo estallara debajo de él.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido, que ni siquiera el giro instintivo dictado por el pánico del dueño de la cámara fue lo bastante rápido como para no filmarlo en parte. Y no fue agradable. Alguno de nosotros vomitaba, a la par con el dueño de la cámara. Por fortuna, la conexión de vídeo se acabó justo después de eso.

—Ahora ya no soy tan gracioso, ¿eh? —prosiguió el sargento Antonio Ruiz, burlón—. Ya no soy ese ufano y estereotipado sargento instructor, ¿verdad? Ya no estáis en una comedia militar, ¿a que no? ¡Bienvenidos al puñetero universo! El universo es un sitio jodido, amigos míos. Y no os hablo así porque esté representando la divertida rutina de un instructor típico. Ese hombre a quien habéis visto hacer pedazos y repartirse, era uno de los mejores combatientes que he tenido el privilegio de conocer. Ninguno de vosotros os acercáis a él. Y sin embargo, acabáis de ver lo que le ocurrió. Pensad en lo que os sucederá a vosotros. Hablo así porque creo sinceramente, en el fondo de mi corazón, que si sois lo mejor que puede ofrecer la humanidad, estamos total y absolutamente jodidos. ¿Me creéis?

Algunos consiguieron murmurar un «Sí, señor», o algo parecido. El resto estábamos repasando todavía la escena del desmembramiento que acabábamos de presenciar en nuestras cabezas; ahora sin la ayuda del CerebroAmigo.

—¿Señor?! ¡¿Señor?! ¡Yo soy un jodido sargento, caraculos! ¡Trabajo para vivir! Responderéis «Sí, mi sargento» cuando tengáis que contestar en afirmativo, y «no, mi sargento» cuando vuestra respuesta sea negativa.

¿Comprendido?

—¡Sí, mi sargento! —respondimos.

—¡Podéis hacerlo mejor que eso! ¡Repetidlo!

—¡Sí, mi sargento! —gritamos. Algunos de nosotros estábamos claramente al borde de las lágrimas a juzgar por el sonido de ese último grito.

—Durante las próximas doce semanas, mi trabajo es intentar entrenaros para soldados, y por Dios que voy a hacerlo, y lo voy a hacer a pesar de que ya puedo ver que ninguno de vosotros, cabronazos, está a la altura del desafío. Quiero que penséis en lo que os estoy diciendo. Éste no es el antiguo ejército de la Tierra, donde los sargentos instructores tenían que poner en forma a los gordos, sacar músculo de los débiles o educar a los estúpidos... Cada uno de vosotros viene de una vida de experiencia y un cuerpo nuevo que está en condiciones óptimas. Cabría pensar que eso haría mi trabajo más fácil. Pero no lo hace.

»Cada uno de vosotros tiene setenta y cinco años de malas costumbres y la arraigada creencia de que sois alguien, y todo eso tengo que purgarlo en tres puñeteros meses. Y también cada uno de vosotros piensa que vuestro nuevo cuerpo es una especie de juguetito. Sí, sé lo que habéis estado haciendo durante la última semana. Folleteando como monos rabiosos. Pues ¿sabéis qué? Que se acabó el recreo. Durante las próximas doce semanas, tendréis suerte si os da tiempo a haceros una paja en la ducha. Vuestro juguetito nuevo va a ser puesto a trabajar, ricuras. Porque tengo que convertirlos en soldados. Y eso va a ser un trabajo a tiempo completo.

Ruiz volvió a caminar delante de los reclutas.

—Quiero dejar una cosa clara. Ninguno de vosotros me gustáis ni me gustaréis. ¿Por qué? Porque a pesar del buen trabajo que mi personal y yo hacemos, inevitablemente nos haréis quedar mal. Eso me duele. No me deja dormir por las noches saber que, no importa cuánto os enseñe, inevitablemente fallaréis a aquellos que combaten con vosotros. Lo máximo que puedo hacer es asegurarme de que, cuando os vayáis, no os llevéis con vosotros a todo vuestro jodido pelotón. Eso es: ¡si conseguís que sólo os maten a vosotros, lo consideraré un éxito! Os puede parecer que es una especie de odio generalizado que siento hacia vosotros. Dejadme aseguráros que no es el caso. Todos fracasaréis, pero cada cual lo hará de un modo único, y por tanto os desprecio uno a uno. Incluso ahora, cada uno de vosotros tiene cualidades que me tocan las pelotas y me irritan. ¿Me creéis?

—¡Sí, mi sargento!

—¡Mentira! Alguno de vosotros sigue pensando que sólo voy a odiar al tipo de al lado —Ruiz extendió un brazo y señaló hacia la llanura y el sol—. Usad vuestros bonitos ojos nuevos para enfocar aquella torre de transmisión: casi

no podéis verla. Está a diez kilómetros de distancia, damas y caballeros. Voy a descubrir algo de cada uno de vosotros que me fastidiará, y, cuando lo haga, correréis hacia esa puñetera torre. Si no volvéis dentro de una hora, todo el pelotón volverá a correr mañana por la mañana. ¿Comprendido?

—¡Sí, mi sargento!

Noté que la gente hacía cálculos mentales: nos estaba diciendo que corriéramos casi un kilómetro por minuto entre ir y volver. Tuve la impresión de que nos iba a tocar correr de nuevo al día siguiente.

—¿Cuáles de vosotros estuvieron en el ejército en la Tierra? Un paso al frente —ordenó Ruiz.

Varios reclutas se adelantaron.

—¡Maldición! —exclamó Ruiz—. No hay nada que odie más en todo el puñetero universo que un recluta veterano. Hay que invertir tiempo y esfuerzo extra en vosotros, hijos de puta, para que olvidéis todas las puñeteras tonterías que aprendisteis allá en casa. ¡Allí lo único que tuvisteis que hacer fue combatir contra humanos! ¡E incluso eso lo hicisteis mal! Oh, sí, vimos esa guerra subcontinental vuestra. Mierda. Seis puñeteros años para derrotar a un enemigo que apenas tenía armas de fuego, y encima tuvisteis que hacer trampas para ganar. Las armas nucleares son propias de nenazas. *Nenazas*. Si la FDC luchara como lo hicieron las fuerzas de los Estados Unidos, ¿sabéis dónde estaría hoy la humanidad? En un asteroide, rascando algas de las puñeteras paredes de un túnel. ¿Y cuáles de vosotros, gilipollas, sois marines?

Dos reclutas dieron un paso al frente.

—Pues vosotros, mamones, sois lo *peor* —les espetó Ruiz, plantándose directamente ante sus caras—. Vosotros, bastardos presumidos, habéis matado a más soldados de las FDC que ninguna especie alienígena... haciendo cosas al puñetero estilo marine en vez de como se supone que hay que hacer las cosas. Probablemente teniais tatuajes con frases patrióticas en alguna parte de vuestro antiguo cuerpo, ¿verdad? ¿Verdad?

—¡Sí, mi sargento! —replicaron los dos.

—Tenéis mucha suerte de haberlos dejado atrás, porque os juro que os habría cogido y os los habría arrancado yo mismo. Oh, ¿creéis que no? Bien, al contrario que en vuestros preciosos y puñeteros marines, o en cualquier otra rama militar de allá abajo, aquí, el sargento instructor es Dios. Podría convertir vuestras tripas en tarta de salchichas y lo único que me sucedería es que me enviarían a uno de los otros reclutas para que limpiara la mierda.

—Ruiz dio un paso atrás para mirar a todos los veteranos—. Éste es un ejército de verdad, damas y caballeros. No estáis en el ejército de tierra, la armada, las fuerzas aéreas o los marines. Ahora sois uno de nosotros. Y cada vez que lo olvidéis, yo voy a estar allí para pisaros la puñetera cabeza. ¡Empezad a correr!

Lo hicieron.

—¿Quién es homosexual? —preguntó Ruiz.

Cuatro reclutas dieron un paso al frente, incluido Alan, que estaba a mi lado. Vi sus cejas arquearse cuando lo hizo.

—Algunos de los mejores soldados de la historia fueron homosexuales —dijo Ruiz—. Alejandro Magno. Ricardo Corazón de León. Los espartanos tenían un pelotón especial de soldados que eran amantes gay, porque pensaban que un hombre combatiría con más fuerza para proteger a su amante que a cualquier otro soldado. Algunos de los mejores combatientes que he conocido eran más raros que un billete de tres dólares. Soldados cojonudos, todos ellos.

»Pero os diré una cosa que me jode de todos vosotros: escogéis los peores momentos para poner os melancólicos. *Tres veces distintas* he estado combatiendo junto a un gay cuando las cosas se han puesto chungas, y cada vez han escogido ese puñetero momento para decirme que siempre me habían amado. Maldición, eso es inadecuado. ¡Un alien está intentando sorberme el puñetero cerebro, y mi compañero de escuadrón quiere hablar sobre nuestra relación! Como si no tuviera otra cosa que hacer. Hacedle a vuestros camaradas un puñetero favor: si os ponéis cachondos, daos gusto o dejadlo, pero nunca cuando un bicho esté intentando sacaros el maldito corazón.

¡Ahora, a correr!

Y allá que se fueron.

—¿Quiénes pertenecen a una minoría? Tres reclutas dieron un paso al frente.

—Chorradas. Mirad a vuestro alrededor, gilipollas. Aquí arriba todo el mundo es verde. No hay minorías. Pero ¿queréis pertenecer a una jodida minoría? Bien. Hay veinte mil millones de humanos en el universo y cuatro billones de miembros de otras especies inteligentes, y *todas* quieren convertir os en su bocadillo de media mañana. ¡Y eso, sólo las que conocemos! El primero de vosotros que me venga diciendo que pertenece a una minoría recibirá mi verde pie latino en mitad del culo. ¡Moveos!

Corrieron hacia la llanura.

Y así continuó. Ruiz tenía quejas específicas contra los cristianos, los judíos, los musulmanes y los ateos, los funcionarios del gobierno, los médicos, los abogados, los maestros, los currantes, los dueños de animales, los que poseían armas, los que practicaban artes marciales, los fans de la lucha libre, y, extrañamente (tanto por el hecho de que la categoría le molestara como porque hubiera alguien en el pelotón que encajara en ella), los bailarines de claqué. En grupos, parejas, y de uno en uno, los reclutas fueron puestos a caldo y obligados a correr.

Al rato, me di cuenta de que Ruiz me estaba mirando directamente.

Permanecí firme.

—¡Que me zurzan! —exclamó Ruiz—. ¡Si aun queda un gilipollas!

—¡Sí, mi sargento! —grité con todas mis fuerzas.

—¡Me cuesta trabajo creer que no encajes en ninguna de las categorías contra las que he despotricado! —dijo Ruiz—. ¡Sospecho que lo que intentas es evitar una agradable carrerita matutina!

—¡No, mi sargento! —grité.

—Me niego simplemente a aceptar que no hay algo en ti que desprecie — insistió Ruiz—. A ver, ¿de dónde eres?

—¡De Ohio, mi sargento!

Ruiz hizo una mueca. Nada por ese lado. La completa falta de significación de Ohio había funcionado por fin a mi favor.

—¿Cómo te ganabas la vida, recluta?

—¡Trabajaba por mi cuenta, mi sargento!

—¿Y qué hacías?

—¡Era escritor, mi sargento!

La feroz mueca de Ruiz volvió a su cara: obviamente, detestaba a aquellos que trabajaban con palabras.

—Dime que escribías ficción, recluta —dijo—. Se la tengo jurada a los novelistas.

—¡No, mi sargento!

—¡Cristo, hombre! Pues ¿qué escribías?

—¡Publicidad, mi sargento!

—¡Publicidad! ¿Qué tipo de gilipolleces anunciabas?

—¡Mi trabajo más famoso en publicidad fue Willie Wheelie, mi sargento! Willie Wheelie había sido la mascota de Neumáticos Nirvana, que fabricaba neumáticos para vehículos especiales. Había desarrollado la idea básica y el lema; los artistas gráficos de la compañía partieron de ahí. La llegada de Willie Wheelie coincidió con el revival de las motocicletas: la moda duró varios años, y Willie le hizo ganar a Nirvana un buen montón de dinero, tanto como mascota publicitaria como a través de licencias para muñecos de peluche, camisetas, vasitos y esas cosas. Se pensó incluso en hacer un programa infantil con él, aunque al final quedó en nada. Era una tontería, pero por otro lado, el éxito de Willie significó que nunca me quedé sin clientes. Salió bastante bien. Hasta aquel momento, al menos.

Ruiz dio de pronto un salto hacia adelante, se plantó justo ante mi cara, y gritó:

—¿Tú eres el genio creador de Willie Wheelie, recluta?

—¡Sí, mi sargento! —Había un placer perverso en gritarle a alguien cuya cara estaba a escasos milímetros de la tuya propia.

Ruiz se quedó allí plantado unos segundos, escrutándome, retándome a parpadear. Llegó a rugir. Entonces dio un paso atrás y empezó a desabrocharse la camisa. Yo permanecí firmes, pero de repente sentí mucho, mucho miedo. Se quitó la camisa, me mostró el hombro derecho, y dio de nuevo un paso adelante.

—¡Recluta, dime qué ves en mi hombro!

Miré, y pensé, «es absolutamente imposible».

—¡Es un tatuaje de Willie Wheelie, mi sargento!

—Así es —exclamó Ruiz—. Voy a contarte una historia, recluta. Allá en la Tierra, estuve casado con una mujer malvada y horrible. Una auténtica víbora. Me tenía pillado de tal forma que, aunque estar casado con ella era una muerte lenta, cuando me pidió el divorcio sentí ganas de suicidarme. En mi momento más bajo, estaba en una parada de autobús, pensando en tirarme delante del siguiente vehículo que pasara. Entonces miré y vi un anuncio donde aparecía

Willie Wheelie. ¿Y sabes qué decía?

—¡«A veces hay que salir a la carretera», mi sargento!

Había tardado quince segundos en escribir el lema. Qué mundo éste.

—Exactamente —asintió él—. Mientras miraba ese anuncio, tuve lo que alguien llamaría un Momento de Claridad: supe que lo que necesitaba era salir a la puñetera carretera. Me divorcié de aquella hija de puta, entoné una canción de agradecimiento, metí mis pertenencias en unas bolsas y me di el piro. Desde ese bendito día, Willie Wheelie ha sido mi avatar, el símbolo de mi deseo de expresión y libertad personal. Me salvó la vida, recluta, y le estaré eternamente agradecido.

—¡No hay de qué, mi sargento! —grité.

—Recluta, me siento honrado de haber tenido la oportunidad de conocerte; eres además el primer recluta en la historia de mi servicio a quien no encuentro motivos inmediatos para despreciar. No puedo decirte cuánto me perturba y me enerva eso. Sin embargo, me consuelo con el conocimiento casi certero de que pronto (posiblemente dentro de las próximas horas) harás sin duda algo que me joderá. Para asegurarme de que lo haces, te asigno el cargo de jefe de pelotón. Es un puñetero trabajo desagradecido sin ninguna ventaja, ya que tienes que dirigir a esos tristes reclutas cabrones el doble de duro que yo, porque tú compartirás la culpa de cada una de sus numerosas cagadas. Ellos te odian, te despreciarán, planearán tu caída, y yo estaré allí para darte una ración extra de mierda cuando lo consigan. ¿Qué te parece eso, recluta? ¡Habla con libertad!

—¡Me parece que estoy bien jodido, mi sargento! —chillé.

—En efecto, lo estás recluta —dijo Ruiz—. Pero ya estabas jodido en el momento en que caíste en mi pelotón. Ahora, a correr. El jefe no puede no correr con su pelotón. ¡Muévete!

* * *

—No sé si felicitarte o temer por ti —me dijo Alan cuando nos dirigíamos al comedor para desayunar.

—Puedes hacer ambas cosas —contesté—. Aunque probablemente tenga más sentido lo segundo. Yo también estoy asustado. Ah, ahí están.

Señalé a un grupo de cinco reclutas, tres mujeres y dos hombres, que esperaban delante del comedor.

Un rato antes, cuando me dirigía a la carrera hacia la torre de comunicaciones, mi CerebroAmigo casi me hizo chocar contra un árbol al hacer aparecer un mensaje de texto directamente ante mi campo de visión. Conseguí esquivarlo y rozarme solamente un hombro, y le dije a Gilipollas que cambiara a navegación de voz antes de que consiguiera que me matase. Gilipollas obedeció e inició de nuevo el mensaje.

—El nombramiento por parte del sargento Antonio Ruiz de John Perry como jefe del 63° Pelotón de Entrenamiento ha sido procesado. Enhorabuena por tu ascenso. Ahora tienes acceso a archivos personales e información de CerebroAmigo referida a los reclutas del 63° Pelotón de Entrenamiento. Ten en cuenta que esta información es sólo para uso oficial: el acceso para uso no militar es causa de la eliminación inmediata del puesto de jefe de pelotón y de juicio en corte marcial a discreción del comandante de la base.

—Cojonudo —dije, saltando un pequeño barranco.

—Tendrás que presentarte al sargento Ruiz con tu selección de líderes de escuadrón al final del período de desayuno de tu pelotón —continuó Gilipollas—. ¿Te gustaría revisar los archivos de tu pelotón para que te ayuden en tu proceso de selección?

Me gustaría. Lo hice. Gilipollas fue escupiendo detalles de cada recluta a gran velocidad mientras yo corría. Para cuando conseguí llegar a la torre de comunicaciones, había reducido la lista a veinte candidatos; al acercarme de vuelta a la base, ya había repartido todo el pelotón entre los jefes de escuadrón y enviado un correo a cada uno de los cinco nuevos jefes para que se reunieran conmigo en el comedor. El CerebroAmigo, desde luego, estaba empezando a ser útil.

También advertí que había conseguido regresar a la base en cincuenta y cinco minutos, y que no había adelantado a ningún otro recluta en el camino de vuelta. Consulté con Gilipollas y descubrí que el más lento de los reclutas (uno de los antiguos marines, irónicamente) había hecho un tiempo de cincuenta y ocho minutos trece segundos. No correríamos al día siguiente hasta la torre, o al menos no lo haríamos porque hubiésemos sido lentos. Sin embargo, no dudé de la habilidad del sargento Ruiz para encontrar otra excusa. Sólo esperaba no ser yo quien se la ofreciera.

Los cinco reclutas nos vieron llegar a Alan y a mí y más o menos se pusieron firmes. Tres saludaron inmediatamente, seguidos con cierta torpeza por los otros dos. Les devolví el saludo y sonreí.

—No os apuréis —les dije a los dos que se retrasaron—. Esto también es nuevo para mí. Vamos, recojamos el desayuno y hablemos mientras comemos.

—¿Quieres que me marche? —preguntó Alan mientras nos poníamos a la cola—. Probablemente tendrás mucho que hablar con estos tipos.

—No —le dije—. Me gustaría que estuvieses presente. Quiero tu opinión sobre esta gente. Además, tengo noticias para ti, eres mi segundo en mi propio escuadrón. Y como yo tengo todo un pelotón que cuidar, eso significa que eres tú quien va a estar a cargo del escuadrón. Espero que no te importe.

—Podré arreglármelas —dijo Alan, sonriendo—. Gracias por ponerme en tu propio escuadrón.

—¿Eh, qué sentido tiene estar al mando si no puedes dispensar un poco de favoritismo sin ton ni son? Además, así cuando caiga, tú estarás allí para amortiguar mi caída.

—Ése soy yo —dijo Alan—. El airbag de tu carrera militar.

El comedor estaba repleto, pero los siete conseguimos apoderarnos de una mesa.

—Presentaciones —dije—. Conozcamos primero nuestros nombres. Yo soy John Perry, y por el momento al menos soy el jefe del pelotón. Éste es el segundo al mando de mi escuadrón, Alan Rosenthal.

—Angela Merchant —dijo la mujer que tenía justo enfrente—. De Trenton, Nueva Jersey.

—Terry Duncan —siguió el tipo que tenía al lado—. Missoula, Montana.

—Mark Jackson. Saint Louis.

—Sarah O'Connell. Boston.

—Martin Garabedian. Sunny Fresno, California.

—Bueno, sí que somos geográficamente diversos —dije. Eso arrancó una carcajada, lo cual era buena cosa—. Seré rápido, ya que si paso mucho tiempo con esto quedará claro que no tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo.

Básicamente, os he elegido a los cinco porque hay algo en vuestro historial que sugiere que podríais ser jefes de escuadrón. Angela porque fue directiva en su empresa. Terry porque dirigió un rancho. Mark fue coronel en el ejército, y, con todo el respeto hacia el sargento Ruiz, creo que eso es una ventaja.

—Me alegra oírlo —dijo Mark.

—Martin perteneció al ayuntamiento de Fresno. Y Sarah enseñó en un jardín de infancia durante treinta años, lo cual la convierte automáticamente en la más cualificada de todos nosotros.

Otra carcajada. Tío, estaba lanzado.

—Voy a ser sincero —dije—. No pienso ser un cabrón con vosotros. El sargento Ruiz ya cubre ese papel, y yo sólo sería una pálida imitación. No es mi estilo. No sé cómo será vuestra forma de ejercer el mando, pero quiero que hagáis lo que sea necesario para manteneros por encima de vuestros reclutas y hacer que éstos destaquen en los próximos tres meses. No me importa ser jefe de pelotón, pero sí me preocupa mucho que nos aseguremos de que cada recluta de este pelotón tenga las capacidades y el entrenamiento que van a necesitar para sobrevivir aquí. La peliculita casera de Ruiz llamó mi atención y espero que también la vuestra.

—Cristo, qué fuerte —dijo Terry—. Se zamparon a ese pobre bastardo como si fuera un plato de carne trufada.

—Ojalá nos hubieran mostrado eso antes de alistarnos —dijo Angela—. Tal vez hubiera decidido seguir siendo vieja.

—Es la guerra —comentó Mark—. Es normal.

—Hagamos lo que podamos para asegurarnos de que nuestros chicos consiguen sobrevivir a ese tipo de cosas —proseguí—. He dividido el pelotón en seis escuadrones de diez. Yo llevo el escuadrón A; Angela, tú tienes el B; Terry, el C; Mark, el D; Sarah, el E, y Martin, el F. Os he dado permiso para examinar los archivos de vuestros reclutas con vuestro CerebroAmigo: escoged a vuestro segundo al mando y enviadme los detalles hoy a la hora del almuerzo. Entre los dos mantened la disciplina y el buen nivel en el entrenamiento; desde mi punto de vista, el motivo de haberos seleccionado es para no tener yo que ocuparme de nada.

—Excepto dirigir tu propio escuadrón —objetó Martin.

—Ahí es donde entro yo —dijo Alan.

—Nos reuniremos cada día durante el almuerzo. Las demás comidas, las haremos con nuestros escuadrones. Si tenéis algo que consultarme, contactad conmigo inmediatamente. Pero espero que intentéis resolver tantos problemas como sea posible por vuestra cuenta. Como decía, no planeo hacerme el duro, pero para bien o para mal soy el jefe del pelotón, así que lo que yo diga es ley. Si consideráis que no estáis a la altura, dejaré que seáis vosotros quienes os deis cuenta primero, y si eso no funciona, os sustituiré. No será nada personal, sino sólo asegurarnos de que todos recibamos el entrenamiento necesario para vivir ahí fuera. ¿Todo el mundo está de acuerdo?

Todos asintieron.

—Excelente —dije, y alcé mi taza—. Entonces brindemos por el 63° Pelotón de Entrenamiento. Asegurémonos de que terminamos de una pieza.

Entrechocamos nuestras tazas y luego comimos y charlamos. Las cosas mejoraban, pensé.

No tardé mucho en cambiar de opinión.

El día en Beta Pyxis tiene veintidós horas, trece minutos y veinticuatro segundos. Dedicábamos dos de esas horas a dormir.

Descubrí este dato encantador en nuestra primera noche, cuando Gilipollas me descargó un toque de sirena tan penetrante que me caí de la cama; naturalmente, la cama de arriba. Después de asegurarme de que no me había roto la nariz, leí el texto que flotaba en mi cráneo.

:::Jefe de Pelotón Perry, la presente es para informarle que tiene —(y aquí había un número que era un minuto y cuarenta y ocho segundos, que se iban restando)— hasta que el sargento Ruiz y sus ayudantes entren en el barracón. Se espera que tenga a su pelotón despierto y firmes cuando lo hagan. Todo recluta que no esté preparado será castigado y constará en su expediente.

Dirigí inmediatamente el mensaje a mis líderes de escuadrón a través del grupo de comunicaciones que había creado para ellos el día antes, envié una señal general de alarma a los CerebroAmigos del pelotón, y encendí las luces del barracón. Hubo unos cuantos segundos divertidos, todos los reclutas del pelotón se despertaron con la andanada de ruido que sólo ellos podían escuchar individualmente. La mayoría saltó de la cama, profundamente desorientados; yo y los jefes de escuadrón agarramos a los que todavía estaban acostados y los tiramos al suelo. Un minuto después los teníamos a todos de pie y firmes, y pasamos los segundos restantes convenciendo a los reclutas particularmente lentos de que aquél no era el momento de orinar ni vestirse ni hacer nada más que esperar allí de pie y no molestar a Ruiz cuando entrara por la puerta.

No es que importara.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Ruiz—. ¡Perry!

—¡Sí, mi sargento!

—¿Qué demonios has estado haciendo durante los dos minutos de advertencia? ¿Meneándotela? ¡Tu pelotón no está listo! ¡No están vestidos para los ejercicios que pronto se les encomendarán! ¿Cuál es tu excusa?

—¡Mi sargento, el mensaje decía que el pelotón tenía que esperar en posición de firmes cuando usted y su personal llegaran! ¡No especificaba la necesidad de vestirse!

—¡Cristo, Perry! ¿No te da por asumir que estar vestido forma parte de estar preparado?

—¡No presumo de asumir, mi sargento!

—¿«Presumo de asumir»? ¿Te las estás dando de listo, Perry?

—¡No, mi sargento!

—Bien, presume de llevar a tu pelotón al campo de desfile, Perry. Tienes cuarenta y cinco segundos. ¡Muévete!

—¡Escuadrón A! —grité, mientras echaba a correr, esperando que mi escuadrón me estuviera siguiendo. Cuando atravesaba la puerta, oí a Angela gritar al escuadrón B que la siguiera: la había elegido bien. Llegamos al campo de desfile, mi escuadrón formó detrás de mí. El de Angela lo hizo directamente a mi derecha, y Terry y los demás a continuación. El último hombre del escuadrón F formó a los cuarenta y cuatro segundos. Sorprendente. Alrededor del terreno, otros pelotones de reclutas formaban también, sin vestir, igual que el 63°. Me sentí brevemente aliviado.

Ruiz se acercó, seguido de sus dos ayudantes.

—¡Perry! ¿Qué hora es? Accedí a mi CerebroAmigo.

—¡Las cero un minuto hora local, mi sargento!

—Sorprendente, Perry. Sabes decir la hora. ¿A qué hora se apagaron las luces?

—¡A las veintidós horas, mi sargento!

—¡Correcto de nuevo! Alguno de vosotros se preguntará por qué os levantamos y os ponemos a correr después de dos horas de sueño. ¿Somos crueles? ¿Sádicos? ¿Intentamos destrozarnos? *Sí*. Pero esas no son las razones por las que os hemos despertado. El motivo es simplemente éste: *no necesitáis dormir más*. ¡Gracias a esos bonitos cuerpos nuevos vuestros, sólo os hace falta dormir dos horas! Habéis estado durmiendo ocho horas por noche porque es a lo que estáis acostumbrados. Pero eso se acabó, damas y caballeros. Todo ese sueño está desperdiciando mi tiempo. Dos horas es todo lo que necesitáis, así que a partir de ahora, dos horas es todo lo que tendréis.

—Bien. ¿Quién puede decirme por qué os hice correr veinte kilómetros en una hora ayer?

Un recluta levantó la mano.

—¿Sí, Thompson? —dijo Ruiz. O bien había memorizado los nombres de todos los reclutas del pelotón, o tenía conectado su CerebroAmigo, el cual le proporcionaba la información. No me aventuraría yo a suponer la respuesta.

—¡Mi sargento, nos hizo correr porque odia individualmente a cada uno de nosotros!

—Excelente respuesta, Thompson. Sin embargo, sólo es correcta en parte. Os hice correr veinte kilómetros en una hora porque *podéis* hacerlo. Incluso los más lentos terminasteis dos minutos antes del tiempo límite. Eso significa que, sin entrenamiento, sin siquiera un mínimo esfuerzo, cada uno de vosotros, hijos de puta, puede seguir el ritmo de los atletas olímpicos de allá la Tierra.

—¿Y sabéis por qué? ¿Lo sabéis? Porque *ninguno de vosotros es ya humano*. Sois *mejor que humanos*. Pero no lo sabéis todavía. Mierda, os habéis

pasado una semana folleteando por los rincones de una nave espacial como si fuerais muñecos de cuerda y probablemente todavía no comprendéis de qué estáis hechos. Bien, damas y caballeros, eso va a cambiar. La primera semana de vuestro entrenamiento es para que podáis comprobar lo que podéis hacer. Y lo comprobaréis. No vais a tener más remedio.

Y entonces corrimos veinticinco kilómetros en ropa interior.

* * *

Carreras de veinticinco kilómetros. Esprints de cien metros en siete segundos. Saltos en vertical de dos metros. Saltos a través de agujeros de diez metros en el suelo. Levantar doscientos kilos de peso libre. Cientos y cientos de flexiones, torsiones y abdominales. Como dijo Ruiz, lo difícil no era hacer esas cosas: lo difícil era comprobar (y creer) que podían hacerse. Los reclutas caían y fracasaban a cada paso del camino por falta de valor. Ruiz y sus ayudantes se lanzaban sobre esos reclutas y los asustaban para que se movieran (y luego me obligaban a mí a hacer flexiones; porque yo o mis jefes de escuadrón no los habíamos asustado lo suficiente).

Todo recluta (*todo* recluta) tenía su momento de duda. El mío se produjo al cuarto día, cuando el 63° Pelotón se reunió en torno a la piscina de la base, cada uno de nosotros con un saco de arena de veinticinco kilos en los brazos.

—¿Cuál es el punto flaco del cuerpo humano? —preguntó Ruiz mientras caminaba alrededor de nuestro pelotón—. No es el corazón, ni el cerebro, ni los pies, ni nada de lo que creéis. Es la sangre. Y la mala noticia es que vuestra sangre está por todo vuestro cuerpo. Transporta oxígeno, pero también transporta enfermedad. Cuando os hieren, la sangre se coagula, pero a menudo no lo suficientemente rápido como para impedir que muráis a causa de la hemorragia. Aunque, en realidad, de lo que se muere la gente en ese caso es por falta de oxígeno; no hay sangre disponible, al estar esparcida por todo el puñetero suelo, donde no sirve para una mierda.

—Las Fuerzas de Defensa Coloniales, en su divina sabiduría, le han dado la patada a la sangre humana, y la han sustituido por SangreSabia. La SangreSabia está compuesta por miles de millones de nano-robots que hacen lo mismo que la sangre, pero mejor. No es orgánica, así que no es vulnerable a las amenazas biológicas. Se coagula en milisegundos... Podríais perder una puñetera pierna y no os desangraríais. Lo más importante para vosotros ahora mismo es que cada «glóbulo» de SangreSabia tiene el cuádruple de capacidad para transportar oxígeno que vuestros glóbulos rojos naturales.

Ruiz dejó de caminar. Tras una pequeña pausa, prosiguió:

—Y es importante para vosotros ahora mismo porque vais a saltar a la piscina con vuestros sacos de arena. Os hundiréis hasta el fondo, donde os quedaréis durante no menos de seis minutos. Es tiempo más que suficiente para matar a un humano medio, pero vosotros podéis permanecer ahí abajo y no perderéis ni una sola célula cerebral. Para que tengáis un incentivo, el

primero que salga se encargará de limpiar las letrinas durante una semana. Y si sale antes de que se cumplan los seis minutos, bueno, entonces digamos que cada uno de vosotros va a desarrollar una íntima y personal relación con un cagadero en algún lugar de esta base. ¿Entendido? ¡Al agua!

Nos zambullimos, y como Ruiz nos había prometido, nos hundimos hasta el fondo, a tres metros de profundidad. Empecé a asustarme casi de inmediato. Cuando era niño, me caí en una piscina tapada, resbalé por la cubierta y me pasé varios desorientados y aterradores minutos tratando de salir a la superficie. No tantos como para que pudiera ahogarme, pero sí los suficientes como para desarrollar una aversión de por vida a tener la cabeza bajo el agua. Después de unos treinta segundos, empecé a sentir que necesitaba una gran bocanada de aire fresco. Era imposible que fuera a durar un minuto, mucho menos seis.

Sentí un tirón. Me volví salvajemente, y vi que Alan, que se había zambullido detrás de mí, extendía una mano. A través de la penumbra, pude ver que se daba un golpecito en la cabeza y luego señalaba la mía. En ese momento, Gilipollas me notificó que Alan solicitaba un enlace. Subvocalicé mi acuerdo. Oí un simulacro sin entonación de la voz de Alan en mi cabeza.

«¿Algo va mal?», preguntó Alan.

«Fobia», subvocalicé.

«No te dejes llevar por el pánico —respondió él—. Olvida que estás bajo el agua.»

«Me temo que va a ser imposible», repliqué.

«Entonces distráete —respondió Alan—. Comprueba en tus escuadrones a ver si alguien más tiene problemas y ayúdalos.»

La extraña calma de la voz simulada de Alan me ayudó. Abrí un canal con mis jefes de escuadrón para comprobar cómo estaban y les ordené que hicieran lo mismo con sus escuadrones. Cada uno de ellos tenía uno o dos reclutas al borde del pánico y se dispusieron a calmarlos. Junto a mí, pude ver que Alan revisaba nuestro propio escuadrón.

Tres minutos, luego cuatro. En el grupo de Martin, uno de los reclutas empezó a agitarse, sacudiendo el cuerpo adelante y atrás mientras el saco de arena que tenía en las manos actuaba como ancla. Martin soltó su propio saco y nadó hasta el recluta, lo agarró con fuerza por los hombros y luego llamó su atención mirándolo a la cara. Conecté con el CerebroAmigo de Martin y le oí decirle «Concéntrate en mis ojos» a su recluta. Pareció ayudar: el recluta dejó de agitarse y empezó a relajarse.

Cinco minutos, y quedó claro que, con suministro extendido de oxígeno o no, todo el mundo empezaba a sentir la presión. La gente empezó a cambiar el peso de un pie a otro, o a dar saltitos, o a agitar sus sacos. En un rincón, pude ver a una recluta golpeándose la cabeza contra el saco de arena. Una parte de mí se rió; otra parte pensó en hacer lo mismo.

Cinco minutos cuarenta y tres segundos, y uno de los reclutas del escuadrón de Mark soltó el saco y empezó a dirigirse hacia la superficie. Mark soltó también su saco y se lanzó en silencio tras él, agarrándolo por el tobillo y utilizando su propio peso para detenerlo. Pensé que el segundo de Mark debería estar ayudando a su jefe de escuadrón con el recluta; una rápida comprobación mediante el CerebroAmigo me informó de que el recluta era su segundo.

Seis minutos. Cuarenta reclutas soltaron sus sacos y se lanzaron hacia la superficie. Mark soltó el tobillo de su segundo y luego lo empujó hacia arriba para asegurarse de que llegaba el primero a la superficie y lo cargaban con el trabajo en las letrinas que había estado dispuesto a conseguir para el pelotón. También yo me disponía a soltar mi saco de arena cuando vi a Alan negar con la cabeza.

«El líder del pelotón debería aguantar», me envió.

«Chúpamela», repliqué.

«Lo siento, no eres mi tipo», respondió él.

Conseguí aguantar siete minutos y treinta y un segundos antes de subir, convencido de que mis pulmones iban a explotar. Pero había superado mi momento de duda. Lo había comprobado. Era más que humano.

* * *

La segunda semana nos presentaron nuestra arma.

—Éste es el fusil de infantería estándar MP-35 de las FDC —dijo Ruiz, mostrando el suyo mientras los nuestros permanecían en el suelo a nuestros pies, donde los habían colocado, todavía envueltos—. La «MP» significa «Multi-propósito». Dependiendo de vuestra necesidad, puede crear y disparar sobre el objetivo seis rayos o proyectiles diferentes. Éstos incluyen balas de fusil y cargas explosivas y no explosivas, que pueden ser disparadas semiautomática o automáticamente, granadas de baja intensidad, cohetes guiados de baja intensidad, líquido inflamable a alta presión, y rayos de energía de microondas. Esto es posible gracias al uso de munición nanorobótica de alta densidad —Ruiz alzó un bloque de algo que parecía metal; un bloque similar estaba colocado junto al fusil a mis pies—, que se monta sólo inmediatamente antes de disparar, lo que permite una arma con máxima flexibilidad y mínimo entrenamiento; un hecho que vosotros, tristes pedazos de carne ambulante, sin duda apreciaréis.

»Aquellos de los reclutas que tengan experiencia militar recordarán cómo se les requería que montaran y desmontaran frecuentemente las armas. *No haréis eso con vuestro MP-35.* ¡El MP-35 es una pieza de maquinaria extremadamente compleja y no se puede correr el riesgo de que la jodáis al toquetearla! Tiene incorporados sistemas de autodiagnóstico y reparación. También puede conectar con vuestro CerebroAmigo para alertaros de problemas, si los hay, que no los habrá; en treinta años de servicio, todavía no

hay un solo MP-35 que haya funcionado mal. ¡Esto es debido a que, al contrario que vuestros capullos científicos militares de la Tierra, *nosotros* sí sabemos construir una arma que funcione! Vuestro trabajo no es jugar con vuestra arma; vuestro trabajo es *disparar* vuestra arma. Confíad en ella: es casi con toda certeza más lista que vosotros. Recordad esto y tal vez podáis sobrevivir.

»Activaréis vuestro MP-35 sacándolo de su envoltorio protector y accediendo a él a través de vuestro CerebroAmigo. Una vez lo hagáis, el MP-35 será verdaderamente vuestro. Mientras estéis en esta base, sólo vosotros podréis disparar vuestro MP-35, pero únicamente con permiso de vuestro jefe de pelotón o vuestros jefes de escuadrón, quienes a su vez deben recibir permiso de sus instructores de maniobras. En las situaciones de combate real, sólo los soldados de las FDC con CerebroAmigos proporcionados por las FDC podrán disparar los MP-35. Mientras no jodáis a vuestros camaradas, no tendréis que temer que vuestra propia arma se emplee contra vosotros.

»A partir de ahora, llevaréis vuestro MP-35 con vosotros a todas partes. Lo llevaréis cuando vayáis a cagar, lo llevaréis en la ducha: no os preocupéis por si se moja, escupirá todo lo que considere extraño. Lo llevaréis a las comidas.

Dormiréis con él. Si de algún modo lográis encontrar un momento para echar un polvo, será mejor que vuestro MP-35 esté allí mirando, en primera fila.

»Aprenderéis a usar esta arma. Os salvará la vida. Los marines americanos son un puñado de cretinos integrales, pero una cosa que hicieron bien fue su Credo del Fusil Marine. Dice, en parte: "Éste es mi fusil. Hay muchos como él, pero éste es mío. Mi fusil es mi mejor amigo. Es mi vida. Debo dominarlo como debo dominar mi vida. Mi fusil, sin mí, es inútil. Sin mi fusil, yo soy inútil. Debo disparar mi fusil con precisión. Debo disparar mejor que el enemigo que intenta matarme. Debo dispararle antes de que él me dispare a mí. Y lo haré".

»Damas y caballeros, grabad este credo en vuestros corazones. Éste es vuestro fusil. Cogedlo y activadlo.

Me arrodillé y saqué el fusil de su envoltorio de plástico. A pesar de todo lo que había dicho Ruiz, el MP-35 no parecía especialmente impresionante. Pesaba, pero no era inmanejable, estaba bien equilibrado y tenía un buen tamaño para maniobrar. En un lado de la culata había una pegatina: «PARA ACTIVAR CON CEREBROAMIGO: Inicializar CerebroAmigo y decir Activa MP-35, número de serie ASD-324-DDD-4E3C1.»

—Eh, Gilipollas —dije—. Activa MP-35, número de serie ASD-324-DDD-4E3C1.

:::MP-35 ASD-324-DDD-4E3C1 activado para el recluta de las FDC John Perry —respondió Gilipollas—. Por favor, carga la munición ahora.

Un pequeño gráfico apareció en una esquina de mi campo de visión, mostrándome cómo cargar mi fusil. Volví a extender la mano para coger el

bloque rectangular que era mi munición... y casi perdí el equilibrio al hacerlo. Era sorprendentemente pesado; no bromeaban con lo de la «alta densidad». Lo metí en mi fusil, siguiendo las instrucciones. Una vez hecho, el gráfico desapareció y ocupó su lugar un texto que decía:

Opciones de Fuego Disponibles

Nota: Usar un solo tipo de munición reduce la disponibilidad de los otros tipos

Balas de fusil: 200

Balas de pistola: 80

Granadas: 40

Misiles: 35

Fuego: 10 minutos

Microondas: 10 minutos

Selección actual: balas de fusil

—Selecciona balas de pistola —dije.

:::Balas de pistola seleccionadas —replicó Gilipollas.

—Selecciona misiles —dije.

:::Misiles seleccionados —replicó Gilipollas—. Por favor, selecciona objetivo.

De repente, todos los miembros del pelotón tuvieron un contorno verde rodeándolos: mirar a uno directamente hacía que destellaran. Qué demonios, pensé, y seleccioné uno, un recluta del escuadrón de Martin llamado Toshima.

:::Objetivo seleccionado —confirmó Gilipollas—. Puedes disparar, cancelar o elegir un segundo objetivo.

—Uau —dije, cancelé el objetivo, y miré mi MP-35. Miré a Alan, que sujetaba su arma a mi lado—. Este trasto da miedo.

—No me extraña —contestó Alan—. He estado a punto de volarte con una granada hace dos segundos.

Mi respuesta a esta sorprendente admisión quedó interrumpida en seco cuando, al otro extremo del pelotón, Ruiz se volvió de pronto ante un recluta.

—¿Qué has dicho, recluta? —exigió Ruiz.

Todo el mundo guardó silencio mientras nos volvíamos para ver quién había incurrido en la ira de Ruiz.

El recluta era Sam McCain; en una de nuestras sesiones durante el almuerzo recordé que Sarah O'Connell lo había descrito con más boca que cerebro. Cosa que no era de extrañar, porque había sido vendedor toda la vida.

Incluso con Ruiz plantado a un milímetro de su nariz, proyectaba estupidez; una estupidez levemente sorprendida, pero estupidez a fin de cuentas. Estaba claro que no sabía qué había cabreado tanto a Ruiz, pero fuera lo que fuese, esperaba salir ileso del topetazo.

—Sólo estaba admirando mi arma, mi sargento —dijo McCain, empuñando su fusil—. Y le decía al recluta Flores, aquí presente, que casi me daban lástima los pobres hijos de puta contra los que vamos a usarlas...

El resto del comentario de McCain se perdió cuando Ruiz le arrancó el fusil de las manos y, con un giro enormemente relajado, le golpeó en la sien con la culata. McCain se desplomó como un muñeco de trapo; Ruiz extendió tranquilamente una pierna y le colocó la bota encima de la garganta. Luego le dio la vuelta al fusil; McCain contempló, sorprendido, el cañón de su propia arma.

—Ya no estás tan contento, ¿verdad, mierdecilla? —dijo Ruiz—. Imagina que soy tu enemigo. ¿Sientes lástima por mí ahora? Acabo de desarmarte en menos tiempo del que se tarda en respirar, joder. Ahí fuera, esos *pobres hijos de puta* se mueven más rápido de lo que serías capaz de creer. Van a asar tu puñetero hígado en la parrilla y se lo van a comer mientras tú todavía intentas ver por dónde andan. Así que, si alguna vez *casi* sientes lástima por los pobres hijos de puta, recuerda que no necesitan tu piedad. ¿Vas a recordar esto, recluta?

—¡Sí, mi sargento! —jadeó McCain, bajo la bota. Estaba casi sollozando.

—Asegurémonos —replicó Ruiz, y, colocando el cañón entre los ojos de McCain, apretó el gatillo con un seco *click*. Todos los miembros del pelotón dieron un respingo. McCain se meó encima.

—Capullo —dijo Ruiz después de que McCain se diera cuenta de que después de todo no estaba muerto—. No has escuchado antes. Mientras esté en la base el MP-35 sólo puede ser disparado por su dueño, y ése eres tú, gilipollas.

Se irguió y lanzó con desprecio el fusil a McCain. Luego se dio media vuelta para encararse a todo el pelotón.

—Sois aún más estúpidos de lo que había imaginado, reclutas —declaró Ruiz—. Ahora, escuchadme. Nunca ha habido un ejército en toda la historia de la humanidad que haya ido a la guerra equipado con más de lo mínimo necesario para combatir al enemigo. La guerra es cara. Cuesta dinero y cuesta vidas, y ninguna civilización tiene una cantidad infinita de ambas cosas. Así que, cuando se lucha, se trata de conservar ambas cosas. Usad vuestro equipo sólo cuanto tengáis que hacerlo, nada más.

Nos miró, sombrío y prosiguió:

—¿Os estáis enterando de algo? ¿Comprende alguno de vosotros lo que estoy intentando deciros? No tenéis estos flamantes cuerpos y esas bonitas armas nuevas porque queramos daros una ventaja desproporcionada. Los tenéis porque son *el mínimo absoluto* que os permitirá combatir y sobrevivir ahí fuera. No *quisimos* daros esos cuerpos, panda de capullos. Es que si no lo hubiésemos hecho, la raza humana ya no existiría.

—¿Lo entendéis ahora? ¿Tenéis por fin una leve idea de a qué os enfrentáis? ¿Os estáis enterando?

* * *

Pero no todo era aire fresco, ejercicio y aprender a matar por la humanidad. A veces, íbamos a clase.

—Durante vuestro entrenamiento físico, habéis estado aprendiendo a superar vuestras suposiciones e inhibiciones relativas a la capacidad de vuestros nuevos cuerpos —dijo el teniente Oglethorpe a un salón lleno de batallones de entrenamiento, del 60° al 63°—. Ahora hay que hacer lo mismo con vuestra mente. Es hora de tirar a la basura algunos prejuicios e ideas preconcebidas tan profundamente arraigados, que algunos de ellos ni siquiera sabéis que los tenéis.

El teniente Oglethorpe pulsó un botón del atril donde estaba. Tras él, dos pantallas cobraron vida. A la izquierda del público apareció una visión de pesadilla: una cosa negra y retorcida, con pinzas de langosta que anidaban pornográficamente dentro de un orificio tan apestoso que casi se podía notar el hedor. Sobre la masa informe que tenía por cuerpo, asomaban tres tallos oculares, tres antenas o lo que fuera. De ellos manaba baba. H.E Lovecraft habría salido corriendo.

A la derecha había una criatura vagamente parecida a un ciervo con manos hábiles y casi humanas, y un rostro inteligente que parecía transmitir paz y sabiduría. Si no se podía dominar a ese tipo, al menos parecía que podría enseñarnos algo sobre la naturaleza del universo.

El teniente Oglethorpe cogió un puntero y señaló la criatura de pesadilla.

—Este tipo es miembro de la raza bathunga. Los bathunga son un pueblo profundamente pacifista; tienen una cultura que se remonta a cientos de miles de años, y una comprensión de las matemáticas que hace que las nuestras parezcan una simple suma. Viven en los océanos, filtrando plancton, y coexisten de manera entusiasta con los humanos en varios mundos. Son los buenos, y éste —indicó la pantalla—, es inusualmente guapo entre su especie.

Señaló la segunda pantalla, la que mostraba al amistoso hombre ciervo.

—Este pequeño cabrón de aquí es un salong. Nuestro primer encuentro oficial con los salong sucedió después de que localizáramos una colonia rebelde de humanos. La gente no puede colonizar por libre, y el motivo es muy claro en este caso. Esos colonos habían desembarcado en un planeta

que también era codiciado por los salong, así que éstos atacaron a los humanos, los vencieron y montaron una granja de carne humana. Todos los varones humanos menos unos cuantos fueron asesinados, y los que mantuvieron con vida fueron «ordeñados» por su esperma. Las mujeres fueron inseminadas artificialmente con él, les quitaron a los recién nacidos, los metieron en corrales y los engordaron como si fueran terneros.

»Pasaron años antes de que encontráramos el lugar. Cuando lo hicimos, las tropas de las FDC arrasaron la colonia salong y asaron en una barbacoa a su líder. No hace falta decir que llevamos combatiendo a esos hijos de puta comedores de bebés desde entonces.

»Podéis ver adónde voy a parar con esto —prosiguió Oglethorpe—. Suponer que sois capaces de distinguir a los buenos de los malos os matará. No podéis permitir os tendencias antropomórficas cuando, algunos de los alienígenas que más se parecen a nosotros, prefieren las hamburguesas de humano a la paz.

Otra vez, Oglethorpe nos pidió que dedujéramos qué ventaja tenían los soldados terrestres sobre los de las FDC.

—Desde luego, no son las condiciones físicas ni las armas —dijo—, ya que los de los FDC estamos claramente por delante en ambos casos. No, la ventaja que tienen los soldados de la Tierra es que, al tener lugar allí sus batallas, siempre saben cómo van a ser sus oponentes, y también, hasta cierto punto, cómo se desarrollará el combate: con qué clase de tropas, tipos de armas, y objetivos. A causa de esto, la experiencia de una guerra o un enfrentamiento puede aplicarse directamente a otra, aunque las causas del combate o los objetivos de la batalla sean por completo distintos.

»Las FDC en cambio no tienen esa ventaja. Por ejemplo, veamos una lucha reciente con los efg.

Oglethorpe marcó una de las pantallas, que mostró a una criatura parecida a una ballena, con enormes tentáculos a los lados que acababan en manos rudimentarias.

—Estos tipos miden hasta cuarenta metros de largo y tienen una tecnología que les permite polimerizar agua. Hemos perdido barcos cuando el agua de su alrededor se convirtió en un charco de arenas movedizas que los engulló junto con sus tripulaciones. ¿Cómo se rentabiliza la experiencia de combatir a uno de estos tipos, a, digamos, los finwe —la otra pantalla cambió, revelando un encantador de serpientes—, que son pequeños habitantes del desierto y prefieren ataques biológicos a larga distancia?

»La respuesta es que en realidad no podemos aprovecharla. Los soldados de las FDC pasan de un tipo de batalla a otra constantemente. Éste es uno de los motivos por los que la tasa de mortandad en las FDC es tan alto: cada batalla es nueva, y cada situación de combate, en la experiencia del soldado individual al menos, es única. Si hay una cosa que os tiene que quedar muy clara de estas charlas nuestras, es la siguiente: cualquier idea que tengáis de cómo se debe librar la guerra, hay que tirarla por la ventana. Vuestro

entrenamiento aquí os abrirá los ojos a parte de lo que encontraréis ahí fuera, pero recordad que, como infantería, a menudo seréis el primer punto de contacto con nuevas razas hostiles, cuyos métodos y motivos son desconocidos y a veces incognoscibles. Tenéis que pensar rápido, y no asumir que lo que ha funcionado antes funcionará entonces. Ésa es una forma rápida de morir.

En una ocasión, una recluta le preguntó a Oglethorpe por qué los soldados de las FDC debían preocuparse de las colonias o los colonos.

—Nos están repitiendo continuamente que ya no somos humanos —dijo—. Y si ése es el caso, ¿por qué debemos sentir ninguna sintonía con los colonos? Después de todo, sólo son humanos. ¿Por qué no criar soldados de las FDC como siguiente paso en la evolución humana y así obtener una ventaja?

—No creas que eres la primera en hacer esa pregunta —dijo Oglethorpe, lo que arrancó una risa general—. La respuesta corta es que no podemos. Todas las manipulaciones mecánicas y genéticas que se les hacen a los soldados de las FDC los vuelven genéticamente estériles. En el material genético común que se usa en cada uno de vuestros moldes, hay demasiados contrapuntos letales como para permitir que ningún proceso de fertilización llegue muy lejos. Y hay demasiado material no humano como para que sea posible un cruce con éxito con los humanos normales. Los soldados de las FDC son una obra de ingeniería sorprendente, pero en cuanto a camino evolutivo, son un callejón sin salida. Ése es uno de los motivos por el que no debéis sentir os tan orgullosos. Podéis correr un kilómetro y medio en tres minutos, pero no podéis tener hijos.

»Sin embargo, en un sentido amplio, no hace falta. El siguiente paso de la evolución ya se está dando. Igual que la Tierra, la mayoría de las colonias están aisladas unas de otras. Casi toda la gente que nace en una colonia se pasa allí toda la vida. Los humanos también se adaptan a sus nuevos hogares; ya está comenzando también a nivel cultural. Algunos de los planetas coloniales más antiguos empiezan a mostrar derivas lingüísticas y culturales respecto a sus lenguas y culturas de la Tierra. Dentro de diez mil años, habrá también una deriva genética. Con el tiempo, habrá tantas especies humanas como planetas coloniales. La diversidad es la clave de la supervivencia.

»Metafísicamente, deberíais sentir os unidos a las colonias porque, al haber cambiado vosotros mismos, apreciaréis la capacidad humana de supervivencia en el universo. Más directamente: debería importar os porque las colonias representan el futuro de la raza humana y, cambiados o no, estáis más cerca de esos humanos que de ninguna otra especie inteligente de ahí fuera.

»Pero en el fondo, debéis preocuparos porque sois lo bastante mayores como para saber que deberíais hacerlo. Ése es uno de los motivos por los que las FDC seleccionan a personas mayores para convertirlas en soldados: no sólo porque todos estéis jubilados y seáis una carga para la economía, sino también porque habéis vivido lo suficiente como para saber que hay

más cosas en la vida además de la propia vida. La mayoría de vosotros ha criado familias y tiene hijos y nietos, y comprende el valor de hacer algo que vaya más allá de los propios objetivos egoístas. Aunque nunca lleguéis a ser colonos, reconoceréis que las colonias humanas son buenas para la raza humana, y que merece la pena luchar por ellas. Es difícil meterle ese concepto en la cabeza a un joven de diecinueve años. Pero vosotros lo sabéis por experiencia. En este universo, la experiencia cuenta.

* * *

Nos entrenamos. Disparamos. Aprendemos. Continuamos. No dormimos mucho.

A la sexta semana, sustituí a Sarah O'Connell como jefe de escuadrón. El escuadrón E se quedaba siempre atrás en los ejercicios de equipo y eso lo estaba pagando el 63° Pelotón al completo en las competiciones entre pelotones. Cada vez que un trofeo iba a parar a otro pelotón, Ruiz apretaba los dientes y la tomaba conmigo.

Sarah lo aceptó con buen humor.

—No es igual que manejar a parvulitos en el jardín de infancia, desgraciadamente —fue su comentario.

Alan ocupó su puesto y puso en forma al escuadrón. Durante la séptima semana, el 63° le ganó un trofeo de tiro al 58°. Irónicamente, fue Sarah, que resultó ser una tiradora de primera, quien nos llevó a la cima.

A la octava semana, dejé de hablar con mi CerebroAmigo. Gilipollas me había estudiado ya lo suficiente como para comprender mis pautas cerebrales y, al parecer, empezó a prever mis necesidades. Lo advertí por primera vez durante un ejercicio simulado de fuego, cuando mi MP-35 pasó de disparar balas de fusil a misiles guiados, localizó, disparó y alcanzó dos objetivos de largo alcance, y luego pasó de nuevo al lanzallamas justo a tiempo de freír a un desagradable bicho de dos metros que salió de las rocas cercanas. Cuando me di cuenta de que no había vocalizado ninguna de las órdenes, sentí que una extraña vibración se apoderaba de mí. Después de unos cuantos días más, advertí que cada vez que tenía que pedirle a Gilipollas que hiciera algo, me molestaba. Qué rápidamente se vuelve común lo extraño.

A la novena semana, Alan, Martin Garabedian y yo tuvimos que administrarle un poco de disciplina a uno de los reclutas de Martin, que había decidido que quería el puesto de éste como jefe de escuadrón y no le hacía ascos a la idea de recurrir a un poco de sabotaje. El recluta había sido una estrella del pop moderadamente famosa en su vida pasada, y estaba acostumbrado a salirse con la suya fuera como fuese. Consiguió alistar a algunos camaradas del escuadrón en su conspiración, pero desgraciadamente para él, no fue lo bastante listo como para advertir que, como jefe de escuadrón, Martin tenía acceso a todos los mensajes que estaba pasando.

Martin acudió a mí; yo sugerí que no había ningún motivo para implicar a Ruiz ni a ninguno de los otros instructores en algo que podíamos resolver fácilmente nosotros mismos.

Si alguien advirtió que un hovercraft de la base despegó sin permiso esa noche, no dijo nada. Del mismo modo, si alguien vio a un recluta colgando boca abajo de él mientras pasaba peligrosamente cerca de algunos árboles, sujeto sólo de los tobillos por un par de manos, tampoco dijeron nada. Desde luego, nadie manifestó haber oído ninguno de los desesperados gritos del recluta, ni el crítico examen, no demasiado favorable, que Martin hizo del álbum más famoso de la antigua estrella del pop. El sargento Ruiz sí advirtió en el desayuno, a la mañana siguiente, que yo estaba un poco cansado: repliqué que debía de tratarse de la pequeña carrerita de treinta kilómetros que habíamos hecho antes de comer. A la undécima semana, el 63° y unos cuantos pelotones más fueron soltados en las montañas del norte de la base. El objetivo era sencillo: encontrar y eliminar a todos los demás pelotones y que los supervivientes regresaran luego a la base; todo en cuatro días. Para hacer las cosas interesantes, cada recluta iba equipado con un aparato que registraba los disparos que recibía: si uno lo alcanzaba, el recluta sentiría un dolor paralizante y se derrumbaría (a continuación sería recogido por los instructores que observaban desde cerca). Lo sé porque yo fui el conejillo de Indias en la base, cuando Ruiz quiso mostrar un ejemplo. Le recalqué a mi pelotón que no les gustaría nada sentir lo que yo había sentido.

El primer ataque se produjo casi en cuanto desembarcamos. Cuatro de mis reclutas cayeron antes de que yo divisara a los tiradores y se los señalara al pelotón. Alcanzamos a dos; dos se escaparon. Ataques esporádicos a lo largo de las horas siguientes dejaron claro que la mayoría de los pelotones se habían dividido en escuadrones de tres o cuatro y así daban caza a los demás escuadrones. Yo tuve una idea distinta. Nuestros CerebroAmigos nos possibilitaban mantener contacto constante y silencioso con los demás, estuviéramos cerca o no. Otros pelotones parecían no comprender las ventajas de este hecho, pero peor para ellos. Pedía a cada miembro del pelotón que abriera una línea de comunicación segura en su CerebroAmigo, luego hice que cada miembro se marchara por su cuenta a explorar el terreno y advirtiera de la posición de los escuadrones enemigos que localizara. De esta forma, todos tendríamos un mapa cada vez más amplio del terreno y la situación del enemigo. Aunque nuestros reclutas fueran eliminados, la información que proporcionaran ayudaría a otro miembro del pelotón a vengar su muerte (o al menos a impedir que lo mataran también). Así, cada soldado podía moverse con rapidez y en silencio, vigilar a los escuadrones de los otros pelotones, y seguir trabajando en equipo con sus compañeros de pelotón cuando la ocasión se presentara.

Funcionó. Nuestros reclutas disparaban cuando podían, procuraban no llamar la atención, transmitían información en cuanto era posible, y trabajaban juntos cuando se presentaba la oportunidad. Al segundo día, un recluta llamado Riley y yo detectamos dos escuadrones enemigos: estaban

tan ocupados disparándose entre sí que no advirtieron que Riley y yo los abatíamos desde lejos. Él eliminó a dos reclutas, yo a tres, y los otros tres al parecer se eliminaron entre sí. Fue muy sencillo. Después de terminar, no nos dijimos nada, sólo nos perdimos en el bosque y seguimos rastreando y compartiendo información sobre el terreno.

Al final, los otros pelotones dedujeron lo que estábamos haciendo y trataron de imitarlo, pero a esas alturas los del 63° éramos demasiados y ellos no los suficientes. Los barrimos. Eliminamos al último a mediodía, y luego empezamos a correr de vuelta a nuestra base, a unos ochenta kilómetros de distancia. El último de nosotros llegó a las 1800. Al final, perdimos diecinueve miembros del pelotón, incluidos los cuatro del desembarco, pero fuimos responsables de más de la mitad de las muertes totales de los otros siete pelotones, mientras perdimos sólo un tercio de los nuestros. Ni siquiera el sargento Ruiz pudo quejarse. Cuando el comandante de la base le otorgó el trofeo de los Juegos de Guerra, hasta logró esbozar una sonrisa. No quiero ni imaginarme lo que debió dolerle hacer eso.

* * *

—Nuestra suerte no cesará nunca —dijo el recién nombrado soldado Alan Rosenthal mientras subía conmigo hasta la zona de embarque de la lanzadera—. Nos han asignado a la misma nave.

En efecto. Un rápido salto de vuelta a Fénix en el transporte de tropas *Francis Drake*, y luego de permiso hasta que llegara la *FDCS Modesto*. A continuación conectaríamos con el Segundo Pelotón, Compañía D, del 223° Batallón de Infantería de las FDC. Un batallón por nave, unos mil soldados. Muy fácil perderse. Me alegraba tener a Alan conmigo una vez más.

Lo miré y admiré su nuevo y limpio uniforme colonial azul... en parte porque yo llevaba uno igual.

—Maldición, Alan —dije—. Menudo buen aspecto tenemos.

—Siempre me han gustado los hombres de uniforme —contestó él—. Y ahora que yo soy el hombre de uniforme, me gusta todavía más.

—Uh-oh —dije—. Ahí viene el sargento Ruiz.

Ruiz me había visto esperando para subir a mi lanzadera. Al acercarse, solté la mochila que contenía mi uniforme de diario y unos cuantos objetos personales y le dirigí un saludo formal.

—Descansa, soldado —dijo Ruiz, devolviéndome el saludo—. ¿Adónde vas?

—A la *Modesto*, mi sargento —respondí—. El soldado Rosenthal y yo.

—Te estás quedando conmigo —declaró Ruiz—. ¿La 223? ¿Qué compañía?

—La D, mi sargento. Segundo Pelotón.

—De putísima madre, soldado —dijo Ruiz—. Tendrás el placer de servir en el pelotón del teniente Arthur Keyes, si a ese cabrón hijo de puta no le ha

devorado el culo algún alienígena. Cuando lo veas, dale mis recuerdos, si puedes. Aparte de eso, puedes decirle que el sargento Antonio Ruiz ha declarado que no eres el pichafloja en que os habéis convertido la mayoría de los reclutas.

—Gracias, mi sargento.

—Que no se te suba a la cabeza, soldado. Sigues siendo un pichafloja. Pero no muy grande.

—Por supuesto, mi sargento.

—Bien. Y ahora, si me disculpas. A veces hay que salir a la carretera.

El sargento Ruiz saludó. Alan y yo le devolvimos el saludo. Ruiz nos miró a ambos, esbozó una sonrisa tensa, tensísima, y luego se marchó sin mirar atrás.

—Ese hombre me acojona —dijo Alan.

—No sé. A mí me cae bien.

—Pues claro. Piensa que casi no eres un pichafloja. En su mundo, eso es un cumplido.

—No creas que no lo sé. Ahora lo único que tengo que hacer es cumplirlo.

—Lo conseguirás —opinó Alan—. Después de todo, sigues siendo un pichafloja.

—Eso es reconfortante —dije—, porque al menos tendré compañía.

Alan sonrió. Las puertas de la lanzadera se abrieron. Cogimos nuestras cosas y subimos a bordo.

—Puedo disparar —dijo Watson, asomándose por encima del peñasco—. Déjeme cargarme a uno de esos bichos.

—No —respondió Viveros, nuestra cabo—. El escudo todavía está alzado. Sólo malgastarías munición.

—Chorradas —dijo Watson—. Llevamos horas aquí. Nosotros estamos aquí sentados. Ellos están allí sentados. Cuando baje su escudo, ¿qué se supone que tenemos que hacer, acercarnos y empezar a dispararles? No estamos en el puñetero siglo catorce. No deberíamos fijar citas para empezar a matar al otro tipo.

Viveros pareció irritarse.

—Watson, no se te paga para pensar, así que cierra el puñetero pico y estate preparado. No va a tardar mucho, de todas formas. Sólo queda una cosa de su ritual antes de que empecemos.

—¿Sí? ¿Y qué es? —dijo Watson.

—Van a cantar.

Watson hizo una mueca.

—¿Qué van a cantar? ¿Canciones de película?

—No —dijo Viveros—. Van a cantar nuestras muertes.

Como siguiendo una pista, el enorme escudo semiesférico que rodeaba el campamento consu tembló por la base. Ajusté mi visión ocular y vi cómo varios cientos de metros más allá, un consu lo atravesaba, el escudo pegándose levemente a su enorme caparazón hasta que se apartó lo suficiente como para que los filamentos electrostáticos volvieran a su sitio.

Era el tercero y último consu que emergería del escudo antes de la batalla.

El primero había aparecido casi doce horas antes: un bicharraco de bajo nivel cuyo aullido desafiante sirvió para indicar formalmente la intención de los consu de batallar. El bajo rango del mensajero pretendía expresar la mínima importancia que los consu daban a nuestros soldados, siendo la idea que, si de haber sido realmente importantes, habrían enviado a alguno de grado superior. Ninguno de nuestros soldados se ofendió; el mensajero era siempre de rango inferior, no importaba el oponente, y, de todas formas, a menos que seas extraordinariamente sensible a las feromonas consu, se parecen bastante unos a otros.

El segundo emergió del escudo varias horas más tarde, gritó como una manada de vacas pilladas en una trituradora, y luego explotó en un periquete, desparramando sangre rosácea y trozos de órganos y caparazón contra el escudo consu, que chisporrotearon levemente al resbalar hasta el suelo. Al parecer, los consu creían que si un solo soldado se ofrecía ritualmente de antemano, su alma podía reconocer territorio enemigo du-

rante algún tiempo antes de irse a donde sea que se vayan las almas consu. O algo por el estilo. Ésa era una distinción que no se tomaba a la ligera. A mí me parecía una manera tonta de perder en un santiamén a tus mejores soldados, pero puesto que yo era el enemigo, resultaba difícil ver qué pegas representaba eso para nosotros en la práctica.

El tercer consu era miembro de la casta superior, y su función era simplemente comunicarnos los motivos de nuestra muerte y la manera en que moriríamos todos. Después de lo cual, nosotros nos dedicaríamos a matar y morir. Cualquier intento por apresurar las cosas disparando de manera preventiva contra el escudo sería inútil: más o menos como lanzarte contra un núcleo estelar: había muy pocas cosas que pudieran hacerle mella a un escudo consu. Matar a un mensajero no conseguiría más que reiniciar los rituales de inicio, retrasar la lucha y matar a más gente.

Además, los consu no se estaban *escondiendo* detrás del escudo. Sólo que tenían que entregarse a un montón de rituales previos a la batalla, y preferían no ser interrumpidos con la inconveniente aparición de balas, rayos de partículas o explosivos. La verdad es que no había nada que a los consu se les diera mejor que una buena batalla. No había nada que les gustara más que avistar un planeta, desembarcar en él, y desafiar a los nativos a luchar.

Y ése era el caso. A los consu no les interesaba en absoluto colonizar el planeta donde estábamos. Habían arrasado una colonia humana hasta los cimientos simplemente como mensaje para que las FDC supieran que estaban en la zona y buscaban acción. Ignorar a los consu no era una posibilidad, ya que entonces seguirían cargándose colonos hasta que alguien fuera a luchar contra ellos de manera formal. Nunca se sabía tampoco qué consideraban suficiente para un desafío formal. Íbamos añadiendo soldados, hasta que un — mensajero consu salía y anunciaba la batalla.

Aparte de los impresionantes e impenetrables escudos, la tecnología bélica de los consu alcanzaba niveles similares a los de las FDC, lo cual no era tan positivo como podía pensarse, pues los informes filtrados de las batallas de los consu contra otras especies indicaban que sus armas y tecnología eran siempre más o menos iguales a las de sus oponentes. Esto abonaba la idea de que los consu no se dedicaban a la guerra, sino al deporte. Algo no muy distinto a un partido de fútbol, sólo que con colonos masacrados en lugar de espectadores mirando.

Golpearlos primero tampoco era una opción. Todo su sistema interior estaba protegido por un escudo. La energía para generarlo provenía de la enana blanca que era compañera del sol consu. Estaba completamente envuelta en una especie de mecanismo condensador, cuya energía impulsaba el escudo. Hablando en plata, uno no se mete con gente capaz de ese tipo de cosas. Pero los consu tenían un extraño código de honor: si se los echaba de un planeta con combate, nunca volvían allí. Era como si la batalla fuera la vacuna, y nosotros el antivirus.

Toda esta información estaba en la base de datos de nuestra misión que nuestro oficial al mando, el teniente Keyes, nos había suministrado para que

la leyéramos antes de la batalla. El hecho de que Watson pareciera no conocer nada de eso significaba que no se había molestado en leer el informe, lo cual no era del todo sorprendente. Desde el primer momento en que vi a Watson me quedó claro que era el tipo de hijo de puta arrogante y seguro de sí mismo que acabaría haciendo que lo mataran a él o a sus compañeros de escuadrón. El problema era que yo era su compañero de escuadrón.

El consu desplegó sus brazos golpeadores (desarrollados, en algún momento de su evolución, para luchar contra alguna criatura inimaginablemente horrible de su mundo, sin duda), y debajo de éstos, sus miembros más identificables como brazos se alzaron al cielo.

—Está empezando —dijo Viveros.

—Podría cargármelo fácilmente —indicó Watson.

—Hazlo y te mato yo misma —respondió Viveros.

El cielo crujió con un sonido parecido a un disparo del fusil del propio Dios, seguido por lo que pareció una sierra cortando un techo de lata. El consu estaba cantando. Accedí a Gilipollas y se lo hice traducir desde el principio.

...

Contemplad, honorables adversarios.

Somos los instrumentos de vuestra alegre muerte. A nuestro modo, os hemos bendecido.

El espíritu de los mejores de entre nosotros ha santificado nuestra batalla. Os alabaremos cuando avancemos entre vuestras filas y otorgaremos a vuestras almas, salvadas, sus recompensas. No habéis tenido la fortuna de haber nacido entre La Gente así que os pondremos en el camino que conduce a la redención.

Sed valientes y luchad con fiereza para que así podáis entrar en nuestro rebaño al renacer. Esta bendita batalla santifica el terreno para lo que todos los que mueran y han nacido aquí, se entregan.

...

—Joder, qué fuerte —dijo Watson, metiéndose un dedo en la oreja izquierda y retorciéndolo.

Dudé que se hubiera molestado en obtener una traducción.

—Por el amor de Dios, esto no es una guerra ni un partido de fútbol —le dije a Viveros—. Es un bautismo.

Ella se encogió de hombros.

—Las FDC no lo creen así. Ésta es la manera como empiezan cada batalla. Al parecer es su equivalente del Himno Nacional. Es sólo ritual. Mirad, el escudo está bajando. —Y señaló el escudo, que ahora fluctuaba y desaparecía.

—Ya era puñetera hora —replicó Watson—. Estaba a punto de echarme una siesta.

—Escuchadme, vosotros dos —nos advirtió Viveros—, conservad la calma, concentraos y mantened el culo agachado. Aquí disponemos de una buena posición, y el teniente quiere que nos vayamos cargando a esos bastardos según salgan. Nada complicado: sólo dispararles al tórax. Ahí es donde tienen el cerebro. Cada uno que nos carguemos será uno menos del que tendremos que preocuparnos. Disparos de fusil solamente, cualquier otra cosa sólo hará que nos eliminen antes. Cortad la charla, CerebroAmigo solamente a partir de ahora. ¿Entendido?

—Entendido —respondí yo.

—De puta madre —dijo Watson.

—Excelente.

El escudo desapareció por fin, y el campo que separaba a humanos y consu se cubrió al instante con los rastros de los cohetes que llevaban horas apuntando y preparados. Los eructos tartajeantes de sus explosiones fueron seguidos de inmediato por gritos humanos y el chirrido metálico de los consu. Durante unos segundos, no hubo más que humo y silencio, y a continuación se produjo un largo grito entrecortado cuando los consu se abalanzaron para atacar a los humanos, quienes a su vez mantuvieron la posición y trataron de abatir a tantos como fue posible antes de que los dos frentes colisionaran.

—¡A por ellos! —gritó Viveros. Y con eso alzó su MP, apuntó a un lejano consu, y empezó a disparar. La imitamos de inmediato.

* * *

Preparación para la batalla.

Primero, comprobar los sistemas del fusil de infantería MP-35. Esto es la parte fácil: los MP-35 se autoexaminan y autorreparan, y, en un instante, pueden usar material del bloque de municiones como materia prima para arreglar un desperfecto. La única manera en que se puede estropear para siempre un MP es colocarlo en el camino de un misil. Como es probable que estés pegado a tu arma en ese momento, si se produce el caso, tienes otros problemas de los que preocuparte al margen de tu fusil.

Segundo, ponte tu traje de guerra. Se trata del unicapote estándar auto-sellador que te cubre todo menos la cara. El unicapote está diseñado para que te olvides de tu cuerpo durante la batalla. El «tejido» de nano-robots organizados deja entrar la luz para la fotosíntesis y regula el calor: en un iceberg ártico o en una duna del Sahara, la única diferencia que tu cuerpo advierte es el cambio visual de escenario. Si de algún modo consigues sudar, tu unicapote te limpia, lo filtra y almacena el agua hasta que puedas transferirla a la cantimplora. Puedes tratar la orina del mismo modo. Defecar en tu unicapote generalmente no está recomendado.

Si recibes una bala en la barriga (o en cualquier otra parte) y el unicapote se endurece en el punto de impacto y transfiere la energía de la superficie del

traje, es mejor que permitir que la bala te atravesara. Resulta enormemente doloroso, pero es más aconsejable que dejar que la bala te vaya rebotando por los intestinos. Por desgracia, el endurecimiento y la transferencia de energía sólo funciona hasta cierto punto, así que evitar el fuego enemigo sigue siendo la orden del día.

Añade el cinturón, que incluye tu cuchillo de combate, tu herramienta multiusos (que es lo que un cuchillo del ejército suizo quiere ser cuando sea mayor), un refugio personal impresionantemente plegable, la cantimplora, una semana de galletas energéticas y tres cananas para bloques de munición. Cúbrete la cara con crema cargada de nano-robots, que interactúa con tu unicapote para compartir información medioambiental. Conecta el camuflaje. Trata de encontrarte en el espejo.

Tercero, abre un canal CerebroAmigo con el resto de tu escuadrón y déjalo abierto hasta que regreses a la nave o mueras.

Yo creí que había sido muy listo al recurrir a eso en el campamento de instrucción, pero resulta que es una de las reglas más sagradas durante el fragor de la batalla. La comunicación vía CerebroAmigo implica que no hay órdenes ni señales poco claras... ni sonido de voz que revele tu posición. Si oyes a un soldado de las FDC durante el calor de la batalla, es porque es estúpido o bien está gritando porque lo han alcanzado.

La única pega de la comunicación CerebroAmigo es que tu CerebroAmigo puede enviar también información emocional si no estás prestando atención. Si de repente sientes que te vas a mear encima de miedo, es algo que puede distraerte al menos hasta que te das cuenta de que no eres tú quien está a punto de vaciar la vejiga, sino tu compañero de escuadrón. También es algo que ninguno de tus compañeros de escuadrón te permitirá olvidar nunca.

Enlaza *solamente* con tus compañeros de escuadrón: si intentas mantener un canal abierto con todo tu pelotón, de repente sesenta personas estarán maldiciendo, luchando y muriendo dentro de tu cabeza, cosa que no te hace ninguna falta.

Finalmente, olvídate de todo excepto de seguir las órdenes. Mata a todo aquello que no sea humano y siga con vida. Las FDC te lo ponen sencillo: durante los dos primeros años de servicio, todo soldado es infante, no importa si en tu vida previa fuiste conserje o cirujano, senador o vagabundo callejero. Si consigues sobrevivir a los dos primeros años, entonces tienes la oportunidad de especializarte y ganar un billete colonial permanente en vez de deambular de batalla en batalla y ocupar el hueco de funciones de apoyo que todo cuerpo militar tiene. Pero durante dos años, lo único que tienes que hacer es ir adonde te manden, apostarte detrás de tu fusil, y matar y no dejar que te maten. Es simple, pero simple no es lo mismo que fácil.

* * *

Hacían falta dos disparos para abatir a un soldado consu. Eso era nuevo: ninguno de los datos de inteligencia sobre ellos mencionaba que tuvieran un escudo personal. Sin embargo, algo les permitía sobrevivir al primer impacto; éste los hacía caer sobre lo que podríamos considerar que era su culo, pero volvían a levantarse de nuevo en cuestión de segundos. Así que dos disparos: uno para abatirlos, y otro para dejarlos abatidos.

Dos disparos en secuencia sobre el mismo blanco móvil no es algo fácil de conseguir cuando estás disparando desde varios cientos de metros de distancia en un campo de batalla muy concurrido. Después de comprender esto, hice que Gilipollas creara una rutina de fuego especializada que al apretar el gatillo disparaba dos balas, la primera, de punta hueca, y la segunda con carga explosiva. La especificación fue transmitida a mi MP entre disparos: un segundo estaba disparando munición de fusil estándar y al siguiente ya estaba usando mi mataconsus especial.

Me encantaba mi fusil.

Transmití las especificaciones de fuego a Watson y Viveros; Viveros la transmitió a la cadena de mando. En cosa de un minuto, el campo de batalla se llenó del sonido de rápidos disparos dobles, seguido de docenas de consu reventando cuando las cargas explosivas lanzaban sus órganos internos contra el interior de sus caparazones. Parecían palomitas de maíz reventando. Miré a Viveros. Ella apuntaba y disparaba sin emoción ninguna. Watson disparaba y sonreía como un niño al que acaba de tocarle un muñeco de peluche en la feria del pueblo.

«Uh oh —envió Viveros—. Nos han localizado, agachaos...»

—¿Qué? —dijo Watson, y asomó la cabeza. Lo agarré y lo hice agacharse mientras los cohetes chocaban contra los peñascos que estábamos usando como cobertura. Nos roció la grava recién formada. Alcé la cabeza justo a tiempo de ver un trozo de peñasco del tamaño de una bola girar locamente hacia mi cráneo. Lo detuve sin pensar: el traje se puso duro por todo mi brazo y el pedrusco rebotó en él como una perezosa pelota blanda. Sentí un agudo dolor en el brazo; en mi otra vida fui propietario de tres huesos de esa extremidad terriblemente mal alineados. No volvería a hacerlo de nuevo.

—La leche jodida, ha estado cerca —dijo Watson.

—Cierra el pico —repliqué, y le envié a Viveros: «¿Ahora qué?»

«Aguantad», envió ella, y sacó su herramienta multiusos del cinturón. La convirtió en espejo, y la usó para asomarse por encima del peñasco. «Seis, no, siete vienen subiendo...»

De pronto hubo un *krump* cercano. «Cinco», corrigió ella, y cerró su herramienta. «Preparad las granadas y seguidme cuando nos movamos...»

Asentí, Watson hizo una mueca, y cuando Viveros envió «Ahoga» todos lanzamos las granadas por encima del peñasco. Conté tres cada uno; después de nueve explosiones resoplé, recé, me asomé y vi los restos de un consu, otro arrastrándose aturdido desde nuestra posición, y dos buscando

ponerse a cubierto. Viveros se encargó del herido; Watson y yo abatimos a los otros dos.

—¡Bienvenidos a la fiesta, caraculos! —aulló Watson, y luego saltó exultante por encima del peñasco justo a tiempo de ser alcanzado en la cara por el quinto consu, que se había adelantado a las granabas y había permanecido agachado mientras barríamos a sus amigos.

El consu colocó el cañón de su arma ante la nariz de Watson y disparó; la cara de éste se convirtió en un cráter y luego brotó hacia afuera en forma de geiser de SangreSabia y tejido cuando lo que antes era la cabeza se desparramó sobre el consu. El unicapote de Watson, diseñado para endurecerse al ser alcanzado por los proyectiles, hizo exactamente eso cuando el disparo alcanzó la parte posterior de la capucha, encerrando el disparo, la SangreSabia, y trozos de cráneo, cerebro y CerebroAmigo presurizados y con una única apertura disponible.

Watson no supo qué lo había golpeado. Lo último que envió por el canal de su CerebroAmigo fue una oleada de emoción que mejor podía definirse como asombro desorientado; la leve sorpresa de alguien que sabe que está viendo algo que no esperaba pero aún no ha descubierto qué. Entonces su conexión se interrumpió, como un suministro de datos cortado de repente.

El consu que le había disparado a Watson cantó mientras le volaba la cara. Yo había dejado encendido mi circuito traductor, y por eso vi la muerte de Watson subtitulada con la palabra «Redimido» repetida una y otra vez mientras pedazos de su cabeza formaban lágrimas de sangre sobre el tórax del consu.

Grité y disparé. El consu se desplomó hacia atrás y su cuerpo explotó mientras bala tras bala se introducían bajo su placa torácica y estallaban. Creo que gasté treinta balas en el consu ya muerto antes de pararme.

—Perry —dijo Viveros, pasando a su voz para sacarme del estado emocional en que yo estaba—. Vienen más de camino. Hora de moverse. En marcha.

—¿Qué hay de Watson? —pregunté.

—Déjalo —respondió Viveros—. Él está muerto y tú no, y de todas formas no hay nadie para llorarle. Más tarde volveremos a por el cadáver. Vamos. Sigamos con vida.

* * *

Vencimos. La técnica de bala de fusil doble redujo la manada consu en un número sustancial antes de que se dieran cuenta y cambiaran de táctica, pasando a lanzar cohetes de ataque en vez de llevar a cabo otro ataque frontal. Después de varias horas así, los consu se replegaron por completo y volaron su escudo, dejando atrás un escuadrón para suicidarse ritualmente, indicando así que aceptaban su derrota. Después de que se hubieran clavado los cuchillos ceremoniales en la cavidad cerebral, sólo nos quedaba recoger a nuestros muertos y los heridos que había en el campo de batalla.

El Segundo Pelotón acabó bastante bien el día: dos muertos, incluido Watson, y cuatro heridos, sólo una de carácter serio. La soldado se pasaría el mes siguiente reparando su intestino delgado mientras los otros tres estarían de vuelta en el servicio en cuestión de días. Las cosas podían haber sido peor. Un hovercraft blindado consu se había lanzado hacia la posición de la Compañía C del 4º Pelotón y había detonado, llevándose a dieciséis por delante, incluido el comandante del pelotón y dos jefes de escuadrón, e hiriendo al resto. Si el teniente del 4º Pelotón no estuviera ya muerto, sospecho que, después de una cagada como ésa, desearía estarlo.

Cuando el teniente Keyes nos dio la orden de despejar, fui a recoger a Watson. Un grupo de carroñeros de ocho patas ya estaba trabajando en él: abatí a uno y animé al resto a dispersarse. Habían hecho un trabajo impresionante con Watson en tan poco tiempo: aun así, me sorprendió cuánto pesaba un hombre después de perder la cabeza y gran parte de sus tejidos blandos. Me cargué lo que quedaba de él sobre los hombros y eché a correr hacia la morgue temporal, que estaba a un par de kilómetros de distancia. Tuve que pararme a vomitar sólo una vez.

Alan me vio llegar.

—¿Necesitas ayuda? —dijo, acercándose.

—Estoy bien —contesté—. No pesa mucho.

—¿Quién es?

—Watson.

—Oh, él —dijo Alan, e hizo una mueca—. Bueno, estoy seguro de que en alguna parte habrá alguien que lo eche de menos.

—Trata de no ponerte sentimental conmigo. ¿Cómo os ha ido hoy?

—No demasiado mal. He mantenido la cabeza gacha casi todo el tiempo, he asomado el fusil de vez en cuando y disparado unos cuantos tiros en la dirección general del enemigo. Puede que alcanzara a alguno. No lo sé.

—¿Has oído el cántico de muerte antes de la batalla?

—Claro que sí —dijo Alan—. Parecían dos trenes de carga apareándose. No es algo que uno pueda elegir no oír.

—No —dije—. Pero ¿lo has hecho traducir? ¿Has entendido lo que decía?

—Sí. No estoy seguro de que me guste su plan para convertirnos a su religión, viendo que eso implica tener que morir y todo eso.

—Las FDC parecen pensar que es sólo un ritual. Como si fuera una oración que recitan porque es algo que han hecho siempre.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Alan.

Eché atrás la cabeza para señalar a Watson.

—El consu que lo mató gritaba «redimido, redimido» con todas sus fuerzas, y estoy seguro de que habría hecho lo mismo conmigo. Creo que las FDC subestiman lo que está pasando aquí. Me parece que el motivo por el que los

consu no vuelven después de una de estas batallas no es porque consideren que han perdido, no creo que se trate de perder o ganar. Según sus creencias, este planeta está ahora consagrado por la sangre, y creo que piensan que ahora lo *poseen*.

—Entonces ¿por qué no lo ocupan?

—Tal vez no sea el momento —respondí—. Tal vez tengan que esperar algún tipo de Armagedón. Pero mi teoría es que no creo que las FDC sepan cómo consideran los consu cada planeta en el que luchan. Me parece que en algún momento van a llevarse una gran sorpresa.

—Muy bien, lo acepto —convino Alan—. Todos los militares que conozco tienen un historial de autocomplacencia. Pero ¿qué piensas hacer al respecto?

—Mierda, Alan, no tengo ni la menor idea —contesté—. Aparte de intentar llevar mucho tiempo muerto cuando eso suceda.

—Pasando a un tema completamente distinto y menos deprimente —dijo Alan—, hiciste un buen trabajo al idear la solución de fuego para la batalla. A algunos de nosotros nos estaba jodiendo bastante ver que alcanzábamos a esos hijos de puta y seguían levantándose y atacando. Te vamos a estar invitando a copas durante un par de semanas.

—No pagamos las copas —lo contradije yo—. Si recuerdas, esto es un viaje por el infierno con todos los gastos pagados.

—Bueno, pero si lo hiciéramos, te las ahorrarías.

—Estoy seguro de que no ha sido gran cosa —repliqué, y entonces advertí que Alan se había detenido y estaba firme. Alcé la cabeza y vi a Viveros, el teniente Keyes y un oficial que no reconocí dirigiéndose hacia mí. Me detuve y esperé a que me alcanzaran.

—Perry —dijo el teniente Keyes.

—Mi teniente. Por favor, perdone que no le salude, señor. Llevo un cadáver a la morgue.

—Allí es donde suelen ir los cadáveres —comentó Keyes, y señaló el cuerpo—. ¿Quién es?

—Watson, señor.

—Oh, él. No ha tardado mucho, ¿no?

—Era muy nervioso, señor.

—Supongo que sí —corroboró Keyes—. Bien, Perry, éste es el teniente coronel Rybicki, el comandante del 223°.

—Señor —dije—, disculpe que no salude.

—Sí, el cadáver, ya veo —dijo Rybicki—. Hijo, quería darle la enhorabuena por su solución de hoy. Ha salvado un montón de tiempo y de vidas. Esos hijos de puta consu siguen cambiando de táctica. Los escudos personales ya

eran un detalle nuevo y nos estaban causando un montón de problemas. Voy a proponerle para una felicitación, soldado. ¿Qué le parece?

—Gracias, señor. Pero estoy seguro de que a alguien más se le habría ocurrido tarde o temprano.

—Probablemente, pero a usted se le ocurrió primero, y eso cuenta algo.

—Sí, señor.

—Cuando volvamos a la *Modesto*, espero que permita que un viejo infante le invite a una copa, hijo.

—Me gustaría, señor —dije. Vi que al fondo, Alan sonreía.

—Bien, pues enhorabuena de nuevo. —Rybicki señaló a Watson—. Y lamento lo de su amigo.

—Gracias, señor.

Alan saludó por los dos. Rybicki devolvió el saludo y se marchó, seguido de Keyes. Viveros se volvió hacia nosotros.

—Pareces divertido —me dijo Viveros.

—Estaba pensando que hace unos cincuenta años que nadie me llamaba «hijo».

Viveros sonrió, y señaló a Watson.

—¿Sabes adónde hay que llevarlo?

—La morgue está detrás de ese risco —dije—. Voy a soltar a Watson y luego me gustaría coger el primer transporte de vuelta a la *Modesto*, si es posible.

—Mierda, Perry —dijo Viveros—. Eres el héroe del día. Puedes hacer lo que quieras. —Se dio media vuelta para marcharse.

—Eh, Viveros —llamé—. ¿Siempre es así? Ella se volvió.

—¿Siempre es así qué?

—Esto —respondí—. La guerra. Las batallas. Los combates.

—¿Qué? —se extrañó Viveros, y luego hizo una mueca—. Demonios, no, Perry. Hoy ha sido un paseo. Ha estado chupado.

Y entonces se marchó, la mar de divertida.

Así fue mi primera batalla. Mi estancia en la guerra había comenzado.

Maggie fue la primera de los Vejestorios en morir.

Lo hizo en la estratosfera de una colonia llamada Templanza, una ironía, porque al igual que la mayoría de las colonias con industria minera pesada, estaba salpicada de bares y burdeles. La corteza cargada de metal de Templanza había hecho que fuera una colonia difícil de conseguir y mantener para los humanos: la presencia permanente de las FDC allí triplicaba la habitual en las colonias, y siempre estaban enviando tropas adicionales para apoyarlas. La nave de Maggie, la *Dayton*, acudía a una de esas misiones cuando fuerzas ohu entraron en el espacio de Templanza y desembarcaron allí un ejército de guerreros zánganos en la superficie del planeta.

El pelotón de Maggie se suponía que debía recuperar una mina de aluminio cien kilómetros más allá de Murphy, el puerto principal de Templanza.

No consiguieron ni siquiera llegar a tierra. En el camino, el casco de su transporte fue alcanzado por un misil ohu, que lo desgarró y lanzó a varios soldados al espacio, Maggie incluida. La mayoría de esos soldados murieron al instante debido a la fuerza del impacto de los trozos de casco, que los desgarraron.

Maggie no fue una de ellos. Fue absorbida al espacio de Templanza plenamente consciente, y su unicapote de combate se cerró de modo automático sobre su cara para impedir que el aire escapara de sus pulmones.

Maggie envió de inmediato un mensaje a sus jefes de escuadrón y pelotón. Lo que quedaba de su jefe de escuadrón estaba aleteando alrededor con su arnés de descenso. El jefe del pelotón no fue de mucha más ayuda, pero no era su culpa. La nave de transporte no estaba equipada para efectuar rescates en el espacio y, en cualquier caso, estaba gravemente dañada y renqueando, bajo fuego enemigo, y se dirigía a la nave más cercana de las FDC para descargar a sus pasajeros supervivientes.

Un mensaje a la *Dayton* misma fue igualmente infructuoso; ésta intercambiaba disparos con varias naves ohu y no podía enviar un grupo de rescate. Ni tampoco ninguna otra nave. Al margen del combate, Maggie era un objetivo demasiado pequeño, demasiado perdido en el pozo de gravedad de Templanza y demasiado cercano a ella como para intentar nada que no fuera un rescate de magnitudes heroicas. En medio de una batalla apurada, ya estaba muerta.

Por eso, Maggie, cuya SangreSabia estaba ya alcanzando su límite de carga de oxígeno y cuyo cuerpo indudablemente empezaba a gritar pidiéndolo, cogió su MP, apuntó a la nave ohu más cercana, computó una trayectoria, y descargó cohete tras cohete. Cada estallido de los cohetes originó uno igual y opuesto de impulso hacia Maggie, enviándola en dirección al cielo nocturno de Templanza. Los datos de la batalla demostrarían más tarde que sus

cohetes, gastado ya su impulso, impactaron en efecto con la nave ohu, aunque causando sólo daños menores.

Entonces, Maggie se dio la vuelta, se colocó de cara al planeta que iba a matarla y, como la buena profesora de religiones orientales que había sido, compuso un *jisei*, un poema de muerte, en forma de *haiku*.

*No me lloréis, amigos.
Caigo como estrella fugaz
a la otra vida.*

Lo envié junto con los últimos momentos de su vida al resto de nosotros, y murió, cruzando brillante el cielo nocturno de Templanza.

Era mi amiga, brevemente fue mi amante. Más valiente de lo que yo lo habría sido en el momento de la muerte. Y apuesto a que fue una magnífica estrella fugaz.

* * *

—El problema con las Fuerzas de Defensa Coloniales no es que no sean una excelente fuerza de combate, es que son demasiado fáciles de utilizar.

Quien hablaba era Thaddeus Bender, dos veces senador demócrata por Massachusetts, ex embajador (en diversas ocasiones) ante Francia, Japón y las Naciones Unidas, secretario de Estado en la por demás desastrosa administración Crowe, escritor, conferenciante y, finalmente, la última incorporación al Pelotón D. Como esto último era lo que más relevancia tenía para el resto de nosotros, todos habíamos decidido que el soldado raso senador embajador secretario Bender era un tonto del culo integral.

Es sorprendente lo rápido que uno pasa de ser un novato a convertirse en un viejo veterano. En nuestra primera llegada a la *Modesto*, fuimos saludados de manera cordial pero perentoria por el teniente Keyes (que alzó una ceja cuando le transmitimos los saludos del sargento Ruiz) y fuimos tratados con benigna falta de atención por el resto del pelotón. Nuestros jefes de escuadrón se dirigían a nosotros sólo cuando era preciso, y nuestros compañeros nos transmitían escuetamente la información que necesitábamos saber. Por lo demás, es como si no existiéramos.

No era algo personal. Los otros tres nuevos, Watson, Gaiman y McKean, recibieron el mismo tratamiento, que se debía a dos hechos. El primero, es que, cuando llegan tíos nuevos, es porque algún veterano ya no está (y «ya no está» significa exactamente que «está muerto»). Institucionalmente, los soldados pueden ser sustituidos como piezas de maquinaria. Sin embargo, a nivel de pelotón y escuadrón, estás sustituyendo a un amigo, un camarada, alguien que ha combatido, vencido y muerto. La idea de que tú, quienquiera que seas, puedas ser un reemplazo o un sustituto de ese querido amigo y camarada es levemente ofensiva para aquellos que lo conocieron.

En segundo lugar, por supuesto, es que aún no has combatido. Y hasta que lo hagas, no eres uno de ellos. No puedes serlo. No es culpa tuya y, en

cualquier caso, es algo que se corrige rápidamente. Pero hasta que estás en el campo de batalla, no eres más que un tipo que ocupa el sitio que antes pertenecía a un hombre o una mujer mejor. Advertí la diferencia inmediatamente después de nuestra batalla con los consu. Me saludaron por mi nombre, me invitaron a sentarme a las mesas del comedor, me pidieron que jugara al billar o me incorporaron a conversaciones ya comenzadas. Viveros, mi jefa de escuadrón, empezó a preguntarme mi opinión sobre las cosas en vez de decirme cómo debían ser. El teniente Keyes me contó una historia sobre el sargento Ruiz, con un hovercraft y la hija de un colonial por medio, y que no me creí del todo. En resumen, me había convertido en uno de ellos... uno de *nosotros*. La solución de disparar dos veces a los consu y la subsiguiente felicitación, ayudaron, pero Alan, Gaiman y McKean también fueron bienvenidos al rebaño, y no habían hecho más que luchar y conseguir que no los mataran.

Fue suficiente.

Ahora, tres meses después, teníamos unos cuantos novatos más en el pelotón que venían a sustituir a gente que había sido nuestra amiga; supimos cómo se había sentido el pelotón cuando nosotros llegamos para ocupar el lugar de otro, porque tuvimos la misma reacción: hasta que combates, estás simplemente ocupando espacio. La mayoría de los novatos captó la indirecta, comprendió, y aguantó los primeros días hasta que viéramos un poco de acción. El soldado raso senador embajador secretario Bender, sin embargo, no hizo nada de eso. Desde el momento en que apareció, intentó congraciarse con el pelotón, visitó a cada miembro personalmente y trató de establecer una relación profunda y personal. Un coñazo.

—Es como si estuviera haciendo campaña de algo —se quejó Alan, y no andaba muy desencaminado. Toda una vida dedicada a ocupar cargos te afecta de esa forma. No sabes cuándo hay que parar.

El soldado raso senador embajador secretario Bender había vivido toda una vida suponiendo que la gente estaba apasionadamente interesada en lo que él tenía que decir, y por eso nunca cerraba el pico, ni siquiera cuando nadie parecía estar escuchando. Así que, cuando opinaba descabelladamente sobre los problemas de las FDC en el salón, en esencia estaba hablando solo. Pero en cualquier caso, su declaración fue lo bastante provocativa como para llamar la atención de Viveros, que estaba almorzando conmigo.

—Disculpa —intervino—. ¿Te importaría repetir esa parte?

—Decía que el problema de las FDC no es que no sean una buena fuerza de combate, sino que es demasiado fácil recurrir a ellas —repitió Bender.

—¿En serio? —dijo Viveros—. Lo que tengo que oír.

—En realidad es sencillo —explicó Bender, y de inmediato adoptó una postura que reconocí al momento por las fotos que había visto de él en la Tierra: las manos extendidas y ligeramente curvadas hacia adentro, como para agarrar el concepto que estaba alumbrando, para dárselo a los demás.

Ahora que me encontraba en el otro extremo para percibir el movimiento, me di cuenta de lo condescendiente que era—. No cabe ninguna duda de que las Fuerzas de Defensa Coloniales son una fuerza de combate enormemente capaz. Pero ése ahora no es el tema. El tema es... ¿qué estamos haciendo para *evitar* su uso?

¿No hay ocasiones en que se han empleado las FDC y que en cambio hubieran podido conseguirse mejores resultados realizando intensivos esfuerzos diplomáticos?

—Debes de haberte perdido el discurso que me dieron a mí —dije—. Ya sabes, ése de que no estamos en un universo perfecto y la competencia por el territorio es algo rápido y furioso.

—Oh, lo *oí* —respondió Bender—. Pero no sé si creerlo. ¿Cuántas estrellas hay en la galaxia? ¿Cien mil millones o así? La mayoría tienen un sistema de planetas de algún tipo. El territorio es prácticamente infinito. No, creo que el verdadero asunto es que, al tratar con otras especies alienígenas inteligentes usamos la fuerza porque esa fuerza es la solución más simple. Es rápida, es directa y, comparada con las complejidades de la diplomacia, es sencilla. O te quedas con un trozo de terreno o no. Todo lo contrario de la diplomacia, que es una empresa mucho más difícil a nivel intelectual.

Viveros me miró primero a mí y luego a Bender.

—¿Crees que lo que estamos haciendo es *sencillo*?

—No, no. —Bender sonrió y alzó una mano para aplacarla—. He dicho sencillo en relación con la diplomacia. Si te doy una arma y te digo que le quites una colina a sus habitantes, la situación es relativamente simple. Pero si te digo que vayas donde están esos habitantes y negocies un acuerdo que te permita adquirir esa colina, hay muchas cosas que tener en cuenta: qué haces con los habitantes actuales, cómo se les compensan, qué derechos continúan teniendo en relación con la colina, y todo eso.

—Suponiendo que los habitantes de esa colina no te disparen en cuanto aparezcas valija diplomática en mano —dije yo.

Bender me sonrió y señaló vigorosamente.

—¿Ves?, eso es exactamente. Asumimos que nuestros contrarios tienen la misma perspectiva bélica que nosotros. Pero ¿y si, y si la puerta a la diplomacia estuviera abierta, aunque fuese una rendija? ¿No elegiría cualquier especie inteligente atravesar esa puerta? Pongamos, por ejemplo, al pueblo de Whaid. Estamos a punto de ir a la guerra contra ellos, ¿no?

En efecto, whaidianos y humanos llevaban con escaramuzas más de una década, luchando por el sistema Earnhardt, donde había tres planetas habitables para ambos pueblos. Los sistemas con múltiples planetas habitables eran bastante raros. Los whaidianos eran tenaces, pero también relativamente débiles: su red de planetas era pequeña, y la mayor parte de su industria seguía concentrada en su planeta natal. Como no entendían la indirecta y se largaban del sistema Earnhardt, el plan de las FDC era saltar

al espacio Whaid, destruir el espaciopuerto y las principales zonas industriales y retrasar sus capacidades expansivas un par de décadas más o menos. El 233° formaría parte de la fuerza de choque que iba a desembarcar en su capital y revolver un poco las cosas; teníamos que evitar matar civiles en la medida de lo posible, pero en cambio, teníamos que abrir unos cuantos boquetes en sus casas del parlamento, sus centros religiosos y todo eso. No había ninguna ventaja industrial en hacer eso, pero de ese modo se les enviaba el mensaje de que podíamos tocarles las narices cuando quisiéramos; sólo porque nos apetecía. Eso los espabilaría.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Viveros.

—Bueno, he hecho un poco de investigación sobre esa gente —dijo Bender—. Tienen una cultura destacada. Su principal forma de arte es una especie de cántico en masa que se parece a nuestro gregoriano: llenan toda una ciudad de whaidianos y empiezan a cantar. Se dice que se puede oír desde docenas de kilómetros de distancia, y que pueden continuar durante horas.

—¿Y bien?

—Pues que ésa es una cultura que deberíamos respetar y explorar, no cargar contra ese planeta solamente porque está en nuestro camino. ¿Han intentado los coloniales alguna vez llegar a un acuerdo de paz con esa gente? No he encontrado ningún dato que diga que se ha intentado. Y creo que deberíamos probarlo. Tal vez somos nosotros los que deberíamos hacerlo.

Viveros hizo una mueca.

—Negociar un tratado cae un poco fuera de nuestras órdenes, Bender.

—En mi primera legislatura como senador, fui a Irlanda del Norte como parte de una comisión comercial y acabé consiguiendo un tratado de paz entre católicos y protestantes. No tenía la autoridad para lograr un acuerdo, lo que causó una gran controversia en Estados Unidos, pero cuando se presenta una oportunidad para la paz, debemos aprovecharla.

—Me acuerdo de eso —comenté—. Fue justo antes de la temporada de marchas más sangrienta que se había producido en dos siglos. No fue un acuerdo de paz que tuviera mucho éxito.

—La culpa no fue del *acuerdo* —replicó Bender, un tanto a la defensiva—. Un chico católico drogado hasta el culo lanzó una granada a una marcha de los caballeros de Orange, y todo se desencadenó después.

—Puñetera gente real, que se pone en el camino de los ideales pacíficos —dije yo.

—Mira, ya he dicho que la diplomacia no era fácil. Pero creo que en el fondo tenemos más que ganar intentando trabajar con esa gente que tratando de aniquilarlos. Es una opción que al menos debería estar sobre la mesa.

—Gracias por la lección magistral, Bender —concluyó Viveros—. Ahora, si me lo permites, tengo un par de puntualizaciones que hacerte. La primera es

que, hasta que entres en combate, lo que sabes o lo que crees saber de ahí fuera, significa una mierda para mí y para todos los demás. Esto no es Irlanda del Norte, no es Washington D.C, y no es el planeta Tierra. Cuando te enrolaste, lo hiciste como soldado, y será mejor que lo recuerdes. Segundo, no importa lo que pienses, *soldado*, tu responsabilidad ahora mismo no es hacia el universo ni la humanidad en general: es hacia mí, tus camaradas de escuadrón, tu pelotón y las FDC. Cuando se te dé una orden, la cumplirás. Si te pasas, tendrás que responder ante mí. ¿Me comprendes?

Bender miró a Viveros con frialdad.

—Se han cometido muchas maldades bajo la excusa de «sólo seguía órdenes» —respondió él—. Espero que nunca nos encontremos teniendo que usarla.

Viveros entornó los ojos.

—He terminado de comer —espetó, y se levantó, llevándose consigo su bandeja.

Bender arqueó las cejas cuando ella se marchó.

—No pretendía ofenderla —me dijo. Observé a Bender con atención.

—¿Reconoces el apellido «Viveros»? —pregunté.

Él frunció el ceño.

—No me resulta familiar.

—Piensa —insistí—. Debíamos de tener unos cinco o seis años entonces. Una lucecita se encendió en su cabeza.

—Hubo un presidente peruano llamado Viveros. Lo asesinaron, creo.

—Pedro Viveros, eso es —dije—. Y no sólo lo asesinaron a él: su esposa, su hermano, la esposa de su hermano y la mayor parte de sus familiares fueron también asesinados en el golpe de Estado. Sólo sobrevivió una de las hijas de Pedro. Su niñera la arrojó por el túnel de la ropa sucia mientras los soldados recorrían el palacio presidencial, buscando a miembros de la familia. La niñera fue violada antes de que le cortaran la garganta, por cierto.

Bender se volvió de un tono gris verdoso.

—No puede ser la hija.

—Lo es. ¿Y sabes una cosa? Cuando el golpe fracasó y los soldados que mataron a su familia fueron juzgados, su excusa fue que estaban siguiendo órdenes. Así que no importa si tu argumento estaba bien expresado o no, se lo has presentado a la última persona en el universo a quien no era preciso dar lecciones sobre la banalidad del mal. Ella lo sabe todo al respecto. Asesinaron a toda su familia mientras permanecía escondida en un sótano, dentro de un carro de ropa sucia, sangrando y tratando de no llorar.

—Dios, lo siento mucho —dijo Bender—. No habría dicho una cosa así. Pero no lo sabía.

—Pues claro que no lo sabías, Bender. Y ése era precisamente el argumento de Viveros. Aquí, no sabes nada. Nada de nada.

* * *

—Escuchad —dijo Viveros mientras bajábamos a la superficie—. Nuestro trabajo es estrictamente golpear y largarnos. Vamos a aterrizar cerca del centro de sus sedes gubernamentales: destruiremos edificios y estructuras, pero evitaremos blancos vivos a menos que caigan primero soldados de las FDC. Ya hemos pateado a esta gente en los huevos, ahora nos estamos meando encima mientras no pueden levantarse. Sed rápidos, causad daños, y volved. ¿Queda claro?

La operación había sido un paseo hasta ese momento: los whaidianos no estaban preparados para la súbita e instantánea aparición de dos docenas de naves de combate de las FDC en su planeta natal. Las FDC habían iniciado una ofensiva de distracción en el sistema Earnhardt varios días antes para engañar a las naves whaidianas y atraerlas a la batalla, así que casi no había nadie para defender el fuerte, y los que había fueron borrados del cielo de manera ordenada y sorpresiva.

Nuestros destructores dieron rápida cuenta del principal espaciopuerto whaidiano, destruyendo la kilométrica estructura en puntos críticos, lo cual permitió que las propias fuerzas centrípetas del puerto se hicieran pedazos (no había necesidad de malgastar más munición de la necesaria). No se detectaron cápsulas de emergencia que zarparan para alertar de nuestro ataque a las fuerzas whaidianas que permanecían en el sistema Earnhardt, así que no sabrían que habían sido engañados hasta que fuera demasiado tarde. Si alguna de las fuerzas whaidianas sobrevivía a la batalla de allí, regresaría a casa y no encontraría ningún sitio donde atracar o hacer reparaciones. Nuestras fuerzas se habrían marchado mucho antes de que arribaran.

Con el espacio local despejado de amenazas, las FDC se concentraron a placer en los centros industriales, las bases militares, minas, refinerías, plantas desalinizadoras, presas, paneles solares, bahías, instalaciones de lanzamiento espacial, autopistas importantes y cualquier otro objetivo que forzara a los whaidianos a tener que reconstruirlos antes de reiniciar sus capacidades interestelares. Después de seis horas de sólida e implacable paliza, los whaidianos habían sido devueltos de manera eficaz a los días de los motores de combustión interna; y probablemente permanecerían así mucho tiempo.

Las FDC evitaron un bombardeo aleatorio a gran escala de las principales ciudades, ya que el objetivo no era causar muertes civiles. La inteligencia de las FDC sospechaba que habría muchas bajas por el agua liberada en las presas, pero eso no podía evitarse. Llegado el caso, los whaidianos no podrían impedir que las FDC destruyeran sus ciudades más importantes, pero la idea era que ya tendrían suficientes problemas con las enferme-

dades, el hambre y la inquietud social y política que suelen producirse inevitablemente cuando te arrancan de debajo de los pies tu base industrial y tecnológica. Por tanto, atacar activamente a la población civil se consideraba inhumano y (algo igualmente importante para el alto mando de las FDC) un uso ineficaz de los recursos.

Aparte de la capital, marcada como objetivo estrictamente como ejercicio de guerra psicológica, ni siquiera se consideró atacar otros lugares.

No es que los whaidianos de la capital parecieran apreciarlo. proyectiles y rayos rebotaban en nuestros transportes de tropas cuando aterrizamos.

Sonaban como granizo y huevos fritos contra el casco.

—De dos en dos —dijo Viveros, emparejando al escuadrón—. Que nadie se quede solo. Consultad vuestros mapas y no os dejéis atrapar. Perry, vigila a Bender. Trata de impedir que firme ningún tratado de paz, por favor. Como propina, vosotros dos sois los primeros en salir por la puerta. Adelantaos y encargaos de los francotiradores.

—Bender —lo llamé—, prepara tu MP para lanzamiento de cohetes y sígueme. Cámara conectada. Charla sólo a través del CerebroAmigo.

La rampa de transporte bajó y Bender y yo salimos pitando por la puerta. Directamente delante de mí, a sólo cuarenta metros, había una escultura abstracta rarísima. Me la cargué mientras Bender y yo corríamos. Nunca me gustó mucho el arte abstracto.

Me dirigí hacia un gran edificio situado al noroeste de nuestro punto de desembarco; tras el cristal, en su vestíbulo, pude ver a varios whaidianos con objetos largos en las zarpas. Lancé un par de misiles en esa dirección. Los misiles impactarían contra el cristal; probablemente no matarían a los whaidianos del interior, pero los distraerían lo suficiente como para que Bender y yo desapareciéramos. Envié un mensaje a Bender para que volara una ventana de la primera planta; lo hizo, y nos lanzamos hacia ella, aterrizando en lo que parecía un conjunto de cubículos de oficinas. Eh, incluso los alienígenas tienen que trabajar. Sin embargo, no había allí whaidianos vivos. Imagino que la mayoría se había quedado en casa en vez de ir a trabajar. Bueno, quién podía reprochárselo.

Encontramos una rampa que ascendía en espiral. Ningún whaidiano nos siguió desde el vestíbulo. Sospeché que estaban tan ocupados con otros soldados de las FDC que se habían olvidado de nosotros. La rampa terminaba en el tejado; detuve a Bender antes de que nos vieran y me arrastré despacio. Vi a tres whaidianos disparando desde un lado del edificio. Me cargué a dos y Bender se encargó del otro.

«Ahora qué», envió Bender.

«Ven conmigo», respondí.

El whaidiano medio es una especie de cruce entre un oso negro y una ardilla voladora grande y furiosa; los whaidianos que abatimos parecían grandes osos-ardilla con fusiles y con la cabeza volada. Retrocedimos tan rápida-

mente como fue posible hasta el borde del tejado. Le indiqué a Bender que se dirigiera a uno de los francotiradores muertos; yo me quedé con el otro. «Métete debajo», envié.

«¿Qué?»

Señalé los otros tejados.

«Hay otros whaidianos en los otros tejados —envié—. Camúflate mientras los elimino.»

«¿Qué hago?», preguntó Bender.

«Vigila la entrada del tejado y no les permitas que nos hagan lo que les hemos hecho a ellos.»

Bender hizo una mueca y se metió bajo su whaidiano muerto. Yo hice lo mismo y lo lamenté inmediatamente. No sé cómo huele un whaidiano vivo, pero uno muerto apesta a rayos. Bender se volvió y apuntó hacia la puerta; conecté con Viveros, le envié una visión general a través del CerebroAmigo, y luego empecé a abatir a los otros francotiradores de los tejados.

Eliminé a seis en cuatro tejados distintos antes de que empezaran a darse cuenta de lo que estaba pasando. Finalmente, vi que uno apuntaba con su arma hacia mi tejado; le di una caricia de amor en el cerebro con mi fusil y le transmití a Bender que prescindiera de su cadáver y saliera zumbando al tejado. Ambos lo conseguimos. Unos segundos antes de que lo alcanzaran los cohetes.

Al bajar, nos encontramos con los whaidianos que yo esperaba encontrar al subir. La cuestión de quién se sorprendió más, si ellos o nosotros, quedó zanjada cuando Bender y yo abrimos fuego primero y giramos luego hacia la planta más cercana. Lancé unas cuantas granadas a la rampa para dar a los whaidianos algo en qué pensar mientras Bender y yo salíamos por piernas.

—¿Qué demonios hacemos ahora? —chilló Bender mientras corríamos por todo el edificio.

«Usa el CerebroAmigo, capullo —envié, y doblé una esquina—. Revelarás nuestra posición.» Me acerqué a una pared de cristal y me asomé. Estábamos como mínimo a treinta metros de altura, demasiado lejos para saltar, incluso con nuestros cuerpos mejorados.

«Ahí vienen», envió Bender. De atrás nos llegó el sonido de lo que sospeché que eran varios whaidianos muy cabreados.

«Escóndete», envié, apunté con mi MP a la pared de cristal más cercana, y disparé. El cristal se quebró pero no se rompió. Cogí lo que supuse era una silla whaidiana y la arrojé por la ventana. Luego me escondí en el cubículo junto a Bender.

«Qué demonios... —envió Bender—. Ahora vendrán a por nosotros.»

«Espera —respondí—. Agáchate. Estate preparado para disparar cuando te lo diga. Automático.»

Cuatro whaidianos doblaron la esquina y se acercaron cuidadosamente a la ventana rota. Los oí borbotear entre sí; conecté el circuito de transmisión.

—... se fueron por el agujero en la pared —le decía uno a otro mientras se acercaban.

—Imposible —contestó el otro—. Está demasiado alto. Morirían.

—Los he visto saltar grandes distancias —dijo el primero—. Tal vez sobrevivirían.

—Ni siquiera esos [intraducible] pueden saltar 130 deg [unidad de medida] y vivir —dijo el tercero, acercándose a los dos primeros—. Esos [intraducible] comedores de [intraducible] siguen aquí, en alguna parte.

—¿Visteis a [intraducible: probable nombre personal] en la rampa? Esos [intraducible] [lo/la] destrozaron con sus granadas —dijo el cuarto.

—Subimos la rampa contigo —dijo el tercero—. Claro que [lo/la] vimos. Ahora callaos y registrad esta zona. Si están aquí, nos vengaremos del [intraducible] y lo celebraremos en el servicio.

El cuarto cubrió la distancia que lo separaba del tercer whaidiano, y extendió una gran zarpa hacia él, como compadeciéndolo. Los cuatro estaban ahora convenientemente delante del agujero en la pared.

«Ahora», envié a Bender, y abrí fuego. Los whaidianos se sacudieron como marionetas durante unos segundos y luego cuando la fuerza de los impactos los empujó contra la pared que ya no existía, cayeron por la ventana.

Bender y yo esperamos unos segundos, luego nos volvimos hacia la rampa. Estaba libre excepto por los restos de [intraducible: probable nombre personal], que olía aún peor que sus compañeros francotiradores muertos del tejado. Hasta ahora, toda la experiencia en el planeta natal de Whaid había sido una bicoca. Volvimos a la primera planta y nos dirigimos hacia el sitio por donde habíamos entrado, pasando junto a los cuatro whaidianos a quienes habíamos ayudado a salir por la ventana.

—Esto no es lo que esperaba —dijo Bender, mirando los restos de los whaidianos.

—Y ¿qué esperabas? —pregunté.

—Lo cierto es que no lo sé —replicó él.

—Bueno, ¿entonces cómo puede no ser lo que esperabas? —dije, y conecté mi CerebroAmigo para hablar con Viveros. «Estamos abajo», envié.

«Ven para acá —respondió Viveros, y mandó la información sobre su situación—. Y tráete a Bender. No vais a creer esto.» Mientras lo decía, lo oí por encima del sonido de los disparos al azar y de las explosiones de las bombas: un canto grave y gutural que resonaba entre los edificios del centro gubernamental.

* * *

—A eso me refería —declaró Bender, casi alegremente, cuando despejamos la última esquina y empezamos a descender hacia el anfiteatro natural. En él se habían reunido cientos de whaidianos que cantaban, se mecían y agitaban bastones. A su alrededor, docenas de soldados de las FDC habían ocupado sus posiciones. Si abrían fuego, sería una matanza de patos en un barreño. Conecté de nuevo mi circuito traductor pero no conseguí nada: o bien los cánticos no significaban nada o estaban utilizando un dialecto del idioma whaidiano que los lingüistas no habían descubierto.

Localicé a Viveros y me acerqué a ella.

—¿Qué está pasando? —le grité, por encima del estrépito.

—Dímelo tú, Perry —respondió ella, también a gritos—. Aquí sólo soy una espectadora. —Señaló con la cabeza hacia la izquierda, donde el teniente Keyes conferenciaba con otros oficiales—. Están tratando de decidir qué hacemos.

—¿Por qué no ha disparado nadie? —contestó Bender.

—Porque ellos no nos han disparado a nosotros —contestó Viveros—. Nuestras órdenes eran no disparar a los civiles a menos que fuera necesario.

Parece que éstos son civiles. Todos llevan bastones pero no nos han amenazado con ellos: tan sólo los agitan cuando cantan. Por tanto, no es necesario matarlos. Pensaba que te alegrarías de ello, Bender.

—Y me alegro —dijo él, y señaló, claramente entusiasmado—. Mirad, ése es el que guía a la congregación. Es el feuy, un líder religioso. Es un whaidiano de gran importancia. Probablemente escribió el cántico. ¿Tiene alguien una traducción?

—No —contestó Viveros—. No usan ningún lenguaje que conozcamos. No tenemos ni idea de lo que están diciendo.

Bender se adelantó un paso.

—Es una oración por la paz —dijo—. Tiene que serlo. Deben de saber lo que le hemos hecho a su planeta. Pueden ver lo que le hemos hecho a su ciudad. Cualquier pueblo a quien se haya hecho algo así debe llorar.

—Oh, estás tan lleno de mierda —replicó Viveros—. No tienes ni puñetera idea de qué están cantando. Podría ser un cántico sobre cómo van a arrancarnos la cabeza y nos van a destrozarnos el cuello abajo. Podrían estar cantando a su muerte. Podrían estar cantando la puñetera lista de la compra. No lo sabemos. Ni tú tampoco.

—Te equivocas —dijo Bender—. Durante cinco décadas he estado en primera línea de la batalla por la paz en la Tierra. Sé cuándo un pueblo está preparado para la paz. Sé cuándo están intentando establecer contacto. —Señaló a los whaidianos que cantaban—. Esta gente está preparada, Viveros. Puedo *sentirlo*. Y voy a demostrártelo.

Bender soltó su MP y echó a andar hacia el anfiteatro.

—¡Maldita sea, Bender! —gritó Viveros—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡Es una orden!

—¡Ya no voy a «seguir órdenes», cabo! —replicó Bender, y entonces echó a correr.

—¡Mierda! —gritó Viveros, y corrió tras él. Intenté cogerla, pero se me escapó.

A esas alturas, el teniente Keyes y los otros oficiales se dieron la vuelta y vieron a Bender correr hacia los whaidianos con Viveros detrás. Oí a Keyes gritar algo y a Viveros detenerse de pronto; Keyes debió de haber enviado su orden también a través del CerebroAmigo. Si asimismo le había ordenado a Bender que se detuviera, éste ignoró la orden y continuó su carrera hacia los whaidianos.

Finalmente se detuvo en el borde del anfiteatro, y se quedó allí de pie, en silencio. Al cabo de un rato el feuy, el que lideraba el cántico, advirtió al humano que esperaba al borde de su congregación y dejó de cantar. La congregación, confusa, perdió el ritmo y pasó más o menos un minuto antes de reparar también en Bender, entonces todos se volvieron hacia él.

Ése era el momento que Bender estaba esperando. Debió de pasar el tiempo previo a que los whaidianos advirtieran su presencia preparando lo que iba a decir y traduciéndolo al whaidiano, porque cuando habló, lo hizo intentando hablar en su idioma, y lo hizo razonablemente bien.

—Amigos míos, mis amigos en búsqueda de la paz —empezó a decir, extendiendo las manos hacia ellos, con las palmas vueltas hacia adentro.

Los datos recogidos del acontecimiento acabarían por demostrar que no menos de cuarenta mil diminutos proyectiles en forma de aguja que los whaidianos llaman *avdgur* se clavaron en el cuerpo de Bender en el espacio de menos de un segundo, disparados desde los bastones, que no eran bastones en absoluto, sino armas tradicionales para disparar, con la forma de una rama de árbol sagrada para ellos. Cuando cada lasca de *avdgur* penetró su unicapote y su cuerpo, cortando la solidez de su forma, Bender literalmente se derritió. Todos estuvimos de acuerdo luego en que fue una de las muertes más interesantes que ninguno de nosotros había visto nunca.

El cuerpo de Bender cayó produciendo una extraña salpicadura y los soldados de las FDC abrieron fuego contra el anfiteatro. Fue en efecto una matanza de patos; ni un solo whaidiano consiguió salir de allí ni logró matar o herir a ningún otro soldado de las FDC aparte de Bender. Todo duró menos de un minuto.

Viveros esperó la orden de alto el fuego, se acercó al charco que era todo lo que quedaba de Bender, y empezó a darle patadas con furia.

—¿Qué te parece ahora la paz, hijo de puta? —gritó mientras los órganos licuados de Bender manchaban sus zapatos.

* * *

—Bender tenía razón, ¿sabes? —me dijo Viveros camino de la *Modesto*.

—¿En qué? —pregunté.

—En que las FDC se utilizan demasiado y demasiado rápido —respondió Viveros—. En que es más fácil combatir que negociar. —Hizo un gesto en dirección al planeta natal whaidiano, que se perdía tras nosotros—. No teníamos por qué hacer esto. Echar a patadas a esos pobres hijos de puta del espacio y obligarlos a pasar el siguiente par de décadas sufriendo de hambre y muriendo y matándose unos a otros. Hoy no hemos matado civiles... bueno, aparte de esos que mataron a Bender, pero durante mucho tiempo, morirán de otras cosas y se asesinarán unos a otros; no pueden hacer mucho más. No ha sido más que un genocidio. Nos sentimos mejor porque no estaremos presentes cuando ocurra.

—Nunca estuviste de acuerdo con Bender antes —comenté.

—Eso no es cierto. Lo que dije es que no tenía ni puta idea, y que su deber era hacia nosotros, pero no que estuviera equivocado. Tendría que haberme escuchado. Si hubiera seguido sus malditas órdenes, ahora estaría vivo. En cambio, yo tengo que limpiarlo de mis pies.

—Probablemente diría que murió por lo que creía.

Viveros hizo una mueca.

—Por favor —contestó—. Bender murió por Bender. Mierda. Acercarte a un puñado de gente cuyo planeta acabamos de destruir y actuar como si fuera su *amigo*. Qué gilipollas. Si yo hubiera sido uno de ellos, también le habría disparado.

—Puñetera gente real, que se interpone en el camino de los ideales pacíficos —dije.

Viveros sonrió.

—Si Bender hubiera estado realmente interesado en la paz en vez de en su propio ego, habría hecho lo que yo estoy haciendo, y lo que tendrías que hacer tú también, Perry —añadió—. Seguir las órdenes. Permanecer con vida. Cumplir nuestro tiempo de servicio en infantería. Unirse a la formación de oficiales y ascender. Convertirse en la gente que da las órdenes, no sólo las sigue. Así es como haremos la paz cuando podamos. Y así es como puedo vivir con lo de «sólo cumplo órdenes». Porque sé que un día haré que esas órdenes cambien.

Se echó hacia atrás, cerró los ojos y durmió el resto del viaje de regreso a nuestra nave.

Luisa Viveros murió dos meses después en una bola de mierda llamada Estercolero. Nuestro escuadrón cayó en una trampa en unas catacumbas naturales, bajo la colonia hann'i que teníamos que despejar. En la batalla, nos acorralaron en una caverna que tenía cuatro túneles adicionales, todos rodeados por la infantería hann'i. Viveros nos ordenó que volviéramos a

nuestro túnel y ella empezó a disparar contra su boca, derrumbándolo y sellándolo. Los datos del CerebroAmigo muestran que se dio la vuelta y abrió fuego contra los hann'i. No duró mucho. El resto del escuadrón consiguió volver a la superficie; no fue fácil hacerlo, considerando cómo nos habían acorralado allí, pero desde luego fue mejor que morir en una emboscada.

Viveros recibió una medalla por valentía a título póstumo; a mí me ascendieron a cabo y me dieron el mando del escuadrón. La cama y la taquilla de Viveros fueron a parar a un tipo nuevo llamado Whitford, que era bastante decente, tal como estaban las cosas.

La institución había sustituido una pieza del engranaje. Y yo eché de menos a la que se había ido.

Thomas murió a causa de algo que tragó.

Lo que ingirió era tan nuevo que las FDC no tenían todavía nombre para ello, en una colonia tan nueva que tampoco tenía nombre, sino tan sólo una designación oficial: Colonia 622,47 Osa Mayor (las FDC continuaban usando designaciones estelares basadas en la Tierra por el mismo motivo que continuaban usando días de veinticuatro horas y años de trescientos sesenta y cinco días: porque era más fácil hacerlo de esa forma). Como medida de funcionamiento regular, las nuevas colonias transmiten una recopilación diaria de todos los datos de la colonia a una nave robot, la cual regresa a Fénix para que así el gobierno colonial pueda seguir la pista de los asuntos coloniales.

La colonia 622 había estado enviando esas naves desde que desembarcaron, seis meses antes; aparte de las discusiones, rencillas y roces habituales que acompañan a la fundación de cualquier nueva colonia, no se informaba de nada importante, a excepción del hecho de que una especie de moho local lo estaba cubriendo todo, metiéndose dentro de las máquinas, los ordenadores, los corrales e incluso las viviendas. Un análisis genético del material se envió a Fénix con la petición de que alguien creara un fungicida que, literalmente, les quitara el moho del pelo a los colonos. Después de eso, empezaron a llegar naves robot en blanco, sin ninguna información más de la colonia.

Thomas y Susan estaban destinados en la *Tucson*, que fue enviada a investigar. La *Tucson* intentó contactar con la colonia desde la órbita: no hubo suerte. Las imágenes de los edificios no mostraban ningún movimiento en ellos: ni gente, ni animales, nada. Sin embargo, los edificios en sí mismos no parecían dañados. El pelotón de Thomas fue enviado a explorar.

La colonia estaba cubierta de porquería, una capa de moho de varios centímetros de grosor en algunos lugares. Recubría los cables de energía y todo el equipo de comunicaciones. Era una buena noticia: era posible que el moho simplemente hubiera estropeado la capacidad de transmisión del equipo. Este momentáneo estallido de optimismo se cortó en seco cuando el escuadrón de Thomas llegó a los corrales y encontró que todo el ganado estaba muerto y muy descompuesto gracias al afanoso trabajo del moho. Encontraron a los colonos poco después, en el mismo estado. Casi todos ellos (o lo que quedaba de ellos) estaban en sus camas o cerca de ellas; las excepciones eran las familias, que a menudo fueron encontradas en los dormitorios de los niños o en los pasillos que conducían a ellos; y los miembros de la colonia encargados del cementerio, que fueron encontrados en sus puestos o en las inmediaciones. Lo que quiera que los hubiese matado, lo había hecho tan de repente, que los colonos no tuvieron tiempo de reaccionar.

Thomas sugirió llevar a uno de los cadáveres a las instalaciones médicas de la colonia; allí podría realizar una rápida autopsia que pudiera ofrecerles alguna información sobre la causa de la muerte. El jefe de su escuadrón accedió, y Thomas y un camarada eligieron uno de los cadáveres más intactos. Thomas lo cogió por debajo de los brazos y su camarada por las piernas. Thomas le dijo a su camarada que lo levantarán al contar tres; iban por el dos cuando el moho saltó del cuerpo y le dio en plena cara. Al abrir la boca por la sorpresa, el moho se le metió dentro y le llegó a la garganta.

El resto del escuadrón de Thomas ordenó en seguida a sus uniformes que los protegieran con visores, y que lo hicieran inmediatamente. En cuestión de segundos, el moho saltó de todas las grietas y rendijas para atacar. Por toda la colonia se produjeron ataques similares casi simultáneamente. Seis compañeros del pelotón de Thomas también acabaron con la boca llena de moho.

Thomas trató de sacárselo, pero se le fue metiendo más profundamente en la garganta, bloqueando su vía de aire, hasta llegar a sus pulmones y deslizarse también por su esófago hasta el estómago. A través de su CerebroAmigo, Thomas pidió a sus camaradas que lo llevaran a las instalaciones médicas, donde podrían succionar suficiente moho de su cuerpo como para permitirle respirar de nuevo; la SangreSabia indicaba que disponían de casi quince minutos antes de que Thomas empezara a sufrir daños cerebrales permanentes. Era una idea excelente, y probablemente habría funcionado si el moho no hubiera empezado a excretar ácidos digestivos concentrados en los pulmones de Thomas, comiéndoselo por dentro mientras todavía estaba vivo. Sus pulmones empezaron a disolverse de inmediato; murió de shock y asfixia minutos más tarde. Los otros seis miembros del pelotón sufrieron el mismo destino, y que, al parecer, también había acabado con los colonos, según se descubrió luego.

El jefe del pelotón dio la orden de dejar a Thomas y las otras víctimas atrás; el pelotón se retiró al transporte y regresó a la *Tucson*. Se les negó permiso para atracar. Uno a uno, los miembros del pelotón fueron sometidos a vacío absoluto para matar el moho que todavía pudiera quedar en sus trajes, y a continuación los sometieron a un intenso proceso de descontaminación interna y externa, tan doloroso como cabe imaginar.

Las sondas sin tripulación que fueron enviadas luego indicaron que no había supervivientes de la colonia 622 en ninguna parte, y que el moho, aparte de poseer suficiente inteligencia como para organizar dos ataques distintos coordinados, era casi inmune a las armas tradicionales. Balas, granadas y cohetes sólo afectaban a pequeñas porciones mientras que dejaba ilesas a otras; los lanzallamas freían la capa superior de moho, dejando intactas las de debajo; los rayos los afectaban, pero causaban daños generales mínimos. La investigación en busca de un fungicida que habían solicitado los colonos había comenzado, pero se interrumpió cuando quedó establecido que el moho estaba presente en casi todas las partes del planeta.

El esfuerzo de localizar otro planeta habitable se consideró menos caro que erradicar el moho a escala local.

La muerte de Thomas fue un recordatorio de que no sólo no sabíamos contra qué nos enfrentábamos, sino que, a veces, simplemente no podíamos ni imaginar contra qué lo hacíamos. Thomas cometió el error de asumir que el enemigo se parecería a nosotros. Se equivocó. Murió por eso.

* * *

Conquistar el universo estaba empezando a afectarme.

La inquietante sensación había comenzado en Gindal, donde emboscamos a unos soldados gindalianos cuando regresaban a sus nidos, y abatimos sus enormes alas con rayos y cohetes que los hacían caer dando vueltas y gritando por acantilados pelados de dos mil metros de altura. Casi había empezado a afectarme en Udaspri, cuando tuvimos que ponernos mochilas para contrarrestar la inercia y conseguir un mejor control mientras saltábamos de un fragmento de roca a otro en los anillos del planeta, jugando al escondite con los arácnidos vindi que habían empezado a lanzar trozos del anillo contra el planeta de abajo, planeando delicadas órbitas descendentes que apuntaban directamente a la colonia humana de Halford. Para cuando llegamos a Cova Banda, ya estaba listo para romperme.

Pudo haber sido por los covandu mismos, que en muchos aspectos eran clones de la raza humana: bípedos, mamíferos, extraordinariamente dotados para las artes, sobre todo la poesía y el teatro, rápidos reproductores e inusualmente agresivos en lo referente al universo y su lugar en él. Los humanos y los covandu frecuentemente se encontraban luchando por los mismos territorios sin desarrollar. Cova Banda, de hecho, había sido una colonia humana antes de ser covandu, abandonada después de que un virus nativo hubiera provocado que los colonos desarrollaran horribles miembros adicionales y personalidades asesinas como remate. A los covandu en cambio, el virus ni siquiera les provocaba dolor de cabeza: se instalaron rápidamente. Sesenta y tres años más tarde, los coloniales desarrollaron al fin una vacuna, y quisieron recuperar el planeta. Por desgracia, a los covandu, demasiado parecidos a los humanos como he dicho, no les hizo mucha gracia la idea de compartir nada. Así que allá fuimos, a batallar contra ellos.

El más alto de todos ellos, por cierto, no mide más de tres centímetros.

Naturalmente, los covandu no son tan estúpidos como para lanzar sus diminutos ejércitos contra humanos que tienen sesenta o setenta veces su tamaño. Primero nos atacaron con aviación, morteros de largo alcance, blindados y otro equipo militar que podía causar algún daño... y lo hizo. No es fácil abatir un aparato de veinte centímetros de largo que vuela a varios cientos de kilómetros por hora. Pero se hace lo que se puede para dificultar el uso de estas opciones (nosotros lo hicimos desembarcando en el parque de la principal ciudad de Cova Banda, de modo que la artillería que fallaba al

alcanzarnos golpeaba a su propia gente), y, de todas formas, al final uno acaba librándose como sea de la mayoría de estas molestias. En este caso, nuestra gente se tomó más molestias para destruir las fuerzas covandu que de costumbre. No sólo porque eran más pequeños y alcanzarlos requería más atención, también porque nadie quiere que lo mate un contrincante de tres centímetros.

De todas formas, al final, se acaba por abatir todos los aviones y destruir todos los blindados, y entonces hay que tratar con los covandu individualmente. Así es como se combate contra ellos: se los pisa. Simplemente bajas el pie, aplicas fuerza y está hecho. Mientras tanto, el covandu te dispara con su arma y grita con toda la potencia de sus diminutos pulmones, un graznido que apenas puedes oír. Pero es inútil. Tu traje, diseñado para aplicar el freno a un proyectil a escala humana, apenas registra los trocitos de materia que un covandu te lanza contra los tobillos; ni siquiera el crujido del pequeño ser que has aplastado. Entonces localizas a otro y lo repites.

Lo hicimos durante horas, mientras avanzábamos por la principal ciudad de Cova Banda, deteniéndonos de vez en cuando al ver un cohete en un rascacielos de seis o siete metros de altura y abatirlo de un solo disparo. Algunos miembros de nuestro pelotón disparaban en cambio una andanada contra el edificio, dejando que las balas, cada una lo bastante grande como para arrancarle la cabeza a un covandu, rebotara por todo el edificio como si fuera una bola loca. Pero sobre todo había que pisotear. Godzilla, el famoso monstruo japonés, que resucitaba por enésima vez cuando salí de la Tierra, se habría sentido como en casa.

No recuerdo exactamente cuándo empecé a gritar y a dar patadas a los rascacielos, pero lo hice durante tanto tiempo y con tanta fuerza que, cuando al final llamaron a Alan para que me rescatara, Gilipollas me estaba informando de que había conseguido romperme tres dedos del pie. Alan me acompañó hasta el parque de la ciudad donde habíamos desembarcado y me hizo sentarme; en cuanto lo hice, un covandu emergió de detrás de una piedra y me apuntó con su arma a la cara. Sentí como si me estuvieran lanzando diminutos granitos de arena contra la mejilla.

—Maldita sea —dije. Furioso, le di un golpecito con dos dedos y lo lancé contra un rascacielos cercano. Se perdió de vista, trazando un arco, deceleró con un *thunk* que sonó a lata cuando golpeó el edificio, y cayó los dos metros restantes hasta el suelo. Cualquier otro covandu que hubiera en la zona al parecer decidió desistir de ningún otro intento de asesinato.

Me volví hacia Alan.

—¿No tienes un escuadrón del que ocuparte? —pregunté. Lo habían ascendido después de que a su jefe de escuadrón le arrancara la cara un gindaliano furioso.

—Podría hacerte la misma pregunta —respondió, y luego se encogió de hombros—. Están bien. Tienen sus órdenes y ya no hay ninguna oposición real.

La cosa está despejada y Tipton puede encargarse del escuadrón. Keyes me dijo que viniera a sacarte de ahí y a averiguar qué demonios te pasa. Así pues, ¿qué demonios te pasa?

—Cristo, Alan —dije—. Acabo de pasarme tres horas pisando a seres inteligentes como si fueran puñeteros insectos, eso es lo que me pasa. Estoy aplastando y matando a gente con mis puñeteros pies. —Hice un gesto con el brazo—. Es completamente ridículo, Alan. Esta gente mide *tres centímetros de altura*. Es como si Gulliver les diera caña a los liliputienses.

—No tenemos posibilidad de elegir nuestras batallas, John —repuso Alan.

—Y ¿cómo te hace sentirte ésta en concreto? —pregunté.

—Me molesta un poco —contestó Alan—. No es una lucha justa: estamos mandando a toda esta gente al infierno. Por otro lado, la peor baja que tengo en mi escuadrón es un tímpano reventado. Es un milagro. Así que, en líneas generales, me siento bien. Además, los covandu no están enteramente indefensos. El marcador general entre ellos y nosotros está muy igualado.

Eso era sorprendentemente cierto. El tamaño de los covandu les daba ventaja en las batallas espaciales; a nuestras naves les cuesta trabajo localizar las suyas y sus diminutos cazas pueden causar pocos daños individualmente pero en conjunto son terribles. Sólo cuando combatimos en tierra tuvimos una ventaja abrumadora. Cova Banda tenía una flota espacial relativamente pequeña protegiéndolo; ése era uno de los motivos por los que las FDC habían decidido recuperarlo.

—No estoy hablando de quién va por delante en el recuento general, Alan —dije—, estoy hablando del hecho de que nuestros enemigos no miden ni tres centímetros de altura. Antes de eso, estuvimos combatiendo con arañas. Antes, con malditos pterodáctilos. Todo esto está afectando mi sentido de la escala. Ya no me siento humano, Alan.

—Técnicamente hablando, ya no eres humano —contestó él. Era un intento de aliviar mi estado de ánimo.

No funcionó.

—Bueno, pues entonces ya no me siento conectado con lo que era ser humano —repliqué yo—. Nuestro trabajo es encontrar nuevos pueblos y culturas extrañas, y matar a los hijos de puta lo más rápidamente posible. Sólo sabemos lo que necesitamos saber de ellos para combatirlos. Por lo que sabemos, sólo existen como enemigos. Salvo por el hecho de que son inteligentes para contraatacar, bien podríamos estar combatiendo contra animales.

—Eso lo hace más sencillo para la mayoría de nosotros —razonó Alan—. Si no te identificas con una araña, no te sientes tan mal al matar a una, aunque sea grande e inteligente. Sobre todo si es grande e inteligente.

—Tal vez sea eso lo que me molesta. No tiene ningún sentido de la consecuencia. Acabo de coger a un ser vivo y lo he lanzado contra un edificio.

Hacerlo no me ha molestado en absoluto. El hecho de que no lo haya hecho es lo que me perturba, Alan. Tendría que haber consecuencias para nuestras acciones. Al menos, tendríamos que sentir algo de horror por lo que hacemos, lo estemos llevando a cabo por buenos motivos o no. Yo no siento ningún horror por mis acciones, y eso me asusta. Me asusta lo que significa. Ando dando pisotones por esta ciudad como si fuera un maldito monstruo, y estoy empezando a pensar que eso es exactamente lo que soy. En eso me he convertido. Soy un monstruo. Eres un monstruo. *Todos* somos malditos monstruos inhumanos, y no vemos que haya nada malo en serlo.

Alan no tuvo nada que decir. Así que permanecemos en silencio, contemplamos a nuestros soldados pisoteando covandu hasta la muerte, hasta que ya no quedó ninguno.

* * *

—Entonces ¿qué demonios le pasa? —le preguntó el teniente Keyes a Alan, al final de nuestra reunión tras la batalla con los otros jefes de escuadrón.

—Cree que todos somos monstruos inhumanos —respondió Alan.

—Oh, *eso* —dijo el teniente Keyes, y se volvió hacia mí—. ¿Cuánto tiempo llevas en esto, Perry?

—Casi un año —contesté. El teniente Keyes asintió.

—Entonces estás siguiendo el calendario, Perry. Hace falta más o menos un año para que la mayoría de la gente descubra que se han convertido en máquinas de matar sin alma ni conciencia ni moral. Algunos lo hacen más temprano, otros más tarde. Jensen aquí presente —indicó a uno de los jefes de los otros escuadrones—, llegó hasta los quince meses antes de venirse abajo. Dile lo que hiciste, Jensen.

—Le pegué un tiro a Keyes —dijo Ron Jensen—. Consideré que él era la personificación del maligno sistema que me convertía en una máquina de matar.

—Casi me voló la cabeza —dijo Keyes.

—Fue un tiro de suerte —concedió Jensen.

—Sí, menos mal que fallaste. De lo contrario, yo estaría muerto y tú serías un cerebro flotando en un tanque, loco por falta de estímulos externos. Mira, Perry, le pasa a todo el mundo. Te librarás de ello cuando te des cuenta de que no eres un monstruo inhumano, sólo estás intentando adaptar tu cerebro a una situación totalmente jodida. Durante setenta y cinco años llevaste un tipo de vida en el que la máxima excitación era echar un polvo de vez en cuando, y casi sin darte cuenta, estás intentando cargarte pulpos espaciales con un MP antes de que te maten ellos a ti. Cristo. Son aquellos que no se vienen debajo de los que no me fío.

—Alan no se ha venido abajo —dije—. Y lleva aquí el mismo tiempo que yo.

—Cierto —repuso Keyes—. ¿Cuál es tu respuesta a eso, Rosenthal?

—Por dentro soy un caldero hirviente de furia inconexa, teniente.

—Ah, represión —dijo Keyes—. Excelente. Intenta evitar lanzarme una descarga cuando finalmente estalles, por favor.

—No puedo prometer nada, señor.

—¿Sabes lo que funcionó para mí? —dijo Aimee Weber, otra jefe de escuadrón—. Hice una lista de las cosas que echaba de menos de la Tierra. Fue deprimente, pero por otro lado, me recordó que no me había hundido del todo. Si echas de menos cosas, es que sigues conectado.

—¿Y qué echabas de menos? —pregunté.

—Shakespeare en el parque, por ejemplo. Mi última noche en la Tierra, vi una representación de *Macbeth* que rozaba la perfección. Dios, fue magnífico. Y no es que no tengamos buen teatro en directo por estos lares.

—Yo echo de menos las galletitas de chocolate de mi hija —dijo Jensen.

—Puedes encontrar galletitas de chocolate en la *Modesto* —dijo Keyes—. Están cojonudas.

—No tanto como las de mi hija. El secreto está en la melaza.

—Eso parece repugnante —dijo Keyes—. Odio la melaza.

—Menos mal que no lo sabía cuando le disparé —dijo Jensen—. No habría fallado.

—Yo echo de menos nadar —dijo Greg Ridley—. Solía hacerlo en el río junto a mi casa, en Tennessee. Estaba helado como el Polo Norte casi siempre, pero me gustaba así.

—Montañas rusas —dijo Keyes—. Esas grandes que te hacen sentir que los intestinos se te van a salir por los zapatos.

—Libros —dijo Alan—. Un buen libro de tapa dura las mañanas de domingo.

—Bien, Perry —empezó Weber—, ¿hay algo que tú eches de menos ahora mismo?

Me encogí de hombros.

—Sólo una cosa —respondí.

—Nada puede ser más estúpido que echar de menos una montaña rusa —dijo Keyes—. Escúpelo. Es una orden.

—Lo único que de verdad echo de menos es estar casado —respondí—. Echo en falta estar sentado junto a mi esposa, charlando o leyendo juntos o lo que fuera.

Eso provocó un silencio total.

—Esto es nuevo para mí —dijo Ridley.

—Mierda, yo no echo de menos eso —comentó Jensen—. Mis últimos veinte años de matrimonio no fueron nada del otro jueves.

Miré alrededor.

—¿Ninguno tiene un esposo o una esposa que se enrolara? ¿No mantenéis el contacto con ellos?

—Mi marido se enroló antes que yo —dijo Weber—. Ya lo habían matado antes de que me dieran mi primer destino.

—Mi esposa está destinada en la *Boise* —dijo Keyes—. Me manda una nota de vez en cuando. Me da la impresión de que no me echa mucho de menos.

Supongo que soportarme treinta y ocho años fue suficiente.

—La gente viene aquí y no quieren sus antiguas vidas —dijo Jensen—. Cierto, echamos de menos las pequeñas cosas... como dice Aimee, eso es lo que impide que te vuelvas majara. Pero es como viajar atrás en el tiempo, justo antes de que tomaras las decisiones que te dieron la vida que viviste. Si pudieras retroceder, ¿por qué tomar las mismas decisiones? Ya has vivido esa vida. Yo no lamento las decisiones que tomé, pero no tengo prisa por volver a tomarlas. Mi esposa anda por ahí, cierto. Pero está contenta viviendo su nueva vida sin mí. Y yo he de decir que no tengo prisa por cumplir de nuevo ese servicio.

—Todo esto no me está animando —dije.

—¿Qué es lo que echas de menos de estar casado? —preguntó Alan.

—Bueno, pues, ya sabes, a mi esposa —contesté—. Pero también la sensación de, no sé, tranquilidad. La impresión de que estás donde se supone que tienes que estar, con alguien con quien se supone que tienes que estar. Aquí no me siento así, joder. Vamos a sitios por los que tenemos que luchar, con gente que podría estar muerta mañana o pasado. Sin ánimo de ofender.

—No hay problema —dijo Keyes.

—Aquí no hay ningún terreno estable, nada con lo que me sienta a salvo. Mi matrimonio tuvo sus más y sus menos, como el de todo el mundo, pero sabía que en el fondo era sólido. Echo en falta ese tipo de seguridad, y ese tipo de conexión con alguien. Parte de lo que nos hace humanos es lo que significamos para otras personas, y lo que esas personas significan para nosotros. Echo de menos significar algo para alguien, tener esa parte de ser humano. Eso es lo que echo de menos del matrimonio.

Más silencio.

—¡Qué demonios, Perry! —exclamó por fin Ridley—. Cuando lo expresas de esa forma, yo también echo de menos estar casado.

Jensen hizo una mueca.

—Yo no. Tú sigues echando de menos estar casado, Perry, y yo las galletitas de mi hija.

—Melaza —recordó Keyes—. *Repugnante*.

—No empecemos de nuevo, señor —dijo Jensen—. No vaya a ser que tenga que coger mi MP.

* * *

La muerte de Susan fue casi al revés que la de Thomas. Un ataque de perforadores a las plataformas extractoras de Elysium había reducido severamente la cantidad de petróleo que allí se refinaba. La *Tucson* fue destinada para transportar operarios y protegerlos mientras volvían a poner en funcionamiento varias de las plataformas desconectadas. Susan estaba en una de las plataformas cuando los perforadores atacaron de nuevo con artillería improvisada; la explosión hizo caer a Susan y a otros dos soldados de la plataforma y los arrojó varias docenas de metros hacia el mar. Los otros dos soldados ya estaban muertos al llegar al agua, pero Susan, con graves quemaduras y apenas consciente, seguía viva.

Los perforadores la sacaron del agua y decidieron dar un escarmiento con ella. En los mares de Elysium habita un gran carroñero llamado boqueador, cuya mandíbula batiente es capaz de engullir a una persona de un solo bocado. Los boqueadores frecuentan las plataformas de excavación porque se alimentan de la basura que éstas arrojan al mar. Así que rescataron a Susan, le devolvieron la conciencia a bofetadas, y luego le soltaron un apresurado manifiesto, confiando en que la conexión de su CerebroAmigo transmitiría sus palabras a las FDC. Declararon a Susan culpable de colaborar con el enemigo, la sentenciaron a muerte, y la lanzaron al mar directamente debajo del pozo donde la plataforma arrojaba la basura.

No tardó en aparecer un boqueador; un trago y Susan para adentro. A esas alturas, Susan seguía viva, y se esforzaba por salir del boqueador por el mismo orificio por el que había entrado. Sin embargo, antes de que pudiera conseguirlo, uno de los perforadores le disparó al boqueador bajo la aleta dorsal, donde está situado el cerebro del animal. El boqueador murió en el acto y se hundió, llevándose a Susan consigo. Susan murió no por haber sido devorada, ni siquiera por haberse ahogado, sino por la presión del agua mientras ella y el pez que se la había tragado se hundían en el abismo.

Los perforadores no pudieron celebrar durante mucho tiempo ese golpe al opresor. Nuevos soldados de la *Tucson* barrieron sus campamentos, capturaron a varias docenas de jefes, los fusilaron y se los dieron de comer a los boqueadores. A excepción de los que mataron a Susan, que fueron ofrecidos a los boqueadores sin el paso intermedio de ser fusilados primero. La insurrección terminó poco después.

La muerte de Susan me resultó clarificadora, un recordatorio de que los humanos pueden ser tan inhumanos como cualquier especie alienígena. Si yo hubiera estado en la *Tucson*, podría haberme visto alimentando boqueadores con uno de los hijos de puta que mataron a Susan, y sin sentirme ni pizca de mal al respecto. No sé si esto me hizo sentirme mejor o peor de

lo que lo estaba cuando combatimos a los covandu. Pero en todo caso ya no me preocupó ser menos humano que antes.

Los que participamos en la batalla de Coral recordamos dónde estábamos la primera vez que oímos que el planeta había sido tomado. Yo estaba escuchando a Alan explicar cómo el universo que yo creía conocer había desaparecido hacía tiempo.

—Lo dejamos la primera vez que saltamos —decía—. Seguimos subiendo y pasamos al universo de al lado. Así es como funciona el salto.

Esto provocó una educada y muda reacción por mi parte y la de Ed McGuire, que estábamos sentados con Alan en el salón de recreo del batallón. Finalmente, Ed, que se había hecho cargo del escuadrón de Aimee Weber, confesó:

—No te sigo, Alan. Creía que la impulsión de salto nos llevaba más allá de la velocidad de la luz o algo por el estilo.

—Qué va —respondió Alan—. Einstein sigue teniendo razón: la velocidad de la luz es el límite al que puedes viajar. Aparte de eso, no quieras empezar a revolotear por el universo a una fracción real de la velocidad de la luz, porque si golpeas un pegotito de nada mientras vas a un par de cientos de miles de kilómetros por segundo, acabarás con un bonito agujero en tu nave. Es una forma muy rápida de morir.

Ed parpadeó y luego se pasó la mano por la cabeza.

—Uau —exclamó—. Me he perdido.

—Muy bien, mira —dijo Alan—. Me has preguntado cómo funciona la impulsión de salto. Y, como te digo, es simple: coge un objeto de un universo, como la *Modesto*, y lo pasas a otro universo. El problema es que hablamos de una «impulsión», cuando en realidad no lo es, porque la aceleración no es un factor: el único factor es el emplazamiento dentro del multiverso.

—Alan —le advertí—. Te estás enrollando otra vez.

—Lo siento —dijo él, y reflexionó durante un segundo—. ¿Cómo andáis de matemáticas? —preguntó.

—Me acuerdo vagamente de la aritmética —respondí yo. Ed McGuire asintió.

—Vale —prosiguió Alan—. Bien. Voy a usar palabras sencillas. Por favor, no os ofendáis.

—Intentaremos no hacerlo —lo tranquilizó Ed.

—Muy bien. El universo en el que estáis, el universo en el que estamos en este mismo momento, es sólo uno de un número infinito de universos posibles cuya existencia se permite dentro de la física cuántica. Cada vez que, por ejemplo, localizamos un electrón en una posición concreta, nuestro universo queda funcionalmente definido por la posición de ese electrón, mientras que en el universo alternativo, la posición del electrón es completamente diferente.

¿Me seguís?

—Para nada —dijo Ed.

—Joder con los no científicos. Bien, pues entonces confiad en mí. El tema es el siguiente: universos múltiples. Lo que la impulsión de salto hace es abrir una puerta a otro de esos universos.

—¿Y cómo lo hace? —pregunté yo.

—No tienes un nivel de matemáticas suficiente para comprenderlo —replicó Alan.

—Entonces es magia —concluí.

—Desde tu punto de vista, sí. Pero una permitida por la física.

—No lo pillo —repitió Ed—. De modo que hemos atravesado universos múltiples, y sin embargo cada universo en el que hemos estado era exactamente igual al nuestro. Todos los «universos alternativos» de los que he leído en las historias de ciencia ficción tenían grandes diferencias. Así es cómo uno sabe que está en un universo alternativo.

—Hay una interesante respuesta a esa pregunta —dijo Alan—. Demos por sentado que pasar un objeto de un universo a otro es un hecho fundamentalmente imposible.

—Puedo aceptar eso —dije.

—Pero en términos físicos, es permisible, ya que en su nivel más básico, estamos en un universo de física cuántica y en él puede pasar casi cualquier cosa, aunque en la práctica no sea así. Sin embargo, siendo iguales todas las otras cosas, cada universo prefiere mantener en un nivel mínimo los acontecimientos improbables, sobre todo por encima del nivel subatómico.

—¿Cómo puede un universo «preferir» nada? —quiso saber Ed.

—No tienes un nivel de matemáticas suficiente para comprenderlo —volvió a decir Alan.

—Por supuesto que no —respondió Ed, poniendo los ojos en blanco.

—No obstante, el universo prefiere unas cosas a otras. Prefiere moverse hacia un estado de entropía, por ejemplo. Prefiere tener la velocidad de la luz como constante. Puedes modificar o jugar con esas cosas hasta cierto punto, pero cuestan trabajo. Lo mismo sucede aquí. En ese caso, mover un objeto de un universo a otro es tan improbable que, en general, el universo al que mueves el objeto es exactamente igual que el que dejaste... Podríamos decir que es una conservación de la improbabilidad.

—Pero ¿cómo explica eso que nos movamos de un sitio a otro? —pregunté—. ¿Cómo pasamos de un punto en el espacio en un universo, a otro punto del espacio completamente distinto en otro?

—Bueno, piénsalo —dijo Alan—. Pasar toda una nave a otro universo es una cosa increíblemente improbable. Desde el punto de vista del universo, *dónde* aparezca esa nave en ese nuevo universo es realmente muy trivial.

Por eso decía que la palabra «impulsión» es un error. En realidad no nos impulsan para que vayamos a ninguna parte. Simplemente *llegamos*.

—¿Y qué sucede en el universo que acabas de dejar? —preguntó Ed.

—Aparece otra versión de la *Modesto* de otro universo, con versiones alternativas de nosotros dentro —contestó Alan—. Posiblemente. Hay una pequeñísima probabilidad infinitesimal en contra, pero como regla general, es lo que ocurre.

—¿Volvemos alguna vez? —pregunté.

—¿Volver adonde?

—Al universo de donde salimos.

—No —respondió Alan—. Bueno, una vez más, es teóricamente posible, pero en la práctica es enormemente improbable. Los universos se crean continuamente a partir de diversas posibilidades, y los universos a los que vamos son generados casi en el instante antes de que saltemos a ellos... Es uno de los motivos por los que podemos saltar, porque se parecen mucho al nuestro en su composición. Cuanto más tiempo estás apartado de un universo concreto, más tiempo tiene éste para volverse divergente, y menos probable es que vuelvas. Incluso volver a un universo que acabas de dejar un segundo antes es enormemente improbable. Volver al que dejamos hace más de un año, cuando salimos por primera vez de la Tierra para ir a Fénix, queda fuera de toda cuestión.

—Qué deprimente —dijo Ed—. Me gustaba mi universo.

—Bueno, pues escucha esto, Ed —replicó Alan—. Tú ni siquiera vienes del mismo universo original que Alan y yo, ya que no diste ese primer salto cuando nosotros. Es más, incluso la gente que lo dio con nosotros no está ya en nuestro mismo universo, ya que saltaron a universos diferentes porque están en naves diferentes... Cualquier versión de nuestros antiguos amigos que encontremos será una versión alternativa. Naturalmente, se parecerán y actuarán igual, porque, a excepción de la situación ocasional de un electrón aquí y allá, *son* iguales. Pero nuestros universos de origen son por completo diferentes.

—Así que tú y yo somos todo lo que queda de nuestro universo —dije.

—Podemos seguir apostando a que ese universo continúa existiendo. Pero casi con toda seguridad somos las dos únicas personas de allí que estamos en *este* universo.

—No sé qué pensar —dije.

—Que no te preocupe demasiado —me aconsejó Alan—. Desde un punto de vista cotidiano, saltar de universo no importa. Funcionalmente hablando, todo es casi igual estés en el universo que estés.

—Entonces ¿para qué necesitamos las naves espaciales? —preguntó Ed.

—Obviamente, para que te lleven a donde quieras una vez estés en tu nuevo universo —explicó Alan.

—No, no —replicó Ed—. Quiero decir, si puedes saltar de un universo a otro, ¿por qué no hacerlo de planeta en planeta, en vez de usar naves espaciales? Hacer que la gente aparezca directamente en la superficie de un planeta. Nos ahorraría tener que ser lanzados al espacio, eso está claro.

—El universo prefiere que se salte lejos de grandes pozos gravitatorios, como planetas y estrellas —dijo Alan—. Sobre todo cuando saltamos a otro universo. Puedes saltar muy cerca de un pozo de gravedad, y por eso entramos en los nuevos universos cerca de nuestros destinos, pero para partir es mucho más fácil alejarte, y por eso viajamos un poco antes de saltar. Hay una relación exponencial que podría mostrarte, pero...

—Sí, sí, lo sé, no tengo un nivel de matemáticas suficiente para comprenderlo —lo cortó Ed.

Alan estaba a punto de responder de manera conciliadora cuando todos nuestros CerebroAmigos se conectaron. La *Modesto* acababa de recibir la noticia de la masacre de Coral. Y eso fue algo horripilante en cualquier universo que se estuviera.

* * *

Coral era el quinto planeta que colonizaron los humanos, y el primero indiscutiblemente mejor aclimatado para éstos; más incluso que la Tierra misma. Era geológicamente estable, con sistemas climatológicos que se extendían desde una creciente zona templada por sus generosas masas de tierra, repleto de plantas nativas y especies animales lo bastante parecidas genéticamente a la Tierra como para cubrir las necesidades nutritivas y estéticas humanas. Al principio, se habló de llamar a la colonia Edén, pero se sugirió que ese nombre sería un reclamo kármico de problemas.

Se decidió entonces llamarlo Coral, por las criaturas parecidas al coral que gloriosamente creaban diversos archipiélagos y arrecifes submarinos alrededor de la zona tropical del planeta. La expansión humana en Coral se mantuvo, curiosamente, al mínimo, y los humanos que vivían allí eligieron hacerlo de un modo sencillo y casi preindustrial. Era uno de los pocos lugares del universo donde los humanos intentaron adaptarse al ecosistema existente en vez de explotarlo e introducir, por ejemplo, maíz y ganado. Y funcionó; la presencia humana, pequeña y adaptable, se mezcló con la biosfera de Coral y vivió de una manera modesta y controlada.

Por tanto, no estaba preparada para la llegada de la fuerza invasora raey, que descendió en una proporción de un soldado por colono. La guarnición de tropas de la FDC estacionada en Coral y sus alturas plantó una breve pero valiente defensa antes de ser derrotada; los colonos también hicieron pagar a los raey caro su intento. Sin embargo, la colonia fue arrasada, y los colonos supervivientes *fueron* literalmente troceados, pues los raey habían desarrollado hacía tiempo el gusto por la carne humana cuando podían conseguirla.

Uno de los fragmentos de transmisión que nos llegó vía CerebroAmigo fue un segmento de un programa culinario interceptado, donde uno de los más famosos chefs raey discutía la mejor forma de trinchar un humano para diversos usos culinarios, siendo los huesos del cuello particularmente apreciados para sopas y consomés. Además de asquearnos, el vídeo era una prueba incidental de que la masacre de Coral había sido planeada con tanto detalle que incluso llevaron a famosos raey de segunda fila para participar en los festejos. Claramente, los raey planeaban quedarse.

Después de la invasión, no perdieron tiempo y se dedicaron a su primer objetivo. Tras matar a todos los colonos, los raey desembarcaron plataformas para empezar a explotar las islas de Coral. Los raey habían tratado de negociar con anterioridad con el gobierno colonial para explotar las minas de esas islas: los arrecifes de coral habían sido abundantes en el mundo natal raey hasta que una combinación de contaminación industrial y minería comercial los destruyó. El gobierno colonial negó el permiso de explotación, tanto por los deseos de los colonos de mantener el planeta tal cual, como por las bien conocidas tendencias antropófagas de los raey. Nadie quería a los raey sobrevolando las colonias, buscando humanos desprevenidos que convertir en chicharrones.

El fallo del gobierno colonial fue no reconocer que los raey habían convertido en una prioridad la explotación coralina (más allá del comercio, había un aspecto religioso que los diplomáticos coloniales pasaron por alto), ni hasta dónde estaban dispuestos a llegar. Los raey y el gobierno colonial ya habían discutido un par de veces: las relaciones nunca fueron buenas (¿puedes sentirte cómodo con una raza que te ve como una parte jugosa de un desayuno completo?). Sin embargo, cada uno se ocupaba de sus asuntos. De repente cuando los últimos corales nativos de los raey se encaminaban hacia su extinción, el grado de su deseo por las fuentes de Coral nos golpeó en plena cara. Se habían apoderado del planeta y, para recuperarlo, nosotros tendríamos que devolverles el golpe con más fuerza.

* * *

—La cosa está muy chungu —nos dijo el teniente Keyes a los jefes de escuadrón—, y para cuando lleguemos lo estará todavía más.

Nos encontrábamos en la sala de preparativos, las tazas con el café enfriándose mientras accedíamos a una página tras otra con datos de atrocidades e información de vigilancia desde el sistema de Coral. Las naves robot que no habían sido borradas del cielo por los raey comunicaban una llegada continua de naves raey, tanto para la batalla como para transportar coral. Menos de dos días después de la masacre, casi mil naves raey flotaban en el espacio sobre el planeta, esperando para iniciar sus acciones depredadoras.

—Esto es lo que sabemos —dijo Keyes, e hizo aparecer una gráfica del sistema de Coral en nuestros CerebroAmigos—. Calculamos que la porción

más grande de actividad de naves raey en el sistema de Coral es comercial e industrial; por lo que deducimos del diseño de las naves, una cuarta parte de ellas, unas trescientas, tienen capacidades militares ofensivas y defensivas, y muchas de ellas son de transporte de tropas, con escudos y potencia de fuego mínimos. Pero las que son acorazadas, son más grandes y más resistentes que nuestras naves equivalentes. También estimamos que hay unos cien mil soldados raey en la superficie, y que han empezado a atrincherarse para la invasión.

—Esperan que luchemos por Coral, y nuestros datos sugieren que esperan que lancemos un ataque dentro de cuatro o seis días: el tiempo que tardaremos en hacer maniobrar nuestras naves en posición de salto. Saben que las FDC prefieren exhibiciones de fuerza abrumadoras, y que esto va a llevarnos algún tiempo.

—Entonces ¿cuándo vamos a atacar?

—Dentro de once horas —respondió Keyes.

Todos nos agitamos incómodos en nuestros asientos.

—Y ¿cómo vamos a hacerlo, señor? —preguntó Ron Jensen—. Las únicas naves que tendremos disponibles son las que ya están a distancia de salto, o las que lo estarán dentro de las próximas horas. ¿Cuántas podrá haber?

—Sesenta y dos, contando la *Modesto* —contestó Keyes, y nuestros CerebroAmigos descargaron la lista de naves disponibles. Advertí brevemente la presencia de la *Hampton Roads* en la lista; era donde estaban destinados Harry y Jesse—. Seis naves más están aumentando su velocidad para alcanzar la distancia de salto, pero no podemos contar con que estén allí cuando atacemos.

—Cristo, Keyes —dijo Ed McGuire—. Serán cinco naves contra una, y dos contra uno en tierra, suponiendo que podamos desembarcar. Creo que me gusta más nuestra tradición de mostrar fuerzas abrumadoras.

—Cuando tuviéramos suficientes naves para atacar, ellos estarían ya preparados —dijo Keyes—. Es mejor que enviemos una fuerza más pequeña mientras no están listos y así causarles tanto daño como sea posible ahora mismo. Llegará una fuerza de ataque nuestra más grande dentro de cuatro días: doscientas naves dando caña. Si hacemos bien nuestro trabajo, tendrán poco que hacer con lo que quede de las fuerzas raey.

Ed hizo una mueca.

—Nosotros no vamos a estar por allí para apreciarlo. Keyes sonrió, tenso.

—Qué falta de fe. Mirad, sé que esto no es pan comido, pero tampoco vamos a hacer el tonto. No vamos a ofrecerles el cuello sin más sino a atacar objetivos concretos. Vamos a golpear a los transportes de tropas para impedir que traigan refuerzos. Desembarcaremos soldados para interrumpir las operaciones mineras antes de que éstas empiecen y a dificultar que los raey nos abatan sin llevarse también por delante a sus propias tropas y equipo. Nos iremos cargando objetivos comerciales e industriales según se nos

vayan presentando las oportunidades, e intentaremos sacar las grandes naves de la órbita de Coral, para que, cuando lleguen nuestros refuerzos, estemos por delante y por detrás de ellos.

—Me gustaría volver a esa parte del desembarco de soldados —dijo Alan—. ¿Vamos a desembarcar soldados y luego nuestras naves van a intentar *alejarse* a las naves raey? ¿Significa eso que las tropas que desembarquen se quedarán como creo que se quedarán?

Keyes asintió.

—Sí. Estaremos aislados durante al menos tres o cuatro días.

—Cojonudo —opinó Jensen.

—Es la guerra, atontados —replicó Keyes—. Lamento que no os resulte terriblemente conveniente ni cómodo.

—¿Qué pasa si el plan no funciona y nuestras naves son eliminadas del cielo? —pregunté.

—Bueno, entonces supongo que estaremos jodidos, Perry —contestó Keyes—. Pero no continuemos con esa suposición. Somos profesionales, tenemos un trabajo que hacer. Para eso nos han entrenado. El plan tiene riesgos, pero no son riesgos estúpidos, y si funciona, recuperaremos el planeta y les causaremos serios daños a los raey. Supongamos todos que vamos a conseguirlo, ¿qué decís? Es una idea loca, pero puede funcionar. Y si la apoyáis, las posibilidades de que funcione serán mayores. ¿De acuerdo?

Más agitación en los asientos. No estábamos convencidos, pero había poco que hacer. Tendríamos que hacerlo, nos gustara o no.

—¿Cuáles son esas seis naves que tal vez formen parte del grupo? —quiso saber Jensen.

Keyes tardó un segundo en acceder a la información.

—La *Little Rock*, la *Waco*, la *Muncie*, la *Gavilán* —contestó.

—¿La *Gavilán*? —dijo Jensen—. No joda.

—¿Qué pasa con la *Gavilán*? —pregunté. El nombre era poco habitual: las naves de combate tradicionalmente llevaban nombres de ciudades de tamaño medio.

—Brigadas Fantasma, Perry —explicó Jensen—. Las fuerzas especiales de las FDC. Cabronazos de fuerza descomunal.

—Nunca había oído hablar de ellos antes —comenté. En realidad me parecía que sí, pero se me escapaba el cuándo y el dónde.

—Las FDC los reserva para ocasiones especiales —dijo Jensen—. No se andan con chiquitas. Es bueno contar con ellos cuando llegamos a un planeta. Nos ahorra el problema de morir.

—Sería bueno que estuvieran allí, pero probablemente no sucederá —dijo Keyes—. Éste es nuestro espectáculo, chicos y chicas. Para bien o para mal.

* * *

La *Modesto* saltó a la órbita del espacio de Coral diez horas más tarde, y en sus primeros diez segundos de llegada fue alcanzada por seis misiles disparados a bocajarro por un crucero de batalla raey. Los motores de estribor quedaron destrozados, y la nave empezó a dar volteretas salvajemente. Mi escuadrón y el de Alan estaban en una lanzadera de transporte cuando la nave fue alcanzada por los misiles; la fuerza del súbito cambio de inercia producida por el impacto derribó a varios de nuestros soldados contra los costados del transporte. En la bodega de la nave, equipo y material suelto salieron volando, alcanzando a alguno de los otros transportes pero no al nuestro. Las lanzaderas, sujetas por electroimanes, por suerte no se movieron.

Activé a Gillipollas para que comprobara el estado de la nave. La *Modesto* había sido severamente dañada y un escaneo activo de la nave raey indicaba que se preparaba para otra andanada de misiles.

—Es hora de irse —le grité a Fiona Eaton, nuestra piloto.

—No tengo permiso de Control —dijo ella.

—Dentro de diez segundos nos va a alcanzar otra andanada de misiles —dije—. Ése es tu puñetero permiso.

Fiona gruñó.

Alan, que también estaba conectado con los controles de la *Modesto*, gritó desde atrás.

—¡Misiles fuera! —dijo—. ¡Veintiséis segundos para el impacto!

—¿Es tiempo suficiente para largarnos de aquí? —le pregunté a Fiona.

—Ya veremos —respondió ella, y abrió un canal con las otras lanzaderas—. Aquí Fiona Eaton, pilotando el Transporte Seis. Aviso que ejecutaré el procedimiento de apertura de emergencia de la puerta de la bodega en tres segundos. Buena suerte. —Se volvió hacia mí—. Ahora agarraos —dijo, y apretó un botón rojo.

Las puertas de la bodega se recortaron con un brusco destello de luz; el estampido de las puertas al estallar se perdió con el rugido del aire que escapaba. Todo lo que no estaba amarrado salió volando por el agujero; más allá de los escombros, el campo estelar giró de forma mareante a medida que la *Modesto* giraba. Fiona dio impulso a los motores y esperó el tiempo suficiente a que los escombros despejaran la puerta antes de cortar las ataduras electromagnéticas y hacernos salir disparados por la puerta. Compensó el giro de la *Modesto* al salir, pero a duras penas: rozamos el techo.

Accedí al vídeo de la zona de ataque. Otras lanzaderas salían por las puertas en grupos de dos y tres. Cinco consiguieron escapar antes de que la segunda andanada de misiles alcanzara la nave, cambiando bruscamente la trayectoria de giro de la *Modesto*, y destruyendo así varias lanzaderas que

intentaban salir. Al menos una explotó; los escombros golpearon la cámara y la destruyeron.

—Corta la conexión de tu CerebroAmigo con la *Modesto* —dijo Fiona—. Pueden usarla para localizarnos. Díselo a tus soldados. Verbalmente.

Alan se acercó.

—Tenemos un par de heridos ahí atrás —comunicó, señalando a nuestros soldados—, pero ninguno grave. ¿Cuál es el plan?

—He enfilado hacia Coral y he apagado los motores —dijo Fiona—. Probablemente estarán buscando rastros de impulsión y transmisiones de CerebroAmigo para disparar sobre ellos sus misiles, así que mientras parezcamos muertos, puede que nos dejen en paz el tiempo suficiente como para que lleguemos a la atmósfera.

—¿Puede? —preguntó Alan.

—Si tienes un plan mejor, soy toda oídos —replicó Fiona.

—No tengo ni idea de lo que está sucediendo —contestó Alan—, así que me alegra seguir con tu plan.

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo Fiona—. Nos alcanzaron cuando salíamos del salto. Es imposible que supieran por dónde íbamos a aparecer.

—Tal vez tan sólo estábamos en el lugar inadecuado en el momento inoportuno —respondió Alan.

—No lo creo —intervine yo, y señalé por la ventana—. Mira.

Señalé un crucero de batalla raey que chispeaba al lanzar sus misiles. En ese momento, por la parte de estribor apareció un crucero de las FDC. Unos cuantos segundos después, los misiles previamente lanzados impactaron en la nave de la FDC alcanzándola de lleno.

—La madre que los parió —dijo Fiona.

—Sabes exactamente por dónde van a aparecer nuestras naves antes de que lo hagan —señaló Alan—. Es una emboscada.

—¿Cómo coño lo hacen? —preguntó Fiona—. ¿Qué carajo está pasando?

—¿Alan? —dije yo—. Tú eres el físico.

Alan contempló el crucero de las FDC dañado, ahora escorado y alcanzado por otra andanada.

—Ni idea, John. Todo esto es nuevo para mí.

—Esto apesta —dijo Fiona.

—Tranquilizaos —ordené—. Tenemos problemas y perder los nervios no va a ayudar.

—Si tienes un plan mejor, soy toda oídos —repitió Fiona.

—¿Puedo acceder a mi CerebroAmigo si no intento contactar con la *Modesto*?

—Claro —dijo Fiona—. Mientras ninguna transmisión salga de la lanzadera, adelante.

Accedí a Gilipollas y convoqué un mapa geográfico de Coral.

—Bien —dije—. Creo que podemos decir que el ataque a las instalaciones mineras de Coral queda cancelado por hoy. De la *Modesto* hemos logrado escapar los suficientes como para llevar a cabo un ataque realista, y no creo que todos vayamos a llegar a la superficie de una pieza. Ni todos los pilotos van a ser tan rápidos como tú, Fiona.

Fiona asintió, y pude ver que se relajaba un poco. La alabanza es siempre cosa buena, sobre todo en una crisis.

—Muy bien, aquí está el nuevo plan —dije, y le transmití el mapa a Fiona y Alan—. Las fuerzas raey están concentradas en los arrecifes de coral y en las ciudades coloniales, ahí en esa costa. Así que iremos *aquí* —señalé el grueso centro del mayor continente de Coral—, nos esconderemos en esta cordillera y esperaremos la segunda oleada.

—*Si* es que vienen —dijo Alan—. Una nave robot tendrá que llegar a Fénix. Se enterarán de que los raey saben que venimos. En ese caso, tal vez no vengan.

—Oh, vendrán —contesté—. Puede que no lo hagan cuando queremos, pero eso es todo. Tenemos que estar preparados para esperarlos. La buena noticia es que Coral es amistosa con los humanos. Podemos vivir del terreno cuanto necesitemos.

—No estoy de humor para dedicarme a colonizar —dijo Alan.

—No es permanente. Y es mejor que la alternativa.

—Buen argumento —asintió Alan. Me volví hacia Fiona.

—¿Qué necesitas para llevarnos a donde vamos de una sola pieza?

—Una oración —contestó ella—. Ahora tenemos ventaja porque parecemos chatarra flotante, pero todo lo que golpee la atmósfera y sea más grande que un cuerpo humano va a ser localizado por las fuerzas raey. En cuanto empecemos a maniobrar, repararán en nuestra existencia.

—¿Cuánto tiempo podemos estar aquí arriba? —pregunté.

—No mucho —dijo Fiona—. No hay comida, ni agua, e incluso con nuestros cuerpos nuevos y mejorados, somos un par de docenas y nos quedaremos sin aire fresco muy rápido.

—¿Cuánto tiempo después de que lleguemos a la atmósfera para que tengas que empezar a pilotar?

—Poco —contestó—. Si empezamos a dar vueltas, no podré recuperar el control. Caeremos hasta morir.

—Haz lo que puedas —dije. Ella asintió—. Muy bien, Alan. Es hora de alertar a la tropa del cambio de plan.

—Allá vamos —avisó Fiona, y conectó los impulsores. La fuerza de la aceleración me clavó en el asiento del copiloto. Ya no caíamos hacia la superficie de Coral, sino que apuntábamos directamente a ella.

—Vienen curvas —dijo Fiona mientras nos zambullíamos en la atmósfera. La lanzadera se sacudió como una maraca.

El tablero de instrumentos hizo sonar una alarma.

—Escaneo activo —dije—. Nos están siguiendo.

—Lo tengo —confirmó Fiona, dando un bandazo—. Entraremos en unas cuantas nubes altas dentro de unos pocos segundos. Puede que nos ayuden a confundirlos.

—¿Lo hacen alguna vez? —pregunté.

—No —respondió Fiona, y se lanzó hacia ellas de todas formas.

Salimos de las nubes varios kilómetros al este y nos detectaron otra vez.

—Continúan siguiéndonos —alerté—. Aparato a trescientos cincuenta kilómetros y acercándose.

—Voy a aproximarme lo máximo posible al suelo antes de que nos alcancen —dijo Fiona—. No podemos esquivarlos. Lo mejor que podemos hacer es acercarnos al suelo y esperar que algunos de sus misiles alcancen las copas de los árboles y no a nosotros.

—Eso no es muy alentador —comenté.

—Hoy no estoy para alentar a nadie —respondió ella—. Agarraos. Nos zambullimos.

El aparato raey nos alcanzó al momento.

—Misiles —dije. Fiona viró a la izquierda y se acercó a tierra. Un misil nos pasó por encima y se perdió; otro chocó con la cima de una colina cuando la remontábamos.

—¡Perfecto! —exclamé, y luego estuve a punto de morderme la lengua cuando un tercer misil detonó directamente debajo de nosotros, haciendo que la lanzadera perdiera el control. Un cuarto misil alcanzó y desgarró el costado de la lanzadera: en medio del rugido del aire pude oír gritar a algunos de mis hombres.

—¡Nos caemos! —gritó Fiona, y pugnó por enderezar la lanzadera. Se dirigía a un pequeño lago a velocidad endiablada—. Vamos a chocar contra el agua. Lo siento.

—Lo has hecho muy bien —dije, y entonces el morro de la lanzadera golpeó la superficie del lago.

Sonidos aplastantes y de ruptura cuando el morro de la lanzadera se lanzó en picado, separando el compartimiento del piloto del resto del aparato. Un breve registro de mi escuadrón y el de Alan mientras su compartimiento sale volando: una foto fija de bocas abiertas, gritos silenciosos en medio de todo

el otro ruido, el rugido que sobrevuela el estrépito de la lanzadera que ya se hace pedazos mientras gira sobre el agua. Los tensos e imposibles giros mientras el morro desparrama metal e instrumentos. El agudo dolor de algo que golpea mi mandíbula y se la lleva. Borboteos mientras trato de gritar, gris SangreSabia escapa de la herida con fuerza centrífuga. Una mirada involuntaria hacia Fiona, cuya cabeza y brazo derecho están en algún lugar detrás de nosotros.

Un golpe metálico cuando mi asiento se suelta del resto del compartimiento y resbalo de espaldas hacia un macizo rocoso, mi silla me hace girar perezosamente en sentido contrario a las agujas del reloj mientras rebota, rebota, rebota hacia la piedra. Un rápido y mareante cambio de impulso cuando mi pierna derecha golpea el macizo seguido por un estallido amarillo blaucuzco de dolor absoluto cuando el fémur se rompe como un palillo. Mi pie derecho se propulsa directamente hacia donde solía estar mi mandíbula y me convierto quizás en la primera persona en la historia que se da una patada a sí misma en el paladar. Toco tierra en algún lugar donde las ramas aún están cayendo porque el compartimiento de pasajeros de la lanzadera acaba de aterrizar. Una de las ramas cae pesadamente sobre mi pecho y me rompe al menos tres costillas. Después de patearme a mí mismo el paladar, esto es extrañamente anodino.

Miro hacia arriba (no tengo más remedio) y veo a Alan sobre mí, colgando cabeza abajo, el extremo roto de una rama sujetando su torso tras habersele clavado en el lugar donde debería estar su hígado. La Sangre-Sabia gotea de su frente hasta mi cuello. Veo sus ojos agitarse, localizarme. Entonces recibo un mensaje en mi CerebroAmigo.

«Tienes un aspecto terrible», envía.

No puedo responder. Sólo puedo mirar.

«Espero poder ver las constelaciones allá donde voy», envía. Envía otra vez. Envía otra vez. Y ya no vuelve a enviar.

* * *

Parloteo. Unas ásperas manazas me agarran por el brazo. Gilipollas reconoce el parloteo y me envía una traducción.

—Este vive todavía.

—Déjalo. Morirá pronto. Y los verdes no son buenos para comer. Todavía no están maduros.

Un bufido, que Gilipollas traduce como [risas].

* * *

—Joder, ¿quieres ver esto? —dice alguien—. Este hijo de puta está vivo. Otra voz. Familiar.

—Déjame ver.

Silencio. Otra vez la voz familiar.

—Quítale ese tronco de encima. Nos lo llevamos.

—Cristo, jefa —dice la primera voz—. Míralo. Lo mejor sería meterle una puñetera bala en el cerebro. Sería un acto piadoso.

—Nos dijeron que recogiéramos a los supervivientes —dice la voz familiar—. Y éste ha sobrevivido. Es el único.

—Si consideras que esto es sobrevivir...

—¿Has acabado?

—Sí, señora.

—Bien. Ahora mueve la maldita rama. Los raey se nos van a echar encima de un momento a otro.

Abrirlos ojos es como intentar levantar puertas de metal. Lo que me permite hacerlo es el dolor insoportable que siento cuando me quitan la rama del torso. Mis ojos se abren y aspiro en el equivalente sin mandíbula de un grito.

—¡Cristo! —dice la primera voz, mientras aparta la enorme rama—. ¡Está consciente!

Una mano cálida acaricia lo que queda de mi cara.

—Eh —dice la voz familiar—. Eh. Ahora estás bien. Tranquilo. Ahora estás a salvo. Vamos a llevarte con nosotros. No hay problema. Estás bien.

Su rostro aparece ante mi campo de visión. La conozco. Estuve casado con ella.

Kathy ha venido a por mí.

Lloro. Sé que estoy muerto. No me importa. Empiezo a resbalar.

—¿Has visto a este tipo antes? —oigo preguntar al otro.

—No seas estúpido —oigo decir a Kathy—. Por supuesto que no. Me he ido.

A otro universo.

TERCERA PARTE

—Oh, estás despierto —me dijo alguien cuando abrí los ojos—. Escucha, no intentes hablar. Estás metido en una solución. Tienes un tubo respiratorio en el cuello. Y te falta la mandíbula.

Miré alrededor. Estaba flotando en un baño de líquido, denso, cálido y transparente; más allá podía ver objetos, pero no logré enfocar ninguno de ellos. Como me habían dicho, un tubo respiratorio salía de un panel situado a un lado de la bañera hacia mi cuello; traté de seguirlo hasta mi cuerpo, pero mi campo de visión quedaba bloqueado por un aparato que rodeaba la mitad inferior de mi cabeza. Traté de tocarlo, pero no pude mover los brazos. Eso me preocupó.

—No te preocupes por eso —dijo la voz—. Hemos desconectado tu capacidad de moverte. Cuando estés fuera del baño, volveremos a conectarte. Un par de días más. Sigues teniendo acceso a tu CerebroAmigo, por cierto. Si quieres comunicarte, úsalo. Así es como te estamos hablando ahora mismo.

«Dónde coño estoy —envié—. Y qué me ha pasado.»

—Estás en el Centro Médico de Brenneman, sobre Fénix —dijo la voz—. La mejor atención del universo. En cuidados intensivos. Soy el doctor Fiorina, y llevo cuidándote desde que llegaste. En cuanto a lo que te ha pasado, bueno, veamos. Primero, ahora estás en buena forma. Así que no te preocupes. Una vez dicho eso, perdiste la mandíbula, la lengua, la mayor parte de la mejilla derecha y la oreja. Tu pierna derecha se desgajó a la altura del fémur; la izquierda sufrió múltiples fracturas y tu pie izquierdo perdió tres dedos y el talón..., creemos que fueron devorados. La buena noticia es que tu espina dorsal se rompió por debajo de la caja torácica, así que probablemente no sentiste mucho. Hablando de costillas, se te rompieron seis, una de las cuales perforó tu vejiga, y sufriste una hemorragia interna general. Por no mencionar un puñado de infecciones generales y específicas por haber tenido las heridas abiertas durante días.

«Creí que estaba muerto —envié—. O muriéndome, al menos...»

—Como ya no corres riesgo de morirme, creo que podemos decirte que según todos los datos, *deberías* estar muerto —dijo el doctor Fiorina—. Si fueras un humano sin modificar, lo estarías. Da las gracias a tu SangreSabia por mantenerte vivo: se coaguló antes de que pudieras desangrarte y mantuvo tus infecciones a raya. Estuviste a esto, eso sí. Si no te hubieran encontrado, probablemente habrías muerto al poco rato. Cuando te llevaron a la *Gavilán* te metieron en un tubo de urgencias para traerte aquí. No pudieron hacer mucho por ti en la nave. Necesitabas cuidados especializados.

«Vi a mi esposa —envié—. Fue ella la que me rescató...»

—¿Tu esposa es soldado?

«Lleva años muerta...»

—Oh —dijo el doctor Fiorina—. Bueno, estabas muy mal. Las alucinaciones no son extrañas en ese estado. El túnel brillante, los parientes muertos y todo lo demás. Escucha, cabo, tu cuerpo aún necesita un montón de trabajo, y es más fácil hacerlo si estás dormido. No tienes que hacer más que flotar. Voy a volver a ponerte en modulo sueño durante un rato. La próxima vez que despiertes, estarás fuera del baño, y habrás recuperado suficiente mandíbula como para mantener una conversación real. ¿De acuerdo?

«¿Qué le pasó a mi escuadrón? —envié—. Nos estrellamos...»

—Ahora duerme —dijo el doctor—. Podremos seguir hablando cuando salgas del baño.

Empecé a elaborar una respuesta verdaderamente irritada pero me asaltó una oleada de fatiga. Perdí el conocimiento antes de poder pensar lo rápidamente que lo estaba perdiendo.

* * *

—Eh, mirad quién ha vuelto —dijo una voz nueva—. El hombre demasiado idiota para morir.

Esta vez no estaba flotando en una tina de moco. Miré y distinguí de dónde venía la voz.

—Harry —articulé lo mejor que pude a través de una mandíbula inmóvil.

—El mismo —contestó él, haciendo una leve reverencia.

—Lamento no poder levantarme —murmuré—. Estoy un poco jodido.

—«Un poco jodido», dice —se burló Harry, poniendo los ojos en blanco—. Cristo en patinete. En tu cuerpo faltaban más cosas que las que había, John. Lo sé. Los vi sacar lo que quedaba de ti de Coral. Cuando me dijeron que todavía estabas vivo, se me cayó la mandíbula al suelo.

—Muy gracioso.

—Lo siento —se disculpó Harry—. No lo he dicho con doble intención. Pero la verdad estabas casi irreconocible, John. Hecho una mierda. No te lo tomes a mal, pero recé para que te murieras. No podía imaginar que pudieran recomponerte así.

—Me alegro de haberte decepcionado.

—Me alegro de haberme decepcionado —dijo él, y entonces alguien más entró en la habitación.

—Jesse —saludé.

Ella rodeó la cama y me dio un beso en la mejilla.

—Bienvenido a la tierra de los vivos, John —dijo, y dio un paso atrás—. Míranos, otra vez juntos. Los tres mosqueteros.

—Dos mosqueteros y medio, por lo menos —puntalicé yo.

—No seas morbosos. El doctor Fiorina dice que vas a recuperarte del todo. Tu mandíbula debería estar completamente bien mañana, y la pierna dentro de un par de días más. Estarás por ahí dando saltos en un santiamén.

Extendí la mano y me palpé la pierna derecha. Todavía estaba allí, o al menos lo que quedaba de ella. Retiré las sábanas para echar un vistazo y sí, allí estaba: mi pierna. Más o menos. Justo por debajo de la rodilla, había un bulto verde. Por encima del bulto, mi pierna parecía mi pierna; por debajo, parecía una prótesis.

Sabía lo que estaba pasando. Un miembro de mi escuadrón había perdido la pierna en una batalla y la habían recreado de la misma forma. Adjuntaban un miembro falso rico en nutrientes en el punto de amputación, y luego inyectaban un chorro de nano-robots en la zona de mezcla. Usando tu propio ADN como guía, los nano-robots convertían los nutrientes y materias primas del miembro falso en carne y hueso, conectándose con músculos, nervios, y venas ya existentes. El anillo de nano-robots se movía lentamente por el falso miembro hasta convertirlo en hueso y tejido muscular; cuando terminaban, migraban a través de la corriente sanguínea a los intestinos y los expulsabas.

No muy delicado, pero era una buena solución: no había ninguna intervención quirúrgica, ni había que esperar a crear partes clonadas, ni molestas partes artificiales pegadas a tu cuerpo. Y sólo hacían falta un par de semanas, dependiendo del tamaño de la amputación, para recuperar el miembro. Así era como me habían devuelto la mandíbula y, presumiblemente, el talón y los dedos del pie izquierdo, que ahora estaban allí sanos y salvos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté.

—En esta habitación, un día —contestó Jesse—. Y en la tina una semana.

—Tardamos cuatro días en llegar aquí, y durante ese tiempo estuviste en un tubo, ¿lo sabías? —preguntó Harry. Yo asentí—. Y pasaron un par de días hasta que te encontraron en Coral. Así que has estado fuera de combate más o menos dos semanas.

Los miré a ambos.

—Me alegro de verlos —dije—. No me interpretéis mal. Pero ¿por qué estáis aquí? ¿Por qué no estáis en la *Hampton Roads*?

—La *Hampton Roads* fue destruida, John —respondió Jesse—. Nos alcanzaron justo cuando salíamos del salto. Nuestra lanzadera a duras penas logró salir de la bodega y dañó sus motores al hacerlo. Fuimos los únicos.

Pasamos a la deriva casi un día y medio antes de que la *Gavilán* nos encontrara. Estuvimos a punto de morir de asfixia.

Recordé haber visto una nave raey disparar contra un crucero cuando éste aparecía; me pregunté si habría sido la *Hampton Roads*.

—¿Qué pasó con la *Modesto*? —pregunté—. ¿Lo sabéis? Jesse y Harry se miraron uno al otro.

—La *Modesto* cayó también —contestó Harry por fin—. John, murieron todos.

Fue una masacre.

—No pueden haber muerto todos. Has dicho que a vosotros os recogió la *Gavilán*. Y también vinieron a por mí.

—La *Gavilán* llegó más tarde, después de la primera oleada —dijo Harry—. Saltó lejos del planeta. Fuera lo que fuese que usaron los raey para detectar nuestras naves, no lo hicieron con ella, aunque reaccionaron después de que la *Gavilán* se estacionara sobre el lugar donde caíste. Estuvo cerca.

—¿Cuántos supervivientes? —pregunté.

—Tú fuiste el único de la *Modesto* —dijo Jesse.

—Otras lanzaderas escaparon.

—Todas fueron abatidas. Los raey dispararon contra todo lo que era más grande que una caja de zapatos. El único motivo por el que nuestra lanzadera sobrevivió fue porque nuestros motores ya estaban muertos. Probablemente no quisieron malgastar el misil.

—¿Cuántos supervivientes en total? —pregunté—. No puedo ser sólo yo y vuestra lanzadera.

Jesse y Harry guardaron silencio.

—No es posible —dije.

—Fue una emboscada, John —contestó Harry—. Cada nave que aparecía era alcanzada en cuanto llegaba al espacio de Coral. No sabemos cómo lo hicieron, pero lo hicieron, y siguieron cargándose cada lanzadera que pudieron encontrar. Por eso la *Gavilán* nos puso a todos en peligro para encontrarte: porque aparte de nosotros, tú eres el *único* superviviente. Tu lanzadera es la única que logró llegar al planeta. Te encontraron siguiendo la señal de baliza. Vuestra piloto la conectó antes de estrellarse.

Recordé a Fiona. Y a Alan.

—¿Cuántos hemos perdido? —pregunté.

—Sesenta y dos cruceros de batalla con sus tripulaciones completas —respondió Jesse—. Noventa y cinco mil personas. Más o menos.

—Tengo ganas de vomitar —dije.

—Lo que se llama una buena metedura de pata a la antigua usanza —prosiguió Harry—. De eso no cabe ninguna duda. Por eso seguimos aquí. No tenemos otro sitio adonde ir.

—Bueno, eso y porque siguen interrogándonos —añadió Jesse—. Como si supiéramos algo. Ya estábamos dentro de nuestra lanzadera cuando nos alcanzaron.

—Se morían de ganas de que te recuperaras lo suficiente como para hablar —me dijo Harry—. Sospecho que muy pronto recibirás una visita de los investigadores de las FDC.

—¿Cómo son? —pregunté.

—No tienen sentido del humor —respondió Harry.

* * *

—Nos perdonará si no estamos de humor para chistes, cabo Perry —dijo el teniente coronel Newman—. Cuando se pierden sesenta naves y cien mil hombres, no te quedan muchas ganas de reír.

Lo único que yo había hecho había sido responder «hecho trizas» cuando Newman me preguntó cómo me encontraba. Pensaba que un reconocimiento levemente irónico de mi estado físico no estaba del todo fuera de lugar.

Supongo que me equivoqué.

—Lo siento —dije—. Aunque no estaba bromeando. Como puede que sepa, dejé una porción bastante significativa de mi cuerpo en Coral.

—Por cierto, ¿cómo llegó a Coral? —preguntó el mayor Javna, mi otro interrogador.

—Recuerdo haber subido a una lanzadera —contesté—, aunque la última parte la hice yo solo.

Javna miró a Newman, como diciendo: «Otra vez con los chistes.»

—Cabo, en su informe sobre el incidente, menciona que le dio a la piloto de su lanzadera permiso para volar las puertas de la bodega de la *Modesto*.

—Así es —dije. Había rellenado el informe la noche anterior, poco después de la visita de Harry y Jesse.

—¿Bajo la autoridad de quién dio usted esa orden?

—De la mía propia —respondí—. La *Modesto* estaba siendo atacada con misiles. Calculé que un poco de iniciativa individual en ese momento no sería mala cosa.

—¿Es consciente de cuántas lanzaderas despegaron de toda la flota en Coral?

—No —dije—. Aunque parece que fueron muy pocas.

—Menos de cien, incluidas las siete de la *Modesto* —me informó Newman.

—¿Y sabe cuántas consiguieron llegar a la superficie de Coral? —inquirió Javna.

—Tengo entendido que sólo la mía llegó tan lejos.

—Así es —dijo Javna.

—¿Y?

—Pues que parece que fue muy afortunado por su parte ordenar que volaran las puertas justo a tiempo de sacar su lanzadera para llegar vivo a la superficie —respondió Newman.

Miré a Newman sin pestañear.

—¿*Sospecha* usted algo de mí, señor? —pregunté.

—Tiene que admitir que es una interesante serie de coincidencias —intervino Javna.

—Y una mierda —contesté—. Di la orden *después* de que la *Modesto* fuera alcanzada. Mi piloto tuvo la habilidad y la entereza como para llevarnos a Coral y acercarnos lo suficiente a tierra; sólo por eso pude sobrevivir. Y, si lo recuerda, lo hice por los pelos: la mayor parte de mi cuerpo quedó desparrramado por una zona del tamaño de Rhode Island. Lo único *afortunado* fue que me encontraran antes de morir. Todo lo demás fue habilidad o inteligencia, o bien mía o bien de mi piloto. Discúlpeme si nos entrenaron bien, *señor*.

Javna y Newman se miraron el uno al otro.

—Sólo seguimos la línea de interrogatorio habitual —explicó Newman mansamente.

—Cristo. Piénselo. Si realmente hubiera planeado traicionar a las FDC, lo habría hecho de un modo que no implicara tener que arrancarme la jodida mandíbula. —Supuse que en mi estado podía gritarle a un oficial superior sin consecuencias.

Tenía razón.

—Continuemos —dijo Newman.

—Adelante.

—Mencionó que vio un crucero de batalla raey disparar contra un crucero de las FDC cuando éste saltaba al espacio de Coral.

—Correcto.

—Es interesante que consiguiera verlo —dijo Javna. Suspiré.

—¿Va a ser así todo el interrogatorio? —dije—. Avanzaremos mucho más rápido si no intenta que en cada pregunta admita que soy un espía.

—Cabo, el ataque con los misiles —dijo Newman—. ¿Recuerda si los misiles fueron lanzados antes o después de que la nave de las FDC saltara al espacio de Coral?

—Creo que fueron lanzados antes —contesté—. Al menos eso me pareció. Sabían dónde y cuándo iba a aparecer esa nave.

—¿Cómo cree que *eso* sea posible? —preguntó Javna.

—No lo sé. Ni siquiera sabía cómo funciona la impulsión de salto un día antes del ataque. Sabiendo lo que sé, no me parece posible que se pueda conocer de antemano que una nave viene de camino.

—¿Qué quiere decir con eso de «sabiendo lo que sé»? —inquirió Newman.

—Alan, otro jefe de escuadrón —no quise decir que era un amigo, porque sospechaba que pensarían que era sospechoso—, dijo que la impulsión de salto funciona transfiriendo una nave a otro universo igual que el que dejamos atrás, y que tanto su aparición como su desaparición son fenómenos improbables. Si ése es el caso, no creo que se pueda saber cuándo y dónde va a aparecer una nave. Tan sólo lo hacen.

—Entonces ¿qué cree que sucedió en esta ocasión? —preguntó Javna.

—¿A qué se refiere?

—Como ha dicho, no debería haber ningún modo de saber que una nave está saltando —explicó Javna—. El único modo en que podemos explicar esta emboscada, es que alguien les diera el soplo a los raey.

—Volviendo a eso —dije—. Mire, aun suponiendo la existencia de un traidor, ¿cómo lo hizo? Aunque de algún modo consiguiera comunicar a los raey que una flota iba de camino, es imposible que pudiera haber sabido dónde iba a aparecer cada nave en el espacio de Coral: recuerde que los raey nos estaban esperando. Nos alcanzaron mientras saltábamos al espacio de Coral.

—Entonces, una vez más —insistió Javna—. ¿Qué cree que sucedió en esta ocasión?

Me encogí de hombros.

—Tal vez saltar no sea tan improbable como creíamos que era —dije.

* * *

—No te preocupes demasiado por el interrogatorio —me aconsejó Harry, ofreciéndome un vaso de zumo de fruta que había cogido para mí en la cantina del centro médico—. A nosotros nos dieron el mismo tratamiento de «es sospechoso que sobrevivieras».

—¿Cómo reaccionaste?

—Demonios, tuve que darles la razón —dijo Harry—. Es jodidamente sospechoso. Lo curioso es que no creo que tampoco les hiciera gracia esa respuesta. Pero en el fondo no se les puede reprochar. Las colonias se sienten como si acabaran de quitarles el suelo de debajo de los pies. Si no averiguamos qué pasó en Coral, tendremos problemas.

—Bueno, ahí va una pregunta interesante —anuncié—. ¿Qué crees que sucedió?

—No lo sé. Tal vez saltar no sea tan improbable como pensábamos. —Bebió su propio zumo.

—Qué curioso, es lo mismo que dije yo.

—Sí, pero yo lo decía con conocimiento de causa —replicó Harry—. No tengo el nivel de física teórica de Alan, que Dios lo tenga en su gloria, pero todo el modelo teórico sobre el que basamos nuestra comprensión del salto tiene que estar equivocado de alguna manera. Obviamente, los rayos tienen un modo para predecir, con un alto grado de precisión, dónde van a aparecer nuestras naves. ¿Cómo lo hacen?

—No creo que se pueda —dije yo.

—Exactamente. Pero lo hacen. Así que resulta obvio que nuestro modelo de cómo funciona el salto está equivocado. La teoría sale volando por la ventana cuando la observación demuestra lo contrario. La cuestión ahora es qué está pasando realmente.

—¿Alguna idea?

—Un par, aunque en realidad no es mi campo —dijo Harry—. No tengo el nivel de matemáticas suficiente para comprenderlo.

Me eché a reír.

—¿Sabes?, Alan me dijo algo muy parecido no hace mucho. Harry sonrió, y alzó su vaso.

—Por Alan —brindó.

—Por Alan —repetí yo—. Y por todos nuestros amigos ausentes.

—Amén —dijo Harry, y bebimos.

—Harry, dijiste que estabas presente cuando me subieron a bordo de la *Gavilán*.

—Así es. Estabas hecho un asco. Y no es por ofender.

—No te apures —lo tranquilicé—. ¿Recuerdas algo del escuadrón que me trajo?

—Un poco. Pero no demasiado. Nos mantuvieron aislados del resto de la nave durante la mayor parte del viaje. Te vi en la enfermería cuando te llevaron allí. Nos estaban reconociendo.

—¿Había una mujer en mi partida de rescate?

—Sí —respondió Harry—. Alta. Pelo castaño. Es todo lo que recuerdo ahora mismo. Para ser sinceros, te estaba prestando más atención a ti que a quien te trajo. A ti te conocía. A ellos no. ¿Por qué?

—Harry, una de las personas que me rescató era mi esposa. Estaría dispuesto a jurarlo.

—Creía que tu esposa estaba muerta.

—Mi esposa *está* muerta —confirmé—. Pero era ella. No era Kathy tal como era cuando estábamos casados, era una soldado de las FDC, con piel verde y todo eso.

Harry pareció dubitativo.

—Probablemente estabas alucinando, John.

—Sí, pero si estaba alucinando, ¿por qué alucinaba con Kathy como soldado de las FDC? ¿Por qué no recordarla tal como era?

—No sé —contestó Harry—. Las alucinaciones, por definición, no son reales. No es que sigan unas reglas. No hay ningún motivo para que no puedas haber alucinado con tu esposa muerta siendo FDC.

—Harry, sé que parece una locura, pero *vi a mi esposa*. Puede que estuviera hecho trizas, pero mi cerebro funcionaba bien. Sé lo que vi.

Harry permaneció allí sentado en silencio unos instantes.

—Mi escuadrón pasó unos cuantos días en la *Gavilán*, ya sabes. Nos metieron en una sala de reconocimiento sin ningún otro sitio al que ir y nada que hacer: ni siquiera nos permitieron acceder a los servidores de entretenimiento de la nave. Hasta nos tenían que escoltar al cuarto de baño. Así que Jesse y yo hablamos de la tripulación de la nave, y sobre los soldados de las fuerzas especiales. Y ahora viene lo interesante: ninguno de nosotros conocía a nadie que hubiera ingresado en las fuerzas especiales desde la tropa. En sí mismo, eso no significa nada. La mayoría de nosotros todavía estamos en el primer par de años de servicio. Pero es interesante.

—Tal vez haya que estar en el servicio mucho tiempo —sugerí.

—Tal vez —contestó Harry—. Pero tal vez sea otra cosa. Los llaman las «Brigadas Fantasma» después de todo. —Dio otro sorbo a su zumo y lo dejó junto a mi mesilla de noche—. Creo que voy a investigar un poco. Si no regreso, venga mi muerte.

—Haré lo que pueda, dadas las circunstancias.

—Gracias —dijo Harry, sonriendo—. Y mira a ver qué puedes averiguar tú también. Te quedan por delante al menos otras dos sesiones de interrogatorio.

Trata de interrogarlos tú también.

* * *

—¿Qué pasa con la *Gavilán*? —preguntó el mayor Javna en nuestra siguiente sesión de interrogatorio.

—Me gustaría enviarles un mensaje —dije—. Quiero darles las gracias por haberme salvado la vida.

—No es necesario —concluyó el teniente coronel Newman.

—Lo sé, pero es un detalle de educación. Cuando alguien impide que unos bichos del bosque te devoren los dedos de los pies, lo menos que puedes hacer es enviarles una nota. De hecho, me gustaría enviarles la nota directamente a los tipos que me encontraron. ¿Cómo lo hago?

—No puede —dijo Javna.

—¿Por qué no? —pregunté, inocentemente.

—La *Gavilán* es una nave de las fuerzas especiales —explicó Newman—. Van por libre. Las comunicaciones entre las naves de las fuerzas especiales y el resto de la flota son limitadas.

—Bueno, eso no parece muy justo —dije—. Llevo en el servicio más de un año, y nunca he tenido problemas para hacer llegar mi correo a mis amigos en otras naves. Cabría pensar que incluso los soldados de las fuerzas especiales querrían saber de sus amigos en el universo exterior.

Newman y Javna se miraron entre sí.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Newman.

—Lo único que quiero es enviar una nota —insistí yo.

—Lo pensaremos —respondió Javna, con un tono que decía «Ni hablar». Suspiré y entonces les expliqué, por enésima vez, por qué di permiso para volar las puertas de la bodega de la *Modesto*.

* * *

—¿Qué tal la mandíbula? —preguntó el doctor Fiorina.

—Plenamente funcional y dispuesta a masticar algo —respondí—. No es que no me guste la sopa con pajita, pero después de un tiempo se vuelve monótono.

—Te comprendo —dijo Fiorina—. Ahora veamos esa pierna.

Retiré las sábanas y le dejé echar un vistazo; el anillo llegaba ahora hasta media pantorrilla.

—Excelente —dijo él—. Quiero que empieces a caminar con eso. La porción no procesada soportará tu peso, y será bueno darle a la pierna un poco de ejercicio. Te prestaré un bastón para que lo uses durante un par de días. Veo que han venido a visitarte unos amigos. ¿Por qué no les pides que te lleven a almorzar o algo?

—No tiene que decírmelo dos veces —respondí yo y flexioné un poco la pierna—. Como nueva.

—Mejor aún —dijo Fiorina—. Hemos hecho unas cuantas mejoras en la estructura corporal de los soldados de las FDC desde que te alistaste. Han sido incorporadas a la pierna; el resto de tu cuerpo sentirá también los beneficios.

—Me pregunto por qué las FDC no llegan hasta el final —dije—. Y sustituyen el cuerpo con algo diseñado totalmente para la guerra.

Fiorina alzó la cabeza de su libreta de datos.

—Tienes piel verde, ojos de gato y un ordenador en el cráneo —dijo—. ¿Quieres ser menos humano todavía?

—Buen argumento.

—Desde luego —convino Fiorina—. Le pediré a un ordenanza que traiga un bastón. —Pulsó su libreta para enviar la orden.

—Eh, doctor —pregunté—. ¿Ha tratado a alguien más que viniera en la *Gavilán*?

—No. La verdad, cabo, es que lo tuyo ya ha sido un desafío suficiente.

—¿Nadie de la tripulación de la *Gavilán*?

Fiorina sonrió.

—Oh, no. Ellos son de las fuerzas especiales.

—¿Y?

—Digamos que tienen necesidades especiales —respondió Fiorina, y entonces llegó el ordenanza con mi bastón.

* * *

—¿Sabes qué se puede averiguar sobre las Brigadas Fantasma? Oficialmente, me refiero —dijo Harry.

—Supongo que no mucho —contesté.

—No mucho es una exageración —dijo Harry—, No se puede averiguar nada de nada.

Harry, Jesse y yo estábamos almorzando en una de las cantinas de la estación de Fénix. Para mi primera salida, sugerí que fuéramos lo más lejos posible de las instalaciones médicas. Aquella cantina en concreto estaba al otro lado de la base. La vista no era nada especial (daba a un pequeño astillero), pero era conocida por sus hamburguesas, y la reputación era justificada: el cocinero, en su vida anterior, había fundado una cadena de restaurantes especializados en hamburguesas. Para ser literalmente un agujero en la pared, estaba siempre lleno. Pero mi hamburguesa y la de Harry se enfriaban mientras hablábamos de las Brigadas Fantasma.

—Le pedí a Javna y Newman poder mandar una nota a la *Gavilán* y me dieron largas.

—No me sorprende —dijo Harry—. Oficialmente, la *Gavilán* existe, pero es todo lo que se puede averiguar. No hay datos sobre su tripulación, su tamaño, su armamento o su situación. Esa información no existe. Haz una investigación sobre fuerzas especiales o Brigadas Fantasma en la base de datos de las FDC y tampoco encontrarás nada.

—Así que no tenéis nada —resumió Jesse.

—Oh, yo no diría eso —contestó Harry, y sonrió—. No se puede encontrar nada oficialmente, pero extraoficialmente hay un montón de cosas.

—¿Y cómo te las apañas para conseguir información extraoficialmente? —preguntó Jesse.

—Bueno, ya sabes. Mi chispeante personalidad hace maravillas.

—Por favor —dijo Jesse—. Estoy comiendo. Que es más de lo que podéis decir vosotros dos.

—Entonces ¿qué averiguaste? —pregunté, y le di un bocado a mi hamburguesa. Estaba fabulosa.

—Ten en cuenta que todo son rumores e insinuaciones —me advirtió Harry.

—Lo cual significa que, probablemente, será más acertado que lo que podríamos conseguir oficialmente.

—Es posible —concedió Harry—. La gran noticia es que existe un motivo por el que se llaman Brigadas Fantasma. No es una designación oficial, ¿sabes? Es un apodo. El rumor, que he oído en más de un sitio, es que los miembros de las fuerzas especiales son muertos.

—¿Disculpa? —pregunté sorprendido. Jesse dejó de comer su hamburguesa.

—No muertos de verdad, per se —dijo Harry—. No son zombies. Pero hay mucha gente que firma para alistarse en las FDC que mueren antes de cumplir los setenta y cinco años. Cuando eso sucede, al parecer las FDC no se deshacen de tu ADN, sino que lo usan para crear miembros de las fuerzas especiales.

Algo me vino a la memoria.

—Jesse, ¿te acuerdas de cuando murió Leon Deak? ¿Lo que dijo el enfermero? «Un voluntario de última hora para las Brigadas Fantasma.» Creí que era una especie de chiste sin gracia.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Jesse—. No es ético.

—¿No? —ironizó Harry—. Cuando haces tu petición para enrolarte, le das a las FDC derecho a usar los procedimientos necesarios para ampliar tu capacidad de combate, y no puedes combatir bien si estás muerto. Está en el contrato. Si no es ético, al menos es legal.

—Sí, pero hay una diferencia entre usar mi ADN para crear un cuerpo nuevo que yo use, y usar el cuerpo nuevo sin que yo esté dentro —dijo Jesse.

—Detalles, detalles.

—No me gusta la idea de que mi cuerpo vaya por ahí por su cuenta —insistió ella—. Creo que no está bien que las FDC hagan eso.

—Bueno, no es eso lo que hacen —dijo Harry—. Sabes que todos estos cuerpos nuevos están profundamente modificados a nivel genético. Bueno, pues al parecer los cuerpos de las fuerzas especiales están aún más modificados que los nuestros. Los soldados de las fuerzas especiales son conejillos de Indias para nuevas mejoras y capacidades antes de que sean in-

troducidas para la población general. Y hay rumores de que algunas de esas modificaciones son verdaderamente radicales... Cuerpos modificados hasta el punto de que ya no parecen humanos.

—Mi médico dijo algo de que las fuerzas especiales tenían necesidades especiales —dije yo—. Pero incluso concediendo que tuviera alucinaciones, la gente que me rescató parecía bastante humana.

—Y nosotros no vimos ningún mutante ni ninguna rareza en la *Gavilán* —convino Jesse.

—Tampoco pudimos hacer un recorrido completo por la nave —recalcó Harry—. Nos dejaron en una parte y nos aislaron de todo lo demás. Vimos la enfermería y la zona de recuperación, y eso fue todo.

—La gente ve a las fuerzas especiales entrar en combate y andar por ahí continuamente —dijo Jesse.

—Pues claro que sí —respondió Harry—. Pero eso no quiere decir que los vean a *todos*.

—Tu paranoia está en marcha otra vez, cariño —advirtió Jesse, y le dio a Harry una patata frita.

—Gracias, preciosa —dijo él, aceptándola—. Pero incluso descartando el rumor sobre fuerzas especiales supermodificadas, sigue habiendo cosas de sobra que justifican que John viera a su esposa. Aunque en realidad no es Kathy. Sólo alguien que usa su cuerpo.

—¿Quién? —pregunté.

—Bueno, ésa es la cuestión, ¿no? Tu esposa está muerta, así que no pudieron poner su personalidad en el cuerpo. O bien tienen una especie de personalidad preformateada que meten en los soldados de las fuerzas especiales...

—...o algún otro pasó de un cuerpo viejo a un cuerpo nuevo —acabé yo.

Jesse se estremeció.

—Lo siento, John. Pero da escalofríos.

—¿John? ¿Estás bien? —se preocupó Harry.

—¿Qué? Sí, estoy bien —contesté—. Es que son demasiadas cosas con las que tratar al mismo tiempo. La idea de que mi esposa pudiera estar viva... pero no realmente, y que alguien que no es ella va ya por ahí metida en su piel. Creo que casi prefería haber tenido una alucinación.

Miré a Harry y Jesse. Ambos se habían quedado paralizados.

—¿Chicos? —dije.

—Hablando del rey de Roma —soltó Harry.

—¿Qué?

—John —me advirtió Jesse—, está en la cola de las hamburguesas.

Me di media vuelta, derribando mi plato al hacerlo. Entonces sentí como si me lanzaran directamente a una tina de hielo.

—Santo cielo —exclamé.

Era ella. No había ninguna duda.

Empecé a levantarme. Harry me agarró la mano.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A hablar con ella.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—¿Qué estás diciendo? Pues claro que estoy seguro.

—A lo que me refiero es a que tal vez quieras que Jesse o yo hablemos con ella primero —propuso Harry—. Para ver si quiere conocerte.

—Jesús, Harry. No estamos en el puñetero sexto curso. Es mi esposa.

—No, John, no lo es —dijo Harry—. Es alguien completamente diferente. No sabes siquiera si querrá hablar contigo.

—John, y aunque lo haga, seréis dos desconocidos totales —intervino Jesse—. Sea lo que sea que esperes de este encuentro, no vas a conseguirlo.

—No espero nada —les aseguré.

—No queremos que salgas herido —dijo Jesse.

—Estaré bien —contesté, mirándolos a ambos—. Por favor, Harry, suéltame. Estaré bien.

Harry y Jesse se miraron el uno al otro. Harry me soltó la mano.

—Gracias —dije.

—¿Qué vas a decirle? —quiso saber Harry.

—Voy a darle las gracias por haberme salvado la vida —le expliqué, y me levante.

A estas alturas, ella y sus dos compañeros habían recibido su pedido y se habían dirigido a una mesita del fondo de la cantina. Me dirigí hacia allí. Los tres charlaban, pero se detuvieron cuando llegué a su lado. Ella estaba de espaldas a mí, pero se volvió cuando sus acompañantes me miraron. Me detuve y la miré a la cara.

Era diferente, por supuesto. Además de la piel y los ojos, era mucho más joven que Kathy: una cara como la de Kathy medio siglo antes. Incluso así, había diferencias: más delgada que la de Kathy, siguiendo la predisposición hacia la forma física instalada genéticamente por las FDC. El pelo de Kathy siempre había sido una melena casi descontrolada, incluso mientras se hacía mayor y casi todas las demás mujeres pasaban a peinados más acordes con su edad; la mujer que ahora yo tenía delante llevaba el pelo corto, a la altura del cuello.

Fue eso lo que me resultó más chocante. Había pasado tanto tiempo sin ver a una persona que no tuviera la piel verde que el color ya no me llamaba la atención. Pero el pelo no era como yo lo recordaba.

—No está bien mirar de esa forma —dijo la mujer, con la voz de Kathy—. Y antes de que lo preguntes, no eres mi tipo.

«Sí lo soy», dijo una parte de mi cerebro.

—Lo siento, no pretendía molestar —dije—. Es que me preguntaba si me reconocerías.

Ella me miró de arriba abajo.

—La verdad es que no —contestó—. Y, créeme, no estuvimos juntos en entrenamiento básico.

—Me rescataste —expliqué—. En Coral.

Ella dio un pequeño respingo.

—¡No jodas! —exclamó—. No me extraña no haberte reconocido. La última vez que te vi, te faltaba la mitad inferior de la cabeza. No te ofendas. Ni te ofendas tampoco por esto, pero me sorprende que sigas vivo. No habría apostado por ti.

—Tenía algo por lo que vivir —dije.

—Eso parece.

—Soy John Perry —dije, y extendí la mano—. Me temo que no sé tu nombre.

—Jane Sagan —contestó ella, aceptándola. La sostuve un poco más de lo necesario. Cuando la solté, ella tenía una expresión levemente sorprendida.

—Cabo Perry —empezó a decir uno de sus acompañantes: había aprovechado la oportunidad para acceder con su CerebroAmigo a información sobre mí—, tenemos un poco de prisa para comer: nos esperan de vuelta en nuestra nave dentro de media hora, así que si no te importa...

—¿No me conoces de otro sitio? —le pregunté a Jane, interrumpiéndolo.

—No —respondió ella, ligeramente fría ahora—. Gracias por acercarte, pero me gustaría comer.

—Déjame que te envíe algo —dije—. Una foto. A tu CerebroAmigo.

—No es necesario.

—Sólo una foto. Luego me marcharé. Por favor.

—Está bien —dijo ella—. Date prisa.

Entre las pocas posesiones que había llevado conmigo cuando dejé la Tierra había un álbum de fotos digitales de la familia, los amigos y los lugares que amaba. Cuando mi CerebroAmigo se activó, descargué las fotos en su memoria, un movimiento inteligente en retrospectiva, puesto que el álbum y todas mis otras posesiones terrenales menos una cayeron con la *Modesto*.

Accedí a una foto concreta del álbum y se la envié. Vi cómo accedía a su CerebroAmigo, y luego se volvía para mirarme.

—¿Me reconoces ahora? —pregunté.

Se movió rápido, más rápido incluso que los FDC normales, me agarró, y me hizo chocar contra una mampara cercana. Estuve bastante seguro de que noté cómo una de mis costillas recién reparadas se rompía. Desde el otro lado de la cantina, Harry y Jesse se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia nosotros; los acompañantes de Jane se movieron para interceptarlos. Yo traté de respirar.

—¿Quién coño eres —me susurró Jane—, y qué estás buscando?

—Soy John Perry —gemí—. No estoy buscando.

—No te creo. ¿De dónde has sacado esa foto? —dijo, acercándose y en voz baja—. ¿Quién la hizo para ti?

—Nadie —contesté con voz igualmente baja—. Conseguí esa foto en mi boda. Es... mi foto de bodas. —Casi estuve a punto de decir *nuestra foto de bodas*, pero me corregí justo a tiempo—. La mujer de la foto es mi esposa, Kathy. Murió antes de poder alistarse. Cogieron su ADN y lo utilizaron para crearte. Parte de ella está en ti. Parte de ti está en esa foto. Parte de lo que eres me dio esto. —Alcé la mano izquierda y le mostré mi alianza, la única posesión terrestre que me quedaba.

Jane rugió, me alzó y me arrojó con fuerza al otro lado de la sala. Resbalé sobre un par de mesas, derribando hamburguesas, bolsitas de condimentos y servilleteros antes de detenerme en el suelo. Por el camino, me di con una esquina de metal en la cabeza; de mi sien manó algo brevemente. Harry y Jesse se libraron de su cautelosa danza con los compañeros de Jane y corrieron hacia mí. Jane intentó acercarse, pero sus compañeros la detuvieron a medio camino.

—Escúchame, Perry —dijo—. A partir de ahora mantente alejado de mí. La próxima vez que te vea vas a desear que te hubiera dado por muerto.

Se marchó. Uno de sus compañeros la siguió; el otro, el que me había hablado antes, se nos acercó. Jesse y Harry se incorporaron para enfrentarse a él, pero extendió las manos en son de paz.

—Perry —dijo—, ¿de qué demonios iba eso? ¿Qué le has enviado?

—Pregúntaselo tú mismo, amigo —respondí.

—*Teniente* Tagore para ti, cabo. —Tagore miró a Harry y Jesse—. Os conozco. Estabais en la *Hampton Roads*.

—Sí, señor —dijo Harry.

—Escuchadme, todos vosotros. No sé qué demonios ha pasado, pero quiero dejar una cosa muy clara. Sea lo que sea, no tiene nada que ver con nosotros. Contad la historia que queráis, pero si las palabras «fuerzas especiales» aparecen por alguna parte, voy a ocuparme personalmente de que el

resto de vuestra carrera militar sea breve y dolorosa. No bromeo. Os joderé a fondo. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijo Jesse. Harry asintió. Yo gemí.

—Que le echen un vistazo a vuestro amigo —le aconsejó Tagore a Jesse—. Parece que acaban de darle una buena. —Se marchó.

—Cristo, John —se lamentó Jesse, tras coger una servilleta y limpiar la herida de mi frente—. ¿Qué has hecho?

—Le envié una foto de boda.

—Qué sutil —dijo Harry, y miró alrededor—. ¿Dónde está tu bastón?

—Creo que junto a la pared donde me estampó —respondí. Harry se levantó para cogerlo.

—¿Estás bien? —me preguntó Jesse.

—Creo que me he roto una costilla.

—No me refiero a eso.

—Sé a qué te refieres. Y en ese aspecto, creo que también algo más se ha roto.

Jesse me acarició la cara. Harry volvió con mi bastón. Cojeamos de vuelta al hospital. El doctor Fiorina se sintió enormemente descontento conmigo.

* * *

Alguien me sacudió para despertarme. Cuando vi quién era, traté de hablar. Ella me cubrió la boca con una mano.

—Silencio —dijo Jane—. Se supone que no estoy aquí. Asentí. Ella retiró la mano.

—Habla en voz baja.

—Podríamos usar los CerebroAmigos —dije.

—No. Quiero oír tu voz. Pero baja.

—De acuerdo.

—Lamento lo de hoy —dijo ella—. Fue tan inesperado. No sé cómo reaccionar ante algo así.

—No importa. No debería haberte abordado de esa forma.

—¿Estás herido?

—Me rompiste una costilla.

—Lo siento.

—Ya está curada.

Ella estudió mi cara, los ojos moviéndose de un lado a otro.

—Mira, no soy tu esposa —dijo de repente—. No sé quién o qué crees que soy, pero nunca fui tu esposa. No sabía que existía hasta que me mostraste la foto hoy.

—Debes de saber de dónde venías —objeté.

—¿Por qué? —preguntó ella acaloradamente—. Sabemos qué nos hacen con los genes de otras personas, pero no nos dicen quiénes fueron. ¿Qué sentido tendría? Esas personas no somos nosotros. Ni siquiera somos clones: tengo cosas en mi ADN que ni siquiera proceden de la Tierra. Somos los conejillos de Indias de las FDC, ¿no lo has oído?

—Lo he oído.

—Así que no soy tu esposa. Eso es lo que he venido a decirte. Lo siento, pero no lo soy.

—Muy bien.

—De acuerdo —dijo ella—. Bien. Ahora me marchó. Lamento haberte arrojado por los aires de esa forma.

—¿Qué edad tienes? —pregunté.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es sólo curiosidad. Y no quiero que te vayas todavía.

—No sé qué tiene que ver mi edad con todo esto.

—Kathy lleva muerta ya nueve años —dije—. Quiero saber cuánto tiempo se molestaron en esperar antes de explotar sus genes para crearte.

—Tengo seis años —contestó.

—Espero que no te importe si te digo que no te pareces a la mayoría de gente de seis años que he conocido.

—Estoy adelantada para mi edad —dijo. Y luego aclaró—: Era un chiste.

—Lo sé.

—La gente no lo pilla a veces. Eso es porque la mayoría de gente que conozco tiene la misma edad.

—¿Cómo funciona? Quiero decir, ¿cómo es? Tener seis años. No tener pasado.

Jane se encogió de hombros.

—Me desperté un día y no supe dónde me encontraba ni qué estaba pasando. Pero ya estaba en este cuerpo, y ya sabía cosas. Cómo hablar. Cómo moverme. Cómo pensar y combatir. Me dijeron que estaba en las fuerzas especiales, que ya era hora de que empezara a entrenarme, y que me llamaba Jane Sagan.

—Bonito nombre —dije.

—Lo seleccionaron al azar —informó ella—. Nuestros nombres de pila son nombres corrientes, nuestros apellidos proceden en su mayor parte de

científicos y filósofos. En mi escuadrón hay un Ted Einstein y una Julie Pasteur. Al principio no lo sabes, claro. Lo de los nombres. Más tarde te enteras un poco de cómo te hicieron, después de que te hayan dejado desarrollar el sentido de quién eres. Nadie que conozca tiene muchos recuerdos. Hasta que no te encuentras con realnacidos no te das cuenta de que hay algo distinto en ti. Y no los vemos muy a menudo. No nos mezclamos con ellos.

—«¿Realnacidos?» —pregunté.

—Es como os llamamos a vosotros.

—Si no os mezcláis, ¿qué estabais haciendo en la cantina?

—Quería una hamburguesa —dijo—. No es que no podamos. Es que no lo hacemos.

—¿No te has preguntado nunca a partir de quién te hicieron? —pregunté.

—A veces —contestó Jane—. Pero no podemos saberlo. No nos hablan de nuestros progies... de la gente de la que estamos hechos. Algunos de nosotros somos mezcla de más de uno, ¿sabes? Pero de todas formas todos están muertos. Tienen que estarlo, o no los usarían para crearnos. Y no sabemos quiénes los conocían. Y si la gente que los conocía está en el servicio, no es probable que coincidamos. Y los realnacidos morís muy rápido aquí arriba. No conozco a nadie que haya conocido a un pariente progie. Ni a un marido.

—¿Le mostraste la foto a tu teniente? —pregunté.

—No. Me preguntó al respecto. Le dije que me enviaste una foto tuya, y que la rompí. Y lo hice, para que la acción quedara registrada si miraba. No le he contado a nadie lo que hablamos. ¿Puedo tenerla de nuevo? ¿La foto?

—Claro —aseguré—. Tengo también otras, si las quieres. Si deseas saber cosas sobre Kathy, también puedo hablarte de ella.

Jane me miró; en la penumbra se parecía más a Kathy que nunca. Dolía sólo mirarla.

—No sé —contestó al fin—. No sé qué quiero saber. Déjame pensarlo. Dame esa foto por ahora. Por favor.

—Te la estoy enviando.

—Tengo que irme. Escucha, no he estado aquí. Y si me ves en alguna otra parte, no des a entender que nos hemos visto.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Por ahora es importante.

—Muy bien.

—Déjame ver tu alianza —añadió Jane.

—Claro —dije, y me la quité para que pudiera mirarla. Ella la sostuvo con torpeza, y miró a través.

—Dice algo.

—«Mi amor es eterno. Kathy.» Lo hizo grabar antes de regalármelo.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados? —preguntó.

—Cuarenta y dos años.

—¿La amabas? —preguntó Jane—. A tu esposa Kathy. Cuando la gente está casada mucho tiempo, tal vez siguen juntos por costumbre.

—A veces lo hacen —dije yo—. Pero yo la amé mucho. Todo el tiempo que estuvimos casados. Aún la amo ahora.

Jane se levantó, me miró otra vez, me devolvió el anillo y se marchó sin decir adiós.

* * *

—Taquiones —dijo Harry mientras se acercaba a la mesa donde desayunábamos Jesse y yo.

—Qué mal hablado —lo regañó Jesse.

—Muy graciosa —contestó él, sentándose—. Los taquiones pueden ser la respuesta de por qué los raey sabían que veníamos.

—Magnífico —dije yo—. Ahora, si Jesse y yo supiéramos qué son los taquiones, estaríamos mucho más entusiasmados al respecto.

—Son partículas subatómicas exóticas —explicó Harry—. Viajan más rápido que la luz y van hacia atrás a través del tiempo. Hasta ahora, no eran más que una teoría, porque después de todo es difícil rastrear algo que es más rápido que la luz y va hacia atrás. Pero la teoría de la física del impulso de salto permite la presencia de taquiones en cualquier salto: cuando nuestra materia y energía se trasladan a un universo diferente, los taquiones del universo de destino regresan hacia el universo que queda atrás. Hay una pauta de taquiones específica de cada salto. Si se pueden localizar los taquiones que forman esa pauta, sabes que llega una nave de salto... y cuándo.

—¿Dónde has oído esas cosas? —dije yo.

—Al contrario que vosotros dos, no me paso el tiempo haraganeando —contestó Harry—. He hecho amigos en lugares interesantes.

—Si se conocía lo de esa pauta de taquiones o como se llame, ¿por qué no se ha hecho algo antes? —preguntó Jesse—. Lo que estás diciendo es que hemos sido vulnerables todo este tiempo, y sólo hemos tenido suerte.

—Bueno, recuerda que lo que he dicho sobre los taquiones es que eran algo teórico hasta este momento —recordó Harry—. Eso es quedarse corto como mínimo. Son menos que reales..., son, como mucho, abstracciones matemáticas. No tienen ninguna relación con los universos reales en los que

existimos y nos movemos. Ninguna raza inteligente que conozcamos los ha usado jamás para nada. No tienen ninguna aplicación práctica.

—O eso creíamos —objeté.

Harry hizo un gesto afirmativo con la mano.

—Si esta suposición es correcta, entonces significa que los raey tienen una tecnología que está muy por encima de lo que nosotros somos capaces de crear. Estamos por detrás de ellos en esta carrera tecnológica.

—¿Y cómo los alcanzamos? —preguntó Jesse. Harry sonrió.

—Bueno, ¿quién ha dicho que tuviéramos que alcanzarlos? ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos, en el transbordador, y hablamos de la tecnología superior de las colonias? ¿Te acuerdas de cómo sugerí que la conseguían?

—A través de encuentros con alienígenas —dijo Jesse.

—Eso es. O comerciamos o lo conseguimos en batalla. Si realmente hubiera un modo de rastrear los taquiones de un universo a otro, nosotros mismos podríamos desarrollar la tecnología para hacerlo, pero eso requeriría tiempo y recursos que no tenemos. Es mucho más sencillo quitársela a los raey.

—Estás diciendo que las FDC piensan volver a Coral —dije yo.

—Pues claro que sí —respondió Harry—. Pero el objetivo ahora no será sólo recuperar el planeta. Ni siquiera será ya el objetivo principal. Ahora nuestro primer objetivo es ponerle la mano encima a su tecnología detectora de taquiones y encontrar un modo de derrotarla o usarla contra ellos.

—La última vez que fuimos a Coral nos dieron una paliza —recordó Jesse.

—No vamos a tener otro remedio, Jesse —explicó Harry amablemente—. Necesitamos esa tecnología. Si se difunde, todas las razas podrán detectar el movimiento colonial. En un sentido muy real, sabrán que venimos antes que nosotros mismos lo sepamos.

—Va a ser otra masacre —dijo Jesse.

—Sospecho que esta vez recurriremos bastante más a las fuerzas especiales.

—Hablando de eso —dije, y le conté a Harry mi encuentro con Jane la noche anterior, que estaba contándole a Jesse cuando él llegó.

—Parece que no planea matarte después de todo —comentó Harry cuando terminé.

—Debe de haber resultado extraño hablar con ella —reflexionó Jesse—.

Aunque sepas que en realidad no es tu esposa.

—Por no mencionar que sólo tiene seis años de edad. Tío, sí, es muy raro —dijo Harry.

—Se le nota. Lo de los seis años. No tiene mucha madurez emocional. No parece saber qué hacer con las emociones cuando se enfrenta a ellas. Me

lanzó al otro lado de la sala porque no sabía cómo manejar lo que estaba sintiendo.

—Bueno, lo único que le han enseñado es a combatir y matar —dijo Harry—. Nosotros tenemos una vida de memorias y experiencias para estabilizarnos. Incluso los soldados jóvenes en los ejércitos tradicionales tienen veinte años de experiencia. En un sentido real, estos soldados de las fuerzas especiales son niños guerreros. Éticamente, está en el límite.

—No quiero abrir ninguna vieja herida —dijo Jesse—, pero ¿ves algo de Kathy en ella?

Lo pensé un instante.

—Se parece a Kathy, obviamente —contesté—. Y creo que vi un poco del sentido del humor de Kathy en ella, y también un poco de su temperamento. Kathy podía ser impulsiva.

—¿Te lanzó alguna vez al otro lado de la habitación? —preguntó Harry, sonriendo.

Le devolví la sonrisa.

—Hubo un par de veces en que lo habría hecho de haber podido.

—Punto uno para la genética —dijo Harry.

Gilipollas cobró vida de pronto. Cabo Perry, decía el mensaje. Se requiere su presencia en la reunión con el general Keegan a las 1000 horas en el Cuartel General Operativo del Módulo Eisenhower de la Estación Fénix. Sea puntual. Leí el mensaje y se lo comuniqué a Harry y Jesse.

—Y yo que creía tener amigos en sitios interesantes —dijo Harry—. Nos has estado ocultando algo, John.

—No tengo ni idea de qué va esto —respondí—. Nunca antes he visto a Keegan.

—Tan sólo es el comandante del Segundo Ejército de las FDC. Estoy seguro que no es nada importante.

—Qué gracioso.

—Son las 0915, John —me avisó Jesse—. Será mejor que te pongas en marcha. ¿Quieres que te acompañemos?

—No, por favor, terminad el desayuno —dije—. Me hará bien caminar. El Módulo Eisenhower está sólo a un par de kilómetros. Llegaré a tiempo.

Me levanté, cogí un donut para comérmelo por el camino, le di a Jesse un beso amistoso en la mejilla y me marché.

En realidad, el Módulo Eisenhower estaba más lejos, pero mi pierna había crecido por fin, y quería hacer ejercicio. El doctor Fiorina tenía razón: la nueva pierna era mejor que nueva, y en general sentía que tenía más energía. Acababa de recuperarme de unas heridas tan graves que era un

milagro que estuviese vivo. Cualquiera se sentiría con más energías después de eso.

—No te des la vuelta —me advirtió Jane, en voz baja, directamente detrás de mí.

Estuve a punto de atragantarme con el donut.

—Me gustaría que dejaras de aparecer de esa forma —dije, sin darme la vuelta.

—Lo siento. No intento asustarte adrede. Pero no debería hablar contigo. Escucha, esa reunión a la que vas...

—¿Cómo sabes eso?

—No importa. Lo que importa es que accedas a lo que te pidan. Hazlo. Es el modo de que estés a salvo para lo que va a venir. Tan a salvo como sea posible.

—¿Qué va a venir? —pregunté.

—Lo descubrirás muy pronto.

—¿Y mis amigos? —dije—. Harry y Jesse. ¿Tienen problemas?

—Todos tenemos problemas —respondió Jane—. No puedo hacer nada por ellos. Me esforcé por colocarte a ti. Hazlo. Es importante. —Hubo un rápido contacto de su mano sobre mi brazo, y entonces advertí que había vuelto a marcharse.

* * *

—Cabo Perry —dijo el general Keegan, devolviendo mi saludo—. Descanso. Me habían conducido a una sala de conferencias en la que había gente que sumaba más galones que un velero del siglo dieciocho. Yo era, con diferencia, la persona de rango más bajo de la sala; el siguiente, por lo que pude ver, era un teniente coronel: Newman, mi estimado interrogador. Me sentí un poco inquieto.

—Parece un poco perdido, hijo —me dijo el general Keegan. Como todos los demás presentes en la sala, y todos los soldados de las FDC, aparentaba no tener más de veintitantos años.

—Me siento un poco perdido, señor.

—Bueno, es comprensible —convino Keegan—. Por favor, siéntese. —Señaló una silla vacía en la mesa. La cogí y me senté—. He oído hablar mucho de usted, Perry.

—Sí, señor —respondí, tratando de no mirar a Newman.

—No parece muy entusiasmado con ello, cabo.

—Intento no llamar la atención, señor —dije—. Sólo trato de hacer mi parte.

—Sea como sea, ha llamado la atención —me contradijo Keegan—. Cien lanzaderas consiguieron despegar hacia Coral, pero la suya fue la única que llegó a la superficie, en gran parte debido a sus órdenes de volar las puertas de la bodega y salir de allí pitando. —Señaló a Newman con el pulgar—. Newman, aquí presente, me lo ha estado contando. Cree que deberíamos concederle una medalla por eso.

Keegan podría haber dicho «Newman cree que debería aparecer en la actuación anual del ejército en Swan Lake», y no me habría sorprendido tanto. El general advirtió la expresión de mi cara y sonrió.

—Sí, sé lo que está pensando. Newman tiene la mejor cara de palo de todas las FDC, y por eso hace el trabajo que hace. Bien, ¿qué le parece, cabo?

¿Cree que merece esa medalla?

—Respetuosamente, no, señor —dije—. Nos estrellamos y fui el único superviviente. Difícilmente eso puede ser un servicio elogiado. Además, cualquier mérito por haber llegado a la superficie de Coral es de mi piloto, Fiona Eaton.

—La piloto Eaton ya ha sido condecorada a título póstumo, cabo —dijo el general Keegan—. Un pobre consuelo para ella, estando muerta como está, pero es importante para las FDC que esas acciones sean advertidas. Y, a pesar de su modestia, cabo, será usted condecorado también. Otros sobrevivieron a la batalla de Coral, pero fue por suerte. Usted en cambio tomó la iniciativa y mostró dotes de liderazgo en una situación adversa. Y ya ha mostrado su capacidad para pensar con la cabeza antes. La solución de fuego contra los consu. Su trabajo en su pelotón de instrucción. El sargento Ruiz recalcó especialmente su uso del CerebroAmigo en el último juego de guerra. Serví con ese hijo de puta, cabo. Ruiz no halagaría a su madre por haberlo traído al mundo, si sabe lo que quiero decir.

—Creo que sí, señor.

—Eso pensaba. Así que una Estrella de Bronce para usted, hijo. Enhora-buena.

—Sí, señor —dije—. Gracias, señor.

—Pero no le he pedido que viniera para eso —dijo el general Keegan, y luego avanzó junto a la mesa—. Creo que no conoce al general Szilard, que dirige nuestras fuerzas especiales. Descanso, no es necesario saludar.

—Señor —dije, haciendo un gesto con la cabeza en su dirección, al menos.

—Cabo —intervino Szilard—. Dígame, ¿qué ha oído sobre la situación en Coral?

—No mucho, señor. Sólo conversaciones con los amigos.

—¿De veras? —me espetó Szilard, con sequedad—. Pensaba que su amigo el soldado Wilson le habría hecho ya un buen resumen.

Empecé a darme cuenta de que mi cara de póker, que nunca fue muy buena, lo era aún menos últimamente.

—Sí, claro que sabemos lo del soldado Wilson —continuó Szilard—. Tal vez quiera decirle que sus fisgoneos no son tan sutiles como él cree.

—Harry se sorprenderá al oírlo —dije.

—Sin duda. Tampoco tengo duda de que le habrá informado sobre la naturaleza de los soldados de las fuerzas especiales. No es un secreto de Estado, por cierto, aunque no introducimos información sobre las fuerzas especiales en la base de datos general. Pasamos la mayor parte del tiempo en misiones que requieren secreto estricto y confidencialidad y tenemos muy pocas oportunidades de pasar algún tiempo con el resto de ustedes. Tampoco hay muchas ganas.

—El general Szilard y las fuerzas especiales llevarán la iniciativa en nuestro contraataque a los raey en Coral —explicó el general Keegan—. Aunque intentamos recuperar el planeta, nuestra preocupación inmediata es aislar su aparato detector de taquiones, desmantelarlo, sin destruirlo si es posible, pero destruirlo si es preciso. El coronel Golden también aquí presente —Keegan señaló a un hombre de aspecto sombrío sentado junto a Newman—, cree que sabemos dónde está. Coronel.

—Muy brevemente, cabo —dijo Golden—. Nuestra investigación antes del primer ataque contra Coral mostró que los raey desplegaron una serie de pequeños satélites en órbita alrededor de Coral. Al principio pensamos que eran satélites espía para ayudar a los raey a identificar el movimiento de las tropas en el planeta, pero ahora creemos que es un subterfugio diseñado para localizar las pautas de los taquiones. Creemos que la estación localizadora, que recopila los datos de los satélites, está en el planeta mismo, donde la desembarcaron durante la primera oleada de su ataque.

—Pensamos que está en el planeta porque creen que allí está más segura —aclaró el general Szilard—. Si estuviera en una nave, cabría la posibilidad de que una nave de las FDC la alcanzara durante el ataque, aunque sólo fuera por pura casualidad. Y, como sabe, ninguna nave más que su lanzadera consiguió acercarse a la superficie de Coral. Es una buena apuesta suponer que está allí.

Me volví hacia Keegan.

—¿Puedo hacer una pregunta, señor?

—Adelante —dijo Keegan.

—¿Por qué me están contando esto? —pregunté—. Soy un cabo sin escuadrón, pelotón ni batallón. No comprendo por qué necesito saber esto.

—Necesita saberlo porque es usted uno de los pocos supervivientes de la batalla de Coral, y el único que sobrevivió con algo más que suerte —dijo Keegan—. El general Szilard y su gente creen, y yo estoy de acuerdo, que su contraataque tiene más posibilidades de éxito si alguien que estuvo allí durante el primer ataque aconseja y observa el segundo. Ese es usted.

—Con el debido respeto, señor, mi participación fue mínima y desastrosa.

—Menos desastrosa que la de casi todos los demás —opinó Keegan—. Cabo, no le mentiré: preferiría que tuviéramos a otro en este papel. Sin embargo, tal como están las cosas, no lo tenemos. Aunque la cantidad de consejo y servicio que pueda darnos sea mínima, es mejor que nada. Además, ha demostrado usted capacidad para improvisar y actuar rápidamente en situaciones de combate. Nos será de utilidad.

—¿Qué haré? —pregunté. Keegan miró a Szilard.

—Se le destinará a la *Gavilán* —dijo Szilard—. Representan a las fuerzas especiales con más experiencia en esta situación concreta. Su trabajo será asesorar al mando de la *Gavilán* sobre su experiencia en Coral, observar, y actuar como enlace entre las fuerzas regulares de las FDC y las fuerzas especiales si es necesario.

—¿Combatiré?

—Actuará usted de apoyo —respondió Szilard—. Lo más probable es que no se requiera su participación en combate.

—Comprenda que este nombramiento es muy inusitado —añadió Keegan—. Normalmente, debido a las diferencias de misiones y personal, los FDC regulares y las fuerzas especiales casi nunca se mezclan. Incluso en batallas donde las dos fuerzas se enfrentan contra un solo enemigo, ambos tienden a representar funciones separadas y mutuamente excluyentes.

—Comprendo —afirmé. Comprendía más de lo que sabían. Jane estaba destinada en la *Gavilán*.

Mientras seguía mi cadena de pensamientos, Szilard habló.

—Cabo, tengo entendido que tuvo usted un incidente con uno de los míos... una oficial destinada en la *Gavilán*. Tengo que saber que no habrá más incidentes como ése.

—Sí, señor —aseguré—. El incidente fue debido a un malentendido. Un caso de identidad confundida. No volverá a suceder.

Szilard asintió a Keegan.

—Muy bien —dijo éste—. Cabo, dada su nueva función, creo que su rango no está a la altura de la tarea. Por tanto, queda ascendido a teniente, con efecto inmediato, y se presentará usted ante el mayor Crick, comandante de operaciones de la *Gavilán*, a las 1500. Eso debería darle tiempo suficiente para poner sus cosas en orden y despedirse. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —dije—. Pero tengo una petición.

—No es habitual —comentó Keegan, después de que yo terminara de exponerla—. Y, en otras circunstancias, en ambos casos, diría que no.

—Comprendo, señor.

—Sin embargo, se hará. Quizá algo bueno pueda surgir de todo ello. Muy bien, teniente. Puede retirarse.

* * *

Harry y Jesse se reunieron conmigo en cuanto pudieron después de que les enviara mi mensaje. Les hablé de mi misión y mi ascenso.

—¿Crees que Jane *está* detrás de todo esto? —preguntó Harry.

—Sé que lo está. Me lo dijo. Tal vez al final yo sea útil de alguna forma, pero lo que es seguro es que ella sugirió algo. Me pondré en camino dentro de unas horas.

—Volvemos a separarnos —comentó Jesse—. Y lo que queda de nuestro pelotón también se separa. Nuestros compañeros han sido destinados a otras naves. Nosotros estamos a la espera de destino.

—Quién sabe, John —dijo Harry—. Probablemente volvamos pronto a Coral contigo.

—No, vosotros no —aseguré—. Le pedí al general Keegan que os sacara a ambos de infantería general y se mostró de acuerdo. Vuestro primer mandato de servicio se ha cumplido. Los dos habéis sido reasignados.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Harry.

—Se os ha reasignado al brazo de Investigación Militar de las FDC —dije—. Harry, sabían lo de tus indagaciones. Los convencí de que serías menos dañino para ti mismo y los demás de esta forma. Vas a trabajar con lo que traigamos de Coral.

—No puedo hacer eso —dijo Harry—. No tengo el nivel necesario de matemáticas.

—Estoy seguro de que eso no te detendrá —contesté—. Jesse, tú también vas a IR, como personal de apoyo. Es todo lo que pude conseguir con tan poco tiempo. No será muy interesante, pero puedes entrenarte para otras funciones mientras estás allí. Y los dos estaréis lejos de la línea de fuego.

—Eso no está bien, John —dijo Jesse—. No hemos cumplido nuestro tiempo. Nuestros camaradas de pelotón van a volver a combatir mientras que nosotros estaremos sentados allí por algo que no hicimos. Tú vas a volver. Yo no quiero esto. Debería servir el tiempo que me corresponde.

Harry asintió.

—Jesse, Harry, por favor —les rogué—. Mirad. Alan está muerto. Susan y Thomas están muertos. Maggie está muerta. Mi escuadrón y mi pelotón, todos han caído. Todos los que he apreciado de por aquí han muerto menos vosotros dos. Tuve la oportunidad de manteneros con vida y la aproveché. No pude hacer nada por ninguno más, pero puedo hacer algo por vosotros. Necesito que estéis vivos. Sois todo lo que tengo aquí.

—Tienes a Jane —dijo Jesse.

—Todavía no sé lo que es Jane para mí. Pero sí sé lo que sois vosotros. Ahora sois mi familia. Jesse, Harry. Sois mi familia. No os enfadéis conmigo por querer manteneros a salvo. Sólo *estad* a salvo. Por mí. Por favor.

La *Gavilán* era una nave silenciosa. El transporte de tropas normal está lleno de sonidos de gente hablando, riendo, chillando y acompañando verbalmente todos los movimientos de sus vidas. Los soldados de las fuerzas especiales no hacen nada de eso.

El comandante de la *Gavilán* me lo dejó muy claro cuando subí a bordo.

—No espere que la gente hable con usted —dijo el mayor Crick cuando me presenté.

—¿Señor?

—Los soldados de las fuerzas especiales —aclaró—. No es nada personal, es que no les gusta mucho hablar. Cuando estamos solos, nos comunicamos casi exclusivamente por CerebroAmigo. Es más rápido, y no tenemos tendencia a hablar, como usted. Nacimos con CerebroAmigos. La primera vez que se dirigen a nosotros es con uno de ellos. Así que es la forma en que hablamos la mayor parte del tiempo. No se ofenda. De todas formas, le he ordenado a la tropa que hablen con usted si tienen necesidad de decirle algo.

—No es necesario, señor —dije—. También puedo usar mi CerebroAmigo.

—No podría mantener el ritmo —opinó el mayor Crick—. Su cerebro está preparado para comunicarse a una velocidad, y los nuestros a otra. Hablar con un realnacido es como hablar a media velocidad. Si ha conversado con alguno de nosotros durante bastante tiempo, se habrá dado cuenta de que parecen cortantes y bruscos. Es un efecto colateral de sentir que estás hablando con un niño retrasado. No se ofenda.

—No me ofendo, señor —dije—. Parece que usted se comunica bien.

—Bueno, como comandante paso mucho tiempo con fuerzas no especiales —dijo Crick—. Además, soy mayor que la mayoría de mi tropa. He conseguido desarrollar algunas habilidades sociales.

—¿Qué edad tiene usted, señor?

—Cumpliré catorce años la semana que viene —respondió—. Voy a convocar una reunión de mando mañana a las seis. Hasta entonces, acomódese, coma algo, y descanse un poco. Hablaremos más entonces. — Saludó y me despidió.

Jane me estaba esperando en mi camarote.

—Otra vez tú —dije, sonriendo.

—Otra vez yo —confirmó ella, simplemente—. Quería saber cómo te va.

—Bien. Considerando que llevo en la nave quince minutos.

—Todos hemos estado hablando de ti.

—Sí, lo he notado por el parloteo incesante —dije. Jane abrió la boca para hablar, pero yo alcé la mano—. Era un chiste. El mayor Crick me contó lo de los CerebroAmigos.

—Por eso me gusta hablar contigo —explicó ella—. No es como hablar con los demás.

—Me parece recordar que hablabais cuando me rescatasteis.

—Nos preocupaba que nos localizaran —explicó Jane—. Hablar era más seguro. También hablamos cuando estamos en público. No nos gusta llamar la atención cuando no es necesario.

—¿Por qué has hecho esto? —le pregunté—. Me refiero a conseguir que me destinaran a la *Gavilán*.

—Eres útil para nosotros —contestó ella—. Tienes experiencia que podría ser útil, en Coral y para otra cosa que preparamos.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—El mayor Crick te lo contará mañana en la reunión —contestó Jane—. Yo estaré presente también. Dirijo un pelotón y hago trabajo de inteligencia.

—¿Esa es la única razón? —pregunté—. ¿Que soy útil?

—No —respondió Jane—, pero es la razón por la que vas en la nave. Escucha, no pasaré demasiado tiempo contigo, tengo demasiado que hacer preparando la misión. Pero quiero saber cosas de ella. De Kathy. Quién era. Cómo era. Quiero que me lo cuentes.

—Te hablaré de ella con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Jane.

—Tienes que hablarme de ti.

—¿Por qué?

—Porque durante nueve años he estado viviendo con la idea de que mi esposa está muerta, y ahora tú estás aquí y me lo estás revolviendo todo por dentro —dije—. Cuanto más sepa de ti, más podré acostumbrarme a la idea de que no eres ella.

—No soy tan interesante —contestó Jane—. Y sólo tengo seis años. Apenas es tiempo suficiente para hacer nada.

—Yo he hecho más cosas en este último año que en todos los años anteriores —dije—. Confía en mí. Seis años es suficiente.

* * *

—Señor, ¿quiere compañía? —dijo el amable joven (probablemente cuatro años) de las fuerzas especiales mientras él y cuatro de sus colegas permanecían firmes, las bandejas en la mano.

—La mesa está vacía —contesté.

—Algunas personas prefieren comer a solas —dijo el soldado.

—Yo no soy una de ellas. Por favor, sentaos, todos.

—Gracias, señor —dijo el soldado, colocando la bandeja sobre la mesa—. Soy el cabo Sam Mendel. Estos son los soldados George Linrieo, Will Hegel, Jim Bohr y Jan Fermi.

—Teniente John Perry —dije.

—Bueno, ¿qué le parece la *Gavilán*, señor? —preguntó Mendel.

—Es bonita y silenciosa.

—Así es, señor —contestó Mendel—. Le estaba mencionando a Linneo que no creo que hayamos hablado más de diez palabras desde hace más o menos un mes.

—Acabas de romper tu récord, entonces.

—¿Le importaría zanjar una apuesta por nosotros, señor? —dijo Mendel.

—¿Implica tener que hacer algo difícil?

—No, señor. Sólo queremos saber su edad. Verá, Hegel apuesta a que su edad es el doble que las edades combinadas de todo nuestro escuadrón.

—¿Qué edad tenéis todos? —pregunté.

—El escuadrón tiene diez soldados, incluyéndome a mí —dijo Mendel—, y soy el mayor. Tengo cinco años y medio. Los demás están entre los dos y los cinco años. La edad total es de treinta y siete años y unos dos meses.

—Yo tengo setenta y seis —aclaré—. Así que tiene razón. Aunque cualquier recluta de las FDC le habría permitido ganar su apuesta. No podemos alistarnos hasta los setenta y cinco años. Y déjame decirles que hay algo profundamente perturbador en ser el doble de viejo que todo vuestro escuadrón combinado.

—Sí, señor —asintió Mendel—, pero por otro lado, nosotros llevamos en esta vida el doble que usted. Así que estamos igualados.

—Supongo que así es.

—Debe de ser interesante —dijo Bohr, sentado un poco más allá en la mesa—. Tuvo usted una vida entera antes que ésta. ¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué? —pregunté a mi vez—. ¿Mi vida, o haber tenido una vida antes que ésta?

—Ambas cosas —quiso saber Bohr.

De pronto me di cuenta de que ninguno de los otros cinco miembros de la mesa habían cogido siquiera sus tenedores para empezar a comer. El resto del comedor, que resonaba con el tableteo telegráfico de los utensilios golpeando las bandejas, también se había quedado en silencio. Recordé el comentario de Jane de que todo el mundo estaba interesado en mí. Al parecer, tenía razón.

—Me gustaba mi vida —dije—. No sé si sería excitante o incluso interesante para quien no la ha vivido. Pero para mí fue una buena vida. En cuanto a la idea de tener una vida antes que ésta, en realidad no lo pensé en su momento.

Nunca pensé en cómo sería esta vida antes de estar en ella.

—¿Por qué la eligió, entonces? —preguntó Bohr—. Debía de tener alguna idea.

—No, no la tenía. No creo que ninguno de nosotros la tuviera. La mayoría nunca había estado en la guerra ni en el ejército. Ninguno de nosotros sabía que cogerían lo que éramos y lo pondrían en un cuerpo nuevo que sólo parcialmente sería lo que éramos antes.

—Eso parece un poco estúpido, señor —dijo Bohr, y recordé que tener dos años o la edad que tuviera, no te daba muchas oportunidades para adquirir tacto—. No sé por qué nadie elegiría enrolarse sin tener ni idea de dónde se metían.

—Bueno —dije—, tampoco has sido nunca viejo. Una persona sin modificar, a los setenta y cinco años está mucho más dispuesta a dar un salto de fe de lo que tú podrías estarlo.

—¿Qué diferencia puede haber? —preguntó Bohr.

—Hablas como un niño de dos años que nunca envejecerá.

—Tengo tres —dijo Bohr, un poco a la defensiva. Alcé una mano.

—Mira —propuse—. Vamos a darle la vuelta un momento. Yo tengo setenta y seis años, e hice mi salto de fe cuando me uní a las FDC. Por otro lado, fue mi decisión. No tenía que hacerlo. Si te cuesta trabajo imaginar cómo debió de ser para mí, piénsalo desde mi punto de vista. —Me dirigí a Mendel—. Cuando tenía cinco años, apenas sabía atarme los zapatos. Si no podéis imaginar cómo era tener mi edad y enrolarte, imaginad lo difícil que es para mí imaginar ser adulto a los cinco años y no conocer nada más que la guerra. Al menos, tengo una idea de cómo es la vida fuera de las FDC. ¿Cómo es para vosotros?

Mendel miró a sus compañeros, que se lo quedaron mirando.

—No es algo en lo que solamos pensar, señor —respondió Mendel—. No nos parece que haya nada extraño. Todos los que conocemos «nacieron» de la misma manera. Desde nuestra perspectiva, los extraños son ustedes. Tener una infancia y vivir toda una vida antes de entrar en ésta, parece una forma ineficaz de hacer las cosas.

—¿No os preguntáis nunca cómo sería no estar en las fuerzas especiales?

—pregunté.

—No puedo imaginarlo —dijo Bohr, y los otros asintieron—. Todos somos soldados. Es lo que hacemos. Es lo que *somos*.

—Por eso le encontramos a usted interesante —dijo Mendel—. La idea de que esta vida sea una elección. La idea de que haya otra forma de vivir. Es extraño.

—¿Qué hacía usted, señor? —preguntó Bohr—. ¿En su otra vida?

—Era escritor —dije. Todos se miraron entre sí—. ¿Qué? —pregunté.

—Extraña forma de vivir, señor —dijo Mendel—. Cobrar por unir palabras.

—Había trabajos peores.

—No pretendíamos ofenderle, señor —se disculpó Bohr.

—No me siento ofendido. Tan sólo tenéis una perspectiva diferente de las cosas. Pero me hace preguntarme por qué lo hacéis.

—¿Hacer qué? —preguntó Bohr.

—Combatir —dije—. Veréis, la mayoría de la gente en las FDC son como yo. Y la mayoría de la gente de las colonias son aún más diferentes de vosotros que yo. ¿Por qué lucháis por ellos? ¿Y con nosotros?

—Somos *humanos*, señor —afirmó Mendel—. No menos que usted.

—Dado el actual estado de mi ADN, eso no es decir mucho.

—Usted sabe que somos humanos, señor —insistió Mendel—. Y nosotros también. Usted y nosotros estamos mucho más cerca de lo que cree. Sabemos cómo escogen a sus reclutas las FDC. Usted combate por unos colonos a quienes no ha visto nunca..., colonos que en un momento dado fueron enemigos de su país. ¿Por qué lucha por ellos?

—Porque son humanos y porque dije que lo haría —contesté—. Al menos, por eso lo hacía al principio. Ahora no lucho por los colonos. Quiero decir, lo hago, pero cuando se trata de hacerlo, lucho (o luchaba) por mi pelotón y mi escuadrón. Cuidaba de ellos, y ellos cuidaban de mí. Luchaba porque hacer menos habría sido dejarlos tirados.

Mendel asintió.

—Por eso luchamos nosotros también, señor —explicó—. Es algo que hace que todos seamos humanos unidos. Es bueno saberlo.

—Lo es —coincidí. Mendel sonrió y cogió su tenedor para comer y, al hacerlo, la sala cobró vida con el entrecuchar de los utensilios.

Alcé la cabeza con el ruido, y desde un rincón lejano, vi que Jane me estaba mirando.

* * *

El mayor Crick fue directo al grano en la reunión de la mañana siguiente.

—Los servicios de inteligencia de las FDC creen que los raey son unos tramposos —dijo—. Y la primera parte de nuestra misión es averiguar si tienen razón. Vamos a hacer una pequeña visita a los consu.

Eso me despertó del todo. Al parecer, no fui el único.

—¿Qué demonios tienen que ver los consu con todo esto? —preguntó el teniente Tagore, que estaba sentado justo a mi izquierda.

Crick le hizo un gesto con la cabeza a Jane, que estaba cerca de él.

—A petición del mayor Crick y otros investigué algunos de los otros encuentros de las FDC con los raey para ver si ha habido alguna indicación de evolución tecnológica —explicó Jane—. A lo largo de los últimos cien años, hemos tenido doce encuentros militares significativos con los raey y varias docenas de choques menores, incluido un encuentro importante y seis choques más pequeños en los últimos cinco años. Durante todo este tiempo, la curva tecnológica de los raey ha estado sustancialmente por detrás de la nuestra. Ello es debido a una serie de factores, sin olvidar sus propias tendencias culturales contra los avances tecnológicos sistemáticos y su falta de relación positiva con razas tecnológicamente más avanzadas.

—En otras palabras, son retrógrados y palurdos —dijo el mayor Crick.

—En el caso de la tecnología de la impulsión de salto especialmente —añadió Jane—. Hasta la batalla de Coral, la tecnología de salto raey iba muy por detrás de la nuestra. De hecho, su comprensión de la física de salto se basa directamente en información proporcionada por las FDC hace poco más de un siglo, durante una misión comercial abortada ante los raey.

—¿Por qué fue abortada? —preguntó el capitán Jung desde el otro lado de la mesa.

—Los raey se comieron a un tercio de los delegados comerciales —contestó Jane.

—Ouch —exclamó el capitán Jung.

—El tema es que, dado quiénes son los raey y cuál es su nivel de tecnología, es imposible que puedan habernos adelantado tanto de golpe —dijo el mayor Crick—. La mejor suposición es que no lo hicieron... Simplemente consiguieron la tecnología para predecir el salto de alguna otra cultura. Conocemos a todos los que conocen los raey, y sólo hay una cultura que suponemos que tiene la capacidad tecnológica para hacer algo así.

—Los consu —intervino Tagore.

—Los consu, en efecto —confirmó Crick—. Esos hijos de puta tienen una enana blanca a su entera disposición. No es irracional asumir que puedan tener también dominada la predicción del impulso de salto.

—Pero ¿por qué iban a querer tener ninguna relación con los raey? —preguntó el teniente Dalton, sentado casi al extremo de la mesa—. Sólo tratan con nosotros cuando quieren un poco de ejercicio, y nosotros estamos mucho más avanzados tecnológicamente que los raey.

—Pensamos que los consu no están tan motivados por la tecnología como nosotros —dijo Jane—. Para ellos, nuestra tecnología tiene tan poco valor

como pudieran tenerlo para nosotros los secretos de la máquina de vapor. Creemos que los motivan otros factores.

—La religión —mencioné yo. Todos los ojos se volvieron hacia mí, y de repente me sentí como un monaguillo que acaba de tirarse un pedo durante la misa—. Lo que quiero decir es que, cuando mi pelotón estaba combatiendo a los consu, empezaron con una oración que bendijo la batalla. En ese momento, le dije a un amigo que me parecía que los consu creían estar consagrando el planeta con la batalla. —Más miradas—. Naturalmente, podría estar equivocado.

—No se equivoca —dijo Crick—. En las FDC se ha debatido por qué luchan los consu, ya que está claro que, con su tecnología podrían eliminar a todas las demás culturas espaciales de la zona sin pensarlo dos veces. La idea dominante es que lo hacen para divertirse, igual que nosotros jugamos al béisbol o al fútbol.

—*Nosotros* nunca jugamos al fútbol ni al béisbol —dijo Tagore.

—Otros humanos lo hacen, capullo —le respondió Crick con una sonrisa, luego volvió a ponerse serio—. Sin embargo, una minoría significativa de la división de inteligencia de las FDC cree que sus batallas tienen un significado ritual, tal como acaba de sugerir el teniente Perry. Puede que los raey no sean capaces de comerciar con los consu en pie de igualdad, pero tal vez tengan algo que los consu quieren. Podrían entregarles sus almas.

—Pero los raey son también unos fanáticos religiosos —dijo Dalton—. Por eso atacaron Coral.

—Tienen varias colonias, algunas menos deseables que otras —explicó Jane—. Fanáticos religiosos o no, puede que consideren buen negocio cambiar por Coral una de sus colonias menos atractivas.

—Algo no demasiado bueno para los raey o la colonia en cuestión —dijo Dalton.

—Como si me preocupara por ellos —repuso Crick.

—Los consu les han dado a los raey tecnología que los pone muy por delante del resto de las culturas en esta parte del espacio —observó Jung—. Pero incluso para los poderosos consu, alterar el equilibrio de poder en la región tiene que tener sus consecuencias.

—A menos que los consu engañaran a los raey —apunté yo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jung.

—Estamos dando por hecho que los consu les han dado a los raey la experiencia tecnológica para crear un sistema de detección de la impulsión de salto —expliqué—. Pero es posible que les dieran una sola máquina, con un manual de instrucciones o algo por el estilo, para que pudieran manejarla. De esta forma, los raey tienen lo que quieren, que es una forma de defender Coral, mientras que los consu evitan alterar sustancialmente el equilibrio de poder en la zona.

—Hasta que los raey descubran cómo funciona la maldita máquina —dijo Jung.

—Dado el estado de la tecnología de su planeta natal, eso podría requerir años —contesté—. Tiempo suficiente para que les demos la patada y les arrebatemos la tecnología. Si es que los consu en efecto se la dieron. Si es que los consu les dieron una máquina. Si es que a los consu en realidad les importa un rábano el equilibrio de poder en la región. Un montón de «si es que».

—Y para averiguar la respuesta a todos esos «si es que», vamos a abordar a los consu —dijo Crick—. Ya hemos enviado una nave robot para hacerles saber que vamos de camino. Veremos qué podemos sacar de ellos.

—¿Qué colonia vamos a ofrecerles? —preguntó Dalton. Era difícil saber si estaba bromeando.

—Ninguna colonia —respondió Crick—. Pero tenemos algo que podría inducirles a concedernos una audiencia.

—¿Qué tenemos?

—Lo tenemos a él —contestó Crick, y me señaló.

—¿A mí?

—A usted —confirmó Jane.

—De repente me siento confuso y aterrado.

—Su solución del disparo doble permitió a las FDC matar rápidamente a miles de consu —dijo Jane—. En el pasado, los consu se han mostrado receptivos a embajadas de las colonias cuando incluían a un soldado FDC que hubiera matado a gran número de consu en batalla. Como fue específicamente su solución de disparo lo que permitió el rápido fin de esos guerreros consu, sus muertes se le atribuyen a usted.

—Tiene en sus manos la sangre de 8.433 consu —dijo Crick.

—Magnífico.

—*Es magnífico* —confirmó Crick—. Su presencia nos va a permitir franquear la puerta.

—¿Y qué me va a pasar a mí *después* de que franqueemos la puerta? —pregunté—. Imaginen lo que le haríamos nosotros a un consu que hubiera matado a ocho mil de los nuestros.

—Ellos no piensan igual que nosotros en ese aspecto —dijo Jane—. Debería estar a salvo.

—*Debería* —repetí.

—La alternativa sería ser eliminados del cielo en cuanto aparezcamos en el espacio consu —dijo Crick.

—Comprendo. Ojalá me hubieran dado un poco más de tiempo para acostumbrarme a la idea.

—Fue todo muy rápido —dijo Jane tranquilamente. Y de repente recibí un mensaje vía CerebroAmigo. «Confía en mí», decía. Miré a Jane, que me miraba plácidamente. Asentí, reconociendo un mensaje mientras parecía aceptar el otro.

—¿Qué haremos después de que terminen de admirar al teniente Perry? —preguntó Tagore.

—Si todo sale según los encuentros pasados, tendremos la oportunidad de hacerles a los consu hasta un total de cinco preguntas —dijo Jane—. El número de preguntas se determinará por una competición que implicará una lucha entre cinco de los nuestros y cinco de los suyos. Combate singular. Los consu luchan desarmados, pero nuestros guerreros podrán llevar un cuchillo para compensar nuestra falta de brazos golpeadores. Lo que hay que tener en cuenta es que, en los casos anteriores en que se ha llevado a cabo este ritual, los consu con los que combatimos eran soldados caídos en desgracia o criminales a quienes esa lucha podía devolver el honor. Así que no hace falta decir que tienen mucha motivación. Podemos hacerles tantas preguntas como victorias obtengamos.

—¿Cómo se vence en esa competición? —preguntó Tagore.

—Mata al consu, o el consu te mata —aclaró Jane.

—Fascinante.

—Un detalle más —añadió Jane—. Los consu escogen a sus contrincantes de entre aquellos que llevamos con nosotros, así que el protocolo requiere al menos tres veces el número de combatientes seleccionables. El único miembro de la delegación que queda exento es su jefe, que es, por cortesía, el único humano que está por encima de tener que luchar con criminales y fracasados consu.

—Perry, usted debería ser el jefe de esa delegación —dijo Crick—. Ya que es usted quien ha matado a ocho mil de esos cabrones, según sus entenderas es el líder natural. Además, es el único soldado que no pertenece a las fuerzas especiales, y carece de la velocidad y la modificación de fuerzas que todos los demás tenemos. Si lo eligieran, es posible que acabaran matándolo.

—Me emociona su preocupación.

—No es eso —aclaró Crick—. Si nuestra atracción estrella cayera a manos de un criminal de segunda fila, la posibilidad de que los consu cooperaran podría correr peligro.

—Muy bien —convine—. Durante un segundo, he llegado a pensar que se estaba volviendo blando.

—Ni hablar —respondió Crick—. Bien, tenemos cuarenta y tres horas hasta alcanzar distancia de salto. Habrá cuarenta de nosotros en la delegación, incluidos todos los jefes de pelotón y escuadrón. Elegiré al resto de entre la tropa. Eso significa que cada uno de ustedes se entrenará con soldados en combate mano a mano hasta entonces. Perry, le he descargado los pro-

tocolos de la delegación; estúdielos y no meta la pata. Después del salto, usted y yo nos reuniremos para que pueda darle las preguntas que queremos hacer, en el orden en que queremos hacerlas. Si somos buenos, tendremos cinco preguntas, pero hay que estar preparados por si son menos. Pongámonos manos a la obra. Pueden retirarse.

* * *

Durante esas cuarenta y tres horas, Jane se enteró de cosas de Kathy. Aparecía donde yo estaba, preguntaba, escuchaba y desaparecía, a menudo para atender sus deberes. Era una extraña forma de compartir una vida.

—Háblame de ella —me pidió mientras yo estudiaba el informe de protocolo en una sala de proa.

—La conocí cuando estábamos en primer curso —dije, y entonces tuve que explicarle qué era el primer curso. Luego le conté el primer recuerdo que tenía de Kathy, una vez que compartíamos pegamento en un proyecto de construcción con papel durante la clase de plástica que se daba conjuntamente a primero y segundo cursos. Como me pilló comiendo un poco de pegamento, me dijo que era un guarro. Cómo le pegué por decir eso, y el puñetazo que ella me atizó en el ojo. La expulsaron durante un día. No volvimos a hablarnos hasta el instituto.

—¿Qué edad se tiene en primer curso? —preguntó ella.

—Seis años —contesté—. La edad que tú tienes ahora.

* * *

—Háblame de ella —dijo de nuevo, unas cuantas horas más tarde, en un sitio diferente.

—Kathy estuvo a punto de divorciarse de mí una vez —le expliqué—.

Llevábamos diez años casados y tuve un lío con otra mujer. Cuando Kathy lo descubrió, se puso furiosa.

—¿Por qué le importó que te acostaras con otra? —preguntó Jane.

—En realidad no fue por el sexo —dije—. Fue por el hecho de haberle mentido. Acostarte con otra persona, para ella, sólo contaba como debilidad hormonal. Mentir era una falta de respeto, y no quería estar casada con alguien que no sentía ningún respeto por ella.

—¿Por qué no os divorciasteis?

—Porque a pesar de aquel lío yo la amaba y ella me amaba —dije—. Lo resolvimos porque queríamos estar juntos. Y, de todas formas, ella tuvo un lío unos años más tarde, así que podríamos decir que acabamos igualados. Lo cierto es que nos llevamos mejor después de eso.

* * *

—Háblame de ella —me pidió Jane, más tarde.

—Kathy hacía unas tartas increíbles —le conté—. En particular la tarta de fresas era para chuparse los dedos. Un año, Kathy se presentó a un concurso en la feria estatal, y el gobernador de Ohio era el juez. El primer premio era un horno nuevo de Sears.

—¿Ganó? —preguntó Jane.

—No, quedó segunda. Le dieron un vale por cien dólares en una tienda de muebles de cocina y baño. Pero una semana más tarde recibió una llamada telefónica de la oficina del gobernador. Su secretaria le explicó a Kathy que, por motivos políticos, había tenido que darle el primer premio a la esposa del mejor amigo de un contribuyente importante, pero que desde que el gobernador había probado aquel trozo de tarta, no podía dejar de hablar de lo buena que estaba, y si por favor podía hacerle una tarta para que dejara de hablar de lo mismo de una vez.

* * *

—Háblame de ella —dijo Jane.

—La primera vez que supe que estaba enamorado de ella fue en mi segundo año de instituto —expliqué—. Nuestro colegio iba a representar *Romeo y Julieta*, y ella fue seleccionada como Julieta. Yo era el ayudante de dirección de la obra, lo que significaba construir decorados la mayor parte del tiempo o ir a por café para la señorita Amos, la profesora que dirigía la obra. Pero cuando Kathy empezó a tener problemas con sus líneas, la señorita Amos me pidió que las repasara con ella. Así que, durante dos semanas, después de los ensayos Kathy y yo íbamos a su casa y trabajábamos su papel, aunque sobre todo hablábamos de otras cosas, como hacen los adolescentes. Todo era muy inocente en aquella época. Luego hubo el ensayo general vestidos de época y oí a Kathy decirle todas aquellas líneas a Jeff Greene, que interpretaba a Romeo, y me puse celoso. Se suponía que debía decirme aquellas palabras *a mí*.

—Y ¿qué hiciste? —preguntó Jane.

—Soporté todas las representaciones de la obra, cuatro pases entre el viernes por la noche y el domingo por la tarde, y evité a Kathy cuanto fue posible. Luego, en la fiesta del domingo por la noche con el reparto, Judy Jones, que interpretaba al ama de Julieta, me buscó y me dijo que Kathy estaba sentada en la puerta de mercancías de la cafetería, llorando. Creía que yo la odiaba, porque llevaba cuatro días ignorándola y no sabía por qué. Judy añadió entonces que si no salía y le decía a Kathy que estaba enamorado de ella, iría a buscar una pala y me mataría a golpes con ella.

—¿Cómo supo que estabas enamorado? —preguntó Jane.

—Cuando eres adolescente y estás enamorado, es obvio para todo el mundo menos para ti y la persona de la que estás enamorado —dije—. No me preguntes por qué. Así funciona. De modo que fui a la puerta de mercancías, y vi a Kathy allí sentada, sola, haciendo oscilar los pies por el borde de la plataforma. Había luna llena y la luz le daba en la cara, y creo que jamás la vi más hermosa que en ese momento. Y mi corazón rebosaba porque sabía, sabía de verdad, que estaba tan enamorado de ella que nunca podría decirle cuánto la quería.

—¿Qué hiciste?

—Hice trampas. Porque, verás, daba la casualidad de que había memorizado párrafos enteros de *Romeo y Julieta*. Así, mientras me acercaba a ella, sentada allí en lo alto, le recité la mayor parte del Acto II, Escena II. «¿Qué es esa luz que en el cielo brilla? Es el este, y Julieta es el sol. Despierta, dulce sol...», y todo eso. Sabía las palabras desde antes, pero esa vez las decía de verdad. Y después de terminar de recitarlas, me acerqué a ella y la besé por primera vez. Ella tenía quince años y yo dieciséis, y supe que nos casaríamos y que pasaríamos toda la vida juntos.

* * *

—Cuéntame cómo murió —pidió Jane, justo antes del salto al espacio consu.

—Estaba haciendo barquillos un domingo por la mañana y sufrió un colapso mientras buscaba la vainilla —dije—. Yo estaba en el salón en ese momento.

Recuerdo que se estaba preguntando dónde había puesto la vainilla y un segundo más tarde oí un golpe y algo que caía. Entré corriendo en la cocina y ella estaba tendida en el suelo, sacudiéndose y sangrando por el golpe que se había dado en la cabeza con la encimera. Llamé a urgencias mientras la abrazaba. Traté de detener la hemorragia del corte, y le dije que la amaba y seguí diciéndoselo hasta que llegaron los enfermeros y se la llevaron, aunque me permitieron cogerle la mano en la ambulancia, camino del hospital. Le estaba sosteniendo la mano cuando murió. Vi la luz de sus ojos apagarse, pero seguí diciéndole cuánto la amaba hasta que, al llegar al hospital me la arrebataron.

—¿Por qué hiciste eso?

—Necesitaba asegurarme de que lo último que oía era mi voz diciéndole cuánto la amaba.

—¿Cómo es cuando pierdes a alguien a quien amas? —preguntó Jane.

—Tú también te mueres —dije—. Y esperas que tu cuerpo te siga.

—¿Es eso lo que estás haciendo ahora? ¿Esperar que tu cuerpo te siga?

—No, ya no —respondí—. Al final, acabas por volver a vivir. Sólo que vives una vida diferente, eso es todo.

—Así que ahora estás en tu tercera vida.

—Supongo que sí.

—¿Qué te parece esta vida? —quiso saber Jane.

—Me gusta —contesté—. Me gusta la gente que hay en ella.

Más allá del ventanal, las estrellas volvieron a reagruparse. Estábamos en el espacio consu. Permanecimos allí, sentados en silencio, fundiéndonos con el silencio del resto de la nave.

—Pueden referirse a mí como embajador, por indigno que sea de ese título —dijo el consu—. Soy un criminal, y caí en desgracia en la batalla de Pahnshu, y por tanto me veo obligado a hablarles en su lengua. Por esta vergüenza ansió la muerte y un castigo justo antes de mi renacimiento. Espero que, como resultado de estos procedimientos, se me vea como algo menos indigno, y por tanto sea liberado con la muerte. Por eso me mancillo hablando con ustedes.

—Encantado de conocerle yo también —dije.

Nos encontrábamos en el centro de una cúpula del tamaño de un campo de fútbol que los consu habían construido no hacía ni una hora. Naturalmente, no se podía permitir que los humanos tocáramos suelo consu, ni estar en ningún sitio que los consu pudieran volver a pisar; a nuestra llegada, máquinas automáticas habían creado la cúpula en una región del espacio consu mantenida largamente en cuarentena para que sirviera de zona de recepción a invitados no deseados como nosotros. Después de que se completaran nuestras negociaciones, la cúpula implotaría y sería lanzada hacia el agujero negro más cercano, para que ninguno de sus átomos volviera a contaminar jamás aquel universo concreto. A mí me parecía que esto último era exagerar un poco.

—Tenemos entendido que hay preguntas que desean hacernos referidas a los raey —dijo el embajador—, y que desean invocar nuestros ritos para ganar el honor de hacernos estas preguntas.

—Así es —dije. Quince metros detrás de mí treinta y nueve soldados de las fuerzas especiales permanecían firmes, todos vestidos para la batalla. Nuestra información nos decía que los consu no consideraban esto una reunión de iguales, así que había poca necesidad de sutilezas diplomáticas; además, en tanto que cualquiera de los nuestros podía ser seleccionado para la lucha, tenían que estar preparados. Yo iba un poco emperifollado, aunque por decisión propia: si pretendía hacerme pasar por el jefe de aquella pequeña delegación, entonces por Dios que al menos iba a parecerlo.

A igual distancia detrás de los consu había otros cinco consu, cada uno blandiendo dos cuchillos largos y de aspecto intimidador. No tuve que preguntar qué estaban haciendo allí.

—Mi gran pueblo reconoce que han solicitado correctamente nuestros ritos y que se han presentado cumpliendo nuestros requerimientos —dijo el embajador—. Sin embargo habríamos descartado su petición, considerándola indigna, si no hubieran traído también a quien tan honorablemente envió a nuestros guerreros al ciclo de renacimiento. ¿Es usted?

—Yo soy —confirmé.

El consu hizo una pausa y pareció estudiarme.

—Extraño que un gran guerrero tenga este aspecto —dijo el embajador.

—Yo siento lo mismo —convine. Nuestra información nos decía que, una vez la petición había sido aceptada, los consu la honrarían independientemente de cómo nos comportáramos en las negociaciones, mientras lucháramos siguiendo lo aceptado. Así que me sentía cómodo siendo un poco banal. De hecho, parecía que los consu nos preferían así: los ayudaba a sentir sus sentimientos de superioridad. Mientras funcionara...

—Cinco criminales han sido seleccionados para competir con sus soldados —explicó el embajador—. Como los humanos carecen de los atributos físicos de los consu, hemos traído cuchillos para que los empleen sus soldados, si así lo quieren. Nuestros participantes los tienen ahora, y, al proporcionárselos a sus soldados, elegirán contra quién luchan.

—Comprendo.

—Si su soldado sobrevive, puede quedarse el cuchillo como muestra de su victoria.

—Gracias.

—No deseamos recuperarlos. Estarían sucios —dijo el embajador.

—Entendido.

—Responderemos a las preguntas que se hayan ganado después de la confrontación —prosiguió el embajador—. Ahora seleccionaremos a los oponentes.

Entonces soltó un alarido que habría arrancado el pavimento de una carretera, y los cinco consu que tenía detrás dieron un paso al frente, nos dejaron atrás y se dirigieron a nuestros soldados, con los cuchillos desenvainados. Nadie dio un respingo. Aquello era disciplina.

Los consu no perdieron mucho tiempo seleccionando. Avanzaron en línea recta y entregaron los cuchillos a quienes tenían directamente delante. Para ellos, uno de nosotros era tan bueno como cualquier otro. Los cuchillos fueron entregados al cabo Mendel, con quien yo había almorzado, los soldados Joe Goodall y Jennifer de Aquino, el sargento Fred Hawking y la teniente Jane Sagan. Sin decir palabra, todos los aceptaron. Los consu se retiraron tras el embajador, mientras el resto de nuestros soldados retrocedía varios metros tras los seleccionados.

—Comenzarán ustedes cada enfrentamiento —dijo el embajador, y luego se situó detrás de sus luchadores. Ahora no quedábamos más que yo y dos filas de soldados de quince metros a cada lado, esperando pacientemente para matarse. Me hice a un lado, todavía entre las dos filas, y señalé al soldado y el consu que tenía más cerca.

—Comenzad.

El consu desplegó sus brazos golpeadores, revelando las hojas planas y afiladas como cuchillas de su caparazón modificado, y liberando de nuevo los brazos secundarios, más pequeños y casi humanos. Taladró la cúpula

con un alarido y avanzó. El cabo Mendel soltó uno de sus cuchillos, cogió el otro con la mano izquierda, y se dirigió hacia el consu. Cuando estaban a tres metros de distancia, todo se volvió confuso. Diez segundos después de empezar, el cabo Mendel tenía un tajo que le recorría toda la caja torácica y le llegaba al hueso, y el consu tenía el cuchillo clavado profundamente en la parte blanda, donde su cabeza se fundía con su caparazón. Mendel había conseguido herirlo mientras se debatía en la tenaza del consu, y había recibido el corte en busca del lugar donde alcanzar el punto débil más obvio del consu. El consu se retorció mientras Mendel giraba la hoja, cortando el cordón nervioso de la criatura de un tirón, y separando el bulbo nervioso secundario de la cabeza y aislándolo del cerebro principal, en el tórax, así como varias venas importantes. El consu se desplomó. Mendel recuperó el cuchillo y regresó junto al resto de las fuerzas especiales, sujetándose el costado con el brazo derecho.

Señalé a Goodall y a su consu. Goodall hizo una mueca y salió a la lucha, manteniendo los cuchillos bajos y sujetándolos con ambas manos, las hojas a la espalda. Su consu aulló y cargó, la cabeza por delante, los brazos golpeadores extendidos. Goodall devolvió la carga y, en el último segundo, resbaló como un corredor al alcanzar la base. El consu descargó el golpe cuando Goodall le pasaba por debajo, cortándole la piel y la oreja del lado izquierdo de la cabeza. Goodall amputó una de las patas quitinosas del consu con un rápido golpe hacia arriba; ésta crujió como la pinza de una langosta y salió despedida en perpendicular siguiendo el movimiento de Goodall. El consu se inclinó y se desmoronó.

Goodall giró sobre su trasero, lanzó sus cuchillos al aire, dio una voltereta de espaldas y aterrizó de pie a tiempo de coger los cuchillos antes de que cayeran. El lado izquierdo de su cabeza era un gran pegote gris, pero Goodall seguía sonriendo cuando se abalanzó contra su consu, que intentaba desesperadamente incorporarse. Agitó demasiado lentamente los brazos hacia Goodall mientras éste trazaba una pirueta y clavaba el primer cuchillo como una estaca en su caparazón dorsal con un revés, y luego daba la vuelta y, de otro revés, le hacía lo mismo al caparazón torácico del consu. Goodall giró ciento ochenta grados para encararse con él, agarró los mangos de ambas hojas y luego las arrancó violentamente en un movimiento giratorio. El consu se estremeció cuando los elementos cortados de su cuerpo cayeron por delante y por detrás y luego se desplomó una última vez. Goodall sonreía mientras volvía a su sitio, bailando una jiga por el camino. Claramente, se había divertido.

La soldado De Aquino no bailó, y no pareció que se estuviera divirtiendo. Su consu y ella se observaron trazando un círculo durante sus buenos veinte segundos antes de que el consu finalmente diera un salto, alzando su brazo golpeador, como para enganchar a De Aquino por la barriga. Ella saltó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. El consu la atacó entonces, inmovilizando su brazo izquierdo, atravesándosele entre el radio y el cubito con su brazo golpeador izquierdo, y dirigiendo el otro brazo hacia su cuello. El consu movió sus patas traseras, buscando estabilidad para descargar un

golpe decapitador, y entonces movió el brazo golpeador derecho ligeramente hacia la izquierda, para darse impulso.

Mientras el consu se disponía a cortarle la cabeza, De Aquino gruñó con fuerza y agitó el cuerpo en la dirección del corte; su brazo y su mano izquierdos se desgajaron cuando los tendones y los tejidos blandos cedieron ante la fuerza del impulso, con lo que el consu rodó cuando ella se proyectó contra él. Dentro de la tenaza del consu, De Aquino giró y se dispuso a descargar su cuchillo a través del caparazón del consu con la mano derecha. Él trató de empujarla; De Aquino enroscó las piernas alrededor de la sección media de la criatura y aguantó. El consu logró descargar unas cuantas puñaladas en la espalda De Aquino antes de morir, pero los brazos golpeadores no eran muy eficaces tan cerca de su cuerpo. De Aquino se zafó del cuerpo del consu y logró cubrir la mitad de la distancia hacia los otros soldados antes de desplomarse y que tuvieran que llevársela.

Comprendí ahora por qué me habían apartado de la lucha. No era sólo cuestión de velocidad y fuerza, aunque claramente las fuerzas especiales me superaban en ambas. Además empleaban estrategias que procedían de una comprensión distinta de lo que era una pérdida aceptable. Un soldado normal no sacrificaría un miembro como acababa de hacer De Aquino; siete décadas sabiendo que los miembros eran irremplazables, y que la pérdida de uno podía conducir a la muerte, eran un hándicap. Eso en cambio no suponía ningún problema para los soldados de las fuerzas especiales, que nunca supieron que no se podía recuperar un miembro, y que eran conscientes de que su tolerancia al daño era mucho más alta que la de un soldado normal. No es que los soldados de las fuerzas especiales no tuvieran miedo. Es que se daban cuenta más tarde.

Indiqué al sargento Hawking y su consu que empezaran. Por una vez, el consu no abrió sus brazos golpeadores, sino que, simplemente, se acercó al centro de la cúpula y esperó a su oponente. Hawking, mientras tanto, se agachó y avanzó con cuidado, un pie cada vez, calibrando el momento adecuado para golpear: adelante, pausa, paso de lado, pausa, adelante, pausa y adelante de nuevo. Fue en uno de esos cuidadosos y bien considerados pasitos hacia adelante cuando el consu se abalanzó como un bicho que explota, y empaló a Hawking con ambos brazos golpeadores, levantándolo y lanzándolo por los aires. Al caer, el consu lo golpeó de nuevo con saña, cercenándole la cabeza y cortándole el cuerpo por la mitad. El torso y las piernas fueron en direcciones opuestas, y la cabeza cayó directamente delante del consu, quien la miró durante un instante y luego la atravesó con la punta de su brazo golpeador y la lanzó con fuerza en dirección a los humanos. La cabeza rebotó húmeda y golpeó el suelo y luego quedó boca abajo, desparramando sesos y SangreSabia.

Durante los cuatro enfrentamientos anteriores, Jane había aguardado impaciente en la fila, jugueteando nerviosa con sus cuchillos. Ahora dio un paso adelante, dispuesta para comenzar, igual que hizo su oponente, el último consu. Le indiqué a los dos que comenzaran. El consu dio un agresivo paso al frente, desplegó sus brazos golpeadores y lanzó un grito de batalla

que pareció capaz de romper la cúpula y lanzarnos a todos al espacio, abriendo sus mandíbulas al máximo para hacerlo. A treinta metros de distancia, Jane parpadeó y entonces lanzó uno de sus cuchillos con todas sus fuerzas contra la boca abierta del consu, dando suficiente fuerza al lanzamiento como para que la hoja acabara por asomar por la parte trasera de la cabeza del consu y la empuñadura quedara atascada en el otro lado del caparazón del cráneo. El grito de batalla fue sustituido de pronto por el sonido de un bicho grande y gordo que se ahogaba con la sangre y la hoja de metal. La criatura trató de sacarse el cuchillo de la boca, pero murió antes de terminar el movimiento. Se desplomó hacia adelante y expiró con un último y húmedo estertor.

Me acerqué a Jane.

—Creí que no se podían usar los cuchillos de esa forma —dije.

Ella se encogió de hombros y jugueteó con el otro cuchillo que tenía en las manos.

—Nadie dijo que no pudiera —contestó.

El embajador se acercó a mí, esquivando al consu caído.

—Han ganado el derecho a cuatro preguntas —dijo—. Puede hacerlas ahora. Cuatro preguntas eran más de lo que esperábamos. Teníamos esperanzas de conseguir tres, y planeábamos dos; creímos que los consu serían más duros. No es que el soldado muerto y varias partes corporales cercenadas constituyeran una victoria total de ninguna manera. Con todo, uno aprovecha lo que tiene. Cuatro preguntas nos vendrían bien.

—¿Proporcionaron los consu a los raey la tecnología para detectar la impulsión de salto? —pregunté.

—Sí —respondió el embajador, sin ampliar nada más. Lo cual era correcto: no esperábamos que los consu nos contaran más de aquello a lo que se sintieran obligados. Pero la respuesta del embajador nos daba información sobre varias preguntas más. Puesto que los raey obtenían la tecnología de los consu, era altamente improbable que supieran cómo funcionaba a nivel fundamental; no teníamos que preocuparnos de que expandieran su uso o le vendieran la tecnología a otras razas.

—¿Cuántas unidades detectoras del impulso de salto tienen los raey? Originalmente, habíamos pensado en preguntar cuántas habían proporcionado los consu a los raey, pero por si habían sido más, dedujimos que sería mejor ser generales.

—Una —dijo el embajador.

—¿Cuántas otras razas que conozcan los humanos tienen capacidad para detectar la impulsión de salto?

Nuestra tercera pregunta importante. Asumíamos que los consu conocían a más razas que nosotros, así que hacer una pregunta más general de cuántas razas tenían la tecnología no nos sería útil; lo mismo respecto a preguntar a quién más le habían dado la tecnología, ya que cualquier otra raza podría

haber descubierto la tecnología por su cuenta. No todos los artilugios del universo son un regalo de otra raza más avanzada. Ocasionalmente, hay quien descubre cosas por su cuenta.

—Ninguna —respondió el embajador. Otro golpe de suerte para nosotros. Al menos nos daba tiempo para descubrir cómo funcionaba.

—Todavía tienes una pregunta más —dijo Jane, y señaló al embajador, que esperaba mi última consulta. Así que pensé, qué demonios.

—Los consu podéis aniquilar a la mayoría de las razas de esta zona del espacio —improvisé—. ¿Por qué no lo hacéis?

—Porque os amamos —respondió el embajador.

—¿Cómo? —me salió. Técnicamente, ésta podría haber contado como una quinta pregunta a la que el consu no tendría por qué responder. Pero lo hizo de todas formas.

—Apreciamos toda vida que tiene el potencial del *Ungkat* —esta última parte sonó como un guardabarros rozando una pared de ladrillo—, que es la participación en el gran ciclo del renacer —explicó el embajador—. Cuidamos de todos vosotros, razas inferiores, consagrando vuestros planetas para que todos los que habitan en ellos puedan renacer en el ciclo. Consideramos nuestro deber participar en vuestro crecimiento. Los raey creen que les proporcionamos la tecnología por la que preguntáis porque nos ofrecieron uno de sus planetas, pero no es así. Vimos la oportunidad de acercar vuestras dos razas a la perfección, y lo hemos hecho con alegría.

El embajador abrió sus brazos golpeadores, y vimos sus brazos secundarios, las manos abiertas, casi implorantes.

—El momento en que vuestro pueblo será digno de unirse a nosotros estará mucho más cerca ahora. Hoy sois sucios y debéis ser despreciados incluso aunque sois amados. Pero contentaos con el conocimiento de que la liberación será posible un día. Yo mismo voy ahora a la muerte, mancillado por haberos hablado en vuestra lengua, pero con un nuevo sitio asegurado en el ciclo, porque os he hecho avanzar en la gran rueda. Os desprecio y os amo, a vosotros que sois mi condena y mi salvación. Marchaos ahora, para que podamos destruir este lugar y celebrar vuestro progreso. Marchaos.

* * *

—No me gusta —dijo el teniente Tagore en nuestra siguiente reunión, después de que los otros y yo contáramos nuestra experiencia—. No me gusta nada de nada. Los consu les dieron a los raey la tecnología específicamente para poder jugar con nosotros. El maldito bicho lo dijo. Nos tienen danzando como marionetas en la cuerda. Ahora mismo podrían estar diciéndole a los raey que vamos de camino.

—Eso sería redundante, considerando la tecnología de detección del salto —dijo el capitán Jung.

—Sabe a qué me refiero —replicó Tagore—. Los consu no nos van a hacer ningún favor, ya que claramente quieren que los raey y nosotros luchemos, para hacernos «progresar» a otro nivel cósmico, signifique eso lo que puñetas signifique.

—Los consu no iban a hacernos ningún favor de todas formas, así que ya basta de hablar de ellos —zanjó el mayor Crick—. Puede que estemos actuando según sus planes, pero recuerden que sus planes coinciden con los nuestros hasta cierto punto. Y no creo que a los consu les importe una mierda si vencemos nosotros o los raey. Así que concentrémonos en lo que estamos haciendo nosotros en vez de en lo que están haciendo los consu.

Mi CerebroAmigo se activó; Crick envió una gráfica de Coral y de otro planeta, el mundo natal raey.

—El hecho de que los raey estén usando tecnología prestada significa que tenemos una posibilidad de actuar, de golpearlos rápido y con fuerza, tanto en Coral como en su mundo materno —dijo—. Mientras charlábamos con los consu, las FDC han estado posicionando naves a distancia de salto. Tenemos seiscientas naves, casi un tercio de nuestras fuerzas, situadas y listas para saltar. Después de recibir noticias nuestras, las FDC iniciarán ataques simultáneos sobre Coral y el mundo natal raey. La idea es recuperar Coral e impedir potenciales refuerzos raey. Atacar su mundo incapacitará a las naves que hay allí y obligará a las que estén en otras partes a decidir si es prioritario ayudar a Coral o al mundo natal raey.

»Ambos ataques coinciden en una cosa: eliminar su capacidad para saber que venimos. Eso significa coger su estación de rastreo y desconectarla... pero *no* destruirla. La tecnología de esa estación es tecnología que las FDC pueden utilizar. Tal vez los raey no puedan desentrañarla, pero nosotros estamos mucho más avanzados en la curva tecnológica. Volaremos la estación sólo si no hay más remedio. Vamos a tomarla y conservarla hasta que puedan llegar refuerzos a la superficie.

—¿Cuánto tardará eso? —preguntó Jung.

—Los ataques simultáneos se coordinarán para que comiencen cuatro horas después de que entremos en el espacio de Coral —dijo Crick—. Dependiendo de la intensidad de las batallas navales, podemos esperar que lleguen tropas de refuerzo poco después del primer par de horas.

—¿Cuatro horas después de que *entremos* en el espacio de Coral? —preguntó Jung—. ¿No después de que tomemos la estación?

—Así es —respondió Crick—. Así que será mejor que tomemos esa maldita estación, señores.

—Discúlpenme —intervine yo—. Me preocupa un pequeño detalle.

—Sí, teniente Perry —me cedió la palabra Crick.

—El éxito de la ofensiva depende de que tomemos la estación que localiza la llegada de nuestras naves —dije.

—En efecto.

—La misma estación que nos localizará a *nosotros* cuando saltemos al espacio de Coral.

—En efecto.

—Estuve a bordo de una nave que fue localizada al entrar en el espacio de Coral, si lo recuerdan —dije—. Saltó hecha pedazos y todos los que iban en ella menos yo murieron. ¿No les preocupa un poco que algo muy similar le suceda a *esta* nave?

—Hemos entrado en el espacio de Coral sin ser detectados antes —dijo Tagore.

—Soy consciente de ello, puesto que la *Gavilán* fue la nave que me rescató —contesté—. Y, créame, se lo agradezco. Sin embargo, me parece que es un truco que sólo se consigue una vez. Y aunque saltemos al espacio de Coral lo bastante lejos del planeta como para evitar ser detectados, tardaríamos varias horas en llegar allí. El tiempo corre en contra nuestra. Si esto va a funcionar, la *Gavilán* tiene que saltar cerca del planeta. Así que quiero saber cómo vamos a hacerlo y seguir esperando que la nave aguante de una pieza.

—La respuesta a eso es bien sencilla —dijo el mayor Crick—. No esperamos que la nave aguante de una pieza. Esperemos que sea borrada del cielo. De hecho, contamos con ello.

—¿Perdone? —dije. Miré hacia la mesa, esperando ver expresiones de confusión similar a la mía. En cambio, todos parecían pensativos. Me pareció enormemente preocupante.

—Inserción en órbita alta, entonces, ¿no? —preguntó el teniente Dalton.

—Sí —respondió Crick—. Modificada, obviamente. Me quedé boquiabierto.

—¿Han hecho esto antes? —dije.

—Esto exactamente no, teniente Perry —explicó Jane, y me volví hacia ella—. Pero sí, en ocasiones hemos insertado fuerzas especiales directamente desde la nave... en general, cuando el uso de lanzaderas no es una opción, como será este caso. Tenemos trajes de salto especiales que nos aíslan del calor de la entrada en la atmósfera; aparte de eso, es como un desembarco aéreo normal.

—Excepto que en este caso, la nave saltará bajo sus pies —dije.

—Ésa es la pequeña pega —admitió Jane.

—Están ustedes completamente locos —dije.

—Eso nos proporciona una táctica excelente —aseguró el mayor Crick—. Si la nave es destruida, se espera que los cuerpos salgan despedidos de entre los escombros. Las FDC acaban de mandarnos una nave robot con información sobre el emplazamiento de la estación de rastreo, así que podremos saltar sobre el planeta en una buena posición para soltar a nuestra gente. Los raey pensarán que han destruido nuestro asalto antes de que tuviera lugar. Ni siquiera sabrán que estamos allí hasta que los golpeemos. Y entonces será demasiado tarde.

—Suponiendo que sobrevivan al ataque inicial —objeté. Crick miró a Jane y asintió.

—Las FDC nos han conseguido un pequeño hueco —explicó Jane al grupo—. Han empezado a colocar impulsores de salto en grupos de misiles con escudos y los están lanzando al espacio de Coral. Cuando los escudos sean alcanzados, se dispararán los misiles, que serán muy difíciles de alcanzar por los raey. De esta forma, hemos eliminado varias naves raey durante los dos últimos días: ahora esperan unos cuantos segundos antes de disparar, para localizar adecuadamente todo lo que se les lanza. Deberíamos contar con unos treinta segundos antes de que la *Gavilán* sea alcanzada. No es tiempo suficiente para que una nave que no espera los impactos haga algo, pero sí para sacar a nuestra gente de a bordo. También puede que sea tiempo suficiente para que la tripulación del puente lance una ofensiva de distracción.

—¿La tripulación del puente va a quedarse a bordo? —pregunté.

—Saltaremos con los trajes junto a los demás y dirigiremos la nave vía CerebroAmigo —dijo el mayor Crick—. Pero permaneceremos en la nave al menos hasta que lancemos la primera andanada de misiles. No queremos manejar los CerebroAmigos cuando dejemos la nave hasta estar en la atmósfera de Coral: eso revelaría que estamos vivos a cualquier raey que pudiera estar siguiéndonos. Hay algún riesgo implícito, pero todos corremos riesgo a bordo de esta nave. Lo cual, por cierto, le incluye a usted, teniente Perry.

—¿A mí?

—Obviamente, no querrá estar en la nave cuando sea alcanzada —dijo Crick—. Al mismo tiempo, no ha sido entrenado para este tipo de misión, y además le prometimos que estaría aquí en capacidad de asesor. En conciencia, no podemos pedirle que participe. Después de esta reunión, se le proporcionará una lanzadera, y una nave robot será enviada a Fénix con las coordenadas de su lanzadera y una petición para que lo rescaten. Fénix mantiene varias naves de recuperación permanentemente estacionadas a distancia de salto; lo recogerán en cuestión de un día. No obstante, le dejaremos provisiones para un mes. Y además la lanzadera está equipada con sus propios robots de salto por si llega el caso.

—Así que me están dando la patada —dije.

—No es nada personal —respondió Crick—. El general Keegan querrá un informe de la situación y las negociaciones con los consu, y como nuestro contacto con las FDC convencionales, es usted la mejor opción para ambas cosas.

—Señor, con su permiso, me gustaría quedarme.

—En realidad no tenemos sitio para usted, teniente —dijo Crick—. Servirá mejor a esta misión de vuelta en Fénix.

—Señor, con el debido respeto, tiene al menos un agujero en sus filas — objeté—. El sargento Hawking murió durante nuestras negociaciones con los consu; la soldado De Aquino perdió medio brazo. No podrán reforzar sus filas antes de la misión. Sé que no pertenezco a las fuerzas especiales, pero soy un soldado veterano. En el peor de los casos, soy mejor que nada.

—Creo recordar que dijo que estábamos completamente locos —me refrescó la memoria el capitán Jung.

—*Están* absolutamente locos —contesté—. Así que, si van a seguir adelante con esto necesitan toda la ayuda que puedan conseguir. Además, señor —añadí, volviéndome hacia Crick—, recuerde que perdí a los míos en Coral. No me parece justo quedarme a un lado durante esta lucha.

Crick miró a Dalton.

—¿Cómo vamos con De Aquino? —preguntó. Dalton se encogió de hombros.

—La tenemos en régimen de curación acelerada —dijo—. Duele a rabiar hacerle crecer el brazo tan rápido, pero estará preparada cuando demos el salto. No lo necesito a él.

Crick se volvió hacia Jane, que me estaba mirando.

—Es decisión suya, Sagan —dijo Crick—. Hawking era su segundo. Si lo quiere, puede quedárselo.

—No lo quiero —respondió Jane, mirándome directamente mientras lo decía—. Pero tiene razón. Me falta un hombre.

—Bien —aceptó Crick—. Póngase con él a toda velocidad, entonces. —Se volvió hacia mí—. Si la teniente Sagan cree que no va a lograrlo, se irá en la lanzadera. ¿Me entiende?

—Lo entiendo, mayor —dije, mirando a Jane.

—Bien —dijo—. Bienvenido a las fuerzas especiales, Perry. Es usted el primer realnado que ha estado en nuestras filas, que yo sepa. Intente no cagarla, porque si lo hace, le prometo que los raey van a ser el menor de sus problemas.

* * *

Jane entró en mi camarote sin pedir permiso: podía hacerlo ahora que era mi oficial superior.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —dijo.

—Os falta un hombre —argumenté yo—. Y yo soy un hombre. Haz los cálculos.

—Te traje a esta nave porque sabía que te meterían en la lanzadera —dijo Jane—. Si te hubieran devuelto a infantería, estarías en una de las naves implicadas en el ataque. Si no tomamos la estación de rastreo, ¿sabes qué le

va a pasar a esas naves y a todos los que vayan en ellas? Era la única forma que se me ocurrió de ponerte a salvo, y vas y la arrojas por la borda.

—Podrías haberle dicho a Crick que no me querías —objeté—. Ya lo oíste. No le habría importado meterme en una lanzadera y dejarme flotando en el espacio consu hasta que llegara alguien a recogerme. No lo hiciste porque sabes lo descabellado que es este plan. Sabes que vais a necesitar toda la ayuda posible. No sabía que acabaría bajo tus órdenes, Jane. Si De Aquino no fuera a estar preparada, bien podía haber servido a las órdenes de Dalton en esta misión. Ni siquiera sabía que Hawking era tu segundo hasta que lo dijo Crick. Y sé que si esto va a funcionar, necesitas a todo el mundo que esté a mano.

—¿Por qué te importa? —preguntó ella—. Ésta no es tu misión. No eres uno de nosotros.

—Ahora ya lo soy, ¿no? Estoy en esta nave. Estoy aquí, gracias a ti. Y no tengo otro sitio adonde ir. Toda mi compañía voló por los aires y la mayoría de mis otros amigos están muertos. Y de todas maneras, como uno de los *vuestros* mencionó, todos somos humanos. Mierda, incluso me crearon en un laboratorio, como a ti. Este cuerpo, al menos. Bien podría ser uno de vosotros. Así que ahora lo soy.

Jane se irritó.

—No tienes ni idea de lo que es ser uno de nosotros. Dijiste que querías saber cosas de mí. ¿Qué parte quieres conocer? ¿Quieres saber cómo es despertarte un día, con la cabeza llena de una biblioteca de información (todo, desde matar a un cerdo a pilotar una astronave) pero no saber tu propio nombre? ¿O que tienes nombre siquiera? ¿Quieres saber cómo es no haber sido nunca niña, o no haber visto *nunca* a un niño hasta que pones el pie en una colonia arrasada y ves a uno muerto delante? Tal vez te gustaría oír cómo la primera vez que uno de nosotros habla con un realnacido tenemos que contenernos para no golpearos porque habláis tan despacio, os movéis tan despacio y *pensáis* tan despacio que no sabemos por qué se molestan siquiera en enrolos.

»O tal vez te gustaría saber que todos los soldados de las fuerzas especiales sueñan con un pasado para sí. Sabemos que somos el monstruo de Frankenstein. Sabemos que estamos hechos de miembros y piezas de muertos. Nos miramos en el espejo y sabemos que estamos viendo a otra persona, y que el único motivo por el que existimos es porque ellos no existen... y porque se han perdido para siempre. Así que todos imaginamos la persona que podrían haber sido. Imaginamos sus vidas, sus *hijos*, sus *esposos* y *esposas*, y *sabemos que* ninguna de esas cosas podrá ser nuestra jamás.

Jane dio un paso y se plantó ante mi cara.

—¿Quieres saber lo que es conocer al marido de la mujer que fuiste? ¿Ver el reconocimiento en su cara pero no sentirlo, no importa cuánto lo quieras?

¿Saber que quiere desesperadamente llamarte por un nombre que no es el tuyo? Saber que cuando te mira ve décadas de vida... y que tú no sabes

nada al respecto. Saber que estuvo contigo, que estuvo *dentro* de ti, que estuvo allí, sosteniéndote la mano cuando moriste, diciéndote que te amaba. Saber que no puede hacer de ti una realnacida, pero puede darte una continuación, una historia, una idea de quién eras para ayudarte a comprender quién fuiste.

¿Puedes imaginar cómo es querer eso para ti? ¿Mantenerlo a salvo a cualquier precio?

Estaba muy cerca. Sus labios casi tocaban los míos, pero no había ningún atisbo de beso en ellos.

—Viviste conmigo diez veces más de lo que yo he vivido conmigo —dijo Jane—. Eres mi cuidador. No puedes imaginar cómo es eso para mí. Porque *no eres uno de nosotros*. —Dio un paso atrás.

Me la quedé mirando.

—No eres ella. Tú misma me lo dijiste.

—Oh, Cristo —exclamó Jane—. *Mentí*. Soy ella, y lo sabes. Si hubiera vivido, se habría unido a las FDC y habrían usado el mismo maldito ADN para crearle un cuerpo nuevo, como han hecho conmigo. Tengo un revoltijo de mierda de alienígena en mis genes pero tú tampoco eres humano del todo, y ella no lo habría sido tampoco. La parte humana que hay en mí es la misma que habría habido en ella. Lo único que me falta es la memoria. Me falta toda mi otra vida.

Jane volvió a acercarse, me cogió la cara con ambas manos.

—Soy Jane Sagan, lo sé —dijo—. Los últimos seis años son míos, y son reales. Esta es *mi* vida. Pero también soy Katherine Perry. Quiero recuperar esa vida. La única forma en que puedo hacerlo es a través de ti. Tienes que permanecer vivo, John. Sin ti, volvería a perderme.

Extendí la mano para coger la suya.

—Ayúdame a seguir vivo —le pedí—. Cuéntame todo lo que necesito saber para hacer bien esta misión. Enséñame todo lo que necesito para ayudar a tu pelotón a llevar a cabo su trabajo. Ayúdame a ayudarte, Jane. Tienes razón, no sé cómo es ser tú, ser uno de vosotros. Pero sí sé que no quiero quedarme flotando en una maldita lanzadera mientras te matan. Necesito que tú también permanezcas con vida. ¿Es justo?

—Es justo —dijo ella. Le cogí la mano y se la besé.

«Ésta es la parte fácil —me envió Jane—. Déjate llevar.»

Las puertas de la bodega volaron, una descompresión explosiva que recordó mi anterior llegada al espacio de Coral. Iba a volver al mismo sitio sin salir despedido de la bodega de carga. Esta vez, sin embargo, la bodega estaba libre de objetos peligrosos y sueltos: lo único que había en el interior de la sentina de la *Gavilán* eran su tripulación y sus soldados, ataviados con gruesos y herméticos trajes de salto. Teníamos los pies clavados al suelo, como si dijéramos, por medio de trabas electromagnéticas, pero en cuanto las puertas fueran destruidas y estuvieran a suficiente distancia para no matarnos a ninguno, las trabas se abrirían y nosotros saldríamos por la puerta, llevados por el aire: la bodega de carga estaba sobrepresurizada para que hubiera suficiente impulso.

Y lo hubo. Los imanes de nuestros pies se soltaron, y fue como si un gigante tirara de nosotros y nos hiciera pasar por una ratonera particularmente grande. Como Jane sugirió, me dejé llevar, y de repente me encontré saliendo al espacio dando tumbos. Eso estaba bien, puesto que queríamos dar la impresión de una súbita e inesperada exposición a la nada, por si los raey estaban vigilando. Fui expulsado sin más ceremonias por la puerta con el resto de las fuerzas especiales, sentí un mareante momento de vértigo cuando *fuera* se reorientó como *abajo*, y *abajo* estaba a doscientos kilómetros hacia la oscura masa de Coral, la marca del día brillando al este de donde íbamos a acabar.

Mi rotación personal me hizo volverme justo a tiempo de ver a la *Gavilán* explotar por cuatro sitios: las bolas de fuego se originaron en la parte que me quedaba más lejana de la nave y la recortaron en llamas. No hubo ningún sonido ni calor, gracias al vacío existente entre la nave y yo, pero obscenas bolas de fuego amarillas y anaranjadas compensaron visualmente la falta de otros sentidos. Milagrosamente, al girar, vi a la *Gavilán* disparar misiles, lanzándolos contra un enemigo cuya posición no podía registrar. Alguien estaba aún en la nave cuando fue alcanzada. Roté de nuevo, a tiempo de ver de nuevo a la *Gavilán*, esta vez quebrándose en dos cuando otra andanada de misiles la alcanzó. Quienquiera que estuviese en la nave iba a morir a bordo. Esperé que los misiles que habían lanzado alcanzaran su objetivo.

Caía hacia Coral. Otros soldados tal vez estuvieran cerca de mí, pero era imposible saberlo: nuestros trajes eran no reflectores y se nos había ordenado silencio a través del CerebroAmigo hasta que hubiéramos rebasado la estratosfera del planeta. A menos que viera a alguien cubriendo una estrella, no sabría dónde estaban. Es lo que pasa cuando no quieres llamar la atención si planeas atacar un planeta, sobre todo cuando alguien más puede estar buscándote. Me sentí más y más vigilado a medida que el planeta Coral devoraba firmemente las estrellas en su creciente periferia.

Mi CerebroAmigo sonó: era hora de usar los escudos. Asentí, y de mi mochila brotó un chorro de nano-robots. Una red electromagnética de robots se tejió a mi alrededor, sellándome dentro de un globo negro mate y aislando toda luz. Ahora estaba cayendo verdaderamente sumido en la oscuridad. Le di gracias a Dios por no ser claustrofóbico; de haberlo sido, en ese momento me habría cagado.

El escudo era la clave para la inserción en órbita alta. Protegía al soldado que iba dentro de dos maneras del calor, capaz de calcinarlo, generado por la entrada en la atmósfera. Primero, el escudo esférico se creaba mientras el soldado continuaba cayendo a través del vacío, lo cual reducía la transferencia de calor a menos que el soldado de algún modo tocara la parte exterior del escudo, que estaba en contacto con la atmósfera. Para evitar esto, el mismo andamiaje electromagnético con el que los robots construían el escudo, también fijaba al soldado en el centro de la esfera, impidiendo todo movimiento. No era muy cómodo, pero tampoco lo era reventar cuando las moléculas del aire se colaran en tu carne a altas velocidades.

Los robots cogían el calor, usaban parte de la energía para reforzar la red electromagnética que aislaba al soldado, y luego desviaban el resto del calor tanto como fuera posible. Acababan por quemarse, y en ese momento otros venían por la red para ocupar su lugar. Lo ideal era que agotaras la necesidad del escudo antes de quedarte sin él. Nuestra provisión de robots estaba calculada para la atmósfera de Coral, con un poco de espacio extra. Pero los nervios no se pueden evitar.

Sentí la vibración cuando mi escudo empezó a abrirse paso por la estratosfera de Coral; Gilipollas indicó bastante tontamente que habíamos empezado a experimentar turbulencias. Me sacudí en mi pequeña esfera, mientras el campo aislante aguantaba, pero no obstante permitía más cimbreo del que me hubiera gustado. Cuando el borde de una esfera puede transmitir un par de miles de grados de calor directamente a tu carne, cualquier movimiento hacia él, no importa lo pequeño que sea, es causa de preocupación.

En la superficie de Coral, cualquiera que alzara la mirada vería cientos de meteoritos veteando la noche; cualquier sospecha sobre el contenido de esos meteoritos quedaría mitigada por el conocimiento de que, probablemente, eran restos de las naves humanas que las fuerzas raey acababan de eliminar del cielo. A miles de metros de altura, un soldado que caía y un trozo de casco que caía parecían lo mismo.

La resistencia de la atmósfera al espesarse hizo su trabajo y redujo la velocidad de mi esfera; varios segundos después dejó de brillar por el calor, se colapso por completo y la atravesé como un polluelo lanzado con honda a través de su cascarón. La vista ahora no era una negra pared de robots sino un mundo oscurecido, iluminado sólo en algunos sitios por algas luminiscentes que recortaban los lánguidos contornos de los arrecifes de coral, y luego por las luces más bruscas de los campamentos raey y los antiguos asentamientos humanos. Nos dirigiríamos al segundo grupo de luces.

«Disciplina de CerebroAmigos conectada», envió el mayor Crick, y me sorprendí: creí que había caído con la *Gavilán*. «Jefes de pelotón identifíquense; soldados informen a jefes de pelotón.»

A eso de un kilómetro al oeste de mi posición, a unos pocos cientos de metros por encima, Jane se iluminó de repente. Eso no había sucedido en la vida real: habría sido una buena forma de hacerse matar por las fuerzas de tierra. Fue simplemente la forma en que mi CerebroAmigo me mostró dónde estaba. A mi alrededor, cerca y lejos, otros soldados empezaron a brillar: mis nuevos camaradas de pelotón, mostrándose también. Nos retorcimos en el aire y empezamos a unirnos. Mientras nos movíamos, la superficie de Coral se transformó con una red topológica superpuesta donde brillaban varios puntos arracimados: la estación de rastreo y sus inmediaciones.

Jane empezó a inundar a sus soldados de información. Cuando me uní a su pelotón, los soldados de las fuerzas especiales dejaron a un lado la cortesía de hablarme, revirtiendo a su habitual método de comunicación vía CerebroAmigo. Pensaban que, si iba a combatir con ellos, tendría que hacerlo con sus normas. Los últimos tres días habían sido un borrón de comunicaciones; cuando Jane dijo que los realnacidos se comunicaban a velocidad más lenta se estaba quedando corta. Las fuerzas especiales se lanzaban mensajes más rápido de lo que yo podía parpadear. Conversaciones y debates terminaban antes de que yo pudiera captar el primer mensaje. Lo más confuso de todo: las fuerzas especiales no limitaban sus transmisiones a mensajes de texto o verbales. Utilizaban la habilidad del CerebroAmigo para transferir información emocional enviando estallidos de emoción que usaban como un escritor utiliza los signos de puntuación. Alguien contaba un chiste y todos los que lo escuchaban se reían con su CerebroAmigo, y era como ser golpeado con un berbiquí de diversión que se abría paso en tu cerebro. Me daba dolor de cabeza.

Pero era realmente una forma más eficaz de «hablar». Jane esbozaba la misión de nuestro pelotón, objetivos y estrategia en una décima parte del tiempo que tardaría un comandante de las FDC convencionales. Eso es una auténtica ventaja cuando la reunión tiene lugar mientras tus soldados y tú os precipitáis hacia la superficie de un planeta a velocidad terminal. Sorprendentemente, pude seguir el informe casi tan rápido como Jane lo transmitía. Descubrí que el secreto era dejar de luchar o de intentar organizar la información como estaba acostumbrado, en piezas discretas de habla verbal.

Sólo acepta que estás bebiendo de la manguera y abre bien la boca. También ayudaba que yo no respondiera mucho.

La estación de rastreo estaba situada en un terreno elevado, cerca de uno de los asentamientos humanos más pequeños que habían ocupado los raey, en un reducido valle cerrado por uno de sus lados. El terreno había sido ocupado originariamente por el centro de mando de la colonia y sus edificios colindantes; los raey se habían establecido allí para aprovechar las líneas de energía y canibalizar los ordenadores del centro de mando, las transmi-

siones y otros recursos. Habían creado posiciones defensivas en y alrededor del centro de mando, pero las imágenes en tiempo real del lugar (proporcionadas por un miembro del comando de Crick, que se había atado un satélite espía al pecho) mostraban que esas posiciones estaban sólo moderadamente armadas y atendidas. Los raey confiaban que su tecnología y sus naves espaciales neutralizarían cualquier amenaza.

Otros pelotones se encargarían del centro de mando, localizarían y asegurarían las máquinas que integraban la información de rastreo de los satélites y preparaban la descarga a las naves espaciales raey. El trabajo de nuestro pelotón era tomar la torre de transmisión desde donde la señal de tierra se dirigía a las naves. Si el hardware de transmisión era equipo consue avanzado, tendríamos que desconectar la torre y defenderla contra el inevitable contraataque raey: si era sólo tecnología raey normal y corriente, teníamos que volarla.

Fuera como fuese, la estación de rastreo caería, y las naves raey volarían a ciegas, incapaces de localizar cuándo y dónde iban a aparecer nuestras naves. La torre estaba lejos del centro de mando principal y bastante bien protegida respecto al resto de la zona, pero teníamos planes para reducir sus fuerzas antes incluso de llegar al suelo.

«Seleccionen objetivos», envió Jane, y un trazado de nuestra zona de blancos apareció en los CerebroAmigos. Los soldados raey y sus máquinas brillaron en infrarrojo; como no percibían ninguna amenaza, no tenían ninguna disciplina calorífica. Los objetivos fueron seleccionados y preparados por escuadrones, equipos y luego por soldados individuales. Cada vez que fue posible, optamos por golpear a los raey y no a su equipo, que luego podríamos utilizar nosotros cuando termináramos con ellos. Las armas no matan a nadie: lo hacen los alienígenas detrás de sus gatillos. Una vez seleccionados los objetivos, todos nos separamos ligeramente unos de otros: lo único que había que hacer era esperar.

A mil metros de altura, nuestros robots restantes se desplegaron convirtiéndose en una vela maniobrable, deteniendo la velocidad de nuestro descenso con un tirón que encogía el estómago, pero permitiéndonos flotar y elegir nuestro camino y evitar a los otros mientras lo hacíamos. Esas velas, como nuestro equipo de combate, se camuflaban con la oscuridad y el calor. A menos que se supiera lo que se estaba buscando, nunca se nos vería llegar.

«Eliminen objetivos», envió el mayor Crick, y el silencio de nuestro descenso terminó con el tableteo desgarrador de los MPs descargando una granizada de metal. En el suelo, los soldados raey y el personal vieron cómo, inesperadamente, sus cabezas y sus miembros se despegaban de sus cuerpos; sus compañeros sólo tuvieron una fracción de segundo para comprender lo que había sucedido antes de que el mismo destino les cayera encima. En mi caso apunté a tres raey estacionados cerca de la torre de transmisión; los dos primeros cayeron sin decir ni pío; el tercero apuntó con su arma a la oscuridad y se preparó para disparar. Tenía la creencia de que yo estaba

delante en vez de arriba. Lo eliminé antes de que tuviera la oportunidad de corregir esa apreciación. En unos cinco segundos, todos los raey que estaban fuera y visibles habían caído muertos. Nosotros estábamos todavía a varios cientos de metros de altura cuando sucedió.

Los reflectores se encendieron y fueron eliminados en cuanto cobraron vida. Disparamos cohetes contra trincheras y zanjas, masacrando a los raey que estaban en ellas. Los soldados que salían del centro de mando y los barracones siguieron la estela de los cohetes y dispararon en esa dirección; nuestros hombres hacía tiempo que habían maniobrado apartándose del camino, y ahora abatían a los raey que disparaban al descubierto.

Divisé un sitio donde aterrizar cerca de la torre de transmisión e instruí a Gilipollas para que calculara un plan de maniobra evasiva hasta allí. Mientras llegaba, dos raey salieron corriendo por la puerta de un cobertizo situado junto a la torre, disparando en mi dirección a bulto mientras corrían hacia el centro de mando. Alcancé a uno en la pierna y cayó aullando. El otro dejó de disparar y corrió, usando las musculosas patas parecidas a las de los pájaros que tienen los raey para ganar distancia. Le indiqué a Gilipollas que soltara la vela, que se disolvió cuando los filamentos electrostáticos que la sujetaban se plegaron y los robots se transformaron en polvo inerte. Terminé de caer los metros que me separaban del suelo, rodé, me incorporé y divisé al raey que huía. Corría en línea recta en vez de en zigzag, lo que habría dificultado abatirlo. Un único disparo, en el centro, lo eliminó. Detrás de mí, el otro raey seguía chillando, y de repente, al sonar un brusco estampido, dejó de hacerlo. Me di la vuelta y vi a Jane detrás de mí, su MP todavía apuntando al cadáver del raey.

«Tú conmigo», envió, y me señaló el cobertizo. Cuando íbamos por el camino, otros dos raey salieron por la puerta a la carrera, mientras un tercero disparaba desde dentro. Jane se tiró al suelo y devolvió el fuego mientras yo perseguía a los raey que huían. Lo hacían en zigzag; alcancé a uno, pero el otro escapó, lanzándose a una zanja para hacerlo. Mientras tanto, Jane se había cansado de intercambiar disparos con el raey del cobertizo y lanzó una granada; hubo un aullido ahogado y luego una fuerte explosión, seguida de grandes trozos de raey volando por la puerta.

Avanzamos y entramos en el cobertizo, que estaba cubierto con los restos del raey y alojaba un panel de artilugios electrónicos. Un escaneo con el CerebroAmigo confirmó que era el equipo de comunicación raey; aquél era el centro de operaciones de la torre. Jane y yo retrocedimos y rociamos el lugar de cohetes y granadas. Voló por los aires de manera muy bonita; ahora la torre estaba desconectada, aunque todavía teníamos que encargarnos del equipo de transmisión situado en lo alto.

Jane pidió un informe de situación a sus jefes de escuadrón: la torre y las zonas colindantes habían sido tomadas. Los raey no consiguieron recuperarse después del asalto inicial. Nuestras bajas eran escasas, sin ningún muerto en el pelotón. Las otras fases del ataque también se desarrollaban bien; el combate más intenso tenía lugar en el centro de mando, donde los

soldados iban de habitación en habitación, arrasando a los raey a su paso. Jane envió a dos escuadrones para reforzar la toma del centro de mando, hizo que otro escuadrón investigara los cadáveres raey y el equipo de la torre, y ordenó a otros dos escuadrones crear un perímetro.

«Y tú —dijo, volviéndose hacia mí y señalando la torre—, sube ahí arriba y dime lo que tenemos.»

Miré la torre, que era la típica torre de radio. Unos ciento cincuenta metros de altura, poco más que andamios de metal sosteniendo lo que quiera que hubiese en lo alto. Hasta el momento, era lo más impresionante que habíamos visto de los raey. La torre no estaba allí cuando llegaron, así que debieron de erigirla casi instantáneamente. Era sólo una torre de radio, pero por otro lado, intenta levantar una torre de radio en un día, a ver cómo lo haces. La torre tenía barras de metal que formaban una escalera hacia la cima; la fisiología y la altura raey eran lo bastante parecidas a la humana como para que yo pudiera usarlas. Subí.

En lo alto soplaba un viento peligroso y había un montón de antenas e instrumentos del tamaño de un coche. Lo escruté todo con Gilipollas, quien comparó la imagen visual con su biblioteca de tecnología raey. Todo era raey. La información que llegaba de los satélites se procesaba en el centro de mando: esperé que consiguieran tomarlo sin volar nada.

Transmití la información a Jane. Ella me informó que cuanto antes bajara de la torre, más posibilidades tendría de no ser aplastado por los escombros. No necesité más indirectas. Mientras bajaba, los cohetes pasaron por encima de mi cabeza y alcanzaron directamente el conjunto de instrumentos de arriba.

La fuerza de la explosión hizo que los cables estabilizadores de la torre chasquearan con un *tang* metálico que prometía decapitar a todo el que estuviera en su camino. La torre entera se tambaleó. Jane ordenó que atacaran la base: los cohetes buscaron las vigas de metal. La torre se retorció y se desplomó, gimiendo al caer.

Desde la zona del centro de mando, los sonidos de combate habían cesado y se oían vítores esporádicos: los raey que hubiera allí habían dejado de estarlo. Hice que Gilipollas mostrara mi cronómetro interno. No habían pasado aún noventa minutos desde que nos lanzamos de la *Gavilán*.

—No tenían ni idea de que veníamos —le dije a Jane, y de repente me sorprendí por el sonido de mi propia voz.

Jane me miró, asintió, y luego se volvió hacia la torre.

—No, no lo sabían. Ésa era la buena noticia. La mala es que ahora saben que estamos aquí.

Se volvió y empezó a dar órdenes a su pelotón. Esperábamos un contraataque. Uno grande.

* * *

—¿Quieres ser humano otra vez? —me preguntó Jane. Fue la tarde antes de nuestro desembarco. Estábamos en el comedor, picoteando la comida.

—¿Otra vez? —dije, sonriendo.

—Ya sabes a qué me refiero. Volver a un cuerpo humano real. Sin aditivos artificiales.

—Claro —respondí—. Sólo me quedan unos ocho años por delante. Suponiendo que siga vivo, me retiraré y me convertiré en colono.

—Eso significa volver a ser débil y lento —especificó Jane, con el habitual tacto de las fuerzas especiales.

—No es tan malo. Y hay otras compensaciones. Los hijos, por ejemplo. O la habilidad para conocer a otras personas y no tener que matarlas porque sean enemigos alienígenas de las colonias.

—Volverás a envejecer y a morir —constató Jane.

—Supongo que sí. Es lo que hacen los humanos. Esto —alcé un brazo verde—, no es lo habitual, ¿sabes? En cuanto a lo de morir, es mucho más probable hacerlo en cualquier momento de la vida en las FDC que si fuera colono. Estadísticamente hablando, ser un colono humano sin modificar es la forma normal de morir.

—Todavía no estás muerto —dijo Jane.

—Hay quien parece empeñado en que lo haga —bromeé—. ¿Y tú? ¿Algún plan para retirarte y colonizar?

—Las fuerzas especiales no se retiran.

—¿Quieres decir que no os está permitido? —pregunté.

—No, sí está permitido —contestó Jane—. Nuestro servicio dura diez años, igual que el vuestro, aunque con nosotros no existe la posibilidad de que dure menos. Lo que pasa es que luego no nos retiramos, eso es todo.

—¿Por qué no?

—No tenemos ninguna experiencia aparte de lo que somos —dijo Jane—. Nacemos, combatimos, eso es lo que sabemos hacer. Somos buenos en nuestro trabajo.

—¿Nunca te apetece dejar de luchar?

—¿Por qué? —preguntó Jane.

—Bueno, para empezar, reduce dramáticamente la posibilidad de muerte violenta —expliqué—. En segundo lugar, te daría una oportunidad de vivir esas vidas con las que todos soñáis. Los FDC tenemos esa vida antes de ingresar en el servicio. Vosotros podríais tenerla después.

—No sabría qué hacer conmigo misma —reflexionó ella.

—Pues bienvenida a la raza humana —respondí—. Entonces ¿me estás diciendo que ningún miembro de las fuerzas especiales deja el servicio?

¿Jamás?

—He conocido a uno o dos —admitió Jane—. Pero sólo un par.

—¿Qué les pasó? —pregunté—. ¿Adónde fueron?

—En realidad no estoy segura —dijo Jane, vagamente—. Mañana te quiero a mi lado —añadió, cambiando de tema.

—Entiendo.

—Eres todavía demasiado lento. No quiero que interfieras con mi otra gente.

—Gracias.

—Lo siento —se disculpó Jane—. Me doy cuenta de que no tengo mucho tacto. Pero has dirigido soldados. Sabes cuál es mi preocupación. Estoy dispuesta a asumir los riesgos de tenerte cerca. Los demás no deberían tener que hacerlo.

—Lo sé —contesté—. No me ofendo. Y no te preocupes. Me comportaré. Pienso retirarme, ¿sabes? Y tengo que continuar vivo un poco más de tiempo para hacerlo.

—Es bueno que tengas motivaciones.

—Estoy de acuerdo. Tú también tendrías que pensar en retirarte. Como dices, es bueno tener motivación para estar vivo.

—No quiero estar muerta —dijo Jane—. Es motivación suficiente.

—Bueno, si alguna vez cambias de opinión, te enviaré una postal desde el sitio donde vaya a retirarme. Ven a verme. Podemos vivir en una granja. Plantar algunos pollos. Criar algo de trigo.

Jane hizo una mueca.

—No puedes hablar en serio.

—La verdad es que sí —dije, y me di cuenta de que era cierto. Jane guardó silencio durante un momento.

—No me gustan las granjas.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. No lo has hecho nunca.

—¿Le gustaban a Kathy?

—En absoluto —contesté—. Apenas toleraba arreglar el jardín.

—Bien, pues ahí lo tienes —dijo Jane—. El precedente va en mi contra.

—Piénsalo, de todas formas.

—Tal vez lo haga —respondió ella.

* * *

«Dónde demonios he puesto la munición», envió Jane, y entonces los cohetes nos alcanzaron. Me lancé al suelo mientras las rocas de la posición de

Jane caían a mi alrededor. Alcé la cabeza y vi la mano de Jane, retorciéndose. Me levanté para correr hacia ella, pero una ráfaga de disparos me detuvo. Retrocedí y me coloqué tras la roca donde estaba situado.

Observé al grupo de raey que nos había sorprendido: dos se movían lentamente, colina arriba hacia nosotros, mientras un tercero ayudaba a un cuarto a cargar un cohete. No tuve dudas de hacia dónde iba a apuntar. Lancé una granada contra los dos que avanzaban y los oí correr a cubierto. Cuando estalló, los ignoré y le disparé al raey del cohete. Cayó con un golpe seco y disparó su cohete con su último aliento; la ignición quemó la cara de su compañero, que gritó y agitó los brazos, agarrándose los ojos. Le disparé en la cabeza. El cohete se perdió en las alturas, lejos de mí. No me molesté en esperar a ver dónde aterrizaba.

Los dos raey que avanzaban hacia mi posición empezaron a retirarse; lancé otra granada en su dirección para mantenerlos ocupados y corrí hacia Jane. La granada cayó directamente a los pies de uno de los raey y procedió a llevárselo los pies por delante; el segundo raey se arrojó al suelo. Le lancé una segunda granada. No la evitó lo bastante rápido.

Me arrodillé junto a Jane, que todavía se estaba agitando, y vi el trozo de roca que había penetrado por un lado de su cabeza. La SangreSabia se coagulaba rápidamente, pero pequeños borbotones brotaban por los bordes. Le hablé, pero ella no me respondió. Accedí a su CerebroAmigo y sólo detecté fragmentos emocionales de shock y dolor. Sus ojos miraban sin ver. Iba a morir. Le agarré la mano y traté de calmar el asfixiante arrebató de vértigo y de *déjà vu* que sentía.

El contraataque había empezado al amanecer, no mucho después de que tomáramos la estación de rastreo, y había sido más que duro: había sido feroz.

Los raey, comprendiendo que su protección había sido eliminada, contraatacaron con fuerza para recuperar la estación. El ataque fue improvisado, revelando la falta de tiempo y planificación, pero también implacable. Una nave de tropas tras otra fueron apareciendo sobre el horizonte, trayendo a más raey al combate.

Los soldados de las fuerzas especiales usaron su mezcla especial de táctica y locura para recibir a esas primeras naves de tropas con equipos que corrían a su encuentro mientras aterrizaban, disparando cohetes y granadas a las bodegas en el momento en que se abrían las puertas. Los raey añadieron finalmente apoyo aéreo, y los soldados empezaron a desembarcar sin ser volados por los aires en el momento en que pisaban el suelo. Mientras el grueso de nuestras fuerzas defendía el centro de mando y el premio tecnológico consu oculto en él, nuestro pelotón se quedó en la periferia, acosando a los raey y haciendo que su avance fuera más que dificultoso. Por eso Jane y yo estábamos en aquel macizo rocoso, a varios centenares de metros del centro de mando.

Directamente bajo nuestra posición, otro equipo de raey empezaba a avanzar hacia nosotros. Era hora de moverse. Lancé dos cohetes para re-

trasarlos, luego me agaché y me cargué a Jane al hombro. Gimió, pero yo no podía preocuparme por eso entonces. Divisé un peñasco que habíamos usado antes al llegar y me lancé hacia allí. Detrás de mí, los raey apuntaron. Los disparos nos pasaron rozando, esquirlas de roca me cortaron la cara. Conseguí llegar tras el peñasco, solté a Jane, lancé una granada en dirección a los raey. Cuando estalló, salí corriendo de detrás de la roca y salté hacia su posición, cubriendo la distancia de dos grandes zancadas. Los raey chillaron: no sabían qué hacer con un humano que aparecía directamente ante ellos. Cambié mi MP a fuego automático y los abaté a bocajarro antes de que pudieran organizarse. Regresé junto a Jane y accedí a su CerebroAmigo. Todavía estaba allí. Todavía viva.

El siguiente tramo de nuestro viaje iba a ser difícil: unos cien metros de terreno despejado se extendían entre nosotros y donde quería llegar, un pequeño garaje de mantenimiento. Las líneas de infantería raey bordeaban el campo; un aparato raey volaba en esa dirección, buscando humanos a quienes disparar. Accedí a Gilipollas para localizar las posiciones de la gente de Jane y encontré a tres cerca de mí: dos en mi lado del campo, a treinta metros de distancia, y el tercero al otro lado. Les di la orden de cubrirme, volví a coger a Jane y corrí hacia el cobertizo.

El aire estalló a mi alrededor por los disparos. La hierba saltó hacia mí cuando las balas se clavaban en el sucio, donde habían estado o iban a estar mis pies. Me alcanzaron en la cadera izquierda; mi mitad inferior se torció cuando el dolor me recorrió todo el costado. Eso iba a dejar marca. Conseguí conservar el equilibrio y seguí corriendo. Detrás de mí, pude oír los martilleos de los cohetes impactando en las posiciones raey. Había llegado la caballería.

La nave raey se volvió para dispararme, y luego viró para evitar el cohete lanzado por uno de nuestros soldados. Lo consiguió, pero no tuvo tanta suerte para evitar los otros dos cohetes que la buscaban desde la dirección opuesta.

El primero la alcanzó en el motor; el segundo, en el parabrisas. El aparato se escoró y empezó a caer, pero permaneció en el aire el tiempo suficiente para ser besado por un último cohete que se coló por el parabrisas roto y estalló en la cabina. Se desplomó con un rugido ensordecedor mientras yo llegaba al cobertizo. Detrás de mí, los raey que me habían estado disparando volvieron su atención hacia la gente de Jane, que les estaban causando mucho más daño que yo. Abrí la puerta del cobertizo y me lancé junto con Jane al hueco de reparaciones que había dentro.

En aquella relativa calma, volví a comprobar sus constantes vitales. La herida de su cabeza estaba completamente cubierta de SangreSabia; era imposible saber cuánto daño había o a qué profundidad habían entrado en su cabeza los fragmentos de roca. Su pulso era intenso pero su respiración era entrecortada y errática. Ahí era donde la capacidad de transportar oxígeno extra de la SangreSabia iba a resultar de ayuda. Ya no estaba tan

seguro de que fuera a morirse, pero no sabía qué podía hacer para mantenerla con vida yo solo.

Accedí a Gilipollas en busca de opciones, y se me ofreció una: el centro de mando había acomodado una enfermería. Sus instalaciones eran modestas, pero contenían una cámara de estabilización portátil. Mantendría allí a Jane hasta que pudiera meterla en una de las naves y devolverla a Fénix para que recibiera cuidados médicos. Recordé cómo Jane y la tripulación de la *Gavilán* me metieron en una cámara similar después de mi primer viaje a Coral. Era hora de devolver el favor.

Una serie de balas atravesó una ventana encima de donde me encontraba: alguien había recordado que estaba allí. Hora de moverse de nuevo. Planeé mi siguiente carrera, hasta una trinchera construida por los raey y situada cincuenta metros más adelante, ocupada ahora por las fuerzas especiales. Les hice saber que iba de camino; ellos me cubrieron mientras yo corría en zigzag hacia su posición. Con eso, estuve de nuevo tras las líneas de las fuerzas especiales. El resto del camino hasta el centro de mando lo recorrí con incidentes mínimos.

Llegué justo en el momento que los raey empezaban a lanzar proyectiles contra el centro de mando. Ya no estaban interesados en recuperar su estación de rastreo: ahora se concentraban en destruirla. Miré al cielo. Incluso con el brillo de la mañana, chispeantes destellos de luz asomaban a través del azul. La flota colonial había llegado.

Los raey no iban a tardar mucho en demoler el centro de mando, llevándose consigo la tecnología consu. No me quedaba mucho tiempo. Entré en el edificio y corrí hacia la enfermería mientras todos los demás salían.

* * *

Había algo grande y complicado en la enfermería del centro de mando. Era el sistema rastreador consu. Sólo Dios sabe por qué los raey decidieron alojarlo allí. Pero lo hicieron. Como resultado, la enfermería era la única sala en todo el centro de mando que no había sido acribillada; las fuerzas especiales tenían órdenes de apoderarse del sistema rastreador sin destruirlo. Nuestros chicos y chicas había atacado a los raey que había dentro con granadas de luz y cuchillos. Sus cuerpos estaban todavía allí, apuñalados y todo, desperdigados por el suelo.

El sistema rastreador zumbaba, casi contenidamente, plano y sin ninguna característica llamativa, contra la pared de la enfermería. El único signo de que tuviera capacidad de conexión/desconexión era un pequeño monitor y una ranura de acceso para un módulo de memoria raey que permanecía olvidado en una mesita de noche de hospital. El sistema rastreador no tenía ni idea de que dentro de un par de minutos no iba a ser más que un puñado de cables rotos, gracias al inminente bombardeo raey. Todo nuestro trabajo para asegurarnos la maldita máquina iba a ser desperdiciado.

El centro de mando se sacudió. Dejé de pensar en el sistema rastreador y coloqué a Jane con cuidado en una cama, luego busqué la cámara estabilizadora. La encontré en una habitación adjunta: parecía una silla de ruedas incrustada dentro de medio cilindro de plástico. Vi dos fuentes de energía portátiles en un estante: enchufé una a la máquina y leí el panel de diagnóstico. Duraría dos horas. Cogí otra. Más valía prevenir.

Llevé la cámara estabilizadora junto a Jane mientras otro proyectil impactaba y hacía que todo el centro de mando se estremeciera y las luces se apagaran. Caí de lado, resbalé con un cadáver raey y me lastimé la cabeza contra la pared. Un destello de luz se encendió tras mis ojos y luego sentí un dolor intenso. Maldije mientras me enderezaba, y sentí que un poco de SangreSabia manaba de una rozadura en mi frente.

Las luces se encendieron y se apagaron durante unos segundos, y entre esas fluctuaciones Jane envió un arrebató de información emocional tan intenso que tuve que agarrarme a la pared para no caer. Estaba consciente; consciente y, en aquellos pocos segundos, vi lo que ella creía ver. Alguien más en la habitación con ella, con su mismo aspecto; sus manos le cogían la cara y le sonreía. Un destello, otro destello más, y fue como la última vez que la vi. La luz volvió a fluctuar, se encendió definitivamente, y la alucinación desapareció.

Jane se estremeció. Me acerqué a ella. Tenía los ojos abiertos y me miraba con fijeza. Accedí a su CerebroAmigo; Jane seguía consciente, por muy poco.

—Eh —dije en voz baja, y le cogí la mano—. Te han herido, Jane. Ahora estás bien, pero tengo que meterte en esta cámara estabilizadora hasta que podamos conseguir ayuda. Me salvaste una vez, ¿recuerdas? Así que ahora estamos igualados. Aguanta, ¿de acuerdo?

Jane me agarró la mano, débilmente, como para llamar mi atención.

—La he visto —me dijo, susurrando—. He visto a Kathy. Me ha hablado.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté.

—Ha dicho —contestó Jane, y vaciló un poco antes de volver a concentrarse en mí—. Ha dicho que debería ir a esa granja contigo.

—Y tú ¿qué has contestado a eso?

—He dicho que de acuerdo.

—Bien.

—Bien —repitió Jane, y perdió de nuevo el conocimiento. Su CerebroAmigo indicaba actividad cerebral errática; la cogí y, con el máximo cuidado posible, la coloqué en la cámara. Le di un beso y la conecté. La cámara se selló y zumbó; los índices neuronales y fisiológicos de Jane se redujeron al mínimo. Estaba preparada para viajar. Miré hacia las ruedas para maniobrar en torno al raey muerto que había pisado un momento antes y advertí el módulo de memoria que sobresalía de la bolsa que llevaba en el abdomen.

El centro de mando volvió a sacudirse cuando fue alcanzado nuevamente. Contra toda lógica, me agaché, cogí el módulo de memoria, me acerqué a la ranura de acceso, y la metí. El monitor cobró vida y mostró un listado de archivos en lengua raey. Abrí un archivo y accedí a un esquema. Lo cerré y abrí otro archivo. Más esquemas. Volví al listado original y miré la interfaz de gráficos para ver si había un acceso de categoría superior. Allí estaba: accedí a él e hice que Gilipollas tradujera lo que veía.

Lo que veía era un manual de usuario del sistema rastreador consu.

Esquemas, instrucciones operativas, indicaciones técnicas, resolución de problemas. Todo estaba allí. Era casi tan bueno como tener el mismísimo sistema.

El siguiente proyectil alcanzó de pleno el centro de mando, me hizo caer de culo y envió fragmentos de metralla por toda la enfermería. Un trozo de metal abrió un agujero en el monitor que yo estaba mirando; otro destrozó el sistema trazador, que dejó de zumbar y empezó a emitir sonidos ahogados; cogí el módulo de memoria, lo saqué de la ranura, agarré la cámara estabilizadora y eché a correr. Apenas habíamos cubierto una distancia aceptable cuando un último proyectil impactó en el centro de mando, derribando el edificio por completo.

Delante de nosotros, los raey se retiraban; la estación de rastreo era ahora el menor de sus problemas. En el cielo, docenas de puntos oscuros que descendían indicaban la llegada de lanzaderas de desembarco llenas de soldados de las FDC ansiosos por recuperar el planeta. Me sentí feliz de que se hicieran cargo. Quería marcharme de aquel lugar lo antes posible.

No muy lejos, el mayor Crick hablaba con miembros de su estado mayor. Me indicó que me acercara. Empujé a Jane hacia él. La miró a ella, luego a mí.

—Me cuentan que ha corrido casi un kilómetro con Sagan al hombro, y que luego entró en el centro de mando cuando los raey empezaron a bombardearlo —dijo Crick—. Sin embargo, creo recordar que fue *usted* quien nos llamó locos a nosotros.

—No estoy loco, señor —respondí—. Es que tengo un sentido muy calibrado del riesgo aceptable.

—¿Cómo está? —preguntó Crick, señalando a Jane.

—Está estable —dije—. Pero tiene una herida grave en la cabeza. Tenemos que llevarla a un centro médico lo antes posible.

Crick señaló una lanzadera.

—Ése es el primer transporte —dijo—. Ustedes dos irán a bordo.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, Perry —dijo Crick—. Sagan es una de mis mejores oficiales, me alegro de que la haya salvado. Si hubiera podido salvar también ese sistema rastreador, habría hecho doblete. Todo este esfuerzo defendiendo la maldita estación, para nada.

—En cuanto a eso, señor —dije, y mostré el módulo de memoria—. Creo que tengo algo que le parecerá interesante.

Crick miró el módulo de memoria, y luego frunció el cejo al mirarme.

—A nadie le gustan los listillos, capitán —dijo.

—No, señor, supongo que no —contesté—, aunque es teniente.

—Ya nos encargaremos de eso —respondió Crick.

Jane se marchó en la primera lanzadera. Yo me retrasé un poco.

Me nombraron capitán. Nunca volví a ver a Jane.

Lo primero fue lo más dramático de las dos cosas. Llevar a Jane a un sitio seguro atravesando varios cientos de metros en medio de una batalla, y luego meterla en una cámara estabilizadora mientras me bombardeaban, habría valido para conseguirme una mención bastante decente en el informe oficial de la batalla. Conseguir también el esquema técnico del sistema trazador consu, como dio a entender el mayor Crick, parecía pasarse un poco. Pero qué se le va a hacer. Recibí un par de medallas más por la segunda batalla de Coral, y el ascenso como remate. Si alguien advirtió que había pasado de cabo a capitán en menos de un mes, se lo guardaron para sí. Bueno, yo lo hice. En cualquier caso, me invitaron a una copa durante varios meses después. Cuando perteneces a las FDC todas las copas son gratis, pero la intención es lo que cuenta.

El manual técnico consu fue enviado directamente a Investigación Militar.

Harry me contó más tarde que descifrarlo fue como leer el cuaderno de apuntes de Dios. Los raey sabían cómo utilizar el sistema rastreador pero no tenían ni idea de cómo funcionaba: incluso con todos los esquemas, era dudoso que hubieran podido montar otro. No tenían capacidad para fabricarlo. Nosotros lo sabíamos porque tampoco la teníamos. La teoría que había tras la maquina, abría por sí sola nuevas ramas a la física, y provocó que las colonias reevaluaran la tecnología de la impulsión de salto.

Nombraron a Harry miembro del equipo dedicado a extraer aplicaciones prácticas de la tecnología. Estaba encantado con el puesto; Jesse se quejaba de que se había vuelto insoportable. La vieja excusa de Harry de no tener nivel matemático para el trabajo fue considerado insustancial, puesto que nadie más lo tenía tampoco. Desde luego, reforzó la idea de que los consu eran una raza con la que era mejor no meterse.

Unos cuantos meses después de la segunda batalla de Coral, se rumoreó que los raey habían regresado al espacio consu para implorarles más tecnología. Los consu respondieron haciendo implorar la nave raey y lanzándola al agujero negro más cercano. Me sigue pareciendo que se pasaron. Pero es sólo un rumor.

Después de Coral, las FDC me encomendaron una serie de misiones cómodas, empezando por una gira por las colonias como último héroe de las FDC, para demostrar a los colonos cómo ¡¡¡Las Fuerzas de Defensa Coloniales luchan POR TI!!! Tuve que ver pasar un montón de desfiles y juzgar un montón de concursos de cocina. Después de unos cuantos meses de eso, estuve dispuesto a hacer algo más, aunque fue agradable visitar un planeta o dos y no tener que matar a todos los que había allí.

Tras mi trabajo como relaciones públicas, las FDC me colocaron como guía en las nuevas naves de transporte de reclutas. Yo era el tío que tenía que

plantarse delante de mil ancianitos con sus nuevos cuerpos y decirles que se divirtieran, y una semana más tarde, contarles que dentro de diez años las tres cuartas partes de ellos estarían muertos. Esta gira de servicio fue casi insoportablemente agridulce. Entraba en el comedor de la nave de transporte y veía grupos de nuevos amigos formándose y reforzándose, como hice yo con Harry y Jesse, Alan y Maggie, Tom y Susan. Me pregunté cuántos de ellos lo conseguirían. Esperé que lo hicieran todos. Sabía que la mayoría no sobrevivirían. Después de unos meses, pedí un destino diferente. Nadie me puso pegos. No era el tipo de misión de la que nadie quisiera encargarse durante mucho tiempo.

Al cabo de una temporada, pedí volver al combate. No es que me guste pelear, aunque soy extrañamente bueno en ello. Es que en esta vida soy soldado. Es lo que accedí a ser y hacer. Pretendo renunciar un día, pero hasta entonces, quiero estar en primera línea. Me dieron una compañía y me asignaron a la *Taos*. Ahí es donde estoy ahora. Es una buena nave. Dirijo buenos soldados. En esta vida, no se puede pedir mucho más que eso.

No volver a ver a Jane es bastante menos dramático. Después de todo, no pasanada por no ver a alguien. Jane cogió la primera lanzadera hasta la *Amarillo*; el médico de a bordo le echó un vistazo a su designación como miembro de las fuerzas especiales y la llevó a un rincón de la enfermería, para que permaneciera estabilizada hasta que regresaran a Fénix y pudiera ser atendida por técnicos médicos de las fuerzas especiales. Al final, yo regresé a Fénix en la *Bakersfield*. Para entonces, Jane estaba perdida en las entrañas del ala médica de las fuerzas especiales y era inalcanzable para un simple mortal como yo, aunque fuera un flamante héroe.

Poco después, me condecoraron, me ascendieron y me hicieron iniciar mi gira por las colonias. Acabé por recibir noticias del mayor Crick diciendo que Jane se había recuperado y había sido reasignada, junto con la mayoría de la tripulación superviviente de la *Gavilán*, a una nueva nave llamada la *Cometa*.

Aparte de eso, no traté de enviarle a Jane ningún mensaje. Las fuerzas especiales eran las fuerzas especiales. Eran las Brigadas Fantasma. Se supone que no puedes saber adónde van ni lo que hacen, ni siquiera si los tienes delante de las narices.

Sin embargo, sé que están ahí. Cada vez que los soldados de las fuerzas especiales me ven, me saludan con sus CerebroAmigos: pequeños estallidos de información emocional, indicando respeto. Soy el único realnacido que ha servido en las fuerzas especiales, aunque brevemente; rescaté a uno de los suyos y conseguí arrancar el éxito de la misión de las fauces de un fracaso parcial. Yo les devuelvo el saludo, pero por fuera no digo nada para no revelar su situación. Las fuerzas especiales lo prefieren así. No he vuelto a ver a Jane de nuevo, en Fénix ni en ninguna parte.

Pero he tenido noticias tuyas. Poco después de que me asignaran a la *Taos*, Gilipollas me informó de que tenía un mensaje anónimo esperándome. Eso era nuevo: nunca había recibido un mensaje anónimo vía CerebroAmigo

antes. Lo abrí. Vi una foto de un campo de trigo, una granja en la distancia y un amanecer. Podría haber sido una puesta de sol, pero no fue ésa la sensación que tuve. Tardé un segundo en darme cuenta de que la foto se suponía que era una postal. Entonces oí su voz, una voz de toda la vida que oí en dos mujeres diferentes.

«Una vez me preguntaste adonde vamos las fuerzas especiales cuando nos retiramos, y te dije que no lo sabía —envió—. Pero ahora lo sé. Tenemos un lugar al que podemos ir, si queremos, y aprendemos a ser humanos por primera vez. Cuando sea el momento, creo que voy a ir allí. Creo que quiero que te reúnas conmigo. No tienes que venir. Pero si quieres, puedes. Sabes que eres uno de nosotros.»

Detuve el mensaje durante un instante, y lo inicié de nuevo, cuando estuve preparado.

«Una parte de mí fue una vez alguien a quien amaste —proseguía—. Creo que esa parte quiere que vuelvas a amarla, y quiere amarte también. No puedo ser ella. Sólo puedo ser yo. Pero creo que podrías amarme si quisieras. Quiero que lo hagas. Ven a mí cuando puedas. Estaré aquí.»

Eso era todo.

Recuerdo el día en que me planté ante la tumba de mi esposa por última vez, y me marché sin lamentarlo, porque sabía que lo que ella era no estaba contenido en aquel agujero en el suelo. Empecé en una nueva vida y volví a encontrarla, una mujer que era una persona completamente nueva. Cuando acabe esta vida, me marcharé también sin lamentarlo, porque sé que ella me espera, en otra vida distinta.

No la he vuelto a ver, pero sé que lo haré. Pronto. Muy pronto.

FIN